WILD WARRIORS II

Marcando las normas



YANIRA GARCÍA

Marcando las normas

WILD WARRIORS II

YANIRA GARCÍA

Marcando las normas
Primera edición: julio 2026
© Yanira García, 2026
© Diseño de portada: Mireya Murillo Menéndez @wristofink
© Maquetación: Yanira García
© Corrección: Raquel Antúnez
© Imágenes del interior diseñadas por Freepik.

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por la ley.

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

A las chicas traviesas que convierten una
sonrisa en problemas.
Y a los chicos buenos que no supieron resistirse
cuando el peligro llevaba su nombre.

PRÓLOGO



—No hay mucho más que explicar, Blue. Entiendo que es bastante sencillo, ya que te manejas a la perfección dentro del ámbito de la hostelería.

—Por supuesto que se maneja a la perfección dentro del ámbito de la hostelería.

Pongo los ojos en blanco cuando Diddy repite por quinta vez lo que Sloane Archer da por sentado, como si necesitase de esas frases que reafirman lo que mi currículo ya cuenta para conseguir este empleo.

Además, ambas sabemos que voy a conseguirlo. No, no es soberbia, es una realidad, puesto que si estoy en esta entrevista es porque Asher Maddox —sí, justo ese Asher Maddox— habló con el jefe de la empresa privada que lleva la cafetería del Truenorth Ice Dome y me propuso como candidata para este puesto. El quid de la cuestión está en «proponer», sí. Que Asher consigue lo que quiere es una verdad mundialmente conocida y, si no, que se lo digan a la chica que está situada a mi lado dando pequeños saltitos. Sonrío porque está mucho más nerviosa y ansiosa de lo que puedo estarlo yo. Y, creedme, este trabajo sería un gran avance teniendo en cuenta la putada económica en la que me he visto envuelta.

Por si hay alguna duda, la vida del adulto es una jodida carrera de obstáculos, pero ¿la vida de una adulta soltera con una niña de seis años? Todavía más. Os lo prometo, no exagero.

—Comprendo, señorita Archer.

—Llámame Sloane. —Me regala una sonrisa para nada fingida, lo que me demuestra que, en efecto, quiere que la tutee de verdad.

Si algo he aprendido en este tiempo es que hay personas que fingen ser algo que no son y te dan a entender que quieren ser tus amigos, que te apoyarán cuando las cosas no se tuerzan y que, si

necesitas un hombro en el que llorar, no solo te prestarán el derecho, sino que, una vez esté empapado, puedes pasar al izquierdo. ¡Ja! Permíteme que me ría de esto.

Hay excepciones, ¿vale? Lo sé. Lo admito. Lo reconozco. Las hay, y también hay capullos con sonrisas amplias y miradas brillantes que hacen promesas que no se van a cumplir, y te enamoras y, cuando eso sucede, ¡pum!, llega el mayor golpe de tu vida.

—¿Me estás escuchando? —cuestiona Sloane, que se ha parado justo frente a la cafetería y la señala. ¿Con qué intención? Buena pregunta.

—Por supuesto que te está escuchando y por supuesto que puede empezar mañana mismo. ¿A que sí, Blue?

Bendita sea mi amiga.

Asiento y ahora sí que agradezco que mi mejor amiga sea como una cotorra. Una muy mona, dicho sea de paso.

—¿Seguro?

Cabeceo con efusividad, y ella me sonríe una vez más. Baja la vista hasta ese papel blanco que contiene toda la información relevante sobre mi vida y por un segundo pienso en lo triste que es resumir tantas circunstancias en una hoja, de mayor a menor importancia.

—Tienes una hija.

—Yo, bueno…

Pues resulta que ha llegado ese punto crítico donde se tienen en cuenta los inconvenientes, ¿no? Fue bonito mientras duró.

Aguardo a que Diddy intervenga y repita lo que es evidente, sin embargo, guarda silencio. ¿Dónde está ese parloteo tan necesario para romper un momento de tensión cuando más se necesita?

—Vale. Intentaré adaptar tus horarios a eso y también a tu otro trabajo. Oh, me encanta el Tide&Toast —indica y mueve la mano. La sonrisa se amplía más y más cada vez—. Sirven los mejores desayunos de todo Vancouver. Nos veremos por allí entonces.

—Claro. —Ufff, de la que me he librado.

—Y por aquí —añade de nuevo.

—¡Claro! —responde por mí Cassie.

Sloane comienza a caminar en dirección a la salida, y me adelanto un paso.

—Oye… —la interrumpo—. Yo, bueno… —¿En serio piensas vacilar? Y no solo eso, sino…, ¿usando las mismas palabras que en tu anterior titubeo? Blue Langley nunca balbucea, por favor—. No es necesario que adaptes mis horarios por la peque, de veras, es decir, te lo agradezco. —Asumámoslo, sí que flaqueo cuando de Juniper se trata porque es mi vida. Mi vida al completo—. Tengo familia. —Señalo hacia atrás para que entienda a lo que me refiero—. Y siempre me he organizado bien, no quiero un trato de favor porque sea amiga de Asher.

Ni de coña quiero eso. Me quiero ganar las cosas por mi trabajo, mi constancia y mi esfuerzo. Esa es una de las normas con más peso en mi vida y en eso se basan mis principios. Entre otras tantas que a esta mujer con cara de haberse tirado por un arcoíris para terminar cayendo sobre cubos y cubos mullidos de algodón de azúcar no quiere conocer. Lógico y normal.

—No te preocupes. Es política de empresa. Las madres solteras tienen que tener apoyo y no solo de la familia. —Se inclina y le guiña un ojo a Cassie. Podrían ser hermanas mellizas separadas al nacer, lo prometo—. Sino de su entorno. Bastantes golpes da la vida como para ponerle más piedras en el camino a esos que ya las encuentran sin merecerlo.

Es oficial. Amo a esta mujer y quiero besar el suelo por el que pisa.

Siempre y cuando el suelo esté limpio.

Porque soy escrupulosa. ¿Organizada? No. ¿Melindrosa? Un rato largo.

—Sí, bastantes golpes da la vida —sentencia Diddy.

Ambas nos quedamos observando a Sloane avanzar por el inmenso pasillo hasta entrar en un pequeño despacho. Ni siquiera me giro cuando mi mejor amiga se planta frente a mí y me estrecha entre sus brazos.

—Es oficial, trabajas para los Wild Warriors —apunta ella—. Estoy teniendo un *déjà vu,* solo que en el mío caminaba con unos tacones, una falda de tubo y al otro lado de la puerta me esperaba una

manada de hienas sedientas de sangre. Y mi sangre parece ser la mejor que existe porque me las hicieron pasar putas.

Alzo una ceja ante el descaro de mi amiga. Sí, lo sé, Cassie es como un soplo de aire fresco, y la adoro por ello.

—En realidad, trabajo para una subcontrata.

—Eso son minucias. —Mueve las manos, restándole importancia, y se cuelga de mi brazo mientras avanzamos por el pasillo en dirección opuesta a la que se ha ido mi jefa. Porque es mi jefa, ¿verdad? *Habemus* título—. Vamos, voy a presentarte a los chicos, seguro que estarán más que encantados de darte la bienvenida.

—¿Con globos y tarta?

—Con calcetines sudados.

—Ese es el sueño erótico de toda mujer —ironizo.

—El mío no.

—Estaba tirando de sarcasmo.

—Claro, y yo también. —Se ríe con descaro y tira de mí.

Se conoce estos pasillos como si fuese su segunda casa.

—Por cierto, ¿a qué ha venido eso? —Señalo con el pulgar hacia atrás.

—¿A qué te refieres?

—«Por supuesto que se maneja a la perfección dentro del ámbito de la hostelería». «Por supuesto que te está escuchando y por supuesto que puede empezar mañana mismo». ¿Se puede saber cuántos «por supuesto» puedes pronunciar por minuto?

—No quieras saber la respuesta a eso porque, por supuesto, podrían ser muchos.

Es inevitable soltar una carcajada y es mucho más inevitable que mi mejor amiga entrelace su brazo con el mío, y yo apoye la cabeza en su hombro. Soy algo más alta que ella, sin embargo, encajamos tan tan bien que no me podría importar menos que ella sea mi muleta.

Shhh, no se lo contéis o me la liará con Juniper, le enseñará alguna palabra nueva de esas que no deben conocer las niñas de seis años y me la liará gorda en el cole.

—Y con respecto al tema de mis repeticiones… Estaba muy nerviosa, ¿vale? De hecho, ni siquiera entiendo cómo es posible que

tú no lo estuvieses.

El barullo del vestuario comienza a escucharse conforme nos acercamos, y Cassie acelera el paso. Todas sabemos que se muere de ganas de ver a Asher y ese es el motivo por el que hayamos pasado de ser tortugas a convertirnos en liebres. Yo, por inercia, la sigo. Por inercia y porque, ¿a quién voy a engañar?, a nadie le desagrada un dulce en forma de chicos guapos que exudan masculinidad por todos los poros de su piel. Puede que a mi amiga no le vaya el tema de los deportes —sí, a pesar de que sale con un jugador de *hockey* y no precisamente con un mindundi, ya puestos —. En cambio, a mí siempre me ha fascinado. Antes era mucho más deportista y aventurera, ahora tengo a alguien a mi cargo y no a una persona cualquiera, sino a una pequeñaja que me necesita al cien por cien o al mil por mil, así que he dejado de ser esa chica para ser madre.

Suspiro con fuerza cuando pienso en Juniper y en lo orgullosa que estoy de ella. De hecho, no siento que haya sacrificado nada, simplemente he evolucionado y, algún día, todas esas cosas, todos esos proyectos, podremos llevarlos a cabo juntas y disfrutaremos de ello. Forjando recuerdos, ¿hay algo más increíble que eso?

—Ey, chicas… —Alguien alza la mano y nos saluda desde la distancia—. Vuestro hombre está aquí. —Se señala y se recorre el cuerpo con gesto chulesco.

A Diddy se le escapa una carcajada mientras tira de mí con más ímpetu.

Mírala a ella, si es que está en su salsa.

Y no me extraña.

—¡Kai! —grita.

El susodicho abre los brazos, y ella se lanza sin dudar.

—Te echamos mucho de menos —susurra contra su pelo—. Solo espero que ese gilipollas de Étienne te esté tratando bien o lo machacaremos. —Se aparta un poco para dedicarle una mueca de lo más divertida.

—La verdad es que los jugadores de los Artic son geniales.

—¿Cómo de geniales? —pregunta otro que también se acerca y abre los brazos. Parece mucho más joven que Kai.

—No os llegan a la suela de los zapatos —finaliza Cassie.

Suelto una risotada. Mi amiga sí que sabe consolarlos con sus dulces palabras de niña ingenua que no rompe un plato.

La atención se posa en mí y, antes de darme cuenta, me arrastran hasta que formo parte del grupo.

—¿Y esta chica tan guapa quién es? —El famoso Kai alza las cejas en repetidas ocasiones, y mi mejor amiga le da un leve golpe con el hombro.

—Ni la mires, está totalmente fuera de tu alcance, cachorrito —le suelta.

Kai ni siquiera se tensa ante el apelativo, lo que me indica que tiene que estar más que acostumbrado a que ella se lo repita.

—Déjame adivinar —intervengo y atraigo todavía más su atención —. Tú eres el rompecorazones del equipo.

El otro chico a su lado da un paso al frente.

—Soy Evan y, sí, soy eso que dices y mucho más. ¿Te apetece que tengamos una cita?, ¿dos?, ¿casarte conmigo?

Cassie mueve la cabeza negando y suelta un pequeño gritito cuando alguien la sujeta por la cintura y le da la vuelta.

—Qué asco me dan estos dos —señala Kai. Pues sí, me cae bien.

—A mí no. —Sonrío al ver cómo mi amiga le pasa las manos por el pelo y tira un poco de él. Aparto la mirada cuando se besan.

—Esos podríamos ser nosotros si tú quisieras.

—Qué mono… —suelto.

—Si la respuesta a una frase de coqueteo es «qué mono», la cosa no pinta bien. ¿A que no, Kai?

El susodicho niega en repetidas ocasiones.

—Eres demasiado joven para mí —le confieso.

—La edad es solo un número, me rebate. Además… —Alza las cejas y se le forman unas arruguitas de lo más divertidas en las comisuras de los ojos—. Entre los dos sumamos bastante más.

—¿Le estás ofreciendo un trío, Price? —pregunta Asher. No se sorprende, aunque yo tampoco.

—¿Yo? ¡Qué va! —Sus palabras emiten una negativa, eso sí, el cabeceo afirmativo asegura algo bien distinto—. ¿Por qué? ¿Te interesa?

Finjo que me lo pienso porque, ¡oye!, ¿a quién le amarga un dulce? Hace tanto tiempo que no me acuesto con nadie que mis fantasías sexuales a día de hoy pasan por no doblar turno en la cafetería, que Juniper no llegue a casa cabizbaja porque haya tenido un día malo en el cole o que yo no tenga que hacer malabares para llegar a fin de mes.

Lo que me convierte en una chica fácil.

Niego por motivos obvios.

—Lo siento, tengo que rechazarlo. Aunque os lo agradezco.

—¿El qué agradeces?

Me giro para encontrarme con Aaron Maddox, el hermano hermanísimo de Asher, con esa sonrisa cálida que siempre siempre me regala. Es muy majo, que no es que su hermano no lo sea, a la vista está por cómo trata a mi amiga, pero es cierto que ambos son muy distintos. Asher es todo caos, y Aaron, todo calma. Asher es frío y calculador, Aaron es todo raciocinio. Asher es impulso, y Aaron, cordura. Todavía sigo sin entender cómo es posible que compartan genética.

El único parecido razonable que hay en ellos son sus ojos azules; su físico, que perturba a cualquiera que está cerca de ellos, y el magnetismo que ambos desprenden. O al que yo me veo sometida porque es cierto que, cuando tengo a Aaron cerca, no puedo apartar los ojos de él. Sobre todo, comérmelo con ellos.

Ya sabéis, dejadme fantasear y esas cosas.

—Kai y Evan le han ofrecido a Blue un trío —suelta mi amiga.

Vaya, he visto comunicados televisivos con más tacto que ese.

—¿Qué? —Clava la mirada en mí y me coloco las manos en la cintura.

—¿Por qué? ¿Te apetece unirte?

CAPÍTULO 1

El cuarteto solitario

Aaron



Un segundo.

O, mejor, dos.

Estoy intentando asimilar sus últimas palabras y buscar la forma de responder sin parecer un memo.

Claro que quiero. Joder, es evidente que quiero, ¿la habéis visto? Porque yo llevo más de tres meses compartiendo cenas con ella y con la familia de Cassie, intercambiando bromas, algunas pullas y empujones, buscándola con la mirada y fantaseando… ¿Qué cojones estoy diciendo? Es mi amiga, es la madre de Juniper, es la cuñada de mi hermano y es intocable.

A pesar de todo, lo haría, joder si lo haría.

—Por supuesto que no —respondo al fin.

Porque casi que prefiero tenerla para mí solo.

—Lo suponía. Chicos, volvemos a ser tres —sentencia ella sin perder el buen humor que la caracteriza.

—Dejadla en paz —intercede Diddy y se acerca a Blue para apretarla contra sus brazos—. No le duraríais ni para un tentempié.

Blue les sonríe condescendiente, y sé que sería de esa forma, y no, no es porque haya pensado en ella. No de esa manera. Por supuesto que no de esa manera.

Doy un paso al frente con la intención de marcharme, porque ya me siento bastante ridículo con este tipo de pensamientos rondándome por la cabeza como para que se me note. Y sé que mi

hermano en ese tipo de cosas es un artista. Y en otras tantas, si ya lo conocéis.

—Recordad lo que os he dicho —sentencio retomando la actitud de capitán del equipo con la mente fría y centrada en el próximo partido—. Nada de desfases, mañana jugamos y os quiero focalizados en la victoria. Estamos a nada y menos de clasificarnos en los *playoff*, y ese es nuestro principal objetivo.

—Sí, señor —responde Kai y me regala un saludo militar que no le devuelvo.

Qué payasos son y cómo los adoro. Ellos, todos, son el motivo principal por el que no dejé los Wild Warriors cuando las cosas se pusieron feas de verdad hace poco más de tres meses. Mi hermano ha sufrido muchísimo, y yo no he sabido estar a la altura de las circunstancias. He sido un cobarde de mierda por no haber cogido el toro por los cuernos antes y, aunque sé que Asher no me odia por ello, yo lo hago por los dos.

—¡Oye! —grita Blue, que se acerca corriendo—. ¿Vas a casa?

Se coloca a mi lado. Es una chica guapísima, joder, ese pelo negro azabache con esas ligeras sombras azuladas solo acentúan su belleza. Sin embargo, lo mejor, lo que más me gusta de ella, es que siempre tiene una sonrisa que regalar, un comentario mordaz que dedicarte y que, a pesar de todo lo mal que puedan ir las cosas, se enfrenta a la vida con entereza.

No, no es que me haya contado demasiado, pero sé leer entre líneas y sé interpretar ciertas preguntas y respuestas que se hacen en las cenas de los sábados en casa de los Caldwell, esas a las que acudo porque han conseguido en poco tiempo que me sienta uno más. Nada tienen que ver con las reuniones familiares de los Maddox donde todo es opulencia y falsedad.

He tardado mucho en darme cuenta.

—Claro. Necesito una ducha —rumio en voz alta.

Blue recorta la distancia y me olfatea.

—Ufff. —Mueve las manos frente a la nariz—. Sí que necesitas una ducha. Das asco.

—Gracias, tus piropos son los mejores del mundo. No necesitas mejorar en absoluto.

—Lo sé —sentencia riéndose, y un leve escalofrío me recorre la espalda cuando enreda su brazo en el mío.

Le sale tan natural que todavía me pilla desprevenido. Me encanta que sea una mujer de contacto.

—Y yo que pensaba que olía mal.

—No es para tanto. Cuando cambias pañales de una niña pequeña que se caga encima a todas horas, un poco de sudor se convierte en una minucia.

—Gracias por ser tan escatológicamente gráfica.

—De nada. Cuando quieras podemos hablar de los vómitos.

—Paso. —La empujo con la cadera, y Blue se ríe de nuevo.

Madre mía, lo mucho que me gusta esa risa.

Es oficial. Yo no quería ser un memo, y ya me veis, el primero de la lista o eso parece.

—¿Quieres que te lleve?

—¿Por favor? Es que Juniper no tardará nada en llegar del cole y todavía tengo que prepararle algo de almorzar, algo que sea comestible y que no haga que me amenace con denunciarme por ser la peor madre del mundo. Y tengo turno esta tarde en Tide&Toast porque, ya sabes, tuve que cambiarlo para poder estar aquí hoy, en la entrevista. Gillian me hizo el favor, y no quiero llegar tarde.

—¿Y qué tal hoy con Sloane?, parece buena chica.

—Todo lo que se rumorea de ella es real. No es que mi jefe en el Tide&Toast sea un capullo, porque no lo es. —Hace una breve pausa y frena sus pasos justo antes de llegar al ascensor—. Me acabo de dar cuenta de que no tengo ningún jefe capullo, oye, estoy en racha, ¿a que sí?

Asiento solo para confirmarle sus palabras.

—Es genial trabajar en un buen ambiente.

—Claro. Y ahora seremos compis.

—¿Compis? ¿Qué tienes?, ¿siete años?

—Casi. —Tira de mi cuerpo para que siga caminando—. Veintinueve. ¿Y tú?, ¿setenta?

—¿Qué dices? —Me río.

—Siempre tan recto, siempre tan cabal, siempre tan meticulosamente ordenado… Das asco, y esta vez no podrás sacarlo

con una ducha ni con un jabón tan caro como todo mi armario.

—Mi jabón no es tan caro —contrataco y dejo a un lado el hecho de que me vea como un chico tan responsable y estirado. Porque no lo soy.

Quizá un poco.

Apenas.

—¿No me digas?

—Puedo enseñártelo cuando quieras —la reto—. Es de los normales, ya sabes.

—De los normales que usan los chicos con pasta.

Niego, porque Blue es imposible, de veras, la doy como caso perdido.

—No tengo tanta pasta —recalco la última palabra—. Lo normal.

—Qué injusta es la vida, no entiendo por qué no se me puede dar bien jugar al *hockey*. No es tan complicado. —Le abro la puerta del coche, y ella se sube sin dudar. Doy la vuelta y me sitúo frente al volante—. Solo tienes que saber mover el *stick*, meter el disco en la portería, aguantar algunos golpes, dar otros tantos e insultar al árbitro. En esto último tendría matrícula de honor.

—Por supuesto que sí.

—Y en repartir golpes. Yo nací para ser boxeadora. Lo que sucede es que tengo una hija y no quiero terminar en la cárcel.

—¿Te han dicho alguna vez que estás chalada? —Mi comentario no parece ofenderla en absoluto. A ese nivel de confianza hemos llegado, sí.

—Noah, esta mañana, por mensaje.

—Es un capullo —suelto.

—Sí, un capullo adorable —me explica y, a pesar de todo, siento el cariño que va implícito en sus palabras, incluso cuando esas mismas son insultos. ¿Qué? También se puede insultar con amor. Si no, que se lo pregunten a Art. O a Asher.

—Y deberías tener cuidado y evitar dirigirte a él de esa forma. Puede que esté loco por ti y por tu hermano, cómo no. —Pone los ojos en blanco, ese gesto es tan tan ella que no os imagináis—. Pero es un tipo duro.

—Yo también soy un tipo duro. —Mueve la cabeza negando—. ¿Qué? Lo machacaría.

—¿No me digas? Si eres como un osito de peluche. —¿Qué cojones? ¿Es así como me ve?—. Eres como Bolita.

—¿Se puede saber quién es Bolita?

—Es un gato, un gato que ya la ha palmado. El de los vecinos de los Caldwell. Estaba más en casa de Maddie y Carson que en su propia casa. Es probable que tenga algo que ver el hecho de que lo alimentaban mucho mejor.

—Que conste —intervengo— que me gustan los gatos y que podría cenármelos si quisiera. Porque soy fuerte como un león.

—Uhhh, me temo que alguien tiene el orgullo herido.

Por supuesto que sí.

—Ni de coña.

Blue me coloca una mano sobre el muslo, y me tenso bajo su contacto. Aparto la mirada, a riesgo de que podamos estrellarnos contra algo. Lo siento, no puedo perderme este momento. No puedo.

Marchando una de memo en tres, dos, uno…

—Entonces… —Carraspeo, y ella rompe el contacto—. ¿Conseguiste el trabajo?

Se endereza mientras aparco en la plaza de garaje del edificio en el que vivo desde no hace mucho.

—¿Lo dudabas? Ay, Aaron, yo siempre consigo lo que quiero, parece mentira que no lo sepas.

Baja del coche y avanza unos pasos, se cruza de brazos y me anima a que me ponga las pilas. Esta chica es de armas tomar, a ver quién le niega cualquier cosa que pida.

—Ya voy, ya voy. —Saco la bolsa del entrenamiento, y avanzamos hacia el ascensor.

—Subiré esta noche a llevarte sopa, cuando vuelva de mi turno. —Clavo la vista en ella unos segundos y evito a toda costa detenerme en sus labios. «Joder, Aaron, estás fatal»—. Y no me mires así, no está tan mal. Además, te ayudaré a colocar algunas de esas cajas que llevan semanas adornando la entrada. Es una oferta irrechazable —me explica.

Cabeceo afirmando porque poco más puedo añadir.

—Yo pongo la cerveza y el partido.

Blue me sonríe y, cuando se baja en su planta, por fin respiro. Esta mujer va a acabar conmigo y ni siquiera es consciente de ello.

CAPÍTULO 2

Donde dije digo, digo sopa

Blue



Es una verdad mundialmente conocida que, cuando llegas a casa después de un día de mierda, hay pocas cosas que puedan hacer que cambie.

Y, por suerte, yo cuento con una de ellas.

—¡Mamá! —grita cuando cruzo la puerta de casa de Maddie y de Carson—. Por fin has venido, el abuelo dice que no puedo comer chocolate porque es demasiado tarde y me subiré por las paredes. Lo que el abuelo no sabe es que una persona no puede subirse por las paredes, eso solo puede hacerlo Spiderman.

—Spiderman o cualquiera puesto de algo raro.

—¿Qué significa eso?

Vale, lo retiro, un día de mierda puede empeorar, sobre todo, si Noah se dedica a pronunciar ese tipo de cosas que luego tienes que explicar. Porque mi hija puede que tenga dificultades para leer, pero de lógica va sobrada.

—Significa que se pone ropa extraña o se maquilla en exceso, ya sabes…

—¿Cómo cuando el tío Noah se pone ese perfume que apesta porque cree que de esa forma Gillian va a darle más besos?

Ladeo la cabeza, de verdad, esta niña es la reina del cotarro.

—Oye, mi perfume…

—Exacto…, el perfume del tío Noah bien podría dejarnos a todos colocadísimos, de hecho, tal vez ese perfume sea tan hipnótico que Gillian ni siquiera sepa que sale con él. —Lo señalo y me anoto un tanto cuando le veo el ceño fruncido, cuando se cruza de brazos y cuando se le borra la sonrisa de la cara.

Carson se carcajea al otro lado.

—Así aprenderás a no soltar depende de qué cosas delante de mi hija —susurro.

—Entonces, ¿puedo comerme el chocolate o no puedo?

—No, no puedes. Venga, Juniper, tenemos que irnos, mañana hay cole y todavía tienes que cenar.

—Ya he cenado. —Coloca los brazos detrás de la espalda y una de sus piernas se cruza por detrás de la otra. Ya sé lo que se avecina.

—¿Has vuelto a cenar para evitar comerte mi comida?

Noah niega. Maddie niega, y Carson asiente.

—¡Abuelo! —protesta ella al entender que se va a meter en un lío.

—No podemos decirle mentiras a mamá —le explica Carson.

Me agacho frente a ella y le golpeo con suavidad la nariz.

—Mamá te quiere a pesar de que tú odies su sopa.

—Odiar son palabras mayores —apostilla Maddie.

—No la odio, mamá, solo que prefiero la de la abuela —aclara lo obvio y, aunque Maddie no lo confirme, está más que encantada de que su nieta adore sus platos y también lo está de poder alimentarla a su antojo. Lo que no explica es que, si Juniper le pide chocolate, ella no solo le compraría una tableta, sino que traería cien.

Sí, esta niña nos ha robado el corazón a todos.

—¿Qué será lo siguiente? —Me hago la ofendida solo para tirarle de la lengua—. ¿Preferir al tío Noah antes que a mí?

Juniper ladea la cabeza y me encanta porque ese gesto es muy mío y también muy de Diddy.

—Depende, ¿me dejarás comer chocolate a pesar de que me suba por las paredes?

—No respondas a eso si quieres seguir conservando cierta parte de tu anatomía. Una muy valiosa, ya puestos a especificar —le advierto alzando el dedo índice para increparlo.

—¿A qué parte te refieres, mamá?

—Eso, ¿a qué parte te refieres, Blue?

Saco el teléfono y escribo un mensaje en el grupo que tenemos toda la familia. El de la familia y Asher, porque ahora forma parte de ella.

Blue:

Tu polla peligra, Noah.

Al susodicho le vibra el teléfono y lo saca del bolsillo trasero del pantalón. La sonrisa se le amplía.

Xavier:

Perdón por preguntar, pero me falta contexto. ¿Alguien me lo explica? ¿Cassie?

Cassie:

No tengo ni la menor idea. Noah, ¿qué has hecho?

Noah:

En este berenjenal se ha metido ella solita.

Blue:

Si me conocéis bien, sabéis que Noah es un liante y que, si tengo que darle ciertas explicaciones a mi hija, me lo cargo.

Asher:

Estás bien jodido, Noah.

Noah:

Gracias por tus ánimos, Ash. Aun así, te quiero.

Xavier:

Puajjj.

Me desconecto del grupo y alzo la mirada.

—Mamá se refiere al cerebro, cosa que está más que claro que a Noah le falta.

Mi hija chasquea la lengua.

—Al menos no es un capullo. —Lo señala.

—No las tengo todas conmigo —contrataco—. Ahora tenemos que despedirnos, Juniper, venga —la animo y le revuelvo el pelo para que reparta abrazos entre todos los presentes.

Ella lo hace sin dudar, porque los adora. Siempre que veo cómo la tratan, y cómo se vuelcan con nosotras dos, me siento un poco más afortunada por dónde estoy y un poco menos triste por dónde debería estar.

Me acerco a Maddie y la abrazo yo también. Abro los brazos, y Carson se aproxima.

—Gracias por todo lo que hacéis por nosotras. Por cuidarla y por cuidarme.

—Hija… —susurra Maddie. Es increíble que me llame de esa forma cuando sabe que no compartimos lazos de sangre. Y, a pesar de eso, yo me siento mucho muchísimo más hija suya que de mis propios padres—. Nos encanta quedarnos con ella y también nos encanta saltarnos todas las normas.

—Excepto las del chocolate.

—Esa nunca —sentencia Carson, que alza la mano derecha y promete que seguirá siendo así.

—¿No hay abrazo para mí? —pregunta Noah, que tiene a mi hija en brazos.

—Creo que tengo alguno por aquí reservado —le confieso mientras me acerco sin dudar.

Nos abrazamos los tres y terminamos apretujando a Juniper entre nuestros cuerpos hasta que empieza a reírse y a patalear.

Debo admitir que sus carcajadas me dan la vida y que, cuando tengo un día malo, ella consigue que todo se solucione. Es mi persona vitamina.

Salimos de la casa de los padres de Cassie y nos dirigimos a mi coche. Si es que a eso se le puede llamar así. Tiene tantos años como esos dos abuelos de ahí dentro y, aunque he pensado en deshacerme de él, me es imposible. No porque mi economía no me lo permita, que también, sino porque lleva conmigo mucho tiempo y es el coche que me compré con mi primer sueldo. Todavía recuerdo lo emocionada que me sentí cuando por fin pude conseguirlo, cuando por fin pude subirme en él y conducir por las calles de Vancouver. En aquel momento Juniper no había nacido, ni siquiera estaba en mi mente quedarme embarazada. Tampoco había conocido a Derek. Fue extraño. No era un coche nuevo por aquel

entonces y sigue sin serlo ahora, sin embargo, me lleva y me trae y hace su función como el más moderno del mercado.

—¿Estás lista? —pregunto.

—Claro, mamá. Siempre estoy lista.

Y arranco, dirigiéndonos a casa. Por fin a casa.

CAPÍTULO 3

Compartiendo momentos

Blue



Juniper se adelanta y toca el timbre del piso de Aaron. Es el único de esta planta, es una suerte que no tenga que compartir espacio con vecinos ruidosos que cantan o bailan o gritan. Como yo. Sí, señaladme porque esa vecina que monta escándalos tiene nombre y apellidos y en este mismo instante está a punto de cruzar en pijama la puerta de un tiarrón de mucho cuidado.

—Hola, Aaron —saluda mi hija restándole importancia al atuendo que lleva el capitán de los Wild Warriors, cosa que una servidora no puede hacer, evidentemente, porque está guapo hasta decir basta.

—¿Qué hay de nuevo, Juniper? —Se agacha, y mi pequeña le da un abrazo sin dudar.

Me encanta y horroriza a partes iguales que ambos se lleven tan bien, sobre todo, porque hace que mis bragas tiemblen.

Y eso es caca. Malo. Puajj.

Y esas cosas que hacen que me espanten mis propios pensamientos marranos.

—Yo bien, gracias —suelto con condescendencia. Se me da de lujo eso de romper la tensión soltando chorradas que no vienen a cuento.

—Iba a preguntarte ahora. —Por supuesto, cómo no, Aaron Maddox se preocupa por todos, incluida yo.

—Yo bien, gracias —respondo de nuevo y le guiño un ojo con descaro.

Vale. Quizá sea hora de que sentemos unas bases, solo por si todavía no me conoces lo suficiente. Me encanta buscarle las cosquillas a este chico que hay frente a mí, que pasea la mirada de

forma alternativa entre mi hija y el peluche que trae bajo el brazo y también le dedica un poco de atención al libro que hemos subido.

Es el tipo de tío que en circunstancias normales, esas en las que no soy una madre que en miles de ocasiones siente que no llega a todo, intentaría liarse con él. Es guapo, buena persona, atento, cariñoso y tiene un físico… Joder con el físico que se gasta. Decir que es guapo es quedarse corta.

Y tú dirás: «Entonces, Blue, ¿por qué no te lanzas a la yugular y hacéis cochinadas sin tino?». Pues por un motivo de peso, es un buen amigo, y yo…, yo creo que desde lo de Derek simplemente me he quedado inservible para cualquier hombre, sobre todo, para los buenos como Aaron.

No quiero hacerle daño y, por encima de todo, me aterra que me lo hagan a mí y a Juniper…, a Juniper todavía más. Y así, chicas, es como os explico que estoy jodida en muchos sentidos porque empezar sabiendo qué heridas hay que suturar es un buen comienzo para esta relación que tú y yo vamos a fraguar.

—Venga, Juniper, parece que Aaron tiene claro que tenemos que operar a ese pequeño.

Señalo su peluche favorito, no se separa de él ni para ir al lavabo. No sabéis lo mucho que me cuesta que lo deje en casa cuando va al cole.

—Es una cirugía de lo más importante, Juniper, hay que tomárselo la mar de en serio.

—¿Verdad? Estoy de acuerdo. —Lo empuja hacia él—. Confío en que puedas ser el cirujano o tendré que despedirte.

Aaron abre los ojos, presa de la sorpresa, y yo sonrío con suficiencia.

—¿Qué?

—Es probable que le haya contado que tú sabes coser y que harás el injerto de su ojo.

—No, de probable nada, mamá me ha garantizado que puedes hacerlo mejor que ella.

—Por supuesto que puedo hacerlo mejor que ella. —Vaya, si se ha picado y todo.

—Demuéstralo —lo reto apoyando el cuerpo en una pila de cajas que casi casi roza el techo.

Aaron alza una ceja y se adentra en su piso.

Juniper y yo chocamos nuestras manos porque ambas hemos conseguido algo: la pequeñaja, que alguien que sí sepa coser le arregle el peluche, y yo, evitar tener que romperle el corazón a mi hija, porque puede que el botón, en vez de en un ojo, acabase, no sé, convirtiéndose en un testículo de madera o algo mucho peor.

—Somos las mejores.

—Os estoy escuchando.

A mi pequeña se le escapa una risilla mientras avanza hasta lanzarse en el sofá. Rezo para que esta vez no me diga que es mejor que el que tenemos en casa porque todos sabemos que los muebles de Aaron son más modernos, más cómodos y más confortables que los míos. No es una queja, es un hecho constatado.

Dejo a Juniper en el salón y recorro el pasillo. El piso es mucho más grande que el mío —otro hecho constatado—, eso sí, la distribución es la misma.

—Oye, Aaron, ¿por qué te mudaste a este edificio? Todavía no lo entiendo.

Me apoyo en el marco de la puerta y me cruzo de brazos y piernas. Alza la vista y por un segundo tengo la sensación de que va a recorrer mi cuerpo, ese que está envuelto en un pijama que ha visto días mejores, y que va a suspirar porque soy algo así como inalcanzable para él. Y no al revés, claro.

La fantasía se disipa como la bruma tras la tormenta porque aparta la mirada en busca de aguja e hilo. No entiendo cómo es posible que tenga esa clase de cosas en esta casa y sea tan previsor, yo apenas tengo la nevera llena de lácteos y no descarto que algunos estén caducados.

Así de desastre soy.

—No tiene una razón, es una buena oferta. Estoy cerca del estadio, lejos de mis padres…

—Ese es un argumento de peso —suelto sin más y me acerco hasta arrodillarme justo frente a él—. Yo lo sujeto —hablo del peluche.

—Gracias. —Me lo tiende mientras trastea con las herramientas de sutura *peluchil*—. Y sí, es un argumento de peso, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado en estos meses. O en estos años —explica.

—Son unos imbéciles.

Aaron asiente.

—Y yo también lo fui.

Aparto la vista de sus manos y elevo la mirada. No la retira y eso me gusta, que sea uno de esos chicos que es capaz de admitir que ha cometido un error y que quiera enmendarlo y, sobre todo, no salir huyendo.

—Un poco capullo sí que fuiste.

—Me encanta cuando te pones condescendiente.

—Asúmelo, Maddox, te encanta todo de mí.

Se le escapa una risilla y niega en repetidas ocasiones.

—Estás loquísima —agrega.

—Gracias —murmuro—. Para futuras citas deberías saber que como piropo se queda muy corto. Puedo darte instrucciones de lo que les gusta a las mujeres. De verdad, Aaron, no entiendo cómo no tienes una trayectoria de citas de esas que las noticias no dejan de mencionar.

—¿Quién dice que no las tengo? Quizá solo sea discreto.

Le golpeo la frente con el muñeco. Por el lado que no hay botones, que conste.

—Asher lo cuenta todo —me sincero.

—Mi hermano es un cotilla de mucho cuidado.

—Es culpa de Noah, que le sonsaca información.

Aaron suspira y asiente, me temo que es un gesto cargado de resignación.

—No hay nadie que me interese, Blue, es tan sencillo como eso.

Tan sencillo y tan complejo y, si no, que me lo digan a mí.

—Ya…, ¿tú también crees que las chicas son todas unas capullas?

No esconde la carcajada que le sale de forma innata.

—No es eso —repite negando en repetidas ocasiones—. Es que simplemente no hay nadie.

—Así que eres de esos que necesita una lista de pros y contras para enamorarse.

Alza los hombros.

—No entiendo por qué tienes tanta curiosidad.

Yo tampoco lo entiendo, ya puestos.

—Solo intento saber qué pasa por esa cabecita hermética que tienes. Las noticias no hablan demasiado y, créeme, soy la reina de los noticiarios y los programas basura. Conocía la reputación de tu hermano mejor que Diddy, y ella era su niñera.

—Te daría una paliza si la llamases así frente a ella.

—Siempre puedes defenderme. —Le guiño un ojo, y se ruboriza un poco. Es tan tierno, tan mono, tan achuchable…—. Anda, vamos a operar a este chaval antes de que Juniper venga en nuestra búsqueda y nos lance alguna de sus amenazas.

—¿A quién saldrá esa niña? No me lo explico.

Sonrío con amplitud porque ese es el mayor piropo que puede dedicarme alguien.

—¿Ves? Ese sí que ha funcionado. —Me cuadro y saco pecho como buena madre orgullosa que soy—. Y ahora mueve esos dedos, a ver qué sabes hacer con ellos.

Le sonrío con obscenidad, y Aaron aparta la mirada. Sí, este es mi deporte favorito, hacerlo sonrojar es un reto personal, y no hay nada que me guste más que los retos.

CAPÍTULO 4

La chica de la cafetería
Aaron



Dejo la mochila en una de las sillas y me acerco a la barra donde, para sorpresa de nadie, Blue está sumida en una conversación con Kai. No me extraña que este chico haya llegado antes solo para disfrutar de las vistas. Y la sensación que me recorre no me gusta en absoluto.

«Asúmelo, Maddox, te encanta todo de mí».

—Hola. —Me acerco a ellos y me sitúo al lado de Kai, que no para de hablar como si siguiesen siendo dos y no tres.

—¡Hola! —me saluda Blue alzando las cejas y sonriendo con amplitud—. ¿Un café?, ¿un Martini?, ¿un antiinflamatorio o unas vendas de esas con las que os envolvéis las muñecas para evitar lesiones?

Suelto una risilla.

—Me conformaré con un café. Y después iremos viendo, según la necesidad del momento. —«¿Según la necesitad del momento?». ¿Qué frase de mierda es esa, Aaron?

—A mí la necesidad me pide una cita —suelta Kai.

Pongo los ojos en blanco porque este chico es un caso aparte.

—¿Crees que soy el segundo plato de nadie, Kai?, ¿es eso? —le pregunta directamente Blue y su tono es serio. No parece estar de broma, al contrario.

Kai, cómo no, titubea. Yo permanezco en silencio porque Blue me impone. Es algo extraño, porque tiene un humor muy peculiar; en ocasiones sé que me está buscando las cosquillas y bromea. En

otras, diría que quiere valorar mis respuestas para saber a qué atenerse con ellas. O conmigo.

O quizá lo malinterpreto todo, a saber.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

Las comisuras de los labios se le alzan, es un gesto apenas imperceptible, sin embargo, me doy cuenta de ello porque sí, estoy en ese punto en el que me fijo en todos y cada uno de los detalles. Como en su pijama de anoche, lo bien que le sentaba, la coleta que se le movía al ritmo de las caderas o la mirada de ternura infinita que le dedicaba a Juniper.

—Estoy al día de todos los cotilleos, y aquí —añade mientras hace un barrido por la estancia con la cafetera en la mano— todos sabemos que a Kai Morrison no hay nada que le guste más que ligar. Y yo, querido amigo, no soy secundaria de ninguna obra, soy la estrella de la película. Así que… —indica acercándose, y Kai se tensa, creo que espera un guantazo. Yo también lo espero—, si no voy a ser la protagonista de la película, no me invites al *casting*.

Observo cómo se marcha en dirección a…, no sé ni en qué dirección. Lo que sí sé es que me es imposible apartar la mirada de ella mientras se aleja.

—Esa mujer es una puta reina —suelta Kai sin ponerse ni rojo. Uno de los dos ha tenido el valor de pronunciarlo, todo hay que decirlo. Me giro y le doy una colleja—. Auuu, ¿qué he hecho?

Intentar ligar con ella.

—Soltar tacos.

—Te pareces a Donahue, Aaron, joder —suelta mientras se pasa la mano por la nuca.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Guardamos silencio al ver cómo Blue se acerca y coloca una taza frente a mí. La llena poco a poco y el humo del café envuelve mis sentidos.

—¿Te pone el olor a café, Maddox? —me pregunta.

El brillo travieso de su mirada me eriza el vello de todo el cuerpo.

Ni siquiera sé qué responder cuando me pregunta cosas como esa, solo permanezco en silencio porque me descoloca de una forma a la que no le encuentro explicación alguna.

Y nunca he sido así con ninguna tía. Anoche, cuando le conté que no había nadie que me interesara, lo decía en serio o, al menos, todo lo en serio que se podía decir porque, de hecho, la única tía por la que siento fascinación es por ella y ni siquiera entiendo cómo ha sucedido esto. Si me preguntáis cuándo empecé a ver a la mejor amiga de mi cuñada como algo más que una chica divertida y real, no sabría responderos. Solo sucedió, que no es poco.

—En fin, tengo que irme. He quedado con Evan, tenemos cosas importantes que hacer.

—¿Como qué? —curiosea Blue.

—Si quieres saberlo, tendrás que darme una cita —le responde él.

¿Veis? A esa clase de contestaciones me refiero. Kai es un tío seguro de sí a pesar de su anterior negativa y, creedme, puede que yo me lo hubiese hecho encima si me soltase esas palabras, mientras que para este chico es como si simplemente le hubiese dado la hora.

—Me lo pensaré.

—¿De veras?

—No, pero eres monísimo cuando te dan alas.

—Que sepas que eso me ha herido el corazón.

—¿En serio? —pregunta ella a su vez sin perder el buen humor.

—No —le responde Kai regalándole un guiño con el que cualquier tía ya se habría bajado las bragas.

Lo que me lleva al siguiente pensamiento: Blue no es cualquier tía. Es única y diferente y… Paradme, por favor, que no puedo seguir comportándome así. Soy patético.

—Y, bien, ¿no tienes nada que añadir? —me pregunta cuando nos quedamos a solas.

Muchas cosas.

—¿Qué tal nuestro paciente?, ¿sobrevivió a la primera noche?, ¿le habéis suministrado los calmantes que os recetó el mejor cirujano de Vancouver?

Blue deja la cafetera a un lado y apoya ambas manos sobre su barbilla. Desde esta posición soy capaz de ver ese *piercing* que se hizo hace poco y todas y cada una de sus pecas. La forma en la que se le reparten por la nariz y por las mejillas hasta terminar

escondiéndose en su melena color negro azabache. Me pregunto si tendrá más, si le cubrirán la espalda y podré hacer trazos con los dedos por ella, si tendrá en el abdomen y en el pecho o en los muslos.

Aparto la mirada antes de ruborizarme. ¿Qué coño me sucede?

—No dudes de mis habilidades como enfermera, se rumorea que soy la mejor.

—No me cabe la menor duda.

—¿Estás ironizando conmigo?

Cabeceo negando.

—No. —Me río—. Estoy casi seguro de que, cualquier cosa que te propongas, tú lo harías mejor que nadie.

Ladea la cabeza y me estudia. Cuando lo hace no sé cómo comportarme. No sé si soltar un chiste malo, alguno inventado o contar una anécdota para romper la tensión. Es solo que, a veces, me encantaría saber lo que se le pasa por la cabeza y, sobre todo, cuándo ese pensamiento puede estar enlazado a mí.

—¿Incluso jugar a *hockey*?, ¿crees que se me daría bien eso? —Asiento—. ¿Y detective privado?, ¿periodista de los cotilleos? —rumia —. ¿Cuánto puede ganar alguien que tiene un trabajo tan divertido como ese?

—¿No estás contenta con el tuyo?

—Sin desmerecer a la hostelería… —Se acerca todavía más y me pregunto cómo reaccionaría si mis labios y los suyos se rozasen por accidente. ¿Colaría?—. Estoy agotada con tanto turno de trabajo, Aaron. —Y no hay ni rastro de su habitual tono de broma. Puede que no sepa leer sus pensamientos, aunque sí sus cambios de tono—. No recuerdo cuándo fue la última vez que pude tener un día para mí, para hacer lo que más me apetece.

—¿Qué es lo que más te apetece?

—No lo sé, pero me encantaría descubrirlo —suelta—. Y que conste que estoy sumamente agradecida por trabajar aquí, es genial y los chicos me tratan bien. Todavía no ha venido tu padre, ¿quieres que le escupa en la bebida de tu parte? Puede que eso rompa mil y una normas y que sea motivo de despido, ahora bien, valdrá la pena solo por ver su cara mientras… Ya sabes.

Me guiña un ojo y finge beberse el contenido de un vaso invisible con una bebida todavía más invisible.

—No, gracias. —Sacudo la cabeza imaginando la escena.

—Qué pena, le he preguntado al hermano equivocado.

—¿Habláis de mí? —Asher toma asiento en la otra butaca, justo la que Kai ha dejado vacía, y tengo que admitir que, con tan solo su presencia, algo dentro de mí se calma.

—Tu hermano no quiere hacer ninguna trastada. Sigo sin saber cómo es posible que compartáis genética. —Nos señala de forma alternativa.

Ash alza una ceja sin entender nada de lo que sucede.

—Vale, sí, todos los líos llevan mi nombre. —Se apunta con ambos pulgares el torso, y se me escapa un resoplido.

—Quiere escupirle a Prescott en el café si se pasa por aquí.

Ash suelta una carcajada, cómo no, si es que hasta a mí me hace reír.

—Vale, sí, a eso también me apunto. Deberías grabarlo, solo para dejar constancia.

—¿Lo ves? —Blue extiende las palmas de las manos hacia mí—. Él sí que sabe ser divertido.

Finjo que no me importa ni lo más mínimo su comentario, porque sí, lo hace. Sé que soy un poco… ¿cuadriculado?, ¿recto?, ¿serio?, ¿carca? Y, de veras, sé bromear y sé divertirme y pasármelo bien, solo que me cuesta porque tengo muy arraigado eso de ser el hermano protector y responsable que nunca hace nada mal y no la lía.

Tal vez debería soltarme la melena, de forma literal.

—Si lo haces, yo también quiero verlo —me apunto.

Las comisuras de Blue se alzan poco a poco hasta que esboza una gran sonrisa y lo peor de todo no es ese gesto, es su mirada pícara.

Esa mirada. Dios. Esa mirada…

—Ya sabía yo que tú también guardas dentro de ti a un chico malo… —ronronea ella acercándose hasta que me da un pequeño golpe con el dedo índice en la nariz—. Aunque a mí me gusta mucho más eso de corromper al bueno.

Me quedo plantado en el sitio. Es a este tipo de comentarios a los que me refiero. ¿Está bromeando?, ¿va en serio? Por favor, decidme que va en serio.

—Uhhhh —silva Ash a mi lado dándome una palmadita en la espalda—. Te ha dejado sin palabras.

Blue se marcha de nuevo, y yo, una vez más, me quedo ahí, observándola, sin poder apartar la vista de ella. De toda ella.

—No lo entiendo —suelto sin pensar.

—¿De qué hablas? —inquiere Asher a mi lado.

No respondo, solo me bebo el café de un trago, dejo un billete sobre la barra y me marcho antes de demostrarle que yo también sé ser malo y no me importaría en absoluto serlo con ella.

CAPÍTULO 5

El caos en forma de vida

Blue



Llego tarde.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

—Llego tarde, joder. —Corro por el pasillo mientras me pongo la zapatilla que estaba buscando y que resulta que no es la que necesito, porque esta es azul y la otra es negra, Necesito la puta zapatilla negra.

¿Me está dando un ataque de pánico?, ¿es esto lo que se siente cuando la vas a espichar?

¿No hay flores, luces estrambóticas y un pasillo de gente que corea tu nombre como si fueses a recibir el galardón de tu vida? Porque, ojo, morirte tiene que ser así, si vas a entrar por la puerta que sea a lo grande, ¿no?

—¿Dónde está la zapatilla? Y, ya puestos, ¿dónde está Cassie?

—Seguro que con Asher.

Como me haya dejado plantada por algo sexual, la puerta de ella va a ser tan pequeña que tendré que meterla a trozos.

Blue:

¿Se puede saber dónde estás?

Pasan unos minutos en los que me da tiempo de encontrar la zapatilla. La voz insidiosa de Xavier resuena en mi mente, y estoy segura de que me repetiría unos cinco millones de veces que nada de esto sucedería si fuese más ordenada.

La encuentro bajo la cama. ¿Me puede explicar alguien cómo ha acabado ahí?

—¡Chúpate esa, Xavier imaginario!

Cassie:

En un atasco. Ha habido un accidente. Tardaré un poco.

Blue:

No tengo tiempo, llego tarde.

Cassie:

Juro que salí a la hora indicada. Antes incluso. Vancouver está en mi contra. Y, ya puestos, en la tuya.

Blue:

Tú sí que sabes encontrar al culpable.

Sonrío, porque es mi amiga y porque lo intenta. Sé que ha tenido que salir antes del trabajo para poder quedarse con Juniper hasta que yo vuelva del cáterin de esta noche y sé que ella no tiene culpa de que haya tráfico. Odio comportarme como una lunática, pero no puedo perder el trabajo. No ahora que confío en que las cosas van a empezar a irnos bien.

¿Qué digo bien? Van a irnos tan tan guais que hasta el destino va a sentir envidia de nosotras.

Escucho el timbre de la puerta no una, sino dos veces, y asomo la cabeza por el dintel solo para comprobar que Juniper está tan sumida en su mundo que ni siquiera se ha percatado de que llaman.

—¡Oye! ¿Puedes abrir? —Silencio absoluto—. ¿Juniper? —Gira la cabeza y por fin capto su atención—. ¿Puedes abrir? —insisto.

Se levanta, camina descalza hasta la puerta y escucho cómo pregunta antes de hacerlo. Bien, esta vez lo ha hecho bien. Al menos se ha acordado de la norma básica: no abrir si no reconoces la voz.

—¡Es Aaron, mamá!

Todavía me estoy poniendo la zapatilla, de hecho, todavía estoy dando pequeños saltos mientras me pongo la zapatilla cuando lo veo al fondo del pasillo. Mi fondo del pasillo es de poco más de un metro, su fondo del pasillo es como tres kilómetros en subida. Para que nos entendamos.

—No te rías de mí —le advierto cuando observo cómo me mira y no solo eso, el brillo de descaro en sus ojos.

Hablaba en serio cuando dije que debajo de esa capa de chico bueno se esconde un chico no tan dulce y remilgado como aparenta ser.

—No pensaba hacerlo. —Chasqueo la lengua—. Pensaba disimularlo.

Me lo temía.

Me acerco sin pensármelo dos veces y lo sujeto por la camiseta como buena madre trabajadora y desquiciada que soy, todo a la vez. *Madredoraciada*.

Lo voy a patentar.

—El destino quiere echarme un cabo en forma de vecino. —*Buenorro*.

—¿Perdona?

—¿Qué planes tienes para un miércoles por la noche antes de un partido importante? —tanteo mientras regreso sobre mis pasos hasta mi habitación.

He cumplido mi primer cometido, que es ponerme los vaqueros y las zapatillas, ya solo me falta encontrar la camiseta negra con el logo de la empresa de cáterin para la que trabajo de forma puntual algunas noches a la semana. Me pagan bien, me tratan bien y me viene bien. A eso yo lo llamo las tres B.

Salvo cuando mi mejor amiga se ve metida en medio de un atasco y no puede hacer de niñera.

—Estoy seguro de que me vas a proponer algo.

Alzo la barbilla y paseo la mirada con todo el descaro que me cabe en el cuerpo por el suyo. Aaron se percata de mis intenciones y un rubor se le extiende por las mejillas. ¿Quién me iba a decir que me lo iba a hacer pasar tan bien?

—Por supuesto que sí. Una oferta irrechazable, una de esas que hará que una noche normal se convierta en una excepcional, con una mujer única e irremplazable, que, por suerte para ti, hará que el resto de ellas no le lleguen a la suela del zapato.

—¿Estás…? —Carraspea sin entender a lo que me refiero. No ha pillado la broma aunque, en fin, no voy a engañaros si os confieso que he pensado en ser yo misma esa chica—. ¿Quieres decir…?

Decido no alargar más la espera, en resumen, porque no tengo tiempo y me lanzo a por su camiseta una vez más. *Madredoraciada* en acción.

—¿Puedes quedarte con Juniper, Aaron? Porfa, porfa, porfa… Tengo que trabajar, no lo tenía en mente, pero me han llamado porque ha faltado una compañera y me lo han propuesto, y no puedo negarme porque, ya sabes…

—Necesitas la pasta —termina por mí.

Qué triste que este chico me conozca por mis penurias y no por mis virtudes.

—¡Exacto! ¿Puedes? Diddy está en un atasco, vendrá en un rato y…

—Blue… —me corta porque ya no estoy en modo madre trabajadora y desquiciada, he subido de nivel y estoy eufórica como si me hubiese tomado tres cócteles caducados o setas alucinógenas. O un cóctel de setas alucinógenas caducadas—. No tengo nada mejor que hacer, así que llámala, o mejor la llamo yo, y me quedaré con la pequeña hasta que vuelvas.

Le comería todos los morros solo por lo que acaba de soltar.

—Gracias. —Me lanzo y le doy un beso en la mejilla, porque lo de los labios mola, pero no quiero acojonarlo. Y no quiero complicarme la vida.

»Hay teléfonos de urgencias pegados en la nevera, ya sabes, esas personas a las que acudes cuando no tienes ni idea de lo que hacer con una niña de seis años. Cosa que entendería que te sucediese.

—Blue…

—Y tendré el teléfono encima e intentaré estar pendiente…

—Blue…

—Y te lo agradezco tanto que no te haces una idea.

Me sujeta por la cintura y ese leve contacto hace que la boca se me cierre y deje de emitir sonido alguno. Salvo por el jadeo que escondo con una tos seca y para nada fingida —para nada, además — porque me está rodeando la cintura y, chicas, hace años que no hay nadie que me haga eso. Nadie que no sea mi niña, y solo cuando quiere que le dé chocolate para subirse por las paredes después.

Y hablando de eso…

—Nada de chocolate. Salvo que quieras que se convierta en un monstruo, y no hay teléfono de emergencia para eso, créeme, lo he buscado.

Se separa de mí, y siento el vacío de su contacto de inmediato. Y lo echo de menos. Y no me gusta echarlo de menos, así que hago eso que mejor se me da.

—Nada de *strippers*, Maddox.

Las cejas se le alzan porque no esperaba esa última advertencia.

Le doy golpecitos con el dedo índice sobre el pecho.

—Odiaría tener que perderme el espectáculo, ya sabes…

Paseo de nuevo la mirada por su cuerpo y me deleito en la forma en la que ese chándal le marca los muslos firmes que tiene o en cómo la camiseta se le ajusta a los bíceps y esos antebrazos…, ¿por qué tengo que fijarme en sus antebrazos?

«Bueno, porque tal vez con ellos te empotre contra una pared. Cualquier pared sería válida».

Esto es culpa de Cassie porque no me cuenta sus fantasías con Asher y tengo que inventármelas solo para sacarle los colores.

—¿Porque tendrías que limpiar lo que ensucie y está más que claro que te encanta limpiar y ordenar?

—¿Me estás llamando cochina? —lo increpo.

Da un paso hacia atrás, avergonzado.

—No, no. —Se lleva la mano a la nuca, del todo abochornado—. No quería decir eso, perdona, solo estaba…

—Que sí… —Salto hacia adelante y le doy otro beso en la mejilla —. Relájate, Maddox, solo te estaba tomando el pelo.

Expulsa el aire que parece haber estado conteniendo y me sonríe.

—Joder, Blue, es que eres…

—¿Increíble?, ¿maravillosa?, ¿sumamente guapa y sexi?

—Nunca sé por dónde vas a salir…

Me doy pequeños golpes sobre los labios porque es bastante acertado que es de esa forma. Algo que Derek odiaba, la punta del iceberg, para ser exactos. Con él no podía ser yo misma porque siempre me corregía.

No digas esas cosas. No hagas esas cosas. No seas todas esas cosas.

Joder.

—Pues gracias, supongo.

—¿Me estás dando las gracias por explicarte que me descolocas?

Asiento y me alejo en dirección a la puerta. No solo le doy las gracias por eso, sino por dejar que sea así sin corregirme por ello, aunque eso no se lo digo.

—Ah, Aaron…

—¿Sí?

—Nada de *strippers*, pero siempre puedes enviarme fotos. Sin ropa mejor.

Le guiño un ojo y salgo por la puerta riéndome por la cara de estupefacción que ha puesto. Tendría que haber inmortalizado ese instante. Tendría que haberlo hecho porque ahora no estaría imaginándomelo desnudo.

Pues sí, todo bien, Blue, todo muy bien.

CAPÍTULO 6

Para bien o para mal

Aaron



Nunca es igual. Nunca es solo otro partido. Sin embargo, la presión siempre es la misma.

El estadio ruge con esa mezcla del frío, de las luces demasiado blancas y de la expectación que siempre me pone la piel de gallina y que saboreo a conciencia. Soy el primero en pisar el hielo y las cuchillas muerden la superficie con ese crujido que me recuerda por qué sigo haciendo esto, por qué lo necesito: porque soy un adicto a esa sensación de euforia constante que me sacude cada vez que siento el hielo bajo los pies.

Doy dos vueltas para calentar mientras asimilo el ambiente y los busco entre el público hasta dar con ellos, con todos, siempre en el mismo lugar, con nuestros colores. Cassie aplaude emocionada, y sonrío al darme cuenta de que esto también le gusta. Me guiña un ojo, es un gesto fugaz, un gesto de cariño hasta que su mirada se cruza con la de mi hermano y entonces lo distingo a la perfección, ese amor, ese cariño, ese sentimiento que arrasa con todo a su paso.

—Soy un puto cabrón con suerte, ¿verdad?

Tiro de su casco hasta que nuestros ojos se encuentran.

—Lo eres y me alegra muchísimo.

Asiente y se acerca hasta donde está con su chica. Es entonces cuando desvío la atención hasta dar con ella. En la esquina donde empieza la grada baja, justo encima está la cafetería del estadio y allí distingo una figura conocida: Blue. Con el delantal puesto y

nuestro escudo en mitad del pecho, el pelo recogido en una trenza a medio hacer y esa sonrisa que nunca sé si está dirigida a alguien en particular o si me la regala a mí. Joder. Me obligo a apartar la vista y mirar al frente. Tengo un partido. Tengo un equipo. Tengo un hermano que confía en mis pases y un entrenador que necesita que esté al mil por mil.

Los Steel Wolves ya están sobre el hielo, cada uno ocupando sus posiciones y recuerdo todas esas jugadas que hemos memorizado y que anoche, mientras observaba a Juniper dormir, yo repasaba una y otra y otra vez, buscando resquicios, aperturas y errores que podamos convertir en oportunidades. Uniformes oscuros. Miradas afiladas y la vibra de un equipo que no viene a hacer amigos. Y, en el centro, rodando el *stick* en las manos como si no pesara en absoluto está Mason Nakamura. Explosividad contenida. Una serpiente esperando a su presa para hincarle el diente y no soltarlo hasta acabar con él.

—Va a ser una noche larga —murmura Asher regresando a mi lado mientras nos colocamos para escuchar el himno.

Inspiro profundamente e intento no pensar en ella. Ni en su sonrisa. Ni en su mordacidad y lo mucho que me gusta eso. Me concento en lo demás, en todo lo demás. En las palabras de mi hermano, por ejemplo.

—Eso parece —le respondo sin apartar la vista de Nakamura.

—¿Preparado para bailar con la estrella de los Steel Wolves?

Asiento.

—¿Recuerdas nuestro lema?

Asher sonríe y cabecea afirmando tal y como he hecho yo segundos antes. Esa sonrisa suya de hermano pequeño que parece gritar: «Tranquilo, yo cubro lo que haga falta». Y lo hará. Lo sé. Tenemos esa conexión ridícula que no se entrena ni se ensaya. La tenemos desde que me robó el *stick* por primera vez cuando tenía cuatro años.

El disco cae y el partido comienza.

El primer choque se asemeja a meter la cabeza en una tormenta. Detroit juega rápido y exageradamente técnico. Nakamura desaparece entre piernas y *sticks* dando muestras de que ha nacido

para esto. Tres veces creo tenerlo a tiro y tres veces se me escapa. Escucho los resoplidos de varios compañeros de equipo y algunas palabras malsonantes de otros tantos. El estadio ruge con cada robo y con cada pase que fallamos. Me tenso al darme cuenta de que no podemos seguir jugando tal y como ellos esperan que lo hagamos. Nos tienen justo donde quieren y eso me anima a tomar el control una vez más. A ir un paso más allá.

—Es una anguila —gruñe Asher pasando junto a mí cuando cambiamos líneas.

—Es nuestra puñetera cena —respondo.

Le saco una carcajada que se disipa mientras se aleja.

Volvemos al hielo. Esta vez, cambio la estrategia. No lo persigo, me limito a aguardar y sé que eso no se lo esperaban. Detroit no sabe jugar lento, Mason menos. Sin embargo, la paciencia es una de mis virtudes y en el juego es un arma muy valiosa.

El disco llega a mí en zona neutral, un pase bajo presión que controlo sin pensarlo. Mason viene directo hacia mí con los ojos llenos de rabia. Amaga. Lo sé. Lo anticipo. Lo huelo. Levanta el *stick* un segundo demasiado pronto y aprovecho ese instante microscópico para colarlo por debajo.

—¡Ash! —grito.

Mi hermano ya está volando por la banda. No hace falta ningún dato más porque estos somos nosotros: dos cuerpos que juegan como uno solo. Sabe dónde colocarse, sabe dónde quiere el disco incluso antes de pedirlo. Le envío un pase preciso, tenso. Perfecto.

Lo recibe. Se mete entre dos defensas como si los hubiera dibujado él.

Amaga. Gira. Lanza.

El disco golpea la red, y el estadio explota. Música para mis oídos.

Me doy la vuelta y veo a Blue detrás del cristal de la cafetería, los ojos brillando, el puño levantado en un gesto mínimo, casi discreto y, no sé, tengo la sensación de que va dirigido a mí. No al equipo. Solo a mí.

—Ni de coña ha sido suerte. —Asher choca su casco contra el mío cuando volvemos al banquillo—. Esa asistencia ha sido una obra de arte, Aaron.

—No cantes victoria —murmuro—. Mira quién viene.

Nakamura se acerca al *faceoff* central con una expresión que bien podría congelar el agua hirviendo. Está enfadado. Perfecto. Un jugador mosqueado comete errores. Un capitán receloso los utiliza.

El segundo periodo es brutal. Patinamos como si nos fuera la vida en ello.

Detroit juega sucio, ¿os sorprende? Porque nosotros ya contábamos con ello.

Al contrario que nuestro adversario, respondemos jugando solo como sabemos, siendo duros e implacables. Donahue grita desde el banquillo y enseña una pizarra blanca llena de rayas y cruces, me acerco para interpretarlas y repartir algunas órdenes nuevas.

—Seguid así, presionad, no dudéis. Recordad lo que hemos practicado estos días, Aaron.

Me incorporo de nuevo al juego, apenas tengo tiempo de entrar cuando recibo un golpe en las costillas que me arranca el aire, y mi hermano se come una carga que habría tumbado a cualquiera menos a él. Aun así, seguimos arriba.

Hasta que no lo estamos.

Mason consigue colarse entre nuestra segunda línea, ridículamente rápido, y empata el partido. El estadio entero gruñe, y yo con ellos de pura frustración.

—Déjamelo —me pide Asher antes del siguiente cambio, respirando por la boca mientras el sudor le cae por la sien—. Yo me encargo.

—No —niego—. Vamos los dos.

Y eso es lo que hacemos.

El hielo es una guerra silenciosa. La tensión se vuelve eléctrica y las miradas, afiladas. Los patines cortan la pista. Me dedico a marcar a Nakamura cuerpo a cuerpo mientras Asher le roba el ángulo y le corta líneas. Mason intenta un giro absurdo, de esos que solo él puede hacer, sin embargo, esta vez Ash y yo nos anticipamos. Meto el *stick* a la vez que mi hermano barre el disco.

Y corremos. Los tres. Porque Nakamura no se rinde, pero nosotros tampoco.

Asher se abre a la derecha, yo mantengo la posición. Nakamura me cierra y busco un hueco que, por desgracia, no encuentro. Giro la cabeza hacia otro lado y tampoco lo hallo. Entonces lo escucho. Un golpe de *stick* en el hielo a mi derecha. Dos golpes. La señal acordada.

Confío, siempre lo hago, y lanzo. Un pase rasante, justo donde sé que debería estar Asher. Justo donde está.

Lo recibe, frena y gira en unas décimas de segundo sobre el filo de la cuchilla y lanza un disparo cruzado que pasa por encima del guante del portero del Detroit.

Y entra. El estadio se deshace en ruido. Yo vuelvo a buscarla tras el cristal de la cafetería. Blue está dando saltos, de hecho, a su lado está Sloane, que también nos anima. No es una sorpresa que ambas hayan congeniado.

Desvío la mirada y me encuentro con esos mismos ojos azules que tan familiares me son y tan diferentes a la vez, chocamos nuestros cascos. Kai se acerca y nos damos un leve golpe de hombros, y Caleb patina hacia nosotros. Cuando frena, corta el hielo y nos lanza una nube del mismo que cae a nuestros pies.

—Bien hecho, joder.

—¡Vamos, chicos! —grita Cassie desde la grada.

—No te flipes, esa chica de ahí es mía, Morrison —le advierte Ash.

Levanto la vista una vez más tras las palabras de Asher y veo a Blue apoyada en el cristal, mirándome. No al equipo. A mí.

Y, por alguna razón que no quiero analizar, ese simple gesto pesa más que los dos goles, más que la victoria, más que el ruido ensordecedor del estadio. Más que nada de lo que me rodea en este instante.

El partido continúa. Detroit aprieta. Nakamura lo intenta todo. Pero hoy no es su día, hoy es el nuestro. Y se lo demostramos con creces.

Ganamos tres a dos.

Cuando salgo del hielo, con los guantes aún puestos y el sudor pegándose a la camiseta, ella está justo al otro lado del pasillo, cargando una bandeja llena de vasos.

Y a pesar de que no pronuncia palabra alguna, aunque ninguno de los dos diga nada, no necesito mucho más que esto: que ella aquí, que su sonrisa sincera, su mirada llena de brillo y esa lengua que me enseña como si fuese una niña que está a punto de cometer alguna trastada.

Me acerco sin dudar, y aleja la bandeja cuando intento robar mi bebida.

—Pídela por favor, Maddox —susurra haciendo de las suyas.

Se pasea la lengua por los labios. Eso de ahí fuera no ha sido tan duro como las ganas que tengo de besarla y lo mucho que me cuesta contenerme.

Estoy bien jodido.

Llevo mucho tiempo bien jodido.

—Por favor —susurro.

Entonces me tiende el vaso y me guiña un ojo.

—Buen chico.

Sigue de largo y me quedo ahí, parado, sin ganas de beber, pero con mucha hambre.

Mucha mucha hambre.

CAPÍTULO 7

Las cosas del querer

Aaron



Otra noche en el Slam Dunk Deli, porque esa es nuestra costumbre desde que soy capitán. No somos solo un puñado de jugadores que tienen un fin y que ansían ganar, somos un equipo, un grupo de amigos, personas que compartiendo momentos se convierten en algo más, y ese vínculo es importante porque une.

Más de lo que pensáis.

Asher tenía razón. Cuando di un paso al frente y decidí abandonar los Wild Warriors hace poco más de tres meses, lo hice a sabiendas de que iba a perder mucho. Demasiado, quizá, y que ese paso, que para algunos no significaría nada o que simplemente sería la oportunidad para crecer y ser la estrella en otro equipo, para mí acabaría siendo una pérdida. Y mi hermano era consciente de ello.

El teléfono vibra dentro del bolsillo de mi pantalón y lo saco solo para comprobar que no es Blue, que no me necesita. Es mi padre. Otra vez.

—Esta es la quinta llamada —le susurro a Caleb, que ocupa el asiento derecho.

A mi izquierda está Ben, en silencio. A veces me pregunto por qué acude cuando la mayor parte de las veces permanece callado, se limita a sonreír y asentir. Poco más.

—Deberías cogerlo y enfrentarte a eso de una vez, ¿no crees? Evitarlo no soluciona las cosas —me recomienda.

—No lo evito. —Alza una ceja, escéptico—. Lo evito —concluyo justo antes de chasquear la lengua.

—¿Sabe eso Ash?

Llevo la vista hacia el frente, donde mi hermano está bromeando con Kai y con Cassie, porque puede que ella ya no trabaje para nosotros, pero se ha convertido en una más del equipo. A ninguno nos importa que esté aquí porque, además, nos da la oportunidad de meternos con Asher cuando lo reprende por algo y el chico malo baja la mirada como si le hubiese caído la bronca del siglo.

Ni en mis mejores sueños pensé que pudiese ver esto. Y me alegra.

—Sí, claro, lo sabe. No tenemos secretos y no pienso joderlo todo de nuevo.

—Tienes que dejar de castigarte de una vez.

Niego en repetidas ocasiones y extiendo la mano hasta que sujeto mi botella de agua y me la llevo a los labios. De pronto tengo sed.

—No supe protegerlo como se merecía, Caleb —concedo. Aparta la mirada porque él también tiene esa sensación, carga con esa culpa a su espalda—. ¿Y tú?, ¿cómo estás tú?, ¿y Jackie?

Imita mi gesto y va a por su botella de agua. Caleb es uno de mis mejores amigos, no solo porque tenemos un carácter muy similar. Ambos somos un tanto reservados, discretos y bastante tímidos a pesar de lo que se pueda pensar de nosotros. Hace años que compartimos una amistad: lo que ha unido el *hockey* que no lo separe lo que sea que tenga que separarnos.

—No contesta a mis llamadas y tampoco abre la puerta cuando intento visitarla. Es… La he perdido por completo, Aaron —me explica.

—No digas eso, tú la quieres, Cal…

—¿Y de qué me vale eso si no he sabido demostrárselo?

Caleb suelta el aire con fuerza, como si llevara horas reteniéndolo. No es un tipo dramático, nunca lo ha sido, pero lo que le está pasando lo tiene completamente desarmado. Y no puedo culparlo. Conozco esa sensación. La de perder algo sin darte cuenta hasta que es demasiado tarde. O la de casi perderlo todo por no ser valiente.

—Estábamos viviendo juntos, Aaron —admite en voz baja, lo suficiente para que solo yo pueda escucharlo entre el ruido del local,

me giro solo para comprobar que los chicos siguen a lo suyo, solo me encuentro con la mirada de Ash que asiente entendiendo que esta conversación es íntima y personal—. Compartíamos techo, cama, compartíamos todo menos una vida. ¿Y sabes qué? Llegó un punto en el que ella y yo nos convertimos en compañeros de piso. No en una pareja, no en amigos ni confidentes, sino en dos personas que pagaban un alquiler a medias y ya.

Sé que le cuesta decirlo porque la etiqueta pesa: «compañeros de piso». Es lo contrario a lo que él siempre ha querido con Jackie. Lo observo de reojo y descubro que le tiemblan los dedos alrededor de la botella.

—Y no fue de un día para otro. Fue lento, joder. Tan lento que no me di cuenta. Entre los entrenamientos, los viajes, el intentar mantenerme entero para no decepcionar a nadie, dejé de verla. O quizá dejé de mirarla como se merecía que lo hiciese.

—Caleb… —susurro, sin saber muy bien cómo llegar hasta él. Solo tendiéndole una mano o un hombro, porque eso es lo que hacemos los amigos. Lo que hacemos nosotros.

—Jackie me decía que me echaba de menos, aun estando a un metro de distancia. Y yo la escuchaba, claro que la escuchaba… Siempre pensaba que podríamos arreglarlo en otro momento. Tal vez más adelante. Que todo iría a mejor, que todo se alinearía en un tiempo. —Sonríe sin humor y eso me rompe un poco el corazón porque Cal es una de las mejores personas que conozco y Jackie también lo es—. La buena racha nunca llegó.

Me meto los dedos entre los mechones de pelo, desordenándolos, incómodo por el nudo que le aprieta la garganta. No es mío, pero se me instala igual, como si lo fuera. Quizá porque lo que le ocurre a Caleb es un espejo de millones de cosas que no quiero enfrentar.

—¿Quieres contármelo? —pregunto al final y sé que sabe de qué hablo, a qué me refiero.

—Tenía algo preparado. —Se ríe con amargura—. Un plan simple, solo un par de horas para los dos. Una cena, nada especial, bueno, para nosotros sí. Era una forma de recordarle que todavía estaba ahí. Hubo un entrenamiento extra. —Suspira resignado—. Y luego una reunión. Y después estaba tan cansado que solo quería

ducharme y dormir. —Me observa de lado con la derrota bailándole en los ojos—. Cuando llegué, ella ya no estaba.

—¿Sin más?

—Sin más. —Caleb traga saliva—. Me dejó una nota en la mesa: «Te quiero, Cal, pero ya no puedo más».

Me quedo helado. Sabía que se habían separado porque Caleb lleva unas cuantas semanas apático, distante, y cuando he querido preguntarle simplemente evitaba el tema.

No sé qué añadir ni cómo consolarlo. No sé cómo arreglarlo. Solo sé que Jackie no es de las que tiran la toalla con facilidad y también sé que nadie aguanta sintiéndose invisible durante demasiado tiempo.

—Eso no significa que no podáis arreglarlo —murmuro—. Te quiere. Lo sabes, te lo ha dicho.

—¿Y si no es suficiente? ¿Y si yo no lo soy? —replica él. Su voz suena rota, derrotada—. No abre la puerta. No contesta. No me dirige una sola palabra. Y no la culpo. Porque echo la vista atrás y creo que también me encerré en mí mismo.

Se recuesta en el asiento y cierra los ojos un segundo, como si las luces del local fueran demasiado intensas para lo que lleva dentro.

—La echo de menos —admite finalmente, y esa frase le sale tan desnuda que me golpea a mí también—. Echo de menos mi casa, sí, pero, sobre todo, echo de menos mi casa con ella. Su risa, su forma de enfadarse, sus calcetines tirados por todas partes. Echo de menos que me pregunte si he comido. Echo de menos que me espere despierta solo para darme un beso antes de dormir. —Sacude la cabeza rememorando cada escena—. Y lo peor es que no sé si ella también siente esa ausencia como un vacío o si está mejor sin mí.

No tengo respuestas. Ojalá las tuviera. Lo único que puedo hacer por él es esto: estar sentado a su lado, escucharlo, aconsejarlo e infundirle ánimos.

—Cal… —empiezo.

—No me digas que todo se arreglará —interrumpe con una media sonrisa cansada—. No necesito esperanzas vacías. Solo sé que no quiero perderla de verdad, ¿sabes? Ni tampoco quiero presionarla.

Ya lo hice bastante cuando esperaba que aguantara todo sin que yo moviera un solo dedo.

Su sinceridad lo desarma. Y a mí también.

Al final, solo le apoyo la mano en el hombro. Un gesto pequeño y lleno de firmeza.

—No estás solo —le digo—. Vamos a pensar en cómo hacerlo bien esta vez.

Caleb asiente sin mirarme, tragándose la emoción y creyéndose mi consejo. Y, justo cuando creo que vuelve a cerrarse sobre sí mismo, lo escucho murmurar…

—Ojalá pueda demostrarle que todavía sé elegirla.

CAPÍTULO 8

De cuando la vida te atropella

Blue



—Quien tiene buen día no puede tener una buena noche.

Si no tuviese un poco de paciencia, gracias a Juniper y los seis años que lleva tirando de una cuerda que en un principio pensaba que era muy muy fina y ha resultado ser la más elástica del mundo, le estaría cruzando la cara a Xavier por lo que acaba de soltar.

—Uhhh, problemas en el paraíso.

Le hago una peineta a ambos mellizos mientras avanzo sin dedicarles ni una sola palabra.

Maddie y Carson están en la cocina bailando, y mi hija, que ha entrado sin dudar y ha corrido en su dirección, está apoyada en la mesa dando palmadas al son de la música. Solo por esto, por cosas así, todo vale la pena.

—Llevan así un rato —me cuenta Noah, que se coloca en el otro lado del dintel, con las piernas y los brazos cruzados. Apuesto a que a él también le resulta precioso este instante.

—Déjalos, al menos ellos son felices.

—Lo de «problemas en el paraíso»…

—¿Quieres una muerte lenta o rápida? —le pregunto.

—Ninguna de las dos —se defiende Noah—. Tengo mil y un planes con Gillian y necesito estar vivo para llevarlos a cabo —me explica.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —tantea Xavier, que se ha acercado hasta situarse al lado de su hermano.

Niego en un par de ocasiones, suspiro y avanzo algunos pasos para abrazar a los padres de Cassie y, de paso, agradecerles que se hayan quedado con la niña hoy y que la hayan recogido en el cole para poder trabajar.

Llevo una semana de turnos interminables, una semana en la que no he parado de encadenar un trabajo con otro y estoy llegando a un punto en el que el agotamiento empieza a ser real. Hay épocas en las que lo llevo bien, aunque la realidad es que no es tan sencillo como parece.

La vida nunca lo es, ¿no?

—Solo necesito una noche de sueño reparador, una noche de paz, una noche para mí y solo para mí.

Cassie me rodea por la cintura cuando termino esas palabras. Sé que es ella por su característico olor a cítricos. Ni siquiera la he oído llegar.

—¿Quieres contármelo? —me pregunta dando a entender que ha escuchado lo que he expuesto.

Asher y Aaron se cuelan también en la cocina. El capitán de los Wild Warriors me regala una sonrisa taimada y se ruboriza un pelín cuando lo hace, como si estuviese mal. Yo me limito a mover los dedos y a sonreírle con suficiencia. Me pone de buen humor lo tímido que es.

—¿Blue? —Cassie chasquea los dedos frente a mis ojos.

—No quiero hablar de esto con Juniper por aquí —sentencio y la señalo.

Está a un par de pasos, siguiendo las indicaciones de Carson sobre cómo ayudarle con las costillas y cómo esparcir por encima de ellas su famosa salsa de chile. La que asegura que no pica en absoluto y vaya que si lo hace.

Cassie inspira y alterna una mirada entre Asher y yo.

—¿Qué? ¿Ahora os comunicáis por pensamientos o algo así? —pregunto cuando se marcha hacia donde está mi hija, se remanga la camisa y se pone manos a la obra junto a ella. Él sí que sabe distraerla.

—Le tiene tan absorbido el cerebro que es incapaz de pensar por sí mismo —suelta Xavier, que toma asiento en otra silla, no muy lejos de donde me encuentro yo.

—Calla. —Cassie le da una colleja.

—Auuu. Joder, es coña.

—La colleja también lo es. —Le regala una sonrisa de ser la menos culpable del mundo que no se cree ni por asomo. Yo tampoco.

Aaron ocupa el asiento que hay a mi derecha y palmea la silla para que me siente a su lado. Le sale tan natural y es un gesto tan sencillo y cotidiano que por un instante todos guardan silencio sin entender si es que hay algo que ha cambiado.

Niego y lo hago porque me veo en el deber de hacerlo. Ya lo que me faltaba es echar más leña al fuego. En otras circunstancias me metería con él, le soltaría alguna pulla sobre si no prefiere que me siente en su regazo e incluso pasearía un dedo por su pecho, dejando marca, a ser posible. Pero hoy no es el día y no me acompaña mi humor.

—¿Quieres contarnos lo que pasa?

Se forma un corrillo de cotillas. Xavier, Noah, Cassie, Aaron y yo nos echamos hacia adelante en la mesa, nos acercamos tanto que se entremezclan las voces y nuestras manos, las de todos, casi se rozan. De hecho, la de Aaron sí que toca la mía. Y, sin querer pensar demasiado en ello, me reconforta.

Y, en otras circunstancias, tendría pensamientos impuros con ella.

—La profesora de Juniper me ha citado en el cole el lunes.

Suficiente información.

—¿Por qué? —pregunta Aaron. Me giro hacia él y lo observo unos instantes de más. Tiene unos ojos tan azules que eclipsarían cualquier cielo despejado y, por si eso fuese poco, sus labios van en sintonía—. Es que… —se disculpa y eso me enternece un poco—. No lo entiendo.

Mi mejor amiga cruza una mirada conmigo, me está preguntando si de verdad quiero compartir esa información con él, porque, bueno…, es el recién llegado, ¿no?

Asiento para que entienda que no me importa, un gesto apenas perceptible para todos que Cassie sí que sabe interpretar porque hemos compartido mucho, muchas cosas en muchos años, así que ese lenguaje que tiene con Asher ha formado parte de nosotras desde siempre.

—Juniper es disléxica, Aaron —le explico.

Abre la boca y, en última instancia, la cierra. No tiene ni idea de lo que significa, no el término en sí, sino la situación, y no lo culpo, que conste, no lo hago.

Coloco una mano sobre la suya y el gesto me sale innato, nos hemos convertido en buenos amigos, ahora también en vecinos y, para colmo, nos vemos bastante en el estadio, imagino que debe de estar preguntándose el motivo por el que no he compartido nada de esto con él antes.

—No es algo de lo que hable mucho. No porque me avergüence de ello ni de ella. —Me refiero a Juniper—. Sino porque es un peso invisible que aplasta, sobre todo, cuando pasan estas cosas, cuando tengo reuniones en el colegio en las que dejan entrever que no saben cómo ayudar a mi hija o esos días en los que mi pequeña llega mal a casa. Porque se ríen de ella, porque se burlan o porque se siente menos que los demás. Sobre todo, cuando sucede esto último.

—¿Por qué? No es diferente.

—Sí que lo es —lo contradigo—. Y ella lo sabe. La intentamos ayudar a gestionarlo. Hago lo que puedo con los medios que tengo.

—Por eso trabajas tanto —rumia él.

Cassie y yo nos observamos una vez más, y yo me limito a asentir otra vez.

—Entre otras cosas.

Con un padre ausente, una madre que intenta que su hija no note esas carencias y la vida, que no es poco.

—Blue la lleva a un equipo multidisciplinar, un equipo especializado. Lo bueno es que se ha detectado con tiempo y se puede hacer mucho —explica Xavier desde el otro lado de la mesa—. Y Juniper se lo toma como un juego.

—La detección temprana es un factor clave para poder ponernos manos a la obra. Practicamos en casa y en el cole hacen lo que pueden con los medios disponibles.

Aaron tiene todos sus sentidos puestos en mi explicación.

—Y, si el colegio es consciente de ello…, ¿por qué pones esa cara ante una reunión?

—Porque que estén al tanto no quiere decir que sea un camino de rosas. A veces las cosas se complican, y Juniper se viene abajo. O se encierra en sí misma cuando los demás se burlan de ella porque no lee de forma correcta, porque va más lenta y porque tiene otro ritmo. Son niños…

—Son unos pequeños cabronazos —suelta Noah sin tapujos.

Alzo los hombros, no es que los esté justificando, pero sí que lo hago un poco.

—Son niños —insisto repitiendo mis últimas palabras.

Aaron alza la mirada y parece encontrar algo interesante en el techo, hasta que, de pronto, la aparta y observa a Asher, que sigue entretenido con mi hija, enseñándole cómo hacer una trenza con una masa de hojaldre.

—¿Qué pasa?

Aaron juega con la cabeza y, en esta ocasión, intercambia un gesto con mi amiga. Cassie niega, y Aaron carraspea, se incorpora y se marcha hacia donde se encuentra su hermano.

—¿Y ese cambio?

—Cosas del pasado, ya sabes…

—De su familia —convengo yo cayendo en la cuenta de lo poco que sé sobre Prescott Maddox en particular y de los Maddox en general.

Tal vez haya muchas heridas ahí sin sanar y de pronto lo observo con otros ojos y lo imagino de pequeño, perdido, sin saber cómo enfrentarse a esas cosas. Porque la vida no es de color de rosa para nadie. Ni siquiera para el capitán del equipo.

Xavier y Noah extienden la mano y la colocan sobre la mía.

—Si tenemos que cargarnos a algún renacuajo, no me temblará el pulso —suelta Noah.

—Nada de amenazas de muerte…

—Pero…

—He dicho —repite Cassie— que nada de amenazas de muerte.

—Secundo la moción —añado.

—Cómo fastidian la diversión estas dos, ¿ehhh? —Nos señala Noah—. Y me sorprende de ti, Blue…

—Son niños —insisto para que se entienda.

Porque de veras que lo son, a pesar de que estén haciéndole daño a mi pequeña. Solo tengo que enseñarla a protegerse, como lo hago yo. Como he aprendido yo.

CAPÍTULO 9

Estado civil: capullo
Blue



—Estás convirtiendo esto de acompañarme a casa en una tradición, Maddox. ¿Hay algo que no me estás contando?, ¿algo sobre lo mucho que te gusta pasar tiempo conmigo, por ejemplo?

Aaron aprieta las manos alrededor del volante y es esa toda la respuesta que obtengo de él.

Vale, es oficial, ha visto partes de mí que no estaba preparado para conocer. Y ahora es cuando llega la hora de cagarse encima, como suelen hacer todas las personas que me rodean, sobre todo, cuando se dan cuenta de las responsabilidades que cargo, de que soy humana y siento y padezco como todos los demás. Blue no es solo una simple cara bonita —una muy bonita, ya puestos— que sonríe y tiene respuestas mordaces para dar y regalar. Así que, sí, la vida me ha empujado a esconder esa parte más humana en lo más profundo de mi ser porque…, porque estoy cansada de perder a todo el mundo y sentirme sola.

Y batallar sola. Blue contra el mundo, o eso dicen.

—O tal vez estás decepcionado porque nos sentamos muy lejos en la cena. Si es eso, tranquilo, Aaron, que sigues siendo mi favorito.

Carraspea y vuelve a apretar las manos.

—¿Tu favorito? —interviene Juniper. Se inclina hacia adelante todo lo que le permite el cinturón y alterna la mirada entre Aaron y yo—. ¿Él tampoco es un capullo? —suelta sin más. Con una naturalidad pasmosa, que conste en acta. Y me la comería a besos por romper el momento incómodo que se ha establecido. La inocencia de los niños, nada como eso.

—No lo sé, todavía lo estoy decidiendo, ¿tú qué crees? —respondo llena de condescendencia.

Nada, ni un gesto.

—Pues veamos… —Hace una pausa y analiza la situación. Esa es mi pequeña lianta—. Es guapo, mamá. No tiene esas cosas que le cubren la piel a Asher, pero sí que tiene el mismo color de ojos. Y es tan alto como él.

—De hecho —interviene Aaron por primera vez—. Lo soy más.

Guauuu. Si habla y todo.

—Lo es más —repite mi hija dándole la razón. Sonrío porque sí que lo es—. Y es guapo. —Esto… dejémoslo en pausa por ahora.

—Eso también lo soy más —intercede y es la primera vez desde que les conté todo, desde que regresó a la mesa y guardó silencio dando pequeños bocados a su cena, que su tono vuelve a ser un poco más amigable y menos impersonal—. Mucho más diría yo.

—La chulería me pone —añado.

«Vaya, Blue, tú sí que sabes romper la barrera del espacio tiempo sexapil. En eso, matrícula, maja».

—¿Qué te pone? —pregunta mi hija y caigo en la cuenta de que este tipo de comentarios no tienen cabida en esta conversación.

Al final tendré que castigarme, sin embargo, me gusta tanto que Aaron vuelva a ser él mismo que…, en fin, no puedo evitarlo.

—Es una forma de hablar, ya sabes, una frase hecha.

—Ahh, como cuando dices: «La vida es dura, pero yo lo soy más».

—Eso es —admito sin dudar, porque es un buen ejemplo. Uno cojonudo, de hecho.

—O cuando me cuentas que te cae bien la gente si esa gente soy yo y los demás no tanto.

—¡Sí!

—O cuando me aseguras que no eres una mandona, sino que tienes ideas mejores y más rápidas que yo.

Ya no me está haciendo tanta gracia.

—O cuando…

—Nos ha quedado claro —la interrumpo antes de que continúe.

—No, no, déjala, me lo estaba pasando en grande —interviene Aaron, que mete el coche en el garaje y se acerca a su plaza.

—Mamá no se enfada, solo proyecta sus emociones y lanza dardos con la mirada.

Me cruzo de brazos porque aquí hay dos que se lo están pasando en grande a mi costa.

—Oye, Juniper, ¿seguro que quieres que mañana montemos ese puzle en el suelo del salón? Porque empieza a peligrar —le advierto.

Aaron dirige la vista hacia mí y niega en repetidas ocasiones.

—Así que eres de esas a las que les encanta sacarle los colores a los demás, pero resulta que no te gusta que se metan contigo, ¿ehh?

—¿Eso que escucho es una provocación? —tanteo abriendo la puerta para ayudar a Juniper a quitarse el cinturón y bajar del coche —. Porque yo soy la reina en ese juego, no puedes hacer nada contra mí.

—Eso ya lo has dejado más que claro —asegura él, que aparta la vista con rapidez de… ¿Estaba observándome el pecho? Es decir, ¿me estaba mirando las lolas?

—¿Ves algo que te guste? —lo pincho, y las puntas de las orejas se le ponen de un color rojo muy *cute*.

Blue, uno. Aaron, cero.

—Entonces, mamá, ¿Aaron es un capullo o no lo es? Porque todavía no me queda claro. A mí me gusta, me cae bien, le arregló el ojo a mi peluche. —Hace un puchero—. Es un buen cirujano. ¿Por qué decidiste ser jugador de *hockey* y no arreglador de peluches?

Juniper da la vuelta y se acerca hasta donde se encuentra el capitán del equipo, que le tiende la mano a mi hija y, ante mi estupefacción, ella la sujeta como si ese gesto lo llevase a cabo todos los días y a todas horas. Permitidme que me quede unos segundos en trance porque…, porque es bonito ver el vínculo que establecen y es probable que se me haya metido una pestaña en el ojo, joder.

—Es una larga historia.

—No tengo mucho tiempo porque es tarde y mamá seguro que me obliga a lavarme los dientes y meterme en la cama desde que cruce la puerta de casa, pero tenemos algunos pisos para que me hagas un resumen. ¿Eres capaz?

Sonrío orgullosa, porque puede que Juniper tenga dificultades para leer, sin embargo, os garantizo que es buena en comprensión y en dejar a cuadros a todos los presentes. Incluida a mí misma. Porque así es como me siento por diversos motivos.

El teléfono de Aaron suena en el bolsillo de su pantalón de chándal. Lo saca, lo mira, frunce el ceño y bloquea de nuevo la pantalla antes de guardarlo donde estaba. Camino a unos pasos, marcando distancia, aunque no tanta como para no escuchar su conversación.

—Lo tuve claro desde siempre, quizá fuese un poco mayor que tú, no lo recuerdo con certeza. Lo que tenía claro es que, cuando fuese mayor, quería jugar en un equipo.

—¿En un equipo con un lobo? —insiste mi hija, porque es como yo, cuando quiere información no para hasta que la obtiene.

Aaron se ríe y niega. Las manos siguen unidas y ni siquiera la suelta cuando toca el botón del ascensor.

—No se me había pasado por la cabeza en qué equipo iba a querer jugar, solo que quería ser jugador de *hockey* —explica para que ella lo entienda.

Lo de la pestaña se está quedando ciertamente corto.

—Admítelo, Aaron, lo que querías era ser el chico guapo por el que todas las conejitas del *stick* suspirasen. —Que conste en acta que no le costaría nada que así fuese. De hecho, me sorprende que no lo sea.

¿Es un piropo? Por supuesto que sí. Al César lo que es del César, ¿no?

Para mi sorpresa, él suelta una risilla. Una que, por cierto, me descoloca.

—¿En esas conejitas estarías tú incluida?

Doy un par de pasos atrás y choco contra la pared del ascensor, cosa que agradezco porque trastabillar…, pues no está contemplado.

—¿Eso ha sido…? —¿Aaron Maddox sabe coquetear siquiera?

Estupefacta, perpleja, atónita, pasmada… Y puedo seguir si queréis, que soy como la Wikipedia de los adjetivos para definir mi *shock*.

—Aaron… —Mi hija le tira de la manga de la chaqueta, y él aparta la vista de mi persona, cosa que agradezco porque… tengo que recuperarme de este instante, por favor y gracias—. Entonces, ¿cómo sabes lo que quieres ser de mayor?

El sonido del ascensor al llegar a mi planta resuena en la estancia y las puertas se abren. Juniper lo arrastra fuera porque para ella esto es importante y me alegra que Aaron no haya buscado cualquier excusa para salir pitando de allí.

—Simplemente lo sabes. No tiene por qué ser ahora, peque… —Joder, joder, joder, joder—. Llegará el día en el que lo sepas. Puede que quieras ser catadora de helados, susurradora de cabras —añade, y mi hija arruga el ceño ante esta opción y, tras eso, suelta un «puaajj» que secundo sin dudar—, probadora de colchones, abrazadora profesional o inspectora de toboganes.

Madre mía, este hombre puede conseguir que los ovarios se pongan a dar palmadas dentro de mi cuerpo. Hablo en serio.

—Mamá, ¿tú crees que puedo ser catadora de helados?, ¿de helados de chocolate? ¿Puedo ser catadora de helados de chocolate que se sube por las paredes?

Mi gesto se dulcifica y me acerco a ella para responder. Sin embargo, cuando estoy a punto, es Aaron el que le revuelve el pelo y atrae su atención una vez más.

—Si me preguntas a mí, al capullo de tu vecino, diría que puedes ser lo que quieras ser.

—¿Y mamá? —Me señala.

Nunca le he hablado de por qué trabajo en una cafetería, por qué me dedico a la hostelería, por qué tengo tantos empleos que me faltan horas, y es este instante en el que me doy cuenta de que mi hija crece y no es necesario que lo verbalice porque empieza a entenderlo todo.

Dulcifico una vez más el gesto, me arrodillo y me sitúo frente a ella.

—Yo tengo la mejor profesión del mundo.

—¿Camarera? —inquiere mi hija sin entenderlo.

—Madre —responde Aaron por mí.

Booom.

Y así, señoras y señores, es como suena un corazón que implosiona.

Y es ese jugador de *hockey* el que lo ha conseguido.

Estado civil: bien jodida.

CAPÍTULO 10

Toc-toc. ¿Quién es?
Aaron



—Empuja, cariño… ¡Empuja! —Escucho cuando cuelo parte de la cabeza por la rendija que Blue ha dejado entreabierta.

No sé si lo ha hecho aposta o no, lo que sí sé es que no he podido evitar acercarme mientras descendía por las escaleras con la intención de pasar por delante solo para comprobar si estaban en casa y regresar a la mía con el rabo entre las piernas.

No, ese rabo no, aunque también.

Sí, esa es la clase de chistes malos por los que podría morir apaleado, no me lo tengáis en cuenta.

—¿Así, mamá?

—Así —insiste mi vecina.

Vale. Lo siento. Culpable de todo cargo o, lo que es lo mismo, culpable de empujar la puerta y meter la cabeza cada vez más, seguido del resto del cuerpo, dentro del apartamento.

Todo está desordenado y no es que a estas alturas me sorprenda porque conozco a Blue lo suficiente como para saber que es un desastre en muchos sentidos, pero, en lo referente a la niña, es la mejor.

—Casi casi ha entrado. Casi, Juniper.

Cuando las localizo en el salón veo cómo Blue da pequeños saltitos, y Juniper sonríe con tanta fuerza que le veo parte de las encías y diría que hasta de las amígdalas.

No me siento para nada culpable por ser un pervertido que observa a su vecina a hurtadillas mientras lleva puestos unos

pantalones de pijama cortos y una camiseta de tirantes finos. Solo una puta camiseta de tirantes finos. Entended a lo que me refiero.

Carraspeo y, gracias a mi poca inteligencia, ya sabemos hacia dónde se ha ido la sangre. Ambas me localizan como el tontorrón de turno en el que me he convertido.

—Hola —saludo.

Puestos a ser un imbécil, al menos educado, ¿no?

—¿Qué haces ahí? —pregunta Blue y sonríe, saca pecho y la muy listilla me está pinchando.

«No bajes la vista, campeón. No te la comas con los ojos, campeón. No hagas el paleto, campeón».

Justo todo eso es lo que hago, para mi vergüenza y su regocijo.

—¿Ves algo que te guste? —pregunta.

No es la primera vez que me formula esa pregunta y tampoco es la primera vez que me sonrojo ante su descaro.

Suelto una risilla nerviosa, sin embargo, no respondo. Obvio que no lo hago porque la respuesta es evidente —¡y tanto que sí!— que sería afirmativa.

Me gusta todo, ¿lo entiendes?

Vaya galán de pacotilla.

—¿Qué hacéis? —Camino hacia donde ambas se encuentran, y Juniper baja la vista hasta señalar mis zapatos.

—Nada de eso aquí —apunta la pequeñaja.

Las observo y están descalzas, descalzas, y Blue medio desnuda o lo suficiente para que mi mente perturbada la imagine de rodillas, suplicando por mi polla…

—Apuesto a que tu color favorito es el rojo, Maddox.

—¿Por? —No entiendo este cambio de tema, pero se lo agradezco.

Blue se acerca un par de pasos, me coloca una mano sobre el hombro, y que me tiembla hasta la raya del pelo es una explicación bastante acertada, para que nos entendamos.

—Porque estás siempre sonrojado. O caliente… ¿Estás caliente y es eso lo que te pasa?

Respira.

Cuenta hasta mil.

Ovejas trasquiladas.

Uñas contra una pizarra.

El *stick* de Caleb pegado con cinta sudada y amarillenta.

Caleb desnudo.

Mi hermano desnudo.

La cosa mejora por momentos.

—¿Te lo estás pensando?, ¿es eso, Aaron?

Lo que me gustaría bajarle los humos a esta chica, joder.

—Es el azul —respondo recuperando la compostura—. ¿Y el tuyo?

—El rosa —responde sin dudar.

Y el colmo de los colmos es que piense que no hay nada más cierto que eso porque así son sus labios y me juego lo que sea a que también lo son sus pezones.

—Te pega.

—Ay, cariño, por supuesto, porque conmigo combina todo.

Juniper suelta una risilla, y vuelvo a la realidad de golpe. Me quito las zapatillas y me dejo caer de rodillas al lado de la pequeñaja para prestarle atención a sus explicaciones.

—Estamos haciendo un puzle de quinientas piezas. Mamá me lo compró la semana pasada porque me encantan los puzles. Y también me gustan mucho los libros —me explica.

—Pues tal vez puedas enseñarme algunos de tus favoritos después de terminar con este puzle, ¿qué te parece?

—¿Te gustaría terminarlo con nosotras? Aunque debes saber que mamá no está haciendo nada.

—¡Oye! —protesta Blue—. Soy la mejor dando ánimos.

—Es la mejor solo en eso —admite la pequeña sin pudor alguno.

—Eso debe de doler.

—No te creas —continúa—, llevo peor lo de la sopa. Para los rompecabezas siempre he sido nula, admitirlo es el primer paso.

—Mamá tiene muchas normas —me cuenta Juniper.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Por ejemplo, siempre hay que recoger después de jugar.

—Esa norma es lógica, aunque no viniendo de ella. —La señalo y, en esta ocasión, me gano un golpe en el costado.

—No dar golpes —añade la pequeña al darse cuenta de la jugada de su madre—. Porque mamá asegura que se hace más daño con la

inteligencia que con el puño.

—Eso es cierto.

—Pero tú das muchos puñetazos. ¡Y Asher! —Juniper se incorpora y se coloca las manos en la cintura. Ese gesto me recuerda tanto a Cassie que me saca una sonrisa de inmediato—. Asher sí que se mete en líos.

—Es su segundo nombre. De pequeño ya lo hacía.

—Así que tú eras el chico bueno —replica Blue y sé que es una broma, pero es inevitable sentir ese regusto amargo que me dejan sus palabras.

—Supongo. —Me alzo de hombros.

Blue se sitúa a mi lado, también apoyada sobre las rodillas y con las piernas bajo el culo. No debería estar comiéndomela con los ojos y, en fin, aquí estamos.

—Créeme, corromper a los buenos es más divertido. —Acompaña esas palabras con un guiño de ojo.

—En ese caso, yo soy el mejor —suelto sin pensar y de inmediato me arrepiento de mis palabras porque…, porque sigue siendo ella y porque no puedo evitar lo que siento cuando la tengo cerca y es mucho peor cuando no la tengo al lado.

Blue se ríe bajito, ese sonido que me arranca media vida cada vez.

—Eso está por ver, Maddox —murmura y vuelve al puzle como si no acabara de soltarme una bomba en forma de provocación.

Y esa es Blue, la que es capaz de darte una de cal y una de arena.

Y todas y cada una de esas versiones me encantan.

Juniper, ajena a la combustión espontánea que provoca su madre en mi persona, levanta una pieza con forma de esquina.

—Esta va aquí. Mamá asegura que siempre hay que empezar por los bordes, aunque luego se salta sus propias normas —la acusa, tan seria que parece una miniárbitra.

Esta niña es capaz de lo que se proponga. De convencer a un sediento de no beber, sí.

—Eso no es verdad —protesta Blue, pero no tiene ni una pizca de convicción.

De hecho, tiene una pieza en la mano que claramente no encaja donde insiste en colocarla.

Es un desastre. Un desastre maravilloso.

—Blue, esa pieza pertenece al cielo —señalo—. Estás intentando unirla con un árbol.

—Creatividad, cariño. Se llama creatividad visual. —Y sonríe, esa sonrisa que me desarma y desmonta y vuelta a empezar.

Trago saliva.

No pensar en sexo. No ser un pervertido. No comérmela con los ojos.

La pieza que sostiene me roza los dedos cuando se acerca demasiado para enseñármela. Huele a jabón de vainilla y a desastre de proporciones épicas.

Estoy perdido.

—Aaron… —me llama Juniper, dándome un pequeño tirón de la camiseta para recuperarme del trance—. ¿Por qué suspiras?

Porque tu madre es un problema con piernas. Porque mi cerebro va por libre.

Porque el universo se ríe de mí cada vez que entro en esta casa y me acerco a ella.

—Estoy pensando —respondo neutral o al menos lo intento.

Blue arquea una ceja que debería ser registrada como arma de destrucción masiva.

—¿En qué?

Cierra la boca, Aaron. Cierra la…

—En esponjas de gimnasio —improviso. Qué vergüenza—. Ya sabes. Que huelen fatal. Tan mal que deberían prohibirse por ley.

Blue parpadea. Luego sonríe de forma lenta, perezosa, como si acabara de descubrir algo divertido.

—¿Seguro que eso es en lo que estabas pensando?

—Por supuesto —miento mientras busco una pieza cualquiera para fingir concentración—. Absolutamente. De hecho, estaba justo recordando esa vez que Caleb dejó la suya en el vestuario y casi me desmayo en medio del baño.

Juniper se tapa la nariz de forma teatral.

—Puaj. Qué asco.

Blue me mira, ladeando la cabeza.

—Tu cara asegura que no estabas pensando en esponjas. —Su voz baja un poco—. Tu cuello también. Está rojo.

Genial. Perfecto. Me encantaría evaporarme.

—Mamá —interviene Juniper, y agradezco que me salve del ahogamiento por metedura de pata—, ¿le puedo enseñar a Aaron mi libro favorito cuando terminemos?

Blue me examina un segundo más, está claro que disfruta de mi tormento. Entonces ladea la cabeza, observa a su hija y cambia el chip.

—Claro que sí, Juniper. Aunque, espera, necesito que respondas una pregunta muy importante. —Me observa de arriba abajo, desafiante.

—¡Yo se la hago! ¡Yo se la hago! —grita la pequeñaja poniéndose en pie, emocionada.

—Adelante —la animo. A ambas, ya puestos.

—¿Estás preparado para entrar en el club literario más exigente del mundo?

Suelto una risilla. Blue se cruza de brazos, y Juniper aguarda. Todavía no le ha salido la paleta y está la mar de graciosa sin ella.

—Puedo intentarlo —respondo con solemnidad.

De hecho, me llevo la mano al pecho y todo.

—No vale con intentarlo —asevera Juniper con autoridad—. Tienes que hacerlo muy bien. Y no puedes reírte de los dibujos. Ni de mí —añade.

Blue tuerce el gesto y la conversación de anoche regresa con fuerza.

—Prometo no reírme de nada —aseguro lleno de convicción.

—Nosotras tampoco nos reiremos de ti.

Juniper extiende la mano, y ladeo la cabeza intentando procesar lo que quiere que haga. Blue la coloca encima, haciendo una pequeña montaña, y entonces dos pares de ojos negros se clavan en mí. No dudo. Ni un poco siquiera.

—Ahora formas parte de nuestro grupo selecto y tenemos unas normas que cumplir —me recuerda Juniper.

—Recibido —añado.

Me coloco a su lado para seguir el puzle, hombro con hombro, demasiado cerca para estar tranquilo y demasiado lejos para calmar mis ganas.

—Pues venga —dice Blue, tocándome la rodilla con la suya sin necesidad ninguna—. Empecemos por los bordes. O por el cielo. Depende de si quieres seguir mis normas o marcar las tuyas propias.

Y ahí estoy otra vez, perdido en ellas, queriendo ser bueno y deseando que Blue me corrompa.

CAPÍTULO 11

Blue

Las hormonas revolucionadas



—Y este es de una princesa que se enamora del dragón malvado, solo que… No te lo vas a creer —susurra bajando la voz mientras le explica a Aaron otro cuento más. Yo me he alejado unos pasos. Mi vecino lleva en casa unas cuantas horas, más de lo habitual, y me siento extrañamente cómoda con él merodeando por aquí—. El dragón no era malo, solo estaba enfadado con el mundo porque lo habían castigado por algo que no había hecho.

Aaron se lleva las manos a la boca ahogando un gemido, como si viviese el cuento desde la perspectiva de un niño de seis años.

No puedo evitar sentir esa ternura infinita cuando veo cómo le pregunta a Juniper cómo encontró ese cuento, cuántas veces lo ha leído y si ella preferiría ser la princesa de la historia o la villana.

—La villana principesca —le responde.

Suelto una carcajada desde la cocina mientras troceo algo de verdura. Aaron alza la vista y me mira unos segundos de más. Me encantaría saber lo que piensa y me encantaría saber si está tan cómodo como parece o es solo para no hacerle daño a mi hija. Lo valoraría igual, que conste, el gesto es lo que cuenta, la intención en sí.

—Yo cuando era pequeño leía mucho. A Asher no le gustaba, así que yo era el encargado de contarle los cuentos antes de dormir, a veces lo hacía a través de la pared.

—¿A través de la pared?

Aaron asiente y el cuchillo queda a medio camino de un brócoli cuando escucho su respuesta. Esta puta sopa tiene que salirme bien algún día.

—Mi padre nos castigaba a menudo. A Asher sobre todo, y no nos dejaba estar juntos. Nos separaba a cada uno en una habitación, así que me acercaba a la pared que daba a la habitación de mi hermano y leía. No sé si me escuchaba o no lo hacía, sin embargo, me gustaba pensar que sí, que ese pequeño gesto nos anclaba al presente y nos mantenía unidos de alguna forma.

—Tu padre sí que es un capullo.

—¡Juniper! —grito desde la cocina—. Pídele disculpas.

—¿Por qué, mamá? Tú siempre aseguras que los tíos son todos unos capullos, y está claro que el padre de Aaron lo es. No se pueden decir mentiras, ¿recuerdas? Es otra de sus normas —aventura y lo hace en voz baja compartiendo otro secreto con él.

—No te preocupes, tienes razón, sí que lo es.

—Deberías decírselo —le propone mi hija, que no sabe en lo que se está metiendo.

Dejo el cuchillo sobre la encimera, me enjuago las manos y me acerco hasta acuclillarme frente a ella.

—¿Qué es lo que dice mamá sobre opinar sobre la vida de los demás sin saber lo que cada uno siente al respecto?

—Jo, otra norma ridícula —se queja—. Si quiero ser villana principesca, tengo que ser malvada y adorable a la vez. Además… —asevera llegando a la conclusión por sí misma—, Aaron necesita mis consejos.

—Ah, ¿sí? —pregunto estupefacta.

—Claro, porque somos amigos. Tú aconsejas a la tía Cassie, a Noah y a Xavier, alguien tendrá que darle consejos a Aaron sobre lo que es mejor para él, ¿a que sí? —le pregunta a mi vecino ignorándome por completo. Y, para ser sinceros, dejándome un poco patidifusa en el proceso.

—Claro que sí, necesito muchos consejos. Tengo una vida muy ajetreada y soy de lo más indeciso.

—Ah, ¿sí? —repito una vez más esta vez formulando la pregunta a otra persona bien distinta.

Juniper aplaude emocionada, y Aaron solo me guiña un ojo.

—Una vida muy ajetreada y de lo más indeciso —repito y paladeo las palabras—. ¿Y en qué consiste todo eso si puede saberse? —Me

tiro al suelo y cruzo las piernas.

Aaron parpadea en un par de ocasiones y aparta la mirada cuando alzo una ceja.

—No lo sé, pero apuesto a que Juniper necesita alguien a quien aconsejar. De hecho, yo puedo ofrecerte consejos a ti también —me indica sin perder el buen humor.

Se echa hacia atrás en el sofá y es inevitable que lo observe. Sus muslos firmes y anchos llenan los pantalones de chándal que lleva puestos. ¿Y esos brazos? No es necesario que repita lo que pienso sobre ellos, ¿verdad? Y no hablemos de su pecho o de sus pies…, ¿desde cuándo me fijo en los pies?

Sacudo la cabeza y aparto esa clase de pensamientos.

—¿Y si los consejos fuesen sobre chicos? —tanteo—. ¿Estarías dispuesto a dármelos? —Traga saliva y se le marca mucho más la nuez. Me carcajeo al interpretar su gesto de horror, le ha salido innato—. Eres adorable, Aaron Maddox.

Me incorporo de un salto y regreso sobre mis pasos a la cocina. Escucho varias pisadas detrás, pero no me giro, ignoro por completo la forma en la que su presencia llena todo el espacio y lo asfixiante que se vuelve cuando se sitúa a mi lado.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta apoyando su cuerpo en la encimera.

No alzo la mirada porque, de veras, no quiero parecer la clase de chica que suspira por su vecino. De hecho, no tengo siquiera tiempo para plantearme ese tipo de cosas.

—Oye… —Paro unos segundos—. Gracias por esto, ¿vale? Por lo que has hecho, por aguantar a Junip…

—Blue… —me corta antes de que continúe.

—Juniper. Y con respecto a lo de ayer… —prosigo ahora que he cogido carrerilla.

—Blue…

—No era mi intención incomo…

—Blue… —Coloca una mano firme sobre mis labios y por un instante valoro lo que sucedería si la mordiese. No con rabia o inquina, sino de forma juguetona—. No supone nada para mí. Estaba

en casa, solo, no estaba haciendo nada y me lo estoy pasando genial.

—Ah, ¿*fi*? —He sonado exactamente como crees: como la típica chica que quiere que la respuesta que dé sea afirmativa. Y también ha sonado de esa forma porque sus dedos siguen en mi boca.

¡Alerta! Sigue tapándome la boca.

—Por favor, ¿puede haber algo mejor que un día de puzles con dos chicas que no tienen ni idea de seguir un orden preciso a la hora de armarlo?

Desvío la mirada y ojeo el pequeño espacio. El puzle sigue sin estar montado del todo, porque mi hija no tuvo la suficiente paciencia como para acabarlo antes de querer enseñarle los libros a Aaron, y ¿quién soy yo para decirle que no lo hiciese con lo mucho que me gusta improvisar?

Alzo la mirada clavando la mía en la suya. Son tan diferentes; la de él tan clara, con esos matices que le proporcionan esa calidez y parecen tan llenos de esperanza, y la mía tan oscura, tan sombría, como si hubiese echado una capa encima para que nadie supiese ahondar en las cosas que guardan bajo ella.

—No lo sé, me encantaría saber si piensas lo mismo después de comerte mi famosa sopa.

—Ahhh —ironiza él—. Seguro que no es para tanto.

Ladeo la cabeza.

—Se ve que los comentarios sobre ella no han cruzado la ciudad o no estarías diciendo eso. —Lo señalo con un brócoli, sí, el mismo de antes.

—Créeme, lo ha hecho.

—Entonces es que no valoras lo suficiente tu vida.

Aaron suelta una carcajada que atrae la atención de mi pequeña.

—¡Vamos a bailar, Aaron! —grita ella a unos pasos de nosotros.

—Esa reputación sí que la precede —ironiza él, sin embargo y contra todo pronóstico, se marcha hacia donde se encuentra mi hija y la sujeta entre sus brazos.

No parece pesarle nada cuando la alza, tampoco cuando ella echa la cabeza hacia atrás, dan vueltas y el pelo de Juniper se mueve en

todas las direcciones, y no solo porque no estén siguiendo el ritmo, sino porque marcan el suyo propio.

—¡No hay normas sobre bailar en el salón! —grita Juniper perdida en la locura—. ¡Qué suerte tengo!

Aaron me mira unos segundos y me guiña de nuevo un ojo como si él hubiese llegado a esa conclusión por sí mismo. Resulta que a mí sí que me precede mi reputación.

—¡Ven! —grita Juniper—. Mamá, deja la sopa y ven. Si nadie se la va a querer comer y terminaremos pidiendo *pizza*.

Tranquilas, no me ha destrozado el ego maternal ni nada por el estilo.

Suelto el cuchillo, me enjuago de nuevo las manos y me acerco. Mi hija extiende los brazos y se encarama a mi cuerpo como un pequeño koala. Cosa que me encanta. Y entonces me muevo con ella. Aaron se hace a un lado, entendiendo que él no entra dentro de ese momento tan íntimo. Juniper me guiña un ojo, y yo se lo guiño a ella.

—Vamos, campeón, ven aquí, tienes a dos chicas fabulosas deseando que bailes con ellas. Dos, nada más y nada menos. No seas tímido. No te vamos a morder —le suelto, y las mejillas de Aaron se encienden una vez más—. O puede que sí —remato la frase, y mi hija se carcajea.

—No puedes morderlo porque no eres carnívora, mamá.

—Oh, cariño, créeme, soy carnívora, sobre todo si lo que hay para comer me apetece mucho.

Extiendo la mano, y Aaron la sujeta sin dudar. Es cálida, suave, electrizante, y alzo la vista con rapidez cuando noto esa sensación extenderse sin control por todo mi ser. No sé si ahogo el jadeo o lo suelto sin pudor alguno.

Juniper se baja y cambia la música.

—Como la que le gusta a los abuelos. Ahora tenéis que bailar pegados.

No sé si mi hija es la más inteligente del mundo o la más inocente.

Aaron me sujeta por la cintura y me aprieta contra él.

—Ya sabía yo que estabas deseando ponerme las manos encima, capitán.

Suelta una risilla ronca, una que promete cosas indecentes, o tal vez sea mi imaginación la que va por sí sola y viaja sin dudar.

«Es Aaron, Blue. No puedes encariñarte mucho de él porque, al final, todos se marchan, todos te abandonan, y volvéis a estar solas».

—Soy un caballero —susurra y su tono promete todo lo contrario.

—Un chico bueno —matizo para que ambos nos entendamos y, de nuevo, ahí está ese gesto que hace que el ceño se le frunza, quizá no le gusta ese apelativo. Puede que esté metiendo la pata.

Me empuja con suavidad, y me muevo por inercia cuando me da una vuelta y luego otra y otra con la música de fondo entremezclada con los aplausos de mi hija.

Me giro siguiendo su impulso y dejo que me lleve. Una vuelta. Otra. El salón se convierte en un carrusel torpe y cálido. Juniper aplaude como si fuéramos los finalistas de su concurso de baile favorito.

Aaron me detiene con firmeza justo cuando acaba la canción. Su respiración roza la mía, está demasiado cerca como para pensar con claridad.

—Buenas noches, Blue —susurra alejándose y marcando una distancia que no me gusta nada.

Su despedida me pilla tan desprevenida que me tambaleo.

O quizá sea por las vueltas.

Seguro que es por las vueltas.

—¿Tienes miedo a mi sopa?, ¿es eso, Maddox?

Rompo la tensión con una broma porque es lo que mejor se me da hacer.

—Tengo miedo de mí —sentencia dando un paso atrás.

Se me congela la sonrisa. No del todo, pero sí lo justo para que las mejillas se me tensen, tengo la sensación de que alguien ha tirado del hilo equivocado. ¿Miedo de él?, ¿es un asesino en serie o qué?

—Buenas noches, peque —le susurra a mi hija, que se lanza a sus brazos sin dudar.

—¿Vas a venir mañana? ¡Porfa! Tenemos que terminar el puzle —insiste ella.

Aaron alza la vista, y yo asiento sonriendo de nuevo.

—Formas parte del club más exigente del mundo, ¿recuerdas?

Él solo asiente y, sin más, sale de la estancia. El sonido de la puerta me eriza el vello de la nuca, aun así, trago con fuerza y lo hago a un lado.

Como he aprendido.

Como he memorizado.

Como he interiorizado.

CAPÍTULO 12

Los Maddox
Aaron



—¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas?

Por el tono, el pelo y las marcas de la almohada en la mejilla, mi hermano acaba de despertarse de la siesta.

—Qué hacemos aquí —suelta Caleb, que se cuela en la casa de Ash sin ser invitado.

—¿Os habéis fugado del colegio o qué?

Asher se hace a un lado para que yo también pase dentro y, cuando lo hago, alzo la mano y le muestro seis latas de cerveza.

—La cosa mejora por momentos —agrega.

Me da un par de palmadas en el hombro, y yo lo empujo hasta hacerlo a un lado. Es un buen tío, lejos de lo que puedan contar las noticias o de la cantidad de cosas que se inventen sobre él, últimamente más porque les encanta hacer montañas de granos de arena, es un buen tío de veras.

—¿Y Cassie? —pregunto dejando las cervezas sobre la mesa de centro.

—Me ha dado la noche libre. Algo de una cena con los hermanos.

—¿Y no estás invitado? —rumia Caleb.

—Lejos de lo que puedas pensar, he sido yo el que ha rechazado la oferta.

Alzamos una ceja, perdonadnos que nos pongamos escépticos.

—Vale, me han dejado fuera del plan porque aseguran que estamos todo el día juntos. No entiendo a qué se refieren, no lo estamos, joder.

Caleb se acerca hasta él y le palmea la pierna a modo de consuelo.

—Bienvenido al club de los enamorados.

—Alguien debería avisar de que nos volvemos gilipollas —agrega Asher.

—Y de que no nos importa que nos tilden de eso —agrega Caleb.

—No nos importa en absoluto —sentencio yo.

Se hace el silencio en la estancia cuando me percato de que lo he verbalizado en voz alta. Dos pares de ojos se clavan en mí y me observan sin saber cómo reaccionar ante la frase que he expuesto con total naturalidad.

Porque lo he hecho.

—¿Cómo? —pregunta Caleb, que vuelve a inclinarse, solo que esta vez lo hace con la intención de sacar tres latas y repartirlas entre todos.

—No estoy lo suficientemente borracho como para dar explicaciones.

Y, como somos de esa clase de tíos que respetan los sentimientos —y las vergüenzas ajenas—, entienden mi postura y la respetan.

—Donahue nos matará si se entera de que estamos bebiendo un día antes del partido —interviene Ash, que, a pesar de todo, se lanza a por la cerveza sin pensárselo dos veces. ¿Reglas a él? Pues eso.

Porque sí, mañana jugamos en casa contra los Nashville Glacier Bears y, ya veis, deberíamos estar repasando partidos, jugadas y analizando a nuestros contrincantes como los jugadores responsables que somos, como el capitán responsable en el que me he convertido, y no pensando en la forma en la que hablar con mi hermano y mi mejor amigo y explicarles que me siento atraído por la mejor amiga de Cassie. O como evitar el tema.

Lo de hoy ha sido…, ha sido una pasada, ¿vale? Estaba allí con ellas, pasamos muchas horas juntos, reímos, compartimos confidencias…, mientras intentaba no ruborizarme cada vez que Blue me provocaba con su lengua afilada y luchaba contra la necesidad de tocarla. De tocarla a todas horas, joder.

—Bueno, es una suerte que ninguno de los aquí presentes vaya a contárselo y es una suerte mucho más grande que el capitán del

equipo sea el que ha traído las cervezas —acota Asher con ese deje de sabelotodo que le sale innato y que no sé si alabar o recriminarle.

—Siempre podemos echarle la culpa a él —formula Caleb y las comisura de los labios se le alzan a la vez que el dedo pulgar para señalarme.

—O siempre puedo dejaros en el banquillo. Es fácil, solo tengo que mover algunos hilos y…

—Cállate. —Me empuja mi hermano y un poco de la cerveza me mancha el pantalón de chándal.

—Gracias a eso oleré como un borracho.

—Asumirlo es el primer paso —bromea Ash.

Guardamos silencio y nos dedicamos a observar cómo centellean las luces de los edificios que tenemos justo enfrente. Incluso se distinguen las siluetas de algunas parejas dentro de las casas. En la cocina, en el salón, delante del televisor o limpiando unos zapatos. ¿En serio? ¿La gente los domingos por la noche se dedica a eso?

A mi cabeza acude la imagen de Blue con ese pijama minúsculo que me encantaría quitarle con la boca, descalza y bailando.

Lo dije de veras. Cuando le confesé que me daba miedo yo mismo, lo dije en serio, porque cada vez me cuesta más contenerme cuando la tengo cerca.

—¿Qué estás pensando? —me interrumpe Asher.

No estoy preparado para contarle nada. Recuerdo que él actuó de la misma forma cuando empezaba a sentir algo por la que, en aquel momento, era su «niñera». Lo recuerdo porque la miraba de otra forma, porque no la evitaba, no huía y a la vez sí que lo hacía, y ahora lo entiendo todo. Comprendo que actuase de esa forma porque estaba acojonado por lo que sentía, yo, en cambio, estoy acojonado por lo que pueda sentir ella.

—¿Sabías que Juniper es disléxica? —lanzo la pregunta sin más.

Ash se recuesta en el sofá y aparta la vista. Su mandíbula se aprieta como cada vez que tocamos algún tema serio, no porque tenga nada en contra de las chicas, porque estoy casi seguro de que las considera de la familia, sino porque no hay nada que ablande más el corazón de mi hermano que una niña pequeña. Empatiza con ellos, supongo.

—Cassie no habla demasiado de eso.

—Porque es una tía respetuosa —intercede Caleb, y todos asentimos ante sus palabras.

—Es su sobrina, aunque no las una la sangre, lo es, y Blue…, Blue es como su hermana. Me gustaría saber a quién salvaría primero si el suelo se abriese bajo los pies —se burla.

—Ya está otra vez intentando quitarse de encima a Xavier —me carcajeo y le doy otro trago a mi cerveza.

—No es tan mal tipo, las cuida y las protege. Lo admiro por ello. No le importa nada, solo su gente. La familia es lo primero, y me lo han dejado claro a lo largo de estos meses.

Asiento para que entienda que no puedo estar más de acuerdo y, sin embargo, ese malestar se me instala de nuevo en el fondo del estómago, ese que me recuerda lo mal que lo hice. Lo mucho que me equivoqué. Es un peso invisible que no se ve, pero sí que se siente.

—Blue es una tía increíble. —Y es probable que me quede corto con el adjetivo utilizado.

Es el turno de mi hermano de cabecear afirmando.

—Es una luchadora. Trabaja de sol a sol y nunca pierde la sonrisa, salvo cuando pasan este tipo de cosas…

—¿Hablas del cole? —tanteo.

—¿Qué me he perdido? —interviene Caleb y es normal que lo haga, dados los derroteros por los que nos estamos yendo.

Se lo resumo brevemente y, para sorpresa de nadie, Asher estaba enterado de la conversación de anoche a pesar de que fue él el encargado de entretener a la pequeñaja para que Blue pudiese contar lo que sucedía en *petit comité*.

—No entiendo una puta mierda lo que sucede. El colegio está al tanto de sus dificultades y, en vez de facilitarle las cosas, solo le ponen piedras en el camino. Hace lo que puede, todos ellos lo hacen. Blue lucha con uñas y dientes por sacar adelante a su hija. Sola.

Sola.

Una palabra compuesta por cuatro letras que encierran mucho dentro de ella. Vulnerabilidad, cansancio, silencio. Y garra. Trago con

fuerza porque me cuesta digerir el nudo que se me forma en el fondo de la garganta.

—No debería hacer esto sola —pronuncio sin dudar.

—No hay ningún tipo dispuesto a apoyar. No está, nunca ha estado —explica mi hermano haciendo alusión al padre de Juniper.

Desvío la vista para encontrar la de Caleb fija en Ash y sé que todo esto también le duele a él, porque es esa soledad la que siente su mujer. La que le recriminó, la que le advirtió, la que desgastó la relación.

Pienso en Blue. En su expresión cuando cree que nadie la observa. En la forma en que protege a su hija. En cómo lucha contra todo sin pedir ayuda. En cómo me mira cuando se olvida de que debería mantener las distancias. En cómo me provoca, y yo caigo rendido ante sus palabras sin saber bien cómo navegar entre esas aguas.

—Al menos os tiene a vosotros —susurra Caleb apartando la vista y clavándola en esos mismos edificios que hace minutos era yo el que repasaba.

—La familia que se elige es incluso más importante que esa en la que se nace —Asher lo pronuncia con total y absoluta convicción y, en otras circunstancias, meses atrás, es probable que se lo habría rebatido porque yo estaba convencido de que todos merecemos una segunda oportunidad y no me di cuenta de que, intentándolo, casi lo pierdo a él. A lo que más quiero.

—Caleb… —murmullo y atraigo la atención de mi amigo y también la de mi hermano—. No te desanimes, estoy seguro de que Jackie solo necesita tiempo para procesar todo esto.

—No —niega—. No quiero que procese nada porque tiene razón al estar enfadada conmigo. —Ash guarda silencio porque, aunque él no estuviese presente, sí que está al tanto de lo que le sucede. Caleb y él también se llevan bien, y es lo suficientemente inteligente como para saber cuándo callar y cuándo intervenir—. No he sabido estar a la altura y no seré yo el que le suplique que vuelva conmigo cuando no me lo he ganado.

Su determinación me sorprende y me hace sentir cierto orgullo.

—¿Qué piensas hacer, Cal? —inquiere Ashery me alegra que sea esa la pregunta que haya formulado.

—Lo que debería haber hecho hace tiempo. —Hace una pausa e intercala la mirada entre ambos—. Luchar por lo que se quiere, ¿no? Al fin y al cabo, somos jugadores de *hockey*, ¿verdad? —Asentimos —. Jugamos sin miedo, nos mantenemos fieles.

Me quedo observándolo unos segundos. Caleb siempre ha sido el primero en lanzarse a defendernos ante cualquier injusticia, es un tío honorable, con la cabeza sobre los hombros y hoy no iba a ser distinto. Más firme. Más decidido. Más que listo para dejarse de excusas.

—Y, cuando caemos, nos levantamos —agrega Asher, cruzándose de brazos—. Eso también va en el contrato. En uno que me acabo de inventar sobre la marcha. —Las comisuras de los labios se le alzan de una forma apenas perceptible.

Caleb suelta una risa breve, rota por el cansancio, por la culpa, por el amor que todavía le pesa encima. Por las dudas de que todo pueda salir bien.

—Exacto —murmura.

No añadimos nada durante un rato. Las luces de los edificios de enfrente parpadean como si se burlaran de nuestras vidas caóticas, imperfectas y desordenadas. Allí dentro, familias enteras se reparten tareas, ven películas malas de domingo, discuten por tonterías y se reconcilian antes de irse a dormir. Y nosotros aquí, tres tíos enormes, bebiendo cerveza a escondidas del entrenador y hablando de amor atrapados en una sesión de terapia clandestina.

—¿Y tú? —Caleb me devuelve la pelota sin disimulo—. ¿Qué vas a hacer?

Me da un vuelco el estómago ante su pregunta.

—¿Sobre qué? —Intento ganar tiempo fingiendo que no sé perfectamente a qué se refiere.

Asher me lanza una mirada inquisitiva. A él tampoco se le escapa una.

—Parece que mi hermano esquiva balones, ¿no? —bromean entre ellos. A mí no me hace maldita gracia—. Todavía recuerdo cuando intentaba sonsacarme información de Cassie —alega ignorando por completo que estoy delante.

—Y recuerdo a la perfección que eras experto en esquivar balas —añado provocándolo.

Ash se ríe y lo hace de veras. Es feliz. Cassie consigue que lo sea, y es una faceta a la que no estoy del todo acostumbrado y que, sin embargo, me alegra poder compartir con él.

—Tienes razón —admite.

Asher asiente despacio, con la seriedad que solo usa cuando quiere que me quede grabado lo que dice.

Me vuelvo hacia la ventana. La imagen que me llega no es la de los edificios ni las luces ni las parejas dentro.

Solo veo a Blue. Con su pijama diminuto. Con la música sonando demasiado alto. Con Juniper riendo a carcajadas. Con esos gestos que se le escapan cuando baja la guardia y cree que no la estoy observando. Y, joder, yo siempre la estoy observando.

Una mirada que me ha estado jodiendo la cabeza todo el puñetero día.

Asher me da un golpecito con la lata y me trae de regreso al presente.

—Estaremos aquí, supongo.

—¿Supones? —inquiero haciéndome el ofendido.

—Suponemos —intercede Caleb dándole la razón a mi hermano y levantando su lata a modo de brindis improvisado.

—Por los que luchan —declara.

Asher se une.

—Y por los que dejan de huir.

Los miro a ambos. Levanto la mía.

—Y por las personas que te cambian la vida casi sin darte cuenta.

Chocamos las cervezas. El sonido resuena en la estancia con un eco metálico y cálido.

Caleb se hunde en el sofá. Asher bosteza. Yo me quedo observando la ventana, sintiendo algo parecido a un nuevo punto de partida encendiéndose bajo la piel.

No sé qué haré mañana. No sé qué pasará con Blue. No sé si estoy listo para que me importe tanto alguien como me empieza a importar ella.

Sin embargo, no me aterra en absoluto averiguarlo.

CAPÍTULO 13

Una de ex, por favor

Blue



Cassie:

Blue, ¿estás bien?

Xavier:

¿Qué ha pasado?

Noah:

Dime un nombre y una dirección, yo me encargo del resto.

Cassie:

Nada de asesinatos.

Noah:

Ya está mi hermana cortándome el rollo.

Xavier:

Me ofrezco de coartada.

Leo todos los mensajes de esta panda de tarados en medio de la cafetería del Truenorth Ice Dome y es inevitable sonreír, lo hago a pesar del agotamiento que llevo encima.

—Una botella de agua —me pide Sloane, que se sitúa justo enfrente de donde me encuentro.

Guardo el teléfono y se me traba en el delantal. Maldita sea mi mala suerte.

—Juro que no estaba leyendo los mensajes de mi familia.

Una ceja se le alza, y le regalo mi mejor cara de niña buena, y no debo de ser la más experta del mundo en hacerlo, porque es evidente que no se lo traga. Tal vez sea porque Sloane Archer es

más lista de lo que yo pensaba y, creedme, pensaba que lo era un rato largo.

—¿De verdad crees que me preocupa lo más mínimo que leas los mensajes de tu familia en un espacio de tiempo en el que no hay nadie merodeando por aquí? —Niega—. Me preocuparía más que te acabases las reservas del *whisky*. O de la ginebra. Por cierto, paso de esa agua de mierda, ponme algo más fuerte que se pueda disimular.

—¿Un mal día? —tanteo como si tal cosa.

—Un mal año, ese es el resumen de mi vida.

—¿Quieres contármelo? Puedo ser una excelente camarera y una mejor psicóloga. Te haré precio especial. —Sonrío condescendiente.

Pillo un vaso del mueble que tengo justo detrás, le pongo una rodaja de limón, una cereza roja y otra verde y le sirvo dos dedos de ginebra, porque, si alguien me asegura que lleva un mal año, es lo mínimo que puedo hacer por esa persona. Lo máximo sería regalarle unas vacaciones pagadas en algún lugar paradisiaco lleno de tíos fornidos y sexis que estén a su servicio y, de paso, comprar otro billete e irme yo también.

—Gracias por el ofrecimiento. —Me devuelve la sonrisa—. ¿De cuánto tiempo dispones?

Observo todo a nuestro alrededor. Hay dos mesas ocupadas, una de ellas con algunos directivos de los Wild Warriors que tienen pinta de haberse comido una docena de pomelos podridos o de no haber cagado en semanas, lo que prefieras, y en la otra, un par de jugadores que me saludaron cuando llegaron y, ojo, no por ser la amiga de Cassie, sino por ser la chica divertida y espontánea que sirve los mejores cafés del mundo. Solo cito sus palabras, que conste.

—De todo el que necesites, puesto que no hay nadie que precise de mis servicios. Nadie más que tú. Por ahí se cuenta que se me da de lujo eso de dar consejos.

A mi mente acude Aaron y no debería o sí, porque, ¡joder!, no he dejado de pensar en él desde ayer. He considerado escribirle un mensaje y, de hecho, lo he intentado en alguna que otra ocasión. Sin embargo, siempre termino arrepintiéndome y borrándolo porque

si se marchó de esa forma quizá fue porque…, porque todos terminan haciéndolo siempre.

Me trago ese pensamiento y el malestar que lo acompaña y lo encierro en lo más profundo de mi ser. Abajo, dentro. Lejos.

—Hace poco más de un año que me divorcié. —Frunzo el ceño, vale, tema sensible donde los haya—. Y no, no me mires así, estaba deseando quitarme a ese puto lastre de encima. Es lo que se resume como un bueno para nada. —Auchhhh, eso me dolería si yo fuese ese tío.

—Pues felicidades, supongo.

—Gracias, supongo. —Me guiña un ojo y se lleva la copa a los labios. En su defensa diré que, si yo me quitase ese peso de encima, estaría celebrándolo cada maldito día—. El caso es que no me deja en paz. Es de lo más persistente a pesar de que he intentado por activa y por pasiva explicarle que no siento nada por él. De hecho… —añade, se acerca a mí y mira hacia ambos lados. Se avecina un secreto, amigas mías—, nunca sentí nada por él, nada más allá de algo sexual. Era bueno en la cama.

Pagaría porque Cassie estuviese aquí y se atragantase ante esta confesión, yo, por el contrario, «vivo por y para los cotilleos» y todos lo sabemos.

—¿Cómo de bueno?

En fin, no puedes esperar lanzar esa afirmación con esa rotundidad, y que yo actúe como una persona recatada, cosa que es evidente que no soy.

—Demasiado para lo gilipollas que es en el resto de aspectos.

Chasqueo la lengua.

—Ya sabes lo que se rumorea por ahí. —Me acerco y apoyo la barbilla sobre la palma de las manos—. A veces el envoltorio promete el cielo hasta que descubres que por dentro solo hay humo.

Y sí, esa es, con toda probabilidad, otra de mis frases hechas. Algún día se la diré a Juniper para que aprenda a distinguir a los fantasmas, y no me refiero a los muertos, los vivos son todavía peores. Ya me entendéis.

—Pues este tenía un envoltorio precioso. Solo eso.

—Ya, suele pasar —aventuro.

—No sé cómo hacerle entender que no estoy disponible.

—¿Sales con otra persona? —indago.

—No. No me apetece…, ya sabes, meterme en ese tipo de líos. Necesito libertad, conocerme, disfrutar y no atarme a nadie. ¿Has escuchado alguna vez esa frase de «si yo hubiese sabido esto, no me habría metido»?

—En muchas ocasiones —admito.

—Pues eso.

Se termina la copa y me tiende el vaso.

—¿Otra?

Niega.

—No quiero ser la jefa borracha de la cafetería que sale en las noticias. Apuesto a que no sería de las divertidas, me limitaría a explicar que he perdido diez años de mi vida con un imbécil que no merecía la pena. Y más imbécil por mi parte pensar que sí.

—Ese podría ser un buen titular, yo compraría la revista.

—Cotilla —me suelta con mordacidad.

Le tiendo el puño para que entienda que sí soy eso.

—En fin, gracias por contármelo y, si necesitas que le dé una paliza o que escondan un cadáver, tengo gente que estaría más que dispuesta a ello.

—¿Tus amigos? —Asiento.

—Son como mis hermanos. Noah es un poco matón, pero en el fondo es buena gente, y Xavier…

¿Habéis pensado que Xavier podría hacer buena pareja con ella? Porque a mí se me acaba de ocurrir y, en fin, sin desmerecerlo en la cama, cosa que me da absoluto *cringe*, ya puestos, le serviría como escudo ante ese gilipollas del que habla.

—¿Te has quedado sin palabras?, ¿tú? —Me señala.

—Se me acaba de ocurrir una idea. Una muy loca.

—Vale.

—¿Vale?

—¡Yo qué sé! Llevo tanto tiempo siguiendo un camino marcado que cualquier cosa que me propongan, pues allá que voy.

—¿Y si es algo pervertido y cochino?, ¿algo sumamente marrano relacionado con unos huevecitos peludos?

—Qué asco —sentencia Sloane, lo bueno…, no, ¡qué digo lo bueno!, lo mejor es que se ríe y me contagia.

—Tengo la solución perfecta para ese tío del que quieres deshacerte.

—¿Tengo que buscar una coartada?

—Más o menos.

Alzo las cejas en varias ocasiones y me descubro riendo por ello. Esto se pone interesante. Porque sí, ese es el resumen.

—Pues nada…

Me suena el teléfono y lo ojeo por encima.

Sloane:

Alguien me ha propuesto un plan loco que todavía desconozco, ¿quieres ser mi coartada?

Sonrío, de hecho, más que sonreír, me carcajeo.

Blue:

Me he escondido para que mi jefa no sepa que estoy respondiendo el mensaje porque no quiero perder este empleo, pero, vamos, cuenta conmigo para lo que sea.

Sloane:

Eres una buena amiga.

Blue:

Has tardado mucho en darte cuenta.

Dejo mi teléfono al lado y nos sonreímos con complicidad. Me cae bien, ¿vale? Y nada tiene que ver con que me haya dado el trabajo y con lo guay que es esta chica.

—Supongo que nos veremos por aquí —me suelta.

—Y supongo que también podremos vernos por ahí —añado para que entienda mi ofrecimiento.

Ella asiente a la vez que se marcha en dirección a la mesa de los chicos para hablar con ellos un poco.

Sujeto el teléfono y abro una conversación privada.

Blue:

Xavier, necesito tu ayuda.

Xavier:

Ya era hora, joder. ¿Bolsas negras y biodegradables?

Blue:

Nada de asesinatos. Pero gracias por pensar en el medioambiente.

Me envía un par de caras llenas de lágrimas, y yo le envío algunos besos.

Xavier:

Por ti, lo que sea.

Sonrío pérfida porque no sabe la que le voy a liar y lo mucho que Cassie y yo vamos a disfrutar de ello.

Blue:

Cassie, rezo para que estés sentada.

Videollamada entrante de Cassie.
Y la acepto justo antes de meterme en la despensa del estadio.

CAPÍTULO 14

Una *sex symbol*
Aaron



No me sorprendo en absoluto cuando entro en la cafetería y encuentro a Blue rodeada del resto del equipo. Tampoco cuando todos ellos la observan embobados, hasta Ben, que se supone que es el que más a su rollo va y que, en ocasiones, en muchas de ellas, parece que el resto del mundo no exista para él. Está más que claro que Blue existe y mucho.

Me tomo mi tiempo antes de avanzar y acercarme hasta donde se encuentra el grupo. No estoy celoso, no vayamos a empezar, es solo que… llevo toda la mañana pensando en ella, ¿vale? Y no me mires de esa forma porque apuesto a que no te sorprende en absoluto que así sea. Anoche no pude descansar, no dejaba de darle vueltas a todos los problemas que se acumulan a mi alrededor: mi padre y sus incesantes llamadas, mi hermano y la relación con Prescott, Blue y su reunión en el colegio, Juniper y las dificultades con las que se encuentra cada día, Caleb y su matrimonio y yo mismo y la imposibilidad de pensar con claridad cuando tengo a mi vecina cerca.

Como veis, el barco hace aguas por todos lados y no parece que nada de eso se vaya a resolver en poco tiempo. Así que, sí, me mantengo al margen unos segundos, disfrutando de la forma en la que le sonríe a Kai cuando le suelta algún piropo de los suyos o a Evan, que tal vez le esté explicando lo de sus clases de baile secretas que todos conocemos y que omitimos a conciencia. De la manera en la que sirve cafés y les dibuja corazones u hojas de trigo

y esas cosas. O de cómo regala sonrisas confiadas a todos y cada uno de ellos, dando a entender que son mucho más que unos jugadores con los que comparte algunos ratos en este estadio. Blue tiene la capacidad de mirarte como si formases parte de su vida desde siempre. Tiene la habilidad de hacerte sentir en casa.

—¡Aaron! —grita desde la distancia atrayendo mi atención y la de todos los presentes—. Acércate —me pide y ante mis ojos mueve una taza vacía. Una taza que pone: «Sí, capitán».

Contengo la sonrisa mientras me aproximo. Algunos de mis compañeros mueven la cabeza para saludarme cuando ocupo la butaca que está junto a Caleb. Mi hermano está al otro lado, bastante lejos de donde me encuentro, con el teléfono en la mano, cuando alza la vista solo me sonríe, y yo asiento a modo de saludo.

—No era necesario que me observases desde lejos, a mí me gusta mucho más cuando te tengo cerca. —Blue me guiña un ojo con picardía, y yo, bueno, podéis imaginar lo que sucede, ¿no?

Me gusta que me busque las cosquillas y, a su vez, me da mucha vergüenza que lo haga. Nunca he tratado con una chica como ella. Todas las mujeres con las que he salido eran sobrias, serias y para nada espontáneas. Eran un calco de lo que es mi madre: el aburrimiento personificado. Y es por eso por lo que Blue me tiene tan cautivado. Nada con ella es forzado, brilla con luz propia y eclipsa a todo el que tiene a su alrededor. Todavía no entiendo cómo es posible que no tenga a una fila de tíos haciendo cola suplicando por su atención, aunque, si miro a mi alrededor, está claro que en este caso sí que la tiene.

Le doy una colleja a Kai, que parece babear por ella.

—Auuu, ¿a qué ha venido eso?

Se masajea la nuca clavando los ojos marrones en mí.

—Se me ha resbalado la mano —me defiendo.

Caleb se ríe a mi lado.

—¿Hasta mi nuca?

—Puede que también se me resbale la pierna —lo amenazo entre bromas.

O no tan de broma…

Kai me sonríe y entonces vuelve a clavar la vista en Blue. Suelto un suspiro de alivio cuando ella pasa de largo y deposita la taza con la bebida justo enfrente de donde me he sentado.

—Tal y como a ti te gusta: dulce, especiado y hecho por mí.

Sí, es así justo como me gusta.

—¿Y esta taza? —le pregunto dándole vueltas para observar el diseño.

—La he visto esta mañana de camino al trabajo y he pensado en ti, espero que no te moleste. —¿Nervios?, ¿eso que escucho son nervios?, ¿en Blue? Debo de estar imaginándomelo.

—Yo pertenezco a la segunda línea ofensiva, Blue, si encuentras una taza para mí no me importaría que me la dieses. O quizá podemos tener una cita e intercambiar esos regalos. En privado.

Me arrepiento de inmediato de no haber dejado que mi pierna se resbalase de verdad. Joder, es que este chico no pierde la oportunidad. Comprendo cómo se sentía mi hermano cuando nos acercábamos a Cassie, y el problema es que yo mismo me reí de él. Ya veis cómo cambian las tornas porque no me hace maldita gracia este asunto en cuestión.

Me llevo la taza a la boca y saboreo el contenido de la misma. Un poco por disfrutar del café que me ha preparado Blue y otro poco por morderme la lengua y no soltar algo que me delate ante todos los presentes.

—Tranquilo, capitán, si sigues apretando las manos así contra la taza, no te va a durar ni un solo día —rumia Caleb a mi lado.

Parece que algunos de los presentes me conocen mejor de lo que pensaba.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunto a mi hermano, que acaba de situarse a mi lado, empujando a Kai a su paso.

—Me temo que todavía no ha empezado lo mejor —sentencia con un deje de provocación.

—Bueno, veo que no se aprecia mi compañía por aquí hoy, así que yo casi que me marcho.

Suelto una risilla y me termino el contenido de la taza.

—Vamos, Kai, no te enfades —añade Caleb, que también se pone en pie.

—Es que ya no se puede ligar con un poco de dignidad.

—¿Dignidad? —interviene Blue soltando una risotada a su paso—. Por favor, Kai, ¿sabes que te comería de un solo bocado? —inquiere ella, y la media sonrisa que a mi hermano se le da tan bien regalar aparece en esta ocasión en su cara. Y yo me pondría de rodillas ante ella para que fuese el destinatario de la misma.

—Justo como a mí me gustaría —añade.

No lo culpo, que conste, porque me temo que ese ha sido el primer pensamiento que se ha colado en mi cabeza. Ella comiéndome de un bocado o, mejor aún, yo devorándola a ella.

Me pregunto si gemirá con fuerza. Si será de las que gritan cuando la embistes o, por el contrario, será comedida y silenciosa. Me juego lo que sea a que Blue forma parte del primer grupo. Llamadlo intuición masculina o lo que coño sea.

—Venga, vamos a entrenar. Dejad a Blue en paz, que tiene mejores cosas que hacer. —Los empujo hacia la salida y aguardo hasta quedarnos a solas.

—Sí. —Recorre mi cuerpo con descaro. Todavía no me he puesto el uniforme, solo el jersey del equipo y llevo pantalones vaqueros y zapatillas de deporte—. No hay nada mejor que hacer que observarle el culo al capitán del equipo —agrega como si ese pensamiento hubiese pertenecido a ella y solo a ella.

Boqueo unos segundos porque no sé si ha pretendido que lo escuchase o simplemente ha pensado en voz alta.

—¿Por qué me miras así, Aaron? Tienes un culo muy mono. Seguro que puedes cascar nueces con él. ¿Haces pesas? ¿Lo ejercitas de una forma especial? ¿Te importaría que lo tocase para descubrirlo?

Sacudo la cabeza y el pelo se me mueve. Observo cómo le brilla el *piercing* de la nariz y cómo su sonrisilla se amplía conforme interiorizo la provocación y dejo que fluya entre los dos. Permanezco quieto, porque una parte de mí quiere contestarle, quiere acercarse, sujetarle la mano y colocarla sobre mi culo, y la otra, la sensata, la responsable, me recuerda que estamos en el estadio, en la cafetería, en su puesto de trabajo y que no quiero que se meta en ningún problema, así que, para sorpresa de nadie, me muevo en dirección a

la salida sin perder la compostura. Lo que se está convirtiendo en un hábito. Ella provoca, y yo cedo…, hasta que deje de hacerlo, claro.

Me regodeo en ese pensamiento mientras me cuelo en el vestuario. Me regodeo todavía más en el hecho de que ese pensamiento cobre vida. Y me deleito en cómo sería tenerla para mí y solo para mí.

Y me paso todo el entrenamiento bien jodido, porque dejar que Blue se cuele en mis pensamientos es el mayor desafío que existe.

Y Asher me deja claro que también lo sabe. Porque lo vivió en sus propias carnes.

CAPÍTULO 15

Por más como esta
Blue



Lo observo acercarse con la bolsa del equipo colgada en la espalda. Tiene los mismos colores del uniforme y debo admitir que el azul, el negro y el amarillo le sientan de lujo al capitán del equipo, aunque, bajo mi punto de vista, el rojo es su color, sobre todo, cuando soy yo la que consigue que las mejillas se le enciendan. ¿Qué le vamos a hacer? Ser una chica mala es lo mío.

Me gusta la forma en la que Aaron me permite recuperar esa parte de mí que creía que se había esfumado. Sé que es solo un juego, que es un tira y afloja que no nos lleva a ninguna parte, porque él es el capitán de los Wild Warriors, y yo soy una madre soltera que trabaja como camarera y que nunca está a la altura de las expectativas.

Si esto fuese una novela romántica, nosotros seríamos polos opuestos de manual.

Os debo confesar que me gusta mucho esto de observarlo a mi antojo cuando no se da cuenta de que lo estoy mirando, de que no sabe que siento su presencia y que sé que ha llegado porque la energía del espacio cambia. Es tranquilo, cuidadoso y tiene un temple que se percibe a nuestro alrededor. Tal vez por eso Juniper también se siente tan cómoda en su presencia, porque consigue que cualquier ambiente, por muy trastocado que esté, se apacigüe. Incluso a mí misma me pasa.

Desde aquí distingo su pelo alborotado, y los mechones no tienen un patrón exacto, es como si cada uno de ellos quisiese ir en una dirección distinta, seguir su propio camino y marcar sus propias directrices. No es como Asher, que lleva el pelo siempre perfecto y el atuendo ideal; Aaron, por el contrario, es rebelde en ese sentido. Y

sé que en muchos otros aspectos, puede que rehúya de todas y cada una de mis provocaciones, pero sé, en el fondo sé, que solo se está conteniendo, y eso lo convierte todo en mucho más interesante. Me encantará averiguar hasta qué punto Aaron Maddox se contiene y me excita saber lo que sucederá si dejase de hacerlo.

Trago con fuerza y aparto la mirada unos segundos porque no debería estar jugando a este juego. Tengo normas. Cuando Juniper le explicó a Aaron hace unos días en casa que su madre tenía una serie de medidas que lleva a cabo sin dudar, no era mentira, sobre todo, porque son esas pautas las que han hecho que me proteja y que la salvaguarde todos estos años. Y el capitán del equipo consigue que, en ocasiones, piense que son todas una soberana chorrada. Y que los tíos no son todos tan capullos como parece.

Ya sé, ya sé, puedes decirme lo que piensas y puedes llevarme la contraria. Generalizar es un asco y es eso lo que estoy haciendo, ahora bien, si me preguntas a mí, que soy a esa a la que han jodido y abandonado, es mejor pensar de esta manera que abrir tu corazón solo para que te lo arranquen de nuevo del pecho. Las normas protegen, y eso me ha funcionado.

Dejo de pensar en ello cuando los ojos azules de Maddox se clavan en mi cuerpo. Y no, chicas, no es sutil, no es una mirada de chico bueno, al menos, no de ese chico bueno que todas conocemos. Es la de un depredador al que le encantaría hincarle el diente a su objetivo, y da la casualidad de que su presa soy yo.

—¿Te gusta lo que ves? —Es la tercera vez que le formulo la pregunta, y en todas y cada una de las anteriores ocasiones la ha esquivado.

Tengo claro que hoy no va a ser diferente. Tengo más claro que eso solo consigue que me guste todavía más este jueguecito.

Recorre cada centímetro de mí y sé que se está deleitando con mi figura. No tengo inseguridades en ese sentido, que conste. Es cierto que mi cuerpo ha cambiado, joder, he tenido una hija, una bebé de casi cuatro kilos que salió por mi vagina —sí, he dicho vagina—, y sobreviví a ello, aunque, siendo honesta, pensé que no lo haría. Chasqueo la lengua al imaginar la cantidad de cosas que jamás

pensé que conseguiría y, miradme, aquí estoy, como el puto ave fénix: resurgir o morir, ¿no?

—Blue…, ¿estás bien? —me pregunta obviando mi cuestión anterior, cosa que todos esperábamos, ¿no?

—Ahora sí. Has mejorado las vistas, está claro que estos pasillos son la mar de aburridos. Deberíais ponerle algo de color, no sé, luces de neón o algo así. Siempre pensé, cuando veía los partidos en casa —le explico situándome a su lado mientras él alza una ceja. Obvio lo cerca que lo tengo y las ganas de tocarlo que me sacuden las entrañas. Es guapo, ¿vale? Achaquémoslo a eso—, que en estos pasillos habría cosas divertidas.

—¿Divertidas? —inquiere. Su tono vuelve a ser jovial y eso me anima.

—Sí, ya sabes, un payaso haciendo malabares, un mimo gesticulando o un mago sacando un par de tías buenas en bragas de la chistera —ironizo y acompaño mis palabras con gestos—. O, ¡mejor aún!, un *stripper* meneando el culo contra una barra de metal. El típico desfase de los jugadores de *hockey* americano. ¡Viva la NHL! —grito.

La carcajada que emite me sacude, y así…, así se ve más joven de lo que es. Porque Aaron parece llevar siempre sobre sí un peso, una carga invisible y, en ocasiones, da la sensación de que esa carga lo aplasta.

Quizá por eso me siento tan cómoda con él desde que lo conocí, cuando Cassie nos presentó justo en este pasillo hace poco más de tres meses, porque él parecía tan jodido como lo estoy yo.

—Bueno… —Se alza de hombros—. Como has podido comprobar, no hay nada de eso, aunque si quieres puedo proponérselo al alto mando. No creo que me hagan demasiado caso, eso sí, por intentarlo que no quede.

—¿Al capitán?, ¿no? —Tiro de sarcasmo—. Vamos, Maddox. —Lo empujo con el hombro, tiene razón, es un poco más alto que Asher, de la misma forma en la que yo soy un poco más alta que Cassie—, yo haría cualquier cosa que me pidieses.

Alzo las cejas en repetidas ocasiones solo para que las mejillas se le sonrojen mucho más.

—Te gusta llevarme al límite, ¿verdad?

—Tanto como a ti, dirigir a ese equipo. —Señalo con el pulgar hacia atrás—. Y hablando de *strippers*…

—Ni de coña —me suelta.

—¿No hablas de esas cosas o no hablas de esas cosas conmigo?

—¿Te han dicho alguna vez que eres una mujer fuera de lo común?

Pues no, la verdad.

—¿Y? ¿No crees que es mejor vivir la vida de la forma en la que te apetezca? ¿Quién marca las líneas? ¿Y por qué esas líneas tienen que ser rectas? —contrataco.

—Lo dice la chica que tiene un montón de normas —susurra a mi lado.

—Te he escuchado —le advierto parándome frente a él e increpándolo, de paso—. Las normas ayudan. Protegen.

Aaron también frena sus pasos y la energía entre los dos vibra. Es como una cuerda que nos une y tensa, tensa, tensa…, hasta que sentimos que no podemos más. Su mirada se clava en mis labios, y por una vez en la vida quiero que me bese. No me importaría que lo hiciese, que diese un paso al frente y dejarme llevar. ¿Sabéis la cantidad de tiempo que hace que no tengo una cita? Ya no hablemos de llegar a la siguiente base o al campo contrario o encajar un gol, para que nos entendamos. —No, no esa clase de goles, porque ya a mí me encajaron uno—. De lo que hablo es de que hace mucho tiempo que no hago nada por mí. Y es Aaron Maddox la primera persona que me hace pensar en que todo podría ser posible.

—Lo entiendo —secunda mis palabras y por un instante las piernas me tambalean.

No intenta convencerme de lo contrario, no me tilda de chalada o de neurótica, tampoco me rebate que lo haga, se limita a razonar por qué lo hago y, si no lo comprende, al menos lo respeta.

—Eres un buen chico, Aaron. —Le doy un par de palmaditas en el pecho y bajo el jersey percibo sus músculos en tensión—. Un buen chico que está cachas. Deberías darle la receta a todos los demás porque… En fin…

—Si hiciese eso, me copiarían y casi que prefiero ser el único.

—Estás actuando como un chico arrogante.

—¿Y? ¿Vas a decirme que no me pega?

Joder, por supuesto que le pega, de hecho, eso solo eleva sus acciones en el mercado. En el mercado sexual, quiero decir. Y no soy del todo inmune a eso.

«Respira, Blue, es Aaron Maddox. Tú no juegas en su liga. Nunca lo harás».

—Veamos…

Doy un paso atrás con la intención de evaluar la situación y, por encima de todo, de marcar cierta distancia porque está más que claro que la Blue de hoy está en modo depredadora.

—¿Vas a darme un repaso? —me pregunta cayendo en la cuenta de lo que voy a hacer.

Sería estúpido por mi parte perder la oportunidad, ¿a que sí?

—Por supuesto, es evidente, alguien tiene que hacerlo, mucho más después de colgar la etiqueta, ¿no crees?

Aaron relaja la mandíbula y se echa hacia atrás también. Deja caer la bolsa a sus pies y posa para mí.

—Habrá que hacerlo bien —me reta.

No sabe con quién se está metiendo este chico.

Y es entonces cuando comienza la fiesta. La de verdad. Ni siquiera necesita desnudarse para robarme el aire de los pulmones. Se limita a juguetear con el bajo del jersey y a subirlo apenas unos centímetros, los suficientes para que se me seque la boca cuando deja al descubierto esa fina línea de vello que sé hacia dónde lleva.

No bajes la mirada.

No bajes la mirada.

Bajo la mirada.

—Bueno, parece estar todo en su lugar. Y también que podrías encargarte tú de ser el *stripper* si los altos mandos se prestan a llevar a cabo mi petición.

—¿Porque soy sumamente atractivo?

—¿Otra vez con la soberbia, Aaron?

Os lo dije, no siempre puede ser un buen chico y, además, la idea de que tenga ese demonio sobre su hombro izquierdo solo lo

mejora.

Aaron recorta la distancia, de nuevo con la bolsa de deporte en la mano, hasta que se inclina un poco hacia mí. No invade mi espacio, solo lo roza. Lo suficiente para que la piel se me erice y el cerebro me empiece a gritar: «¡Normas!, ¡normas!, ¡normas!», mientras mi cuerpo aplaude como un idiota para no cumplir ni una.

—Solo lo mejor para mi amiga —susurra al final.

Esas últimas palabras me impactan como si me hubiesen lanzado un jarro de agua fría sobre la cabeza.

No es solo que seamos amigos, es que…, es que no puedo hacer esto. No puedo anteponer mis deseos a las responsabilidades.

—Buenas noches, Maddox —me despido marcando las distancias de nuevo.

Porque esa debería ser la primera norma y no debería dejar de repetírmela.

—¡Blue! —grita justo antes de que sitúe la mano en el pomo de la puerta trasera.

Me giro, por supuesto que lo hago.

—¿Sí, Aaron?

—Gracias por la taza.

Sonrío de medio lado y poco a poco recupero la compostura.

—De nada, capitán.

Abandono el Truenorth Ice Dome, como se suele decir, con el rabo entre las piernas y con una sensación agridulce invadiéndolo todo.

CAPÍTULO 16

El rabo entre las piernas

Aaron



Ni siquiera el segundo café del día me ha aliviado. Tampoco lo hizo mi mano anoche, dentro de la ducha ni, tras eso, en la cama o hace un rato antes de levantarme y empezar a preparar la maleta. Lo que me convierte, de forma oficial, en un puñetero salido, cosa que admito sin andarme por las ramas. Y la culpa de ello la tiene Blue Langley.

Hoy volamos hasta Minneapolis para enfrentarnos a los Frost Titans, y aquí, entre tú y yo, no estoy para nada concentrado. Ni siquiera gracias a las tres pajas que me he hecho.

Por supuesto que no, joder.

Gruño de pura frustración mientras me acerco a la ventana del apartamento en el que vivo desde hace poco más de un mes. Las vistas de Vancouver son menos impactantes de lo que se espera de esta zona. Sin embargo, hay algo de lo más fascinante en poder sentirte uno más de la ciudad, en algo tan sencillo como contemplar el deambular de las personas que quizá llegan tarde a trabajar y el sonido distante de bocinas. Me pregunto si alguna de esas caras apuradas sabe lo ridículo que puedo parecer, apoyado contra el cristal, imaginando a Blue moviéndose entre gente que ni sospecha de su existencia o, peor aún, imaginando a mi vecina buscándome entre la multitud, con esa sonrisa que consigue que me tiemblen las piernas y que ceden cada vez que la tengo al lado.

Cierro los ojos un segundo, intentando ordenar esos pensamientos que llevan demasiado tiempo rebelándose contra mí mismo. La

imagen de sus ojos clavados en mí todavía me quema y lo hace aún más la sensación de ella observándome como si de verdad quisiera…, como si me desease una ínfima parte de lo que yo la deseo a ella.

El impacto de su mirada cuando se dio cuenta de que estábamos cruzando una línea me sacude y, a pesar de todo, me quedé allí plantado observando la forma en la que se marchaba, la manera en que sus caderas se balanceaban con la polla tan dura dentro de mis pantalones que por un segundo pensé en aliviarme allí mismo, sin importarme qué o quién pudiese verme.

Hasta que me sonó el teléfono dentro del bolsillo y me percaté de que era otra llamada de mi padre. Otra que no respondí, porque no me siento preparado para escuchar excusas de mierda de una persona que no se merece nada de mí. Nada que no sea indiferencia.

Suspiro, intentando concentrarme en algo más mundano, como el itinerario del vuelo o la estrategia para vencer a los Frost Titans que Donahue ha establecido. Sin embargo, cada palabra que leo en la pantalla de mi teléfono se mezcla con el eco de su risa y el calor que desprendía su cuerpo. «Maldita sea, Blue».

Me froto las sienes en un vano intento de sacarla de mi mente cuando, a estas alturas de la película, ya debería saber que lo he intentado en infinidad de ocasiones y siempre he obtenido el mismo resultado.

Me giro hacia la maleta abierta y suspiro otra vez, resignado. Hoy voy a tener que fingir concentración y disciplina, porque nadie puede notar que el hombre que lidera a los Wild Warriors está a un paso de perder la cabeza por una mujer que juega con su autocontrol como si fuera un chicle de mascar.

La puerta de casa suena y por un segundo pienso que me lo he imaginado. Me acerco con cautela, ni siquiera sé por qué actúo de esa forma, tal vez me he masturbado tanto que he perdido el raciocinio que me caracteriza. Suelto una risilla ridícula al pensar en que eso sea posible, sin siquiera llegar a ponerle nombre a la situación.

Porque Blue Langley se ha convertido en una obsesión y el primer paso es admitirlo.

Y por si no tuviese suficiente con imaginarla, con haber saboreado su cuerpo mientras mi mano me daba un poco de alivio, la chica que me roba el aliento y la cordura está justo frente a mí con otro de esos pijamas tan ridículamente cortos que, señoras y señores, es probable que tenga que ir a por la cuarta paja del día.

Todo bien, Aaron, todo bien.

—Buenos días —suelta y su tono me provoca un escalofrío.

Es neutral, no hay rastro de la chica que ayer huyó de mi lado, tampoco de la que me dejó embobado o de la que me sorprendió comprándome una taza porque le recordaba a mí. La Blue que hay tras la puerta es la misma chica con la que hablo, comparto risas y bailes en el salón.

Lo peor de todo es que cualquiera de esas versiones, la alocada y la comedida, la provocadora y la sensata, me gusta.

Mucho.

Bajo la vista hasta posarla sobre sus labios y me resultan mejor desayuno que este café. Que este segundo café.

—Buenos días —anuncio fingiendo que no estoy deseando abalanzarme sobre ella—. ¿Todo bien? —pregunto una vez más. Permitidme que dude un poco—. ¿Juniper está bien?

Blue ladea la cabeza, desconcertada ante mi pregunta o poco habituada a que se preocupen por ellas.

Un ardor me sacude la columna al entender que es probable que eso sea lo que sucede.

«No debería hacer esto sola».

Ladea la cabeza y me escruta, tengo la ligera sospecha de que busca en mi interior, de que intenta averiguar qué tipo de pensamientos son los que se me pasan por la mente. Si ella supiese que la fachada puede que pertenezca a la de un chico bueno, pero ¿el interior?, el interior está ligado al mismísimo demonio.

—¡Claro! —canturrea a la vez que se cuela en mi casa.

No es la primera vez que está aquí, ni siquiera es la primera vez que se pasea por ella y analiza todo. Tampoco la que me suelta que…

—Odio que esté todo siempre tan ordenado, Aaron, pareces Robocop.

Exacto, es justo lo que iba a contaros.

Suelto una risa mientras me encamino hacia la cocina.

—¿Café?

—Para eso he venido, entre otras cosas…

Me giro con la esperanza de que «otras cosas» haga alusión a algo sucio y pervertido, porque puede que el deseo sexual me tenga absorbido el cerebro, pero en mi fuero interno he pensado en varias opciones, y todas ellas la mar de obscenas.

Entonces me percato de que en sus manos hay una taza. Mi taza.

—Te la dejaste ayer en el estadio —me explica.

—Yo…, ehhh… —tartamudeo.

¿De verdad, Aaron? ¿Podrías ser más patético que eso?, ¿no?, ¿seguro?

—Pareces un poco decepcionado, ¿qué esperabas? —Alza una ceja y me veo venir su siguiente comentario. Blue es como un tsunami tras un terremoto: difícil de predecir y un completo desastre cuando entra en acción—. ¿Qué esperabas? —repite la frase remarcando todas y cada una de las sílabas de la misma.

Me tiembla el mentón de las ganas que tengo de explicarle lo que deseaba, joder.

Doy un paso atrás antes de girarme y establecer una distancia prudencial. No, lo asumo desde ya, no va a ser suficiente con masturbarme una vez más, a este paso, se me va a quedar en carne viva.

—Gracias —le digo antes de sujetar mi taza y entregarle la suya.

Sus dedos y los míos se rozan y, por su mirada y la sonrisilla pérfida que la acompaña, sé que lo está disfrutando demasiado. Lo que ella no llega a comprender es que, en el juego, el verdadero vencedor no es el que anota el primer tanto, es el que gana el partido.

—Eso ya me lo has dicho, justo ayer. Justo anoche —sentencia. Sus largas pestañas se mueven a la vez que sus labios se posan sobre la taza. Trago con fuerza mientras bebe, cierra los ojos y gime

—. El mejor café es el primero de la mañana, como el sexo —añade separando la taza y la deja sobre la encimera.

Ni siquiera escucho la forma en la que la cerámica impacta con el mármol, me quedo petrificado interiorizando ese comentario. Otro más que sumar a la larga lista de provocaciones de Blue.

Carraspeo y sé que está disfrutando de la forma en la que me ruborizo. Es que con ella no se puede, juro que lo intento, sin embargo, siempre va un paso por delante de mí.

—¿Qué tal en el cole ayer? —No me he olvidado del tema, ni por asomo lo he hecho, solo he querido dejar que pase el tiempo y… quizá he pensado que, si ella quería hablar de ello, yo estaría más que dispuesto a hacerlo sin dudar.

Suspira y cierra los ojos.

—Mal. —Clara y concisa: esa es mi vecina.

—¿Quieres que hablemos de ello o prefieres que siga siendo el foco de tus burlas?

—No me hagas elegir entre eso, Maddox, porque no tengo dudas de cuál sería mi elección.

—Siempre puedes contármelo y, luego, meterte conmigo.

Me sonríe con calidez y me estremezco solo por eso. Puto pringado de mierda.

Apuesto a que Asher se reiría de mí sin dudar. Caleb sería un poco más benévolo.

—Juniper… —comienza, con cuidado, entiendo que nada de esto es sencillo para ella y, a pesar de todo, es valiente por querer contarlo. Contármelo—. Me dijeron cosas horribles en la reunión. La profesora la trata como si fuera torpe, incapaz, lenta, y todo esto a pesar de que ellos saben que tiene dislexia. Lo saben, Aaron. Lo saben y, aun así, me dijeron cosas horribles.

Me quedo sin palabras un segundo, lo cual es raro, porque por norma general tengo alguna respuesta que dar. Me limito a apretar la taza con fuerza y siento que me hierve la sangre en las venas.

—¿Torpe, incapaz y lenta? —repito, incrédulo, más para mí que para ella.

Blue asiente, apartando la mirada, dolida y ofendida. No es para menos.

—Sí. El resumen es que no avanza, que no se esfuerza lo suficiente, que no trabajamos lo suficiente, que debería comportarse mejor, como si su frustración fuese un ente ajeno a una niña que se siente desplazada porque sus compañeros progresan y ella no lo hace al mismo ritmo. —Se aparta un mechón de la cara, y me limito a observar cada movimiento y a entender que es más un acto reflejo que un gesto natural—. Todo eso me lo explicaron mientras yo me limitaba a asentir y escuchaba sin más. Por un instante parecía que no fuese yo misma la que estaba allí, que era una mera espectadora y no la madre de Juniper. Fue horrible. Y agotador, Aaron.

Gruño, cruzándome de brazos, incapaz de observar otra cosa que no sea su rostro y de pensar en la rabia que me consume. ¿Cómo es posible que emitan esa clase de juicios de valor sin entender lo que siente la persona que los recibe?, ¿sin tener en cuenta el daño que causan con esas palabras?, ¿dónde queda la empatía y la profesionalidad?

Cada palabra de Blue me hace querer ponerme en pie, llamar al colegio y, bueno, hacer algo que seguramente sería muy poco de «capitán intachable» y todo de un «chico de moralidad cuestionable».

—¿Y qué hiciste? —pregunto, intentando no sonar como un idiota enfadado ni como un tío que quiere quemar el mundo por ellas.

—¿Qué voy a hacer? Escuchar, tomar nota, asentir como una gilipollas y salir de allí sin más. Sin saber si estaba viviendo en una realidad paralela en la que todo son obstáculos en el camino. ¿Por qué todo tiene que ser siempre tan difícil, Aaron?, ¿por qué no puede ser un camino de rosas? Una línea recta de esas. Ya sé que dije que no me iban, sin embargo, a veces lo necesito.

La observo y por un instante me golpea lo fuerte que es. Y, aun así…, aun así, siento que quiero protegerlas a las dos. Que quiero que nadie jamás las haga sentir como ayer.

—Lo estás haciendo bien, Blue —añado y por mi parte soy todo honestidad. Es una tía fuerte, valiente. Nunca jamás había conocido a alguien con tanta fortaleza como la que tiene Blue. Y lo hace sola. Lucha con uñas y dientes sola. Es ella contra el mundo y, por un segundo, pienso que me gustaría evitarle esta situación, al menos

me gustaría asegurarme de que tenga a alguien que reme cuando a ella le fallen las fuerzas—. No hay nadie que aguante tanto y que siga en pie como tú —pronuncio, y no puedo evitar que se me escape un poco de admiración en cada una de las palabras—. Si alguien va a abrirse camino entre todas esas espinas, esa eres tú.

La veo apartar la vista un segundo y sé que entiende la sinceridad detrás de mis palabras. No es un piropo bonito ni una frase hecha. Es una promesa sin adornos, tan simple como real.

Por un instante, la habitación se queda en silencio. Solo ella, yo y un café que parece haberse enfriado demasiado rápido. Y, aun así, por un segundo, tengo la sensación de que sus hombros se relajan, que soportan una pizca menos de peso, y que su mirada se vuelve un poco menos sobria. Porque, a veces, basta con que alguien vea tu fuerza y te recuerde que no tienes que cargar con todo sola y, si eso es lo que tengo que hacer de aquí en adelante cada uno de mis días, no me temblará el pulso, no con ella.

Blue extiende una mano y encuentra la mía al otro lado. Me vuelco en esa caricia como si fuese el tesoro más preciado que he recibido nunca.

—Gracias por escucharme —añade. Su tono es bajo y está lleno de ternura. Es tranquilo y fuerte, como lo es ella misma—. Eres un buen chico.

—Un placer, chica mala.

Mi vecina se levanta, enjuaga ambas tazas y las mete en el lavavajillas bajo mi atento escrutinio. Es probable que vaya a llegar tarde al estadio y es probable que Donahue me eche la bronca por ello. Cosa que en este instante no me puede importar menos.

—Ah, Aaron… —susurra ya llegando a la puerta.

—¿Sí?

—Solo he subido porque sé que te vas de viaje hoy y… —titubea— me apetecía pasar tiempo contigo y despedirme. —Joder—. No voy a tener con quién meterme esta semana. —Me guiña un ojo y se marcha, balanceando las caderas de esa forma tan suya que me hace parecer un puto pervertido.

En fin, cada uno es lo que es, ¿no?

Y puede que ella sea de otro mundo.

CAPÍTULO 17

Palomitas dulces
Blue



—Mamá, ¿cuál de todos esos es Aaron? —pregunta mi hija. Esta es la tercera vez que lo hace porque siempre lo pierde de vista entre tanto jugador y tanta velocidad.

—Es el que lleva el número once en la espalda, cariño —le susurra Noah, que está sentado al otro lado del sofá.

Mi hija ha subido los pies sobre sus muslos, y Noah se dedica a acariciarle los dedos y a tirar de ellos amenazándola con quitárselos como si fuesen piezas de lego. Lo que la ha hecho reír.

—Es el más guapo de todos —suelto en voz alta.

—Y no es un capullo —me acompaña mi hija, que no me dirige la mirada porque está tan hipnotizada como lo estoy yo con la pantalla.

—Por supuesto que no lo es —corea Cassie—. Eso sí, Asher es mucho más guapo —contrataca.

Nos hemos reunido todos en mi apartamento. Carson y Maddie han decidido salir esta noche a cenar solo para mantener la llama del matrimonio prendido. Esa es la excusa que nos han dado, aunque Xavier lo que cree es que están hartos de nosotros y que no les viene mal un rato sin tanto alboroto cerca.

Así que, en vez de reunirnos para ver el partido en casa de los Caldwell, lo hemos hecho en la mía.

—Permíteme que lo ponga en duda.

—Ninguno de los dos es como una nevera por detrás —agrega mi hija poniéndose en pie.

Tiene la cara somnolienta, solo por la forma en la que se hace pequeños rizos con los mechones sé que está deseando meterse en la cama, que le lea un cuento y dormir plácidamente. Sin embargo y

siguiendo la estela de su madre, estará aquí hasta que el cuerpo aguante.

Y hasta que no haya ningún cotilleo o conversación sobre la que rebatir o sacar alguna puntilla.

«Hija de tigre sale rayada».

—Eso es cierto. —Cassie le revuelve el pelo cuando la acoge entre sus brazos.

Mi mejor amiga me observa unos segundos antes de guiñarme un ojo. Se tensa cuando clava la mirada en el televisor solo para comprobar que Asher ha recibido un golpe por parte de uno de los laterales de los Calgary Avalanche.

Es el último partido que juegan esta semana fuera de casa y sé que necesitan ganar porque han perdido uno de ellos y empatado el otro, y no hay nada que lleve peor Asher que una derrota. Sí, le precede su reputación.

Me tenso cuando Aaron recibe otro empujón por intentar defender a su hermano. Las cámaras los enfocan y apenas escucho cómo narran la escena a pesar de que Xavier ha subido el volumen del televisor. Solo veo su cuerpo en el suelo y a Asher empujando a todo el que se le acerca.

—Joder —mascullo casi sin darme cuenta—. Dale su merecido, Maddox.

—¿A cuál de los dos te refieres? —pregunta Noah, que silba porque estas cosas le encantan.

Cuanto más contacto haya, más lo disfruta.

Puñetero tarado adorable.

En la pantalla vuelven a aparecer varios jugadores. No los distingo a todos, pero sí que busco al número once entre ellos. Se está levantando del suelo y está cargando contra el jugador que lo ha empujado. Ambos han soltado los *sticks*, y la grada ruge con fuerza.

—A Aaron —digo señalando el número once—. Dale caña, capitán.

Mi hija aplaude como si estuviera en la misma pista, saltando en el sofá con los rizos bailando a su alrededor.

—¡Eso es, Aaron! —grita, y yo no puedo evitar reírme por culpa de su entusiasmo.

—¿Crees que es educativo eso de que tu hija vea a un par de tipos darse hostias? —me increpa Xavier.

—Cállate —le pido sin apartar la mirada del televisor.

Me llevo un puñado de palomitas dulces a la boca y las mastico como un camionero. ¿Qué? No me juzguéis, son los nervios.

Noah alterna una mirada entre mi hija y yo. Se centra en Juniper, disfrutando de su energía contagiosa, y le da un ligero empujón en la espalda para que se siente de nuevo.

—Tranquila, campeona, que no es necesario que derribes el sofá —le dice, guiñándole un ojo.

Mientras tanto, en la pantalla, Aaron y el número cuarenta y tres de los Avalanche se empujan y forcejean, los cuerpos chocan con fuerza. Apuesto lo que sea a que esos impactos tienen que doler, por muchas protecciones que lleven, deben de sentir algo. Mi corazón se acelera y le aprieto la mano a Noah, que está sentado a mi lado, a la vez que contengo el aliento.

—Vamos, Maddox, muéstrales quién manda en la pista —susurro casi sin darme cuenta.

Noah se ríe, observando la sincronía entre nosotras.

—Madre e hija, mismo entusiasmo —asegura y me da un codazo en el brazo.

Cassie se acomoda a mi lado, con la pequeña aún abrazada a su cuello, y me revuelve el pelo de manera instintiva.

En la pantalla, Aaron finalmente derriba al jugador rival y se levanta con el pecho inflado, digno de un héroe de película. Yo me reclino en el sofá, intentando parecer imparcial, pero me descubro sonriendo como una tonta.

—No puedo con esos imbéciles —murmuro, y mi hija se apoya en mí, con los ojos brillantes de la emoción. El sueño se ha volatilizado.

Como mis bragas al ver a Aaron atacar de esa forma y defender a los suyos con garra.

«Lo estás haciendo bien, Blue».

—Yo tampoco, mamá —añade mi hija trayéndome de vuelta al presente y sacándome de esos pensamientos. De la forma en la que me escuchó, de la rabia contenida que encerraban sus palabras, de la manera en la que me sentí acompañada, y no hablo de su

presencia, que también, hablo de él con sus gestos, sus silencios cargados de significados y sus miradas llenas de comprensión y empatía.

Sí que es un buen chico, uno que vale la pena tener cerca.

El partido sigue, los golpes y empujones se suceden. Sin embargo, para nosotras ya no es solo un juego. Es el espectáculo de los Maddox en familia, con risas, comentarios agudos y un sofá lleno de pequeñas voces que no quieren perderse ni un segundo.

—Vale, ya me callo —agrego, levantando las manos, y salgo del salón en dirección a la cocina—, avisadme si alguien marca.

—Sobre todo si es Aaron el que lo hace, ¿verdad, Blue?

—Cállate, imbécil —le espeto a Noah, que ha sido el que ha soltado ese comentario mordaz—. Vamos, Juniper, es hora de irnos a la cama.

—Jo, mamá, quiero terminar de ver el partido y quiero ver a Aaron repartiendo leches.

—¿Repartiendo leches? —pregunto observando a todos los presentes.

Cassie y Xavier señalan a Noah, que, cómo no, se tapa la cara con un cojín.

—Eres chico muerto. —Lo señalo, y a él no parece importarle en absoluto mi amenaza.

Juniper se encarama a mi cuerpo y me dirijo a su habitación. Entrecierro la puerta y la acomodo en la cama. Sobre la pequeña mesilla de noche hay un cuento, la famosa historia del dragón que no era malo que le enseñó a Aaron hace ya bastantes días.

—Esta noche es tarde, ¿vale? Así que hoy te leo yo, y mañana lo volveremos a hacer juntas, ¿te parece?

Mi hija me sonríe y, cuando le veo la encía en la que ya empieza a haber una pequeña mancha blanca indicativo de que le está saliendo la paleta, me digo a mí misma que, pase lo que pase, todo vale la pena. Por ella siempre lo hará. No importa si tengo que escalar montañas, trepar árboles enormes o recorrer distancias infinitas, por Juniper todo vale la pena. Hasta cuando parece que el mundo se me viene encima, vale la pena.

—¿Sabes, mamá?

—Dime —respondo mientras busco la última página, esa en la que la princesa sigue observando tras las rejas al dragón que está cautivo al otro lado sin entender por qué está tan asustado.

—Aaron me gusta. Es divertido y baila bien. —Para Juniper, que baile genial ya es un motivo de peso—. Los puzles no se le dan tan bien como arreglar muñecos, pero la tía Cassie asegura que no podemos ser buenos en todo. Como tú, que no eres buena cocinando, aunque yo te quiero igual.

—¡Oye! —protesto fingiendo que me ha ofendido.

—Te quiero igual —repite para que entienda lo que de verdad importa en su confesión.

Y sí, eso es lo que de veras importa.

—La tía Cassie es muy sabia —rumia ella desde la puerta—. Toc-toc, ¿se puede?

—¡Cassie! —grita mi hija del todo emocionada, como si no hiciese un par de minutos que estaba entre sus brazos.

—Anda, ven. —Palmeo la cama por el otro lado, y ella toma asiento allí.

—Asher se está metiendo en líos, para variar. —Pone los ojos en blanco sin perder la sonrisa, lo que demuestra que no le molesta tanto como quiere hacerme parecer—. Aunque Aaron no se queda atrás. —Me guiña un ojo, y yo aparto la mirada.

—No empieces —le advierto.

—¿Yo?, ¿se puede saber qué he dicho?

—El problema no es lo que has dicho, es el retintín implícito en esa frase —matizo antes de centrar la atención en mi hija, que ha apretado su peluche recién operado por el capitán del equipo y se ha dormido. Dor. Mi. Do—. Y colorín colorado…

Diddy suelta una risilla y se levanta, colocándose el teléfono dentro de la cinturilla del pantalón.

—¿Quieres que hablemos de tu vecino *buenorro*?

Dejo escapar el aire porque ciertamente sí que quiero hablar de él. Es más, hablar no es lo único que se me pasa por la cabeza, para ser mucho más precisos.

—¿Crees que es ilegal tirarse al capitán del equipo?

—¿Me estás pidiendo consejo legal o algo similar?

Me carcajeo mientras salgo de la habitación.

—Supongo que necesito el consejo de una amiga que se tiró al chico a su cargo.

—Nunca estuvo a mi cargo, al menos, no de la forma en la que tú lo insinúas.

—Yo no insinúo nada —me jacto fingiendo inocencia. Una que sabemos que no tengo en absoluto.

—Pues digamos que no es ilegal tirarse al capitán del equipo salvo que ese capitán no quiera que lo hagas, en cuyo caso, sí que sería ilegal. Ilegal y un delito.

—Eso me pone. Me pone cada vez más, ¿crees que me dará unos azotes si me porto mal? —tanteo.

Diddy se lleva las manos a la boca y se horroriza.

—Joder, Blue, ¿hablas en serio?

Me acerco mucho, demasiado, y susurro:

—Nunca en mi vida he hablado tan en serio.

—En ese caso, iré buscando un abogado —me responde mientras se encamina al salón—. Ah. —Se gira antes de sentarse al lado de Xavier—. Y quiero que me lo cuentes todo todo.

No sabe ella lo que me está pidiendo.

No, no lo sabe.

CAPÍTULO 18

Para cuando te sientas sola
Blue



Estoy tumbada en la cama, convenciendo al maligno de mi cuerpo de que debo pegar ojo porque mañana tengo turno en el Tide&Toast y también en el Truenorth Ice Dome y llevo así muchas horas ya. No sé lo que me pasa, estoy agotada y parece que, cuanto más cansado está, más difícil me lo pone.

El maldito es tan terco como lo soy yo.

Observo de nuevo el teléfono sobre mi mesilla y es la tercera vez que compruebo que tengo el despertador activado. Es poco más de la una de la mañana y ya llevo una hora aquí.

Entro en la aplicación de mensajería instantánea y escribo.

Blue:

¿Qué llevas puesto?

Una frase como otra cualquiera, ¿no?

Capitán Buenorro:

¿Qué haces despierta a estas horas?

Blue:

No puedo dormir. ¿Me cantas una nana?

En la pantalla del teléfono aparece su nombre, y descuelgo sin dudar ni un solo segundo.

—¿Blue?

Me río.

—¿Por qué preguntas?, ¿crees que hay otra persona al otro lado?, ¿acaso no fue suficiente pista el hecho de preguntarte qué llevas

puesto? Pregunta que, por cierto, no has respondido.

La risa que escucho al otro lado me acelera el corazón por momentos.

—Un pantalón de pijama.

—Mmmm —lo interrumpo—. ¿Y qué más?

—¿Qué me estás preguntando exactamente?

—No rompas el instante, capitán, no sabes lo poderosa que es la imaginación —suelto.

Me encantaría poder tenerlo cerca para ver el efecto que causa en él mi comentario. Es adorable la manera en la que no responde, cómo rehúye cada mofa que le suelto o cada frase con doble sentido y lo mejor de todo es que me encanta que no sea inmune a mis encantos.

Supongo que a nadie le amarga un dulce.

—¿Qué llevas puesto tú?

—Uhhhh. —Tiro de sarcasmo—. El alumno está intentando superar a la profesora, ¿ehh?

Suelta una risilla al otro lado y algo se caldea dentro de mi pecho. Es una sensación agradable, es reconfortante escuchar su voz.

—Has empezado tú —me acusa tras una pausa.

—He visto el partido de hoy —le cuento—. De hecho, todos lo hemos visto. Te has metido en un lío gordo con ese tipo, Aaron.

Escucho su respiración al otro lado y me acomodo mejor entre las sábanas, como si pudiera acercarme a él solo con eso.

—Ya… Donahue me tiró de la oreja luego, en el vestuario. Se supone que tengo que dar ejemplo y comportarme.

—¿Por qué? ¿Quién dice eso? Con lo divertido que es hacer justo lo contrario de lo que te piden —le explico—. Mírame a mí. —Me señalo a pesar de que no me vea—. Mis padres siempre quisieron que me comportase como la chica que se esperaban, ya sabes: recatada, seria, recta y de las que no se meten en líos. Como mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—De hecho, tengo tres hermanos. Todos varones.

—¿Y…?

—Puedes preguntar, Aaron, no te cortes. —Titubea unos segundos, así que le lanzo un cabo—. Haremos una cosa —le propongo—. Un secreto mío por uno tuyo.

—¿Es una de esas normas raras? —suelta y su tono de voz dista mucho del capitán del equipo, parece más humano, más normal, más él.

Me encanta que conmigo siempre sea él mismo y que yo pueda ser tan solo yo con él. Sin esconderme, sin florituras, sin parecer alguien que no soy.

—Es una nueva norma.

—Eres una mandona —suelta.

—De eso nada, tengo mejores ideas y más rápidas que tú —agrego, recordándole la conversación que mantuvimos en el coche hace varios sábados, cuando regresábamos a casa, y Juniper se metía conmigo y él se lo pasaba en grande a mi costa.

—Me gusta esa norma —concluye al final.

Me remuevo entre las sábanas y me coloco de lado, acomodándome hasta dar con la postura correcta.

—Empiezo yo —me adelanto. Se aclara la garganta como si esperase alguna pregunta de lo más incómoda por mi parte y, ciertamente, todas las que se me pasan por la cabeza son de lo más cochinas. Y nada tiene que ver con sacarle los colores y todo con llevarlo al límite. Hay algo de lo más peligroso y excitante a la vez en eso—. ¿Por qué no contestas a las llamadas de Prescott?

—Porque no se lo merece. —Es rápido respondiendo, de hecho, tan rápido que boqueo unos segundos. No esperaba que lo hiciese sin dudar, sin medir las consecuencias—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

—¿Es esa tu pregunta? —bromeo rompiendo la tensión.

Suelta otra carcajada.

—Ni de coña. No soy tan imbécil.

—No, no lo eres —confieso.

—¿Me estás halagando, Blue?

—Dudo que te hagan falta esa clase de cosas por mi parte.

—Bueno…, ¿quién sabe?

—¿Es esa tu pregunta? —me jacto de nuevo.

—No. ¿Por qué no te hablas con ellos?, ¿con tu familia?

Es mi turno de carraspear. No me cuesta mencionarlos, de hecho, ya lo tengo bastante asumido. Sin embargo, eso no quiere decir que me duela menos. Que me sienta menos sola.

—Siempre fuimos una familia unida, una familia perfecta. Una familia ejemplar. Mis hermanos son un calco unos de otros. Hombres honorables, de esos que no alzan la voz, que no se meten en problemas.

—Los hijos perfectos.

Asiento a pesar de que no pueda verme.

—Y luego estoy yo —le explico para que entienda el concepto—. Me aburría, sentía que no encajaba, que mis días eran todos iguales. Mis padres no estaban de acuerdo, no sabían qué hacer con la rebelde de su hija, se limitaban a cortarme las alas día sí y día también. Normas estrictas y paredes invisibles a la vista de los demás que solo me oprimían. Supongo que todo saltó por los aires cuando sucedió lo de Juniper. Fue la gota que colmó el vaso.

—No me lo puedo creer. —Escucho cómo se remueve en la cama, incómodo—. De verdad…

—A ver, capitán —ironizo porque cuando la cosa se pone seria… Joder, cuando la cosa se pone seria me cuesta horrores enfrentarme a ella. Porque tengo suficientes mierdas encima como para pensar en todo lo que me aprieta el pecho. Y se rumorea que la risa y la broma destensan el ambiente, ¿no?—. Tu familia tampoco es que sea la más guay del mundo.

—No —concluye—. Asher… Joder, a él lo jodieron, pero bien —me explica.

Cosa que más o menos ya sabía porque Diddy y yo somos las mejores amigas del mundo.

—Conozco a gente —le suelto—. Ya sabes, por si lo de escupir en el café no nos resulta suficiente venganza.

Lo digo en broma, sí, aunque en el fondo hay algo más profundo latiendo bajo cada palabra. Me sorprende lo fácil que resulta hablar con él, desnudar cosas que suelo guardar bajo llave, esas que pesan en el pecho incluso cuando intento ignorarlas. No es que contarle mi historia la haga menos dolorosa ni que, de pronto, todo encaje en su

sitio, sin embargo, me siento distinta. Más ligera. Como si compartirlo no me restara fuerza, sino que me devolviera un pedazo de ella. Con Aaron no tengo que justificarme ni maquillar mis heridas; puedo ser exactamente quien soy, con mis grietas incluidas y, aun así, sentirme escuchada. Y eso, a pesar de que no soluciona nada, reconforta más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—¿Esa gente es Noah y Xavier?

—¿También les precede su reputación?

—Por toda Canadá —sentencia sin un ápice de duda en su tono.

Me muerdo el labio para no soltar una carcajada.

—Se los haré saber.

Me quedo mirando el techo a oscuras, escuchando mi propia respiración y también la suya, consciente de cómo Aaron consigue que un tema tan serio no se convierta en un drama y de lo mucho que me alivia que así sea.

—Escucha, Blue.

—¿Sí? —Me coloco de lado una vez más.

—Que les jodan —suelta a bote pronto. Abro los ojos, presa de la sorpresa, porque es Aaron Maddox—. Que les jodan porque ellos son los que han perdido de verdad. Tus padres y tus hermanos… Todos ellos han perdido a una mujer increíble y a una niña maravillosa. Como su madre.

Algo suave se instala en el fondo de mi pecho y me recorre todo el cuerpo: es cálido, reconfortante y nuevo.

Sobre todo, nuevo.

—Que les jodan —suelto yo también—. Que le jodan a tu padre, porque tenía a dos hijos. —Enseño dos dedos, pese a que no pueda verme a través del teléfono—. Y lo han perdido todo.

Suspira al otro lado.

—Gracias, Blue —agrega—. Por ser así de especial.

Especial. Nunca nadie se había referido a mí de esa forma. ¿Alocada? Sí. ¿Espontánea? También. ¿Tarada? En más ocasiones de las que puedo recordar. Nunca especial. Nunca maravillosa. Nunca fuerte.

—Vale, nene, ahora dime qué llevas puesto.

Aaron suelta una carcajada.

—¿Estás intentando desviar mi atención para que no hablemos de esto?, ¿para suavizar la tensión?, ¿para distraerme con comentarios sexuales?

Por supuesto que sí. Bajo la vista y mi pijama sigue ahí, aunque ahora me encantaría hacerlo desaparecer de un plumazo.

—Deberías saber que yo no llevo nada.

—Joder, Blue…

Escucho su gemido de desesperación al otro lado y sonrío por pura inercia.

—Buenas noches, capitán —me despido a pesar de que no me apetezca en absoluto.

—Buenas noches, chica mala.

CAPÍTULO 19

A que no te sorprende
Aaron



—Joder, Aaron, ¿se puede saber dónde coño tienes la cabeza? ¡Estamos aquí! —grita Caleb llamando mi atención desde su posición, está colocado justo donde ensayamos y a punto de darme el pase que cambiará todo, ¿y qué hago yo?

«Deberías saber que yo no llevo nada».

Hace dos días que regresamos a Vancouver y este es nuestro primer partido en casa. El primero desde que Blue me contó parte de su pasado, el primero desde que se abrió una especie de brecha entre nosotros. Hasta ahora hemos jugado con distintos enfoques: hemos sido dos personas que se buscan las cosquillas o una de ella que las busca y el otro recula —¿adiviináis quién es quién?—. Hemos sido compañeros de puzles, cirujanos y, por lo que parece, hemos avanzado en eso de contarnos confidencias. Arrancamos con el tema de Juniper y también me ha hablado de su familia, y es una sensación deliciosa y a la vez reconfortante que me vea como ese chico con el que puede juguetear y también sincerarse. Ser ella misma.

—¿Me estás escuchando?

Giro la cabeza y me centro de nuevo en la pista y en nuestros rivales.

«Vamos, Aaron, ya sé que estás desesperado por ir a verla. Por llevarla a casa o por llevarla a tu puta cama y enterrar la cabeza entre sus piernas, sin embargo, este no es momento para fantasear con tu vecina sexi».

«Claro, como si fuese tan fácil».

Gruño de pura frustración. Sé que no está trabajando porque me pasé por la cafetería antes de bajar al estadio. Sloane estaba allí con Kayra, la otra chica que hace varios turnos. Si a Sloane le resultó extraño o no que me viese entrar y recular al darme cuenta de que Blue no se encontraba en la sala, no dijo nada. Nada más allá de su ceja alzada, que no es poco.

Patino para recuperar mi posición y escucho a lo lejos los gritos de Donahue, que nos pide que nos reubiquemos y que no les dejemos espacio desde el que colarse. Julien Dufresne es el defensa de los Polar Vipers y es un rival temible dentro y fuera del campo.

—Maldita sea —gruño cuando me pisa los talones de nuevo.

Julien no necesita mirarme para saber dónde estoy, es así de cabronazo. Es de esos defensas que juegan con el cuerpo antes que con el *stick*, que te empujan a pensar un segundo de más y te roban medio metro justo cuando más lo necesitas. Me cierra el ángulo hacia la banda y me obliga a soltar el disco antes de tiempo. Tal y como Donahue predijo en el entrenamiento, como Asher y yo lo vaticinamos en el avión de regreso a Vancouver hace dos días.

—¡Atrás, Aaron! —Escucho a Miles desde la línea azul.

Retrocedo, respiro hondo y bajo el ritmo. Eso siempre funciona conmigo: analizar, ordenar, volver al plan inicial. El problema es que hoy el plan se me mezcla con una cafetería vacía, con una chica a la que llamé hace dos noches porque me moría de ganas de estar con ella y con una voz al otro lado del teléfono explicándome cómo era parte de su vida. Parte de su pasado.

El disco vuelve a mí tras un rebote torpe. Ben ha detenido el primer disparo de los Vipers con ese gesto casi aburrido que pone cuando está en su noche de mascarilla y pepino o lo que cojones haga en su casa para concentrase. Control. Siempre control.

—¡Ahora! —pronuncia Caleb, firme, a mi izquierda.

Levanto la cabeza. Veo a Kai abierto, bailando con el *stick* como si el hielo fuese suyo. Asher entra con velocidad por la derecha, demasiado rápido, demasiado directo. Mi hermano es la personificación del caos en la tierra, y lo adoro por ello.

Alzo la vista hacia el palco. Sé que nuestro padre está allí y también sé que está respetando las distancias porque, si no lo hace, ambos nos marcharemos y tendrá muchas explicaciones que dar. Unas que no le gustarán en absoluto. Asher sigue mi mirada y le sonríe con suficiencia. Yo también lo hago. Y todo vuelve a empezar, lo hace de una forma frenética, de esas que consiguen que la sangre me ruja en las venas. Como también lo hace Blue.

Dufresne duda solo un instante, y eso es más que suficiente para mí.

Amago el pase a Kai y deslizo el disco hacia atrás, justo donde Caleb ha avanzado un paso desde la línea azul. El disparo me sale potente, limpio, bajo, buscando el hueco perfecto para dar donde más duele. El disco rebota en una pierna, se eleva apenas unos centímetros, y Asher lo caza en el aire con un reflejo que resulta casi obsceno.

El golpe seco del disco contra la red hace estallar el pabellón. Y nos anotamos un puto tanto. Uno que necesitamos.

Alzo la cabeza buscando el marcador. Vamos ganando. Dirijo la mirada hacia la cámara y le guiño un ojo cuando me enfoca.

—Vaya con mi hermanito… Si sabe ganarse al público y todo. —Lo empujo con el hombro contra el plexiglás—. O quizá no sea al público en general y solo vaya dirigido a alguien en concreto, ¿es eso, Aaron?

—Cierra la boca —escupo.

Mi hermano se carcajea porque sabe que no hay nada de rabia en mis palabras y todo de broma en ellas.

Asher levanta el puño, provocador, y se gira hacia mí con esa sonrisa suya que dice demasiado sin abrir la boca siquiera. Kai se nos echa encima, gritando algo sobre repetirlo para las cámaras. Caleb me da un golpe en el casco, fuerte.

—Así sí —me suelta—. Joder.

Asiento, todavía con el corazón acelerado. No por el gol, sino por la sensación de haber vuelto. De estar donde tengo que estar. De querer estar donde quiero estar.

El marcador se enciende y el ruido me atraviesa el pecho. Giro la cabeza al banquillo, y Donahue asiente una sola vez. Aprobación

más que suficiente.

Cuando volvemos al *face-off*, me coloco en el círculo y fijo la vista en el hielo un segundo más de lo habitual.

Respiro hondo. El ruido del pabellón se convierte en un zumbido lejano, casi constante, como cuando alguien baja el volumen del mundo para dejarme pensar.

—Aaron —murmura Kai a mi izquierda—. Buen pase.

—Cierra más el segundo palo —le respondo sin desviar la atención de lo que me atañe—. Van a aprender de sus errores y a corregirlos. No nos van a dar tregua.

Asiente. Siempre lo hace. Kai puede parecer puro espectáculo. Sin embargo, cuando toca ponerse serio, lee el juego tan bien como cualquiera.

—Y nosotros tampoco a ellos —replica lleno de vehemencia.

Adoro a este muchacho a pesar de que quiera ligarse a mi chica.

El árbitro deja caer el disco de nuevo, gano el saque y tiro hacia atrás para pasársela a Miles. Los Vipers reaccionan rápido; Dufresne vuelve a taladrarme con la mirada, y yo se la devuelvo porque no me da miedo. Lo leo, lo tengo claro, se acabaron las tonterías, ahora jugamos de verdad.

Avanzamos en bloque. Segunda oleada. La grada sigue rugiendo, pero ya no escucho nombres ni cánticos ni mi número coreado, tampoco el de Asher o cómo gritan por «Terremoto Maddox». Solo siento el sonido de los patines cortando el hielo y el golpe seco del disco contra los *sticks* mientras me dejo llevar y hago lo que tanto me gusta.

Asher recibe en la banda derecha y, como era de esperar, no frena. Nunca lo hace. Dos rivales se le echan encima, y yo entro por el centro, arrastrando a un tercero conmigo.

—¡Aquí! —le grito.

No necesito comprobar sus indicaciones. Tenemos esa clase de conexión dentro y fuera de la pista. El pase llega igual, raso y con mala intención. Controlo y disparo rápido, buscando el hueco entre el defensa y el poste. El portero de los Vipers detiene el tiro con la rodilla y el rebote sale muerto frente a la portería.

Kai no llega por apenas unos centímetros.

—¡Mierda! —escupo, ya girando para replegarme.

Caleb y Miles cierran atrás con una precisión quirúrgica. El *stick* bien alineado, el cuerpo bien colocado y la mente fría. Así se ganan los partidos.

El contraataque de los Vipers es rápido y letal. Uno de sus extremos se cuela por nuestra derecha y lanza desde el círculo. Ben bloquea el disparo con el guante y se queda con el disco atrapado en él, sin dar opción a una segunda jugada.

El silbato suena y el juego se detiene. Me acerco a la portería y le doy un golpe suave en el casco.

—Esa ha sido buena.

—Normal, soy el mejor —responde Ben a la vez que las comisuras de los labios se le alzan.

Suelto una carcajada mientras me dirijo hacia el banquillo, allí está el entrenador, que aprovecha el parón para ajustar las líneas. Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y dejo que el aire frío me despeje la cabeza.

Pienso en Blue. En que quizá esté viendo el partido desde algún sitio. En que tal vez esté sirviendo cafés sin mirar la pantalla o preparando sopa. En que, pase lo que pase, después, cuando termine el partido, voy a querer oír su voz.

—Eh —dice Asher, chocando su hombro contra el mío—. No te me vayas otra vez.

Lo observo. Tiene los ojos encendidos, la adrenalina todavía disparada.

—No pienso irme —le respondo—. Ni un segundo.

Asher sonríe, satisfecho, y se ajusta el casco.

Volvemos al hielo. El marcador aún tiene mucho tiempo por delante, y los Vipers no tienen intención de rendirse con facilidad, pero algo ha cambiado. Lo percibo en la forma en que patinamos, en cómo el disco circula, en la certeza silenciosa de que, mientras mantengamos esto, somos difíciles de parar.

Me coloco de nuevo en el centro, alzo la vista y aguardo el siguiente pase.

Esta vez, no hay dudas. Esta vez, juego con la cabeza clara y el corazón justo donde tiene que estar.

En el *hockey* y en la chica que voy a visitar después.

CAPÍTULO 20

Dramatizando
Blue



—¿Has visto el partido?

Aaron acaba de cruzar el umbral de la puerta de mi casa, todavía con la bolsa de deporte colgada del hombro y el pelo revuelto como si viniese de jugar a *hockey* o de participar en una maratón sexual.

Niego en repetidas ocasiones.

—He visto el culo del capitán del equipo de *hockey*. ¿Te referías a eso? Porque sí, me ha mantenido pegada a la pantalla. Demasiado pegada a la pantalla.

Aaron parece inmune a mi comentario y a la mordacidad que va implícita en él porque se adentra en casa moviéndose con absoluta familiaridad. Y, para mi asombro, a mí también me parece de lo más natural que lo haga.

—Eres incorregible —suelta a la vez que se pone de rodillas para recibir a mi hija, que, nada más verlo, ha corrido en su dirección por el minúsculo pasillo—. ¿Qué estabas haciendo, pequeñaja? —le pregunta.

Obvio el latido que se salta mi corazón cuando la estrecha entre sus brazos y el siguiente latido cuando alza la vista y me guiña un ojo con picardía. Aaron viene buscando guerra y eso es lo que va a encontrar. Chasqueo la lengua a la vez que me aproximo a ellos.

—¿Hay espacio para una más? —pregunto.

Ambos me hacen hueco y, cuando me envuelve entre sus cálidos brazos, todo el mundo a mi alrededor parece eclosionar. Huele a espuma de afeitar y a ese maldito jabón caro que se niega a admitir que compra, pero que sabemos que lo hace y de tres en tres.

Apuesto a que tiene alguna suscripción recurrente o algo por el estilo.

—Mmmm. —Extiendo la mano y le pellizco una nalga—. ¿Crees que me firmará un autógrafo? —le pregunto.

—¿Yo?

—Tu culo —confieso—. Apuesto a que tiene una larga lista de citas que concertar. ¿Cómo lo haces?, ¿tomas tus propios batidos de proteínas?, ¿tienes una secretaria para ti solo?

—¿Estás manteniendo una conversación con…?

—Shhhh —lo chisto—. Deja a los mayores hablar.

Aaron me empuja, y caigo al suelo. No me lastima, pero Maridramas es mi segundo nombre.

—Eso ha dolido.

—Lo siento —se disculpa sonrojándose.

—Puedes pedirle perdón si quieres. —Y me señalo el culo a la vez que se lo enseño, lo que provoca que Aaron aparte la mirada.

No sé si es vergüenza o un rechazo en toda regla.

—Mamá solo está metiéndose contigo. No le hagas caso, Aaron. Y sí que ha visto el partido. Lo hemos visto juntas. De hecho, hemos visto todos los partidos, yo más, porque mamá tuvo que trabajar varias noches la semana pasada. El tío Xavier y el tío Noah no se los perdieron. Creo que son muy fans.

—¿Y tú no? —le pregunta dándole un pequeño golpe en la nariz.

Mis hormonas están montándose una fiesta muy loca ahí dentro.

—Yo solo soy fan si ganáis. Si perdéis no tanto.

Aaron suelta una carcajada a pesar de la brutal sinceridad por parte de mi hija.

—Nunca me había dolido mi ego tanto como hoy. —Mi vecino aparta la vista y me observa a mí.

Pasea los ojos por mi cara, mi cuello y se detiene en algunas zonas que hacen que todo mi cuerpo entre en tensión. En tensión de la buena, para que nos entendamos.

No puedo negar que me gusta, sobre todo, cuando me mira así: con anhelo y necesidad.

Vale. Lo admito. Estaba un poco —muy poco— de coña cuando le pregunté a Diddy cómo de mala idea era tirarse al capitán del

equipo, y chicas, creedme cuando os digo que he valorado los pros y los contras. Sin embargo, cuando lo tengo delante de mí, con esa pose, esa sonrisa que rompe esquemas y cuando me deleito en la forma en la que cuida a mi pequeña, los contras dejan de existir para solo ver pros en negrita y en mayúsculas.

Me pregunto cómo será: ¿romántico?, ¿tierno?, ¿será de esos que hacen la cucharita al terminar? No tiene pinta de huir a la primera de cambio. No, apuesto a que es de los que se quedan y charlan de temas banales o de los que comparten contigo una bolsa de patatas fritas con sabor a cebolla tras haberse dado una ducha.

—¿Me estás escuchando?

Por supuesto que no.

—Claro que sí —afirmo completamente convencida porque la actitud dice mucho, chicas.

—Te he traído algo —rumia él agachándose de nuevo para colocarse a la altura de Juniper—. Espero que no te moleste. —Ese comentario va dirigido a mí.

Me arrodillo junto a ellos y me sujeto las rodillas con las piernas mientras le extiende un pequeño sobre violeta con estrellas blancas.

—Lo vi en el escaparate de una tienda y pensé en ti —le explica a mi hija, que está rasgando el papel, emocionada.

Cuando lo abre, lanzando el papel en cualquier dirección, sus ojos chisporrotean de emoción.

—¡Un cuento nuevo!

En la portada hay una chica subida en un dragón blanco.

—Por lo que sé, no es una damisela en apuros, es una villana principesca.

Ladeo la cabeza al recordar esa conversación. Hace apenas unas semanas que hablamos de ello, no ha pasado tanto tiempo y, sin embargo, tengo la sensación de que hubiese transcurrido una eternidad.

—Entonces, ¡como yo! —grita mi hija emocionada.

Se incorpora y da pequeños saltos en el mismo sitio.

—Juniper, ¿no te has olvidado de algo? —le pregunto ocultando esa pequeña grieta por la que este chico se cuela poco a poco.

Los detalles, lo que de verdad importa en esta vida son los detalles.

—Ah, sí… ¿Puedes leerlo conmigo? —le pregunta colocando su pierna derecha tras la pierna izquierda. Me encanta ese gesto de ella, esa inocencia implícita.

Me atraganto ante su desparpajo porque, definitivamente, no es a eso a lo que me refería.

—Hablaba de darle las gracias a Aaron porque pensó en ti y porque tuvo el detalle de comprarte un libro.

El capitán de los Wild Warriors me coloca una mano sobre el muslo desnudo —¡alerta! He dicho desnudo— y siento la calidez de la palma en esa zona como si me estuviese recorriendo el cuerpo al completo. Ay, Dios, ojalá fuese así.

Cuando se percata del gesto, la aparta de inmediato.

—El rojo —le susurro para que me entienda y para que comprenda a lo que me refiero. Lo que hace que se ponga mucho más colorado.

—No ha sido nada, no te preocupes. —Sus palabras se dirigen a Juniper, aunque su mirada sigue clavada en mí.

—Aun así…

—Gracias, Aaron. —Cede por fin mi hija entendiendo a lo que me refiero.

Y, sin previo aviso, lo estrecha contra su minúscula figura. Sus pequeños brazos se colocan alrededor de su cuello y sus mejillas se unen la una a la otra. La estampa es…, me roba el aliento.

No sé en qué momento exacto sucede, pero algo dentro de mí se remueve. Quizá es por la forma en la que Aaron se queda quieto solo pegado a ella, como si temiera romper la conexión. O por la manera en la que cierra los ojos apenas un segundo, apoyando la mejilla en el pelo de Juniper con una delicadeza que no encaja con su tamaño ni con la imagen de tipo recto y firme que proyecta sobre el hielo. O es todo mucho más sencillo que eso y es la suma de cada pequeño detalle.

—Gracias a ti, peque —murmura él, bajito, reservando ese agradecimiento solo para ellos dos.

—Ahora vamos a leerlo juntos —le pide ella y esa calma se convierte en tormenta porque con Juniper la lectura tiene que ser

divertida, captar su atención es de vital importancia. Así que me incorporo para evitar el instante de tensión.

—¿Y si cenamos?

La mano de Aaron se coloca de nuevo en mis piernas, esta vez, en la parte baja de mi pantorrilla, y siento cómo su pulgar se desliza con cadencia por mi piel. Es una caricia furtiva y, a su vez, es puro fuego.

Permanezco quieta, conteniendo la respiración, temiendo que cualquier movimiento pudiera romper el hechizo, evitando a toda costa que eso suceda. Pienso en lo fácil que sería apartarme y en lo imposible que me resulta hacerlo.

Dejo que la sensación me atraviese y me prometo que no pasa nada, que solo es una caricia. Pero en el fondo sé que me estoy engañando. Porque hay sensaciones que no se olvidan. Porque hay personas que, sin saberlo, empiezan a importar demasiado.

Y, mientras su pulgar sigue ese lento vaivén, me pregunto si estoy preparada para todo lo que Aaron Maddox despierta en mí y si él estará preparado para todo lo que quiero hacerle.

CAPÍTULO 21

Miradas que abrasan, palabras que desgarran
Aaron



Si fuese un puto cabrón con suerte, en este instante, esa chica a la que estoy acariciando estaría pensando en dejar que recorriese todo su cuerpo, que venerase cada curva, que devorase cada centímetro de su piel con la misma calma que mi pulgar se desliza por su tobillo.

Si fuese un puto cabrón con suerte, esta estampa se repetiría cada día de mi vida. Es agradable estar aquí y es mucho más agradable que Blue me esté observando de esa manera. Con cariño, con deseo, con miedo. Y sé por qué…

—Vamos a leerlo, pero esta vez a mi manera —le propongo a Juniper.

Mis palabras causan el efecto deseado en madre e hija porque ambas me observan interesadas. Una con la inseguridad de cuál será mi siguiente paso y la otra con las expectativas por las nubes ante un reto, la novedad. Lo que desconoces.

Lo formulo con calma, con tranquilidad y sin grandilocuencia, como si leer un cuento fuese lo más normal del mundo. Porque, de hecho, lo es y debería serlo siempre. Juniper clava los ojos en mí con esa mezcla peligrosa de ilusión y miedo que reconozco al instante, es la misma mirada que tienen los jugadores jóvenes antes de su primer cara a cara. Blue, a un lado, apenas se tensa. No pronuncia palabra alguna, sin embargo, la conozco lo suficiente como para saber que está preparada para intervenir si hiciese falta. Para proteger a su hija. Porque es una madre increíble.

Me siento de nuevo en el suelo, apoyo la espalda en el respaldo del sofá y doy un par de palmadas suaves en el espacio libre que hay a mi lado.

—Ven, peque, desde aquí se ve mejor.

No la presiono. No la llamo dos veces. Aguardo y le permito que sea ella la que elija si está preparada o si le apetece compartirlo conmigo.

Juniper se acerca despacio y se sienta a mi lado, con el libro apoyado entre los dos. Lo abro con cuidado, un gesto que forma parte del juego. Blue se coloca justo enfrente de nosotros, con las piernas recogidas y sujetas por sus brazos.

Le regalo una media sonrisa para infundirle tranquilidad, y ella me la devuelve sin dudar.

—Vale —empezamos—. Norma número uno. —Blue alza una ceja y, ¡Dios mío!, está tan guapa que me roba el aliento. Carraspeo y me centro, si no, va a ser imposible hacerlo bien—. Comenzaré a leer, ¿vale? —le pregunto para hacerla partícipe en todo momento, para que entienda que es ella la que decide, y yo haré lo que me pida—. Tú solo eliges cuándo quieres ayudarme. Aunque sea una palabra. O una letra. Y debes saber que no sucede absolutamente nada si no quieres hacerlo.

Los hombros se le relajan un poco tras mis palabras y los de Blue también.

Paso el dedo por la primera ilustración antes de leer una sola línea.

—¿Qué ves aquí?

—Un dragón —responde ella, rápida—. Y una chica.

—¿Da miedo o mola? —pregunto.

—Mola —responde llena de convicción. Sí que mola, sí, ellas dos lo hacen.

—Entonces estamos a salvo —sentencio, arrancándole una sonrisa.

Empiezo a leer despacio, vocalizando más de lo habitual, sin exagerar, sin resultar forzado. Mi dedo acompaña las frases sin intención de corregirla, sino para que el texto no se le escape y

mantener la atención puesta en la línea por la que vamos. Cuando llego a una palabra un poco más larga, paro.

—Esta palabra es un poco pillina —le advierto—. ¿Quieres que la lea yo o la leemos en equipo?

Juniper parece dudar unos segundos, hasta que alza la mirada y observa a su madre y su sonrisa. Asiente tras eso. Si Blue me sonriese de esa forma, yo también haría cualquier cosa por ella. Quemar el mundo. Navegar los siete mares. Rendirle pleitesía.

—En equipo —asegura.

—Perfecto. Tú dime solo con qué sonido empieza.

Se inclina hacia adelante, frunce el ceño.

—Con… d.

—¡Exacto! —celebro en voz baja—. Dragón. D de dragón. D de… —Hago una pausa dramática—. De de desastre si no sigo leyendo.

Se ríe. Una risa clara, sin tensión.

Seguimos así. Sin prisas. A veces lee una sílaba. A veces solo señala una letra que reconoce. Y, cuando se equivoca, no pasa nada. Cambio la voz del personaje, exagero algún sonido, hago algunos ruidos ridículos para mantener la tensión y la acción de la historia.

—Eso no vale —protesta ella cuando me tiro teatralmente hacia un lado—. Te has caído aposta.

—Por supuesto. Los profesionales también hacemos trampas —confieso—. De hecho, deberías saber que en el *hockey* lo hacemos demasiadas veces, somos un poco peliculeros.

—¿No os dais golpes de verdad?

Medito sobre ello, alzo la vista una vez más y la clavo en Blue.

—Alguno que otro, eso sí, solo para defender nuestro honor.

Centro mi atención una vez más en la pequeñaja. Desde el sofá, siento la mirada de Blue clavada en nosotros. No necesito verla para saber que está asimilando un poco la escena.

«No debería hacer esto sola».

No, joder, por supuesto que no debería.

—¿Quieres que paremos o prefieres que continuemos un poco más? —le pregunto a Juniper al terminar la página—. Aquí mandas tú, eres la capitana del equipo —le cuento.

Ella observa el dibujo y luego el texto. Creo que le intriga lo que pueda pasar a continuación y a mí también.

—Una más.

Asiento.

—Una más.

Mientras leo, pienso que, si fuese un puto cabrón con suerte, esta escena se repetiría muchas veces. Que no hay nada de heroico en esto, nada de lo que presumir. Solo estar. Adaptarme. Escuchar. Darle tiempo. Cambiar las normas para que gane confianza en sí misma y borrar un poco las marcas que dejan los demás en ella.

Cuando cerramos el libro, Juniper apoya la cabeza en mi brazo.

—Mañana seguimos —agrega sin preguntar.

—Mañana seguimos.

Blue se incorpora y se acerca observándonos desde arriba. Sus ojos brillan de una forma que no tiene nada que ver con el deseo. Y en ese momento entiendo que leer despacio, señalar letras, celebrar intentos y no errores, no es solo una forma de ayudarla a leer. Es una forma de decirle que no hay prisa, que no está rota, que aprender a su manera también está bien.

—Venga, peque, ya hemos leído, es hora de que nos vayamos a la cama.

—¿Y Aaron?

—Aaron se irá a la suya.

—Pero ¿volverás mañana? —Esta vez se dirige a mí.

—Volveré mañana.

Juniper da un salto y se dirige hacia el baño, decidida. Blue alterna la mirada entre la habitación por la que se ha colado la pequeña y el espacio que ocupo en el suelo.

—¿Quieres quedarte y cenar algo?

—¿Sopa? —Le robo una sonrisa y me anoto un tanto por ello.

—Más quisieras…

—Estaré aquí —le prometo.

Escucho sus pisadas, relajadas y confiadas, cuando se adentra en el pasillo y, tras eso, los susurros en el lavabo mientras hablan. Es una estampa normal, sencilla y, a su vez, diferente a la que yo he vivido a lo largo de mi vida. Y del todo distinta a la que haya podido

vivir Ash. Mi madre siempre estuvo presente en mi vida y mi padre también. Sin embargo, no compartíamos ese tipo de relación, era algo más frío y distante, algo menos fraternal y cariñoso. Es como si nuestra relación se basase en logros y no en errores, aprendizaje y en desafíos que afrontar como un equipo.

Me paseo por el salón de su casa y observo los pequeños detalles porque sé que en todos y cada uno de ellos hay sentimientos. En las fotografías de Juniper con un diente de león en la mano en medio de un campo lleno de ellos. En las imágenes de las Navidades en las que ambas compartían jerséis a juego. En fotos de los Caldwell junto a ellas. Todo recuerdos relativamente recientes que demuestran que la familia, su familia, la ha elegido ella. No la ha dictado un grupo sanguíneo, tampoco un registro civil, ha sido su elección y solo suya.

—Esta fue la última excursión que hicimos. —Blue alarga la mano y saca una polaroid que estaba apoyada en una pila de cuentos infantiles—. A Juniper se le había caído su primer diente y estaba aterrorizada porque pensaba que no volvería a salirle. Le prometí que lo haría de la misma manera en la que el sol sale cada mañana, aunque no lo veamos en el horizonte —me explica.

Yo asiento fascinado por la capacidad que tiene de embriagarme con tan solo su presencia. No hablemos de sus palabras y de su tono dulce. Es maravilloso cómo habla de ella e inquietante lo que despierta en mí.

Sí, estoy oficialmente bien jodido.

Jodido y loco por ella.

Una combinación destructiva.

—¿Y esta?

—Ah. —Se ríe—. Esa fue de hace algunos meses. Xavier se había empeñado en hacer tortitas caseras. No pudimos comer, no sé qué coño hizo, pero me alegro de que alguien cocine todavía peor que yo. Había mucha harina. —De hecho, la foto es prácticamente ellos cubiertos de blanco—. Es todo lo que pudimos hacer con ella, jugar.

Me río y la acompaño hasta la cocina, donde tomo asiento mientras abre la nevera.

—Puedo ofrecerte un par de bocadillos de carne de ternera con ensalada y salsa casera de Maddie.

—¿Moriré envenenado?

—Tendrás que correr el riesgo.

Por ella lo correría sin dudar.

Asiento a modo de respuesta y me levanto, me lavo las manos y la ayudo a preparar la cena.

—Oye, Aaron…

—¿Sí?

—¿Tendré que hacerle un bocadillo solo para tu culazo o crees que con el tuyo se alimentará?

La empujo con la cadera mientras se ríe a carcajadas.

Me encanta la forma en la que es capaz de romper la tensión porque, sin saberlo, lo único que consigue es que me enganche mucho más.

Puñetera Blue Langley, cómo me gusta, joder, cómo me gusta.

CAPÍTULO 22

Un Daikiri
Blue



Esta noche Juniper se ha quedado con Maddie y Carson para que Diddy y yo tengamos una noche de chicas. Ni siquiera me acuerdo de lo que significa eso. Allá por la Prehistoria, cuando podía salir a mi antojo, apuesto a que se llevaban otro tipo de cosas, yo qué sé: hombreras, permanentes que quemaban hasta la raíz del pelo, cardados y tanta laca que la capa de ozono sigue sufriendo las consecuencias.

Así que, sí, me he puesto un vestido incómodo, pero sexi. Me he pintado los labios, me he aplicado rímel y me he negado a llevar tacones porque la de los zapatos altos es mi amiga y la de la comodidad soy yo. Y aquí estamos, en un local de mala muerte en el que Kai y Evan están bailando con mi mejor amiga mientras Asher Maddox tiene los nudillos tan blancos que vamos a tener que acabar en urgencias.

—Tranquilo, chaval, esa chica de ahí es tuya y solo tuya.

—Más les vale, joder —gruñe a mi lado.

Se lleva una botella de agua a los labios, y me levanto con la intención de hacerle entender a mi amiga que, si no regresa con el cromañón de su novio, es probable que acabemos en el hospital acompañando a dos chicos jóvenes que no han hecho nada malo.

—¡Blue! —grita mi amiga al verme—. Ven, ven a bailar con ellos, no sabes lo bien que lo hacen.

—Todo, cielo, nosotros lo hacemos todo bien.

—Ya me he cansado. —Mucho había tardado ese chico en intervenir.

Y yo que había llegado para advertirle que era mejor que se mantuviese un poco alejada de esos dos y resulta que no me ha dado tiempo.

Observo cómo mi amiga se marcha de la mano de Asher a la vez que mueve los dedos para despedirse. Se pierden entre la multitud y me juego lo que sea a que el extremo derecho de los Wild Warriors va a explicarle cómo de suya es.

Suerte que tienen algunas, joder.

Me despido de los chicos y regreso hasta la mesa en la que estábamos sentados antes de que alguien nos la quite.

—¡No te vayas, Blue!

—¡Baila con nosotros! —me ruega Kai. Ese chico en unos años va a ser el terror de las nenas.

—Parece que tenéis alguna que otra chica por ahí deseosa de ocupar su puesto. —Señalo con el pulgar hacia donde se ha ido mi amiga y a su vez muevo la cabeza para que entienda hacia dónde quiero que miren.

Cómo no, lo pillan al vuelo y giran la cabeza hasta que se encuentran con tres jovencitas más que predispuestas a hacer lo que ellos quieran.

Cosa que tampoco me sorprende en absoluto.

De vuelta, recibo algún que otro empujón accidental y unos dedos se sitúan en mi cintura cuando estoy a punto de caerme de bruces al suelo. Me giro con la intención de agradecer su caballerosidad, y el chico me sonríe con calidez. Le devuelvo el gesto por pura educación e intento apartarme. Me lo permite y me tiende la mano.

—Ethan —se presenta.

Tengo dos opciones. La primera es comportarme como una imbécil, darme la vuelta y fingir que no lo he escuchado y que tampoco me ha tocado. La segunda pasa por ser educada, presentarme y no tildarlo de capullo a la primera de cambio porque generalizar es caca, ¿verdad?

—Blue. —Como es evidente, elijo la segunda opción.

—¿Te apetece que tomemos algo? Yo invito.

Observo la mesa vacía y la comodidad que me provoca estar allí, analizar todo e interactuar cero con chicos desconocidos.

—Te lo agradezco, Ethan, pero me duelen los pies.

Frunce el ceño y su sonrisa dibuja una mueca de lo más tristona. En otras circunstancias, esas en las que se llevaban las hombreras, habría caído de rodillas ante un chico tan guapo como él. Sin embargo, la imagen del chico guapo que pasa por mi cabeza en momentos como este nada tiene que ver con los ojos marrones, el pelo largo y los labios sonrosados de este desconocido y todo con el capitán del equipo que le ha leído toda la semana a mi hija.

Toda la jodida semana.

Una tortura para mis sentidos. Y para mis ovarios.

Me alejo sin más dilación y ocupo la esquina en la que Asher estaba sentado hace un rato. Lo siento por él, que no se hubiese marchado.

Saco el teléfono solo para comprobar que no hay ningún mensaje de los padres de Diddy y, si lo hay, que sea para confirmarme que todo está bien. Abro la imagen que me han adjuntado y encuentro a mi pequeña tumbada en el sofá, con los pies sobre Carson y con un dedo enredado en un mechón de pelo. Esa imagen fue de hace una hora, así que ya debe de estar durmiendo.

Les contesto y les envío muchos besos. Por supuesto, no responden, así que guardo una vez más el teléfono en la chaqueta.

—Esto es para ti, lo envía el chico de allí —me cuenta una camarera que deja frente a mí una copa de un tono rosa monísimo, con el borde a rebosar de azúcar y una sombrilla verde que sobresale de un lado.

Alzo la vista, y Ethan se aproxima, como si el haberme pagado una copa le diese derecho a acercarse sin ser invitado.

Voy a tener que ponerme borde. Y no os va a gustar cuando lo haga porque a mí, de hecho, no me gusta ni un pelo.

—Pensaba que estabas acompañada, sin embargo, he visto que estabas sola y…

—No está sola. —La voz retumba en el espacio y desdibuja el sonido de la música, el movimiento de los focos por la sala y hasta el latido de mi corazón pierde el ritmo para adaptarse a él. Es justo el tono autoritario lo que me hace alzar la mirada para encontrarme con la figura imponente del capitán de los Wild Warriors. Ese tono

bien podría derretir los polos y volverlos a helar—. Está conmigo —añade.

Ethan tiene la decencia de hacerse a un lado, lo que provoca que Aaron aproveche ese espacio para tomar asiento a mi derecha y no solo eso, sino también para acomodar mi cuerpo al suyo y para posar una mano sobre mi muslo desnudo.

No es la primera vez que lo hace, de hecho, es la segunda y, sin embargo, lo percibo de una forma bien distinta. Más dominante, más territorial, más yo siendo suya.

—¿Todo bien? —me pregunta trayéndome de regreso al presente.

Sus ojos refulgen bajo los focos del local y su mirada me recorre despacio, evaluando algo que solo él es capaz de percibir. Asiento, a pesar de que no estoy segura de que mis piernas cooperen si intento ponerme de pie. Probablemente acabaría de nuevo dándome de bruces contra el suelo.

—Todo bien —le aseguro.

Los dedos ascienden por mi muslo y no le tiembla el pulso cuando los cuela bajo el dobladillo de la falda. Contengo la respiración cuando eso sucede porque… ¡Joder!, ¿alguien puede explicarme qué coño está pasando? Y, por encima de todo, si estoy soñando, no me despertéis.

Sus manos son tan cálidas como siempre y su piel es suave, segura, como si cada gesto estuviera medido al milímetro para no asustarme y, aun así, prenderme fuego.

Cuando sus dedos tocan el borde de mis bragas, estoy casi convencida de que voy a colapsar. Giro la cabeza, intentando interiorizar lo que sucede. No hay rastro de ese chico juguetón, el hombre que tengo a mi lado tiene una actitud decidida y una mirada desafiante. Ethan es el foco de su atención, aunque no lo observa como a un rival cualquiera, sino como a una molestia que está a punto de ser resuelta. Hay algo primitivo en la forma en la que Aaron se coloca a mi lado, en cómo su cuerpo me cubre sin esconderme, marcando territorio y haciéndome temblar en el proceso.

Aaron me observa de lado y las comisuras de los labios se le alzan más cuando su dedo índice se aventura todavía con más destreza.

Sabe con exactitud a dónde quiere llegar, y yo soy más que consciente de hasta dónde quiero que llegue.

Gira la cabeza de nuevo y la clava en el chico que sigue de pie frente a nosotros. Puede que se haya quedado tan prendado como lo estoy yo del magnetismo que desprende mi vecino.

—Ah, ¿todavía estás aquí?

La pregunta le pilla tan desprevenido como me pilla a mí misma. Su dedo no deja de moverse, y yo no dejo de excitarme por su maldita culpa.

Joder con el puñetero chico bueno.

«A ver, Blue, ¿no es esto lo que querías?».

—Yo… —Ethan balbucea antes de bajar la vista y sacar sus propias conclusiones. Se marcha sin mirar atrás.

Se acabó la peli porno para el chico.

Me llevo la bebida a los labios y saboreo el dulzor de la misma, cuando la aparto, Aaron pasea el dedo de la mano que tiene libre por el borde y se lleva parte del azúcar a los labios. Me muero por probar la bebida directamente de ellos. Sin embargo, me quedo quieta porque me da pánico moverme y que se asuste, que se aleje, que sus dedos dejen de rozar el encaje de mi ropa interior y de provocarme esa necesidad que solo acrecienta el ansia que siento por él.

—Yo… —Intento arrancar una frase coherente. Y en eso queda, en un mero intento, cuando su dedo índice se coloca sobre mi clítoris.

Sé que la prenda sigue interponiéndose entre su piel y la mía y, ya ves, estoy tan cachonda como si tuviese las piernas abiertas y me estuviese tocando a su antojo.

—Shhhh —me chista.

No aparta la mirada de la mía ni un solo segundo, al contrario, parece decidido a memorizar cada pequeño detalle. La forma en la que mi boca se abre cuando aprieta su dedo, cuando la tela me araña a pesar de la humedad, cuando se pasea la lengua por los labios y la mía sale en busca de lo que sea que pueda darle.

—Joder, Blue —ruge acercando su cara al hueco que hay entre mi cuello y mi hombro.

Me muerde cuando siente mis temblores.

A la vista de todos somos una pareja normal que se hace arrumacos. A la mía, somos un par de pervertidos que están llevándose al límite. O que él me lleva al límite, y yo estoy al borde del precipicio.

—Aaron… —jadeo.

Muevo las caderas de forma frenética contra su mano y entonces me aparta las bragas y me toca. Por fin piel con piel.

El orgasmo llega sin previo aviso, dispuesto a revolucionarme, a hacerme levitar. En medio de un local, con sus compañeros cerca de nosotros, con mi mejor amiga haciendo algo parecido a esto. Y, por si fuera poco, con el chico que me alborota siendo el dueño y señor de mis convulsiones.

—Dime, Blue, ¿hay alguna norma para esto? —me provoca no solo con su mirada, sino con sus palabras, con esa sonrisa arrogante que me muestra a mí y solo a mí y que me gusta tanto.

Pienso en alguna frase ingeniosa que responderle, porque la mordacidad es lo mío. De hecho, la tengo en la punta de la lengua hasta que saca los dedos, se los lleva a los labios y los saborea.

—Primera norma… Los chicos buenos las matamos callando.

Oficialmente, he descendido al infierno. No molestar, por favor.

CAPÍTULO 23

¿Para qué quiero enemigas?
Blue



—Espera… Repite eso, por favor.

—Shhh —chisto a mi amiga porque ese tono…, ese tono delatador hará que todos empiecen a hacer preguntas y no es que me apetezca contarles que me corrí con los dedos, solo con los dedos, en un local hace unas veinticuatro horas.

—Es que… no me lo tengas en cuenta, estoy asimilando la información.

Y eso que le he dado la versión edulcorada porque es sábado noche, estamos en casa de los Caldwell y toda la familia al completo está pendiente de los movimientos de los demás.

—¿Y tú? ¿A dónde fuiste tú? —le pregunto increpándola.

—Ash y yo teníamos un asunto pendiente con una pared de ese local —me cuenta y desvía la mirada para buscar al extremo derecho, que le guiña un ojo desde el otro lado. Puaajjj. Son como dos caramelos de vainilla, sumamente edulcorados.

Quiero uno.

—¿Un asunto pendiente que pasa por quitarte las bragas?

—De hecho, ni siquiera me las puse. —Alza las cejas, me sujeta la mano y, ante mi estupefacción, me saca de la cocina y me lleva al lado opuesto de la casa. Este es el poder de los cotilleos, ni más ni menos.

—Que conste que estoy siendo mucho más benévola que tú, ¿vale? Porque yo —digo mientras me señalo— te lo estoy contando y tú —añado esta vez señalándola a ella—estuviste días evitándome.

—No fue así.

—Sí que lo fue. —Su mirada se dulcifica.

Ambas escuchamos la puerta de casa y estoy casi convencida de que es Aaron el que ha llegado. Hoy me he asegurado de traer el coche porque desde anoche se ha mantenido distante, así que supongo que el arrepentimiento ha hecho acto de presencia o es que se ha dado cuenta de que no quería llegar tan lejos. No lo odiaría por ello, al contrario, lo entiendo. Soy madre, tengo muchas cargas, tengo demasiados problemas y no soy una chica cualquiera a la que conoces en un local, con la que te enrollas —si es que podemos llamar enrollarse a lo que pasó anoche— y, bueno, todas esas cosas que no es necesario que os explique sobre un chico como él que puede conseguir a la que quiera.

—Lo fue, pero en mi defensa diré que estaba tan sorprendida que tenía que asimilar lo que estaba sucediendo, ¿entiendes?

Me alzo de hombros y le regalo una mueca divertida.

—En mi defensa diré que me corrí en treinta segundos. Treinta putos segundos de reloj. —Puede que de esta amistad que ambas compartimos, Diddy sea la comedida y yo la deslenguada, lo dejo claro por si no os habéis dado cuenta de ello en todo este tiempo. Que ya os vale, porque mira que os he dado la turra.

—¿Y él?

Niego.

—Una vez… —Bajo la voz un poco más—. Una vez terminamos… —Y se chupó los dedos hasta la última gota—. Una vez terminamos se apartó de mí. Me temo que es eso a lo que comúnmente se le denomina «arrepentimiento».

—Bah. —Mi mejor amiga tira de mi cuerpo una vez más acercándome al suyo—. Aaron es buen tío, dudo que sea eso.

—No hemos… La cosa está rara, ¿vale? No he sabido nada de él en todo el día. No ha bajado a tomar café, tampoco a leerle a Juniper y no me ha escrito ningún mensaje.

—¿Blue? —me corta y no sé si agradecérselo con un beso de tornillo porque sueno como esa clase de chicas a las que el tío que les gusta las deja plantadas en su segunda cita. El rechazo sigue doliendo, lo hacía en la prehistoria y lo hace en la edad moderna.

Ya me entendéis.

—¿Qué?

—Suenas como una chica que está colgada de un chico —murmura llena de convicción.

Y digo «murmura» porque estoy casi segura de que lo hace porque gritarlo a los cuatro vientos no está contemplado a pesar de que eso sea justo lo que le apetece. Su sonrisa la delata.

Suelto un suspiro y me doy la vuelta para observar el salón, que está a un par de metros de donde nos encontramos nosotras, me sorprende que Xavier y Noah no estén agazapados tras el marco de la puerta intentando enterarse de los cotilleos de primera mano, porque en esta casa las cosas funcionan de esa forma y es por todos sabido que cuando alguien abandona la cocina es para compartir secretos. O para tirarnos de las orejas.

—Puede que me guste —admito.

—¿Qué? —ahora sí que ha gritado.

Me acerco y le coloco la mano sobre la boca.

—Shhh —la chisto y evito pensar en la manera en la que Aaron lo hizo conmigo anoche antes de conseguir que me corriese con los dedos. Solo con los dedos—. ¿Es que no lo ves?

Diddy se inclina hacia un lado y observa por ese hueco, me giro solo para comprobar que no está allí porque ese sería el colmo de los colmos.

—No, no lo veo. —Si es que…

—Hablo de forma figurada. Ya sabes, es alto, sexi, guapo, tiene rollazo y encima es el típico chico bueno al que me encantaría corromper.

—Pues sí que lo has corrompido si te ha hecho un dedo en un local frente a los ojos de todo el que estuviese dispuesto a interpretar la escena.

Lo siento, visto de esa manera, tiene un morbo que te cagas.

—Lo que no me gusta —contrataco y reconduzco la conversación — es el ahora.

—¿Ahora ahora?

—Joder, Diddy, céntrate.

—Es que Asher me ha robado la inteligencia a base de poll…

—¿Vas a terminar esa frase de veras?

—Abrazos —finaliza ella sonriendo, y la carcajada que suelto hace que un poco de tensión desaparezca.

—Joder, cuánto te quiero —le suelto estrechándola entre mis brazos.

—Yo también y, retomando el tema, es tan sencillo como hablar las cosas, dile lo que piensas.

Alzo una ceja.

—¿Quieres que lo asuste?, ¿es eso?

—Créeme, Blue, si ese chico no ha salido pitando cada vez que lo provocas con algún comentario de los tuyos, no habrá nada que lo haga huir despavorido.

Contemplo a mi amiga, y la convicción con la que suelta esa frase, y llego a la conclusión de que tiene razón y de que no soy yo la que se tiene que esconder o huir y tampoco él, porque somos dos adultos funcionales que tienen las cosas claras y que se han dejado llevar por un arrebato de pasión —¡y menudo arrebato de pasión!—.

—Vale. Haremos esto. Volveré ahí, tú mantendrás esa boca cerrada y no le contarás nada a nadie. Actuaré como una mujer adulta que no se ha corrido y a la que le ha sabido a poco. —Cassie abre los ojos—. ¿Qué? ¿Treinta segundos? —Chasqueo los dedos frente a sus ojos para que entienda el concepto—. Es normal que me supiese a poco. Volveremos ahí y actuaremos con normalidad.

—Con total normalidad —sentencia ella.

La sujeto de las manos y la arrastro hasta la cocina. Cuando entramos, Asher va a su encuentro y la abraza. Insisto, caramelos de vainilla.

Cómo no, Aaron está de espaldas a mí y lo recorro a mi antojo porque es imposible no hacerlo, es como pedirle a un imán que no se sienta atraído por un metal cuando lo tiene a dos centímetros de distancia.

Cuando se da la vuelta, se queda perplejo unos segundos, no sé, ¿qué esperaba?, ¿no encontrarme aquí?

—Hola, capitán —pronuncio y la punta de las orejas se le tiñen de ese tono rojizo que me fascina. De verdad, ¿puede alguien explicarme cómo es posible que anoche ese mismo chico estuviese jugando con mis bragas y ahora esté… comiéndome con los ojos?—.

¿Ves algo que te guste? —le suelto acercándome y colocándome a su lado, con el culo apoyado en la encimera.

—Blue, no lo distraigas, tiene que cortar pan para la cena —me advierte Maddie no muy lejos de aquí.

—¿Estofado? —La reina de la compostura deberían llamarme.

—Por supuesto —sentencia Maddie, que está dándole los últimos toques a su plato.

—Y la próxima semana costillas —menciona Carson.

—¡Bien! —grita mi hija.

Juniper, con tal de que no le sirvan ensalada, es la niña más feliz del mundo.

—Vale, vale —me defiendo alzando las manos y separándome de Aaron.

Ocupo mi asiento habitual, al lado de Noah y de mi hija, mientras observo cómo todos dan vueltas y llevan a cabo sus tareas. Yo, por el contrario, solo tengo ojos para él. Se ríe por alguna broma que le hace Asher y también recibe alguna que otra palmada por parte de Carson. Hablan de *hockey*, de los siguientes partidos y de la estrategia que van a llevar a cabo.

—Por cierto, Xavier —intervengo—. ¿Puedes pasarte mañana por la cafetería del estadio?

—¿Es ese el famoso favor que tengo que hacerte?

Aaron se da la vuelta y una de sus cejas se alza inquisitiva. Me temo que está malinterpretando las cosas.

—Sí —asiento a la vez que sonrío malvada.

¿Qué? Nadie me ha pedido que me porte bien, ¿a que no?

—Hecho.

Ocupamos los asientos, Maddie nos sirve y, justo cuando voy a darle el primer bocado, me suena el teléfono.

Lo saco y lo ojeo por si fuese algo de trabajo. Este mes voy pillada de pasta.

> **Capitán Buenorro:**
>
> **Veo algo que me gusta. Y veo algo que sabe todavía mejor.**

Alzo la vista y me atraganto cuando lo pillo observándome con fijeza. El azul de su mirada se ha oscurecido como el cielo antes de una tormenta.

Joder con Aaron, qué calladito se lo tenía.

CAPÍTULO 24

Correr es de valientes

Aaron



—Eyyy, Art, ¿cómo va la cosa? —Ash se cuela en la casa de su vecino gritando, tal y como hace siempre. Una parte de él quiere molestar a Art y la otra quiere ponerlo sobre aviso para que sepa que no está solo y no se asuste.

—Yo me encargo de la cocina —agrego mientras Ash se pierde por el pasillo.

Escucho cómo Art lo llama patán y cómo el otro lo amenaza con tirarle el bastón por la ventana para que tenga que gatear hasta la cocina y, tras eso, escucho un golpe y el aullido de Asher. Apuesto lo que sea a que ese bastón acaba de terminar sobre la espalda de alguien que se lo ha buscado solito.

La puerta del baño se cierra y, mientras mi hermano ayuda al viejo Art a ducharse, me dedico a recoger las cosas que hay desperdigadas. Lavo y seco platos, coloco cubiertos, reviso la nevera, preparo la lista de la compra y saco la basura. Cuando regreso, ya están en la cocina, y el rey de la misma ya está preparando algo que podamos comer, por lo que veo, patatas al horno con pollo a la plancha.

—Ni siquiera sé por qué sonríe todo el rato. ¿Se ha comido un payaso o qué? —pregunta Art, que tamborilea los dedos sobre la mesa al compás de la música que Ash ha puesto en el teléfono.

—Es el amor, lo tiene trastornado.

—Si no dejáis de meteros conmigo, os añadiré tanto picante que no volveréis a sentir la lengua en vuestras vidas. —Asher se gira y

nos señala con el mismo cuchillo con el que está pelando las patatas —. Visto así, es algo beneficioso para mí. Si no habláis, no tendré que soportar vuestros lloriqueos. Los tuyos por bañarte y los tuyos por Blue.

Ya sabía yo que este tema tenía que salir a la palestra y también sabía yo que mi hermano me la iba a devolver por lo sucedido meses atrás. ¿Qué? Es muy divertido cuando el foco de atención es otro.

—¿Blue?

—Ah, Art, es que no te lo he contado. —Se gira de nuevo. Tiene una patata enorme en la mano izquierda y sigue hablando a la vez que la pela. Para que digan que no podemos hacer dos cosas a la vez—. Aaron hizo cosas indecentes hace unos días con la mejor amiga de Cassie.

¿Qué? ¿Cómo cojones se ha enterado?

—¿Cómo de indecentes? —indaga Art.

—¿De qué lado te vas a poner? Piénsatelo, porque puedo quitar tu nombre de la lista de asientos reservados para familiares —bromeo.

—Tu hermano me dará los suyos.

—Por supuesto que sí. —Cabecea el mismo mientras añade romero sobre la guarnición antes de meterla en el horno.

—De su lado, sin lugar a dudas.

—Y no solo eso, Art. —Se acerca al fregadero y se lava las manos con toda la parsimonia del mundo—. Aaron está pillado por esa chica. Muy muy pillado—. Bienvenido al club de los enamorados —susurra bajito para que solo yo lo escuche y recuerde esa conversación.

Como si pudiese olvidarla. Como si pudiese olvidar algo de lo que ha sucedido.

—Sigo sin estar lo suficientemente borracho —le recuerdo.

Ash suelta una risilla, y Art se incorpora, apoyando el cuerpo en el bastón. Me acerco con la intención de ayudarlo y me da una colleja.

—Puedo solo, no soy tan viejo.

—No, desde luego que las collejas las repartes como el más joven.

—Y no quieras averiguar la destreza que tiene con el bastón —añade Ash, que se lleva la mano al muslo. Vale, ese es el lugar del

impacto.

Me carcajeo sin perder al viejo de vista. Se acerca a la despensa y saca una botella de vino que coloca sobre la mesa.

—Si tenemos que ser de esa clase de hombres que beben para poder sincerarse, lo seremos.

—¿Ya estás buscando una excusa para empinar el codo? —lo provoca Ash.

Se aleja cuando Art intenta propinarle otro golpe, y yo me cruzo de brazos disfrutando del momento. Cuanto más se entretenga con él, menos seré yo el foco de su atención.

—Es la única forma que tengo de tolerar tu presencia. Eso y los somníferos. Empezaré por algo más sencillo —le suelta.

Mi hermano, para sorpresa de nadie, se toma el comentario bien. Art se limita a servir tres vasos y a repartirlos entre los presentes. Me lo llevo a los labios y lo saboreo.

—Mmmm, Donahue nos va a matar —concluyo.

—Es evidente que ninguno de los presentes se lo va a contar —ironiza el viejo.

Asentimos porque en eso tiene razón.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —Lanzo balones fuera.

Muevo el vaso para que comprendan que no es suficiente y derramo un poco de vino sobre la mesa en el proceso.

—Le encanta hacerse de rogar —rumia Ash sin perder el buen humor.

Suelto un largo y sonoro suspiro. ¿Qué más da? ¿Por qué no puedo contárselo? Son familia.

—Al principio pensaba que era mera atracción sexual —confieso yendo directo al grano—. Ya no estoy nada seguro de eso.

—¿Cómo es esa chica?

No dudo ni un instante.

—Es irónica, fuerte y sé que carga con mucho peso a su espalda. —Aparto la mirada y los recuerdos de nosotros tres en el salón de casa la última semana acuden a mi mente sin más—. Tiende a observarlo todo con calma y tranquilidad. Sin embargo, sé que es solo una fachada, porque está evaluando cada detalle, observa el

mundo con recelo y no le faltan motivos después de todo lo que ha vivido. —Una ceja de mi hermano se alza porque no sabe hasta qué punto hemos compartido cosas. Está sola, quisiera decirle, muy sola —. ¿Y sabes qué? Que, a pesar de llevar esa carga encima, de soportarlo todo con estoicidad, de tener tres trabajos, una hija y mil responsabilidades, se permite cuidar de todos lo que la rodean. De acordarse de ti y comprarte una taza porque sí, de llevar pasteles a casa de los Caldwell o de enviar mensajes a sus amigos para saber cómo están. Es así de detallista, de increíble —finalizo.

Alterno la mirada entre uno y otro y, antes de que se rían de mí por ser esa clase de tío ridículamente pillado por una chica, me termino el contenido del vaso y lo dejo caer sobre la mesa con un ruido sordo.

—Me has dejado sin palabras —anuncia Ash, que también le da un largo sorbo al vino hasta terminárselo.

—Deberías volver todos los días porque es imposible que este enclenque se calle nunca. —Lo apunta con el dedo, y Ash estrecha a Art contra su cuerpo dándole un abrazo.

Puede que Asher parezca un tipo duro, pero es igual de increíble que Blue.

—No es malo sentirse así, mírame a mí. —intercede el susodicho —. Solo tuve que admitirlo y ya está.

—Ese no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es?

—Blue está siempre de coña, siempre bromea, y no quiero… —titubeo—. No quiero que esto solo sea un pasatiempo. Lo quiero todo con ella.

—¿Todo todo?

—Todo —afirmo con rotundidad.

—Pues estás jodido porque no estoy seguro de que Blue busque nada de eso. —Alzo la mirada y analizo las facciones de mi hermano mientras se rasca la mandíbula, pensativo—. Imagino que la parte difícil es…

—Demostrárselo —finaliza Art—. Las palabras son preciosas, dulces y acarameladas, Aaron. Te hacen flotar, sin embargo, son los hechos los que marcan la diferencia.

—Demostrárselo —repito para mí mismo.

—El viejo tiene razón —afirma Ash.

—Por supuesto que tengo razón, pero no porque sea viejo, sino porque vosotros dos sois dos gilipollas de manual. Uno que evitaba comprometerse con la única chica que daba la cara por él, la única que tuvo las agallas de luchar incluso cuando todo estaba en su contra. Y el otro —añade mientras me apunta con el dedo índice— que solo tiene que luchar por lo que quiere. No por él, no por el amor, sino por la familia, porque esa chica, si tiene una hija, es lo más importante para ella.

—Juniper es maravillosa.

—Por supuesto que lo es —secunda Asher a la vez que le explica de forma somera los problemas que tiene en el colegio.

—Esta semana hemos leído juntos —les cuento.

—¿Cómo? No tenía ni la menor idea —rumia Asher, que se sirve otro vaso.

—Porque no tiene que contártelo todo, patán. Es el más cotilla de los tres. —Art lo comparte conmigo como si fuese un secreto—. En fin, tengo que ir al lavabo. —Se levanta, y Ash hace por acompañarlo—. ¿También quieres sujetármela mientras meo? Joder —farfulla el muy cascarrabias mientras se aleja por el pasillo.

Me carcajeo, y mi hermano aprovecha el momento para sentarse junto a mí. Nos colocamos de lado, sus rodillas chocan contra las mías y me coloca una mano tras la nuca y tira de mí hasta que nuestras frentes se tocan.

—Es especial —agrego.

—Lo son, las tres. —Asiento contra su frente, con los ojos cerrados.

—He investigado, he leído y quiero formar parte de eso. No me da miedo.

Mi hermano suelta una exhalación.

—El problema no eres tú, Aaron. El problema es Blue.

Me alejo unos centímetros y me veo reflejado en sus iris.

—¿Por qué?

—Porque va a hacerte papilla. —Su puño derecho choca contra su palma izquierda para darle más énfasis al asunto.

—Ya lo veremos.

La comisura de los labios de Asher se levanta.

—¿Masturbarla en el local? ¿Qué clase de hermanito tengo?

Es mi turno para alzar una ceja.

—¿Acaso tú estabas haciendo bolillo, joder?

Soltamos una risotada a la vez que negamos.

Terminamos de cenar y regreso a casa. Dejo que el ascensor me lleve hasta la planta de Blue y me acerco como el imbécil que soy para escuchar los sonidos que pueda haber dentro. Tiene el televisor encendido y alguno de esos programas de cotilleos de fondo. Me planteo tocar y sentarme a su lado, solo compartir este instante, sin embargo, sé que si lo hago, no voy a dejarla ver el televisor.

Y la idea me tienta más de lo que creéis.

CAPÍTULO 25

Misión Xavier
Blue



Una nueva semana.

Una nueva semana llena de oportunidades.

¿Quién dijo que no se puede ser positivo a pesar de no haber dormido demasiado?

Me coloco el delantal con el logo de los Wild Warriors en el centro del pecho mientras me acerco hasta la mesa que ya hay ocupada. En ella se encuentra un chico que apenas aparta la vista de la entrada, ni siquiera me dedica una mísera mirada cuando le pregunto qué quiere tomar o cuando me responde que un café.

Pienso escupir en él, que lo sepáis.

Es coña.

O no.

El caso es que me pongo manos a la obra y, mientras el señor simpático se toma su desayuno, yo me limito a recoger, ordenar, comprobar existencias, preparar el Excel en el que anotamos las cosas que se terminan y actualizamos el inventario e imaginar una vez más los dedos de Aaron entre mis piernas.

Y no necesariamente lo hago en ese orden.

—¡Bu!

Doy un salto cuando Xavier se coloca al otro lado de la barra. Observo el reloj y sonrío al comprobar que llega antes de tiempo.

—¿Te aburrías en casa?

Xavier pone los ojos en blanco, y le preparo un café bien cargado y amargo, como su humor.

—Gillian ha dormido en casa. Me temo que esos dos están recuperando el tiempo perdido y me temo mucho más que las

paredes no son lo suficientemente gruesas como para no escuchar los ruiditos que hacen. Joder, que mi hermano parece un orangután.

Me acerco, me coloco las manos bajo la barbilla y pestañeo interesada.

—Cuéntame más.

—Qué asco, eres una pervertida —me acusa. Con toda la intención del mundo, ya puestos.

—¿Te das cuenta ahora?, ¿después de tantos años? —Acerco una mano y le doy un par de palmadas en la mejilla, sutiles, no vayamos a exagerar—. Te tenía por alguien mucho más inteligente.

—Estás tarada.

—¿Te repito el comentario anterior? Puedo grabarlo en audio y reenviártelo cada vez que llegues a una conclusión tarde. —Alzo las cejas solo para sacarlo de sus casillas.

De veras, Xavier es encantador, pero tiene paciencia cero. A ver, chicas, que cada uno es como es y tenemos que quererlo así. Paciencia cero y sobreprotector mil.

—¡Hola! ¿Qué me he perdido?

Mi amiga se sitúa al otro lado de su hermano y la butaca gira con ella, cierra los ojos y casi que la escucho gritar «yupiiii» en el proceso.

¿Qué? La edad es solo un número y la actitud con la que enfrentarse al día a día es lo que cuenta. Ya os lo dije, una semana llena de oportunidades, aunque esas pasen por girar en una butaca en la cafetería de un estadio.

—¿Tú no trabajas hoy o qué? —le suelta Xavier, que parece ser todo simpatía.

—Bebe más café. Tengo la ligera sensación de que no has ahogado al gruñón interior con esa bebida —le aconsejo.

Diddy suelta una risilla ante la mordacidad de mi comentario, y Xavier, para no variar, frunce el ceño y me hace una peineta.

—Eres todo modales.

—Y tú eres toda ironía.

Saco el teléfono y le grabo la nota de voz prometida. Cuando se la hago llegar, me envía una nueva peineta.

Nos carcajeamos.

—Tengo la mañana libre porque los chicos tenían unos reconocimientos médicos. Ya sabes, esa rutina.

Xavier asiente, y recuerdo que Aaron dijo algo de eso la semana pasada.

—Creo que por aquí hay un plan similar. ¿Podré estar presente?

—Tú lo que quieres es quitarle la ropa a Aaron —murmura mi amiga, y yo asiento con efusividad porque negarlo sería como tapar el sol con una mano: imposible y utópico.

—¿De verdad tengo que estar presente en este tipo de conversaciones en las que vais a mencionar cosas sucias de otros tíos?, ¿me has hecho venir para eso?

—Siempre podemos decir cosas sucias sobre ti —suelto—. Como por ejemplo… —Medito mirando la moldura del techo. No me había dado cuenta de que tiene paneles blancos, lisos, con focos empotrados que lanzan una luz cálida y constante—. Por ejemplo calcetines sudados, camisetas con manchas de salsa de tomate y habitaciones con olor a pedos.

—¿Se puede saber qué clase de ejemplos son esos? —Cassie se parte de la risa, eso sí, debo admitir que, por la cara que pone Xavier, a él no le hace tanta gracia.

—Solo te estaba tomando el pelo, Xavier. No puedes ser tan serio, tienes que tomarte la vida con filosofía.

—Claro, poner la otra mejilla cuando te den una hostia, ¿no?

—Eso sería de gilipollas —razona Diddy.

A Dios doy gracias de que sea ella la que me apoya un poco.

—¿Quién es gilipollas?

Y por fin ha llegado.

Mi jefa, nueva amiga y posible coartada se acerca con esa actitud distendida que la acompaña siempre. Diddy se pone en pie para saludarla. Todavía recuerdo el día de mi entrevista y cómo mi mejor amiga solo repetía una y otra y otra vez como una autómata lo que Sloane decía.

—No hagas esa clase de preguntas —bromeo y señalo el asiento al lado de Xavier.

El problema es que no llega a sentarse porque el chico solitario y borde de antes ya la ha sujetado por el brazo. Ni siquiera nos da

tiempo a reaccionar y a ella tampoco.

—Sloane.

Tengo la boca abierta y la confusión que siento se asemeja a la de todos los presentes.

—Richard. —Mi cabeza es como una lavadora o como una olla en plena ebullición. Estoy intentando razonar quién es este chico—. ¿Qué haces tú aquí?

—Quería hablar contigo —agrega y entonces nos dirige a todos y cada uno de los presentes una mirada de advertencia.

Vale, de inmediato me pongo en alerta porque sé que ella también lo está. Lo percibo. Llamadlo intuición femenina o simplemente intuición.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar —le responde ella muy seria, dando un paso atrás.

Me muevo con la intención de salir de detrás de la barra y hacer lo que haga falta por ayudarla. Sin embargo, Xavier se pone en pie, se coloca al lado de Sloane y la sujeta por la cintura.

Estupefacción: ese es el adjetivo que mejor me define. Es más, me temo que no soy la única porque Cassie suelta un gemido y no «uno de esos gemidos», lo dejo claro para que nos entendamos.

—¿Quién es? —pregunta Xavier.

Sloane se tensa unos segundos hasta que entiende que ese habría sido el salvavidas al que agarrarse si se hubiese caído de un crucero o de un pequeño barquito, lo mismo da que da lo mismo.

—Es… —titubea a su lado— es mi exmarido —responde por fin.

Y todas las bombillas se encienden de golpe.

¿Podría haberlo organizado mejor? Pues es evidente, porque estaba más que claro que, antes de vernos metidos de lleno en algo así, tenía la intención de presentarlos, de explicarle a Xavier cuál era el favor que tenía que hacerme y, de paso, contarle a Sloane que la idea que se me había ocurrido pasaba por buscarle un novio de pega. Bueno, imagino que cuando se cuenta que la vida es una ruleta rusa se refieren a este tipo de cosas, ¿no?

—Ah —suelta Xavier como si le importara lo mismo que haber pisado una boñiga en una granja con las botas de otro—. Encantado. —Y el muy cabrón le tiende la mano para presentarse.

A sus pies, Xavier. Me pongo a sus pies.

Sloane sigue perpleja, no se lo reprocho porque me temo que estamos todos igual. Incluido el famoso Richard, alias Don Simpático, que no parece nada contento con el giro de los acontecimientos.

Tuviste tu oportunidad, chato, la vida es así. Llegan trenes, otros parten y algunos solo quieren atropellarte porque no das la talla. Tú estás en el último grupo.

—No nos habías hablado de él —intervengo apuntando en dirección al exmarido—. Supongo que Xavier es tan majo que es imposible quitárselo de la cabeza.

Bueno, bueno, bueno…, cómo me gusta esta parte del juego.

Sloane no se tensa, ni siquiera niega con la cabeza, solo sonríe con suficiencia y asiente.

—No hay mucho que hablar, Richard. Ya lo sabes, tú tienes que ir por tu lado, y yo —añade señalando a Xavier mientras se recuesta en su pecho como si ese fuese su lugar favorito del mundo y lo hiciese cada noche. He visto yo cuerdas de violín menos tensas que mi amiga fingiendo con un chico que no conoce— por el mío.

Xavier le besa la coronilla, y Diddy está al borde del colapso. Tampoco la culpo por ello.

Richard se marcha gruñendo.

—¡Oye! —grito—. ¡Que no me has pagado el café! —No se gira el muy capullo.

—A este invita la casa —suelta mi jefa.

Xavier baja poco a poco los brazos y se aleja un paso. Solo uno. Todavía siguen demasiado cerca. Es entonces cuando alza la mano y le sonríe. Y, amigas, no es una sonrisa cualquiera, es una disfrutona.

—Soy Xavier. Hermano de Cassie y amigo de Blue.

Sloane repasa su cuerpo de arriba abajo sin inmutarse. Extiende la suya al encuentro de la de mi amigo.

—Sloane, exmujer de ese, amiga de ella. —Me apunta con el dedo —. Y en proceso de ella —indica observando a Cassie.

—Pues parece que voy a ser tu novio falso, ¿no?

—Ya lo veremos —le responde justo antes de sentarse a su lado.

Y, como dato informativo, lo hace cerca, muy muy cerca.

CAPÍTULO 26

Un, dos, tres, el escondite inglés

Aaron



Subo los escalones de dos en dos hasta entrar en la cafetería del Truenorth Ice Dome. El día ha sido demasiado duro, demasiado largo y en exceso extenuante. Apenas terminamos el entrenamiento, me fui directo a la ducha porque sabía que Blue estaba por aquí y me apetecía verla.

Cuando llego, atino a distinguir un puñado de luces encendidas y muchas de ellas apagadas. La localizo al fondo, con la cabeza apoyada sobre la barra y el pelo suelto le cae sobre la misma, tapándole el rostro, y el corazón se me salta un puñetero latido al pensar que pueda estar llorando. Hasta que alza la cabeza, me mira con esos ojos llenos de desafío y entonces grita:

—¡Espero que te hayas escondido bien porque no tendré piedad contigo cuando te encuentre! —Me guiña un ojo, sale de detrás de la barra y comienza a moverse dando pasos bastante poco naturales. Lanza grandes zancadas y cada una de las pisadas hace mucho más ruido que la anterior—. ¿Estarás… aquí? —Mueve una silla, y una risilla sale de debajo de una mesa.

Juniper ha colocado la mochila del cole justo delante de ella, sonrío porque menuda barrera protectora esa.

Me acerco y dejo caer mi bolsa de deporte para echarle una mano. Estoy más que convencido de que Blue sabe dónde está su hija. Sin embargo, finge desconocerlo para no restarle emoción al juego. Decidme que no es increíble.

—¿O aquí? —grita saltando hasta colocarse a la altura de una planta y asustarla de paso. Sí, tal y como has leído, ha asustado a una planta.

Me acerco hasta la barra y disfruto de la manera en que madre e hija comparten un rato de juego inocente.

—Mmmm, me parece que no lo estoy haciendo nada nada bien —explica Blue dando a entender que está abatida por lo mal que se le da el juego.

Juniper suelta una risilla y se tapa la boca con la mano.

—Te estoy escuchando.

Me llevo el dedo índice a los labios y le hago una seña para que guarde silencio. Ella asiente y se arrebuja todavía más, recogiendo las piernas y estrechándolas contra el cuerpo, es la misma posición que usa su madre. Solo que con su madre mis pensamientos son bien distintos.

«No puedo sacármela de la puta cabeza».

Sigo disfrutando de la escena y de cómo Blue se acerca hasta donde se encuentra su hija. Da rodeos sin hacer el menor gesto de descubrirla. Juniper, como buena jugadora que es, se mueve para ocultarse como puede. Rueda las mochilas y las cambia de posición. Su madre no es sorda, sin embargo, hace la vista gorda y acrecienta la emoción de la pequeñaja. Hasta que una de las sillas se cae, y ya no puede disimular más.

Camina con decisión hasta situarse al lado de la pequeña, que aprovecha la coyuntura para salir de debajo de la mesa y correr en mi dirección hasta lanzarse a mis brazos. Me envuelve la barriga con sus manos, y yo le revuelvo el pelo tan negro como el de su madre.

—Ey, pequeña, ¿me has echado de menos o qué?

Asiente con la mejilla pegada a mí.

Blue se acerca, le hace muchas cosquillas, y Juniper se revuelve hasta tirarse al suelo.

—Ahora tengo que contar yo, y vosotros dos os escondéis. Y no vale ponérmelo fácil, mamá, nada de esconderte detrás de la cortina. Lo ha hecho dos veces, Aaron —me cuenta—. Dos veces. —Y me enseña dos dedos—. En el mismo lugar.

—Es que tengo una imaginación muy mala —se defiende Blue.

Alzo una ceja, no me lo creo en absoluto.

—Venga, voy a contar dos veces hasta veinte, y tenéis que esconderos. No vale hacer trampas y nada de cortinas —nos advierte.

—A ver quién tiene el valor de llevarle la contraria a esa niña de seis años —explica Blue mientras la observa alejarse hasta la pared del fondo, justo donde se encuentran varios marcos en los que hay colgadas camisetas de los Wild Warriors de temporadas anteriores.

—Yo te garantizo que no —añado.

—Uno. —Pausa—. Dos. —Pausa—. Tres…

Juniper comienza a contar despacio, y me doy la vuelta en busca del escondite perfecto. Intento que mis pasos sean lo más delicados posible para no darle pistas y entonces encuentro el lugar idóneo.

La despensa de la cafetería no es ni más ni menos que una habitación estrecha y alargada, llena de estanterías metálicas ancladas a las paredes de arriba abajo. Hay cajas de cartón apiladas con etiquetas escritas a rotulador negro, sacos grandes de café apoyados en el suelo y filas ordenadas de vasos de cartón, tapas de plástico y servilletas envueltas en paquetes transparentes. En una balda baja descansan botellas de sirope —vainilla, caramelo y chocolate— y tarros de cacao y canela, y más arriba se amontonan paquetes de galletas, magdalenas industriales y bolsas de azúcar blanca y azúcar moreno. Huele a café molido, a cartón y a ese sabor dulzón característico del lugar. Me cuelo dentro con cuidado, entrecierro la puerta despacio y me pego a la pared, conteniendo la respiración y sonriendo como un crío, convencido de que es el mejor escondite que podría haber elegido.

La puerta no tarda en abrirse de nuevo y por ella se cuela la chica que me roba el aliento. Ni siquiera sé si sabe que hemos coincidido y que ambos estamos aquí. El primer pensamiento que me sacude es que me encantaría que así fuese y que hubiese decidido compartir conmigo un espacio tan minúsculo. Ya sé, ya sé, es un gran pensamiento y, ya veis, si yo fuese un puto cabrón con suerte, ella lo convertiría en realidad.

—Blue. —Gira la cabeza hacia mí y tiene los ojos brillantes de emoción.

No veo la sorpresa reflejada en su rostro, así que me regodeo en que ya sabía que yo estaba aquí y no le importa en absoluto que así sea.

Me guiña un ojo por encima del hombro y se pega mucho más a la estantería.

—No podemos hacer nada de ruido. —Señala hacia afuera y la veo tan emocionada que es imposible no contagiarme con su gesto.

Mi mirada recorre no solo el espacio, sino a la chica que con su mera presencia lo eclipsa todo. No hay nada más dulce en estas cuatro paredes que ella.

Escuchamos a Juniper contar. Todavía va por el diez, no sé si se ha equivocado y ha comenzado de nuevo o si ya va por la segunda vuelta. Me va tan rápido el corazón que apenas puedo escuchar nada que no sea el latido acelerado del mismo.

—Shhh —me chista de nuevo justo antes de apretarse más contra la estantería para chocar con la bolsa de café y caer contra mi pecho.

Lo que me sorprende es que no hace por retirarse, al contrario, se apoya contra mi cuerpo y siento cada parte del suyo en contacto con el mío.

Y me sabe a poco.

Me sabe tan a poco como mis dedos dentro de ella.

Como su sabor en mi lengua.

Su puñetero sabor en mi lengua.

Contengo la respiración cuando el culo de Blue se pega contra mi entrepierna.

«Respira, Aaron, respira, joder».

Utilizo la misma técnica de hace semanas, cuando me preguntó si lo que me sucedía es que estaba caliente. Porque mi polla dura dentro del pantalón es respuesta más que suficiente para esa pregunta. Lo fue en su día y lo es ahora.

«Cuenta hasta mil».

Ovejas trasquiladas.

Uñas contra una pizarra.

El *stick* de Caleb pegado con cinta sudada y amarillenta.

Caleb desnudo.

Mi hermano desnudo.

Vale, ya está, la cosa se está calmando.

Hasta que Blue vuelve a apretar el culo contra mi polla. Joder, no, la cosa no se calma ni de coña.

«¿Lo está haciendo aposta o qué?».

Todas mis reservas de portarme bien saltan por los aires, como lo hicieron hace ya algunas noches en aquel local cuando el gilipollas de turno quería ligarse a Blue. Lo que me faltaba. Nadie pone los ojos sobre Blue. Nadie que no sea yo.

Pierdo por completo la paciencia cuando vuelve a restregarse. Y, creedme, soy el chico más paciente del mundo, pero, como todo en esta vida, tiene un límite. Y mi límite es esta pequeña arpía haciendo de las suyas. Y, joder, lo bien que hace de las suyas.

La manera en la que me mira cuando pego su cuerpo a la estantería me dice que no quiere que pare. Que quiere que continúe con esto, sea lo que sea esto.

Y por nada del mundo le quitaría las manos de encima a Blue ahora que se las he puesto.

—¿Una imaginación mala? ¿Acaso te has olvidado de todas las veces que me has hecho sonrojar por culpa de tus comentarios mordaces? —Rompo el silencio y lo rompo aún más cuando acerco la boca de nuevo a la curva de su cuello y la muerdo.

Se desliza por mi entrepierna y la pego con más fuerza contra la estantería. No me planteo si puede dejarle marca porque quiero que las lleve y que todas y cada una de ellas sean por mi culpa. Como una cicatriz de guerra, una que grite a los cuatro vientos que es mía, joder.

—¿Acaso te has olvidado tú de lo guapo que te pones cuando te saco los colores? —Me la devuelve y me estremezco.

Quiero tirarla al suelo, subirle esa falda que lleva y enterrarle la cara en el coño hasta que grite mi nombre. Una y otra y otra vez.

Y quiero hacerlo ya.

Desvío la mirada y escucho los últimos números de la pequeña. Va a empezar a buscarnos y lo hará en breve.

Dejo caer mi brazo y lo deslizo por el suyo, memorizando el tacto de su piel para cuando tenga que masturbarme en la soledad de mi

casa, esta misma noche, desde que cruce el umbral de la puerta. Me quedo fascinado por la forma en la que su cuerpo responde al mío, por la manera en la que se estremece y por los escalofríos que la sacuden ante ese mero contacto.

Tiene los ojos muy muy abiertos y la boca, esa boca por la que suelta todas esas cosas que no hacen más que perturbarme…, esa boca es para mí.

Enredo los dedos en su cabello negro y se lo peino despacio, deleitándome en la forma en la que sus mechones se mezclan con mi piel y en lo bien que combinan. Me encantaría que ese pelo cubriese mi almohada. Cubriese mi pecho. Me encantaría sujetar esa melena mientras le embisto la boca y le provoco arcadas.

Suelto un jadeo ante tal pensamiento.

—¿A qué esperas, chico bueno?

Cómo no, ni siquiera puedo tomarme mi tiempo, uno que ya sé que no tenemos, así que sacudo la cabeza y, cuando la miro a los ojos, sé que estoy perdido, en el mejor sentido de la palabra.

Me lanzo a por sus labios sin dudar y, cuando Blue gime en mi boca, cuando la abre para mí, cuando su lengua y la mía entran en contacto, cuando su pierna izquierda sube y me aprieta contra ella, sé que estoy acabado. Nada ni nadie podría superar la electricidad que me recorre, la sacudida de mi cuerpo y la necesidad pura que se enrosca alrededor de nosotros.

Es esto.

Esto es lo que implica besar a Blue: quedarte del todo destruido cuando sus labios dejen de poseer los tuyos.

Sus labios encajan con los míos, exactos, inevitables, después de tanto tiempo rozándose en sueños que no compartíamos. El mundo se reduce a ese punto exacto en el que respiramos el mismo aire, a la presión justa de su boca respondiendo, a ese temblor leve que me atraviesa cuando se aferra a mí como si también tuviera miedo de soltarse. Y es eso lo que pasa. Sus manos se agarran a mi camiseta y la aprieta alrededor de la tela, arrugándola a su paso. Preguntadme si me importa lo más mínimo, tal vez esa sea su forma de marcarme como suyo.

—Joder —jadeo contra sus labios antes de apoderarme de nuevo de ellos.

—Ni se te ocurra parar —me exige. Esto tampoco podría ser de otra manera.

Presiono la polla contra su abdomen, y suelta un jadeo.

—Shhh, recuerda que no puedes hacer nada de ruido.

—Eres malvado.

Cabeceo negando.

—Todavía no sabes cuánto.

Muevo la lengua contra la suya, explorando su boca. Mis manos vuelven a tener vida propia, enredo una en su melena a la vez que cuelo la lengua mucho más adentro de ella, como quisiera hacer con mi miembro. Le agarro un pecho y le aprieto el pezón. Duro. Listo para mí.

—Estás deseando esto, ¿verdad?

Me muevo sobre ella, y cabecea asintiendo. Baja la mano y la coloca encima del prominente bulto. No hay forma de esconder eso. Tampoco quiero hacerlo.

—Llevo deseándolo mucho tiempo —murmura y se lame los labios en un gesto que delata con exactitud lo que quisiese hacer con mi polla: lamerla de arriba abajo. La aprieta y palpita en sus dedos.

El calor se me extiende por la ingle mientras su lengua marca el ritmo, tomando el control. Es Blue, joder, ¿qué coño esperabas? Ni siquiera cuela los dedos bajo la tela, no me toca del todo. Yo me restriego contra ella y podría correrme en los pantalones solo con eso, ¿qué otra cosa podría hacer? Si esto es todo lo que pudiese darme, si esto es todo lo que tuviese de ella, me valdría.

—¿Estáis aquí?

Tiro del pelo de mi vecina y acerco su cara a la mía, lo hago antes de que nos encuentren, antes de que tengamos que separarnos.

—Estás preciosa con los labios hinchados por mis besos, Blue. Pero ¿sabes cómo puedes estar todavía más guapa?

Le tiembla la barbilla antes de responder.

—¿Cómo? —Ya sabemos que le van los desafíos.

—Atragantándote con mi polla.

Le suelto el pelo y me aparto.

—¡Os he encontrado! ¡Qué tontos! ¡Os habéis escondido juntos! Y eso que os dije que no me lo pusieseis fácil… —canturrea Juniper justo antes de reírse.

Me quedo plantado justo bajo el marco de la puerta e inspiro profundo antes de salir tras ella mientras Blue se queda en la despensa, recuperando el aliento.

Puede que ella esté acostumbrada a salir victoriosa en cualquier batalla, pero yo estoy dispuesto a ganar la guerra.

CAPÍTULO 27

La caca de la vaca
Blue



Escucho cómo suena la puerta de casa y me planteo acercarme a ella rodando. Y no, no exagero. La poca fuerza que queda en mí me impide hacer eso, sobre todo, por la dignidad que perdería por el camino y porque, ¿para qué engañarnos?, tengo la esperanza de que el chico que se encuentre al otro lado sea el capitán de los Wild Warriors. Así que hago de tripas corazón y arrastro los pies hasta la entrada.

Por la mirada que me dedica Aaron, estoy bastante convencida de que mi cara lo dice todo. Llevo el pelo recogido y sin lavar desde hace dos días —sí, desde que su mano se enredó en él y desde que me besó y desde que no he dejado de fantasear con sus últimas palabras—, me he puesto una sudadera que ha vivido épocas mejores y unos calcetines por los que se asoman los dedos pulgares. Si Aaron no sale corriendo después de mi poco sexapil, nada podrá asustarlo.

Ladea la cabeza y me observa unos segundos de más, me temo que está valorando cuáles pueden ser las vías de escape y si en realidad la carne es transparente y no lo he visto.

—Tienes mala cara —dictamina al final.

—Gracias por tus buenos deseos, espero que sean los mismos cuando tengas que dar la voz de alarma porque me haya muerto en el sofá.

Supongo que no nos pilla de nuevas el concepto de *maridramas*.

Sonríe, entra y se quita las zapatillas sin que tenga que pedírselo. Como dato informativo que nadie me ha pedido, sus calcetines están perfectos, sin agujeros y con pinta de haberlos lavado con un

detergente caro. Ese detalle debería hacerme sonreír más de lo que lo hace. Sí, estoy enferma de verdad.

—¿Qué es eso? ¿Traes drogas? Porque las necesito.

Me dejo caer en el sofá mientras observo cómo mueve una bolsa de papel *kraft* frente a mis ojos. Y, antes de que podamos hablar de contrabando del bueno, mi hija aparece por el pasillo con sus calcetines dispares porque hoy ni siquiera tengo ánimos para pedirle que lo haga bien. Y porque está monísima con uno rosa y otro azul lleno de dinosaurios. Lo importante no es el *outfit* que lleva —o llevamos—, sino la forma en la que se le ilumina la cara al ver a Aaron aquí. Y, ya puestos, la manera en la que recuerdo con todo lujo de detalles que, bajo esa fachada de tipo estoico y cuadriculado, hay un pequeño lobo escondido.

Lanzaría bocados al aire si no me doliese tanto la cabeza.

—¡Aaron!

Corre hacia él, y él se agacha justo a tiempo para recibirla. La abraza con cuidado, como si supiera exactamente cómo le gusta a mi hija, como si llevara tiempo memorizándolo.

—Hola, peque.

—Mamá está malísima —informa ella muy seria. Mírala, si parece una doctora en prácticas—. Ha estornudado raro y se ha sonado los mocos todavía más raro.

Pues sí, suena supersexi a rabiar, vaya.

—Eso parece grave.

—No soy quién para entrometerme en vuestra conversación y crítica nada constructiva, pero debéis saber que estoy aquí presente y que he sobrevivido —murmuro desde el sofá, arropada hasta el cuello—. Por ahora.

Aaron me observa y me guiña un ojo desde allí, todavía con mi hija pegada a él como un pulpo al cofre del tesoro, justo antes de dejar la bolsa en la mesa baja y tomar asiento en ella clavando la vista en Juniper.

—Te he traído algo —le cuenta.

Ella se queda quieta. Y la palabra «quieta» nunca jamás va de la mano de Juniper. Me temo que está evaluando la situación e intentando adivinar qué es lo que puede esconder esa bolsa de la

que no pierde detalle. Aaron saca el libro despacio bajo su atenta mirada sin perderse para nada sus expresiones. Yo, por el contrario, lo observo a él, porque no puede sorprenderme más de lo que lo hace. De hecho, sigo sin entender por qué.

—Se llama *La reina que aprendió a leer el fuego*. —Me centro de nuevo en lo que hablan dejando a un lado mis pensamientos de enferma terminal.

Juniper frunce el ceño.

—¿Es una princesa?

—Es una reina.

—¿Y es mala?

—Eso depende de quién cuente la historia.

Extiende la mano y le muestra el libro. Juniper lo sujeta con cuidado y, señoras y señores, ese es su nuevo tesoro, no porque sea un cuento, que también, sino por la persona que se lo ha regalado.

—Yo también tengo algo para ti —suelta de repente y me deja atónita porque no me lo esperaba en absoluto.

Normal, puesto que he estado muy ocupada barajando qué puedo dejar escrito en el testamento.

Sale corriendo hacia su habitación y vuelve con un folio doblado varias veces sobre sí mismo. Se lo da sin mirarme porque para ella también es importante leer las reacciones de Aaron.

El capitán de los Wild Warriors lo abre despacio y sonríe cuando entiende que Juniper le ha hecho un dibujo de un dragón, como el del cuento que han estado leyendo en esta última semana y media. Es irregular, una figura con corona torcida y letras grandes y desiguales arriba que dicen «aaron», así, en minúscula.

Quizá sea el efecto del antigripal que he tomado o puede que sea la poca comida que he ingerido hoy y la cantidad de pensamientos que han cruzado por mi cabeza, todos ellos llenos de cosas que no he hecho y con las que debería haber cumplido. Sin embargo, aquí estoy, quieta, sin apenas poder apartar la vista de ellos y de la conexión que mi hija ha establecido con este chico.

Sin analizar más a fondo la relación que yo misma he entablado con él.

«Sí, Blue, mucho cachondeo, mucha coña, pero este chico es… No es un capullo».

Dejémoslo ahí.

—Es un dragón bueno —explica ella antes de que él diga nada—. Quema solo las cosas malas.

Aaron le revuelve el pelo, y a Juniper le encanta eso.

—Entonces es el mejor dragón del mundo.

No exagera. No sobreactúa. Lo dice como si fuera un hecho constatado. Dobla el dibujo con cuidado y se lo guarda en el bolsillo interior de la chaqueta. Yo me limito a seguir allí quieta, porque si me levanto a saber cuántos dientes pierdo, y a observar la escena desde el sofá, con la garganta algo apretada, recordándome que es todo por culpa del resfriado y solo del resfriado.

Ambos toman asiento en el suelo, en esta ocasión, no pegan la espalda al sofá para que yo pueda observarlos a mi antojo. Aaron abre el libro, aunque no empieza a leerlo enseguida. Primero pasa las páginas con delicadeza, está intentando captar la atención de Juniper porque eso es muy importante en su caso.

—¿Leemos juntos? —le pregunta—. Eres tú la que mandas, peque.

Juniper asiente. Sus hombros están relajados antes de comenzar, sin embargo, conforme avanza, todo cambia y llega esa parte mala de la lectura. A pesar de todo, Aaron lee despacio, vocalizando sin exagerar. Cuando llega a una frase larga, se detiene.

—¿Quieres probar con alguna palabra? Como hemos hecho hasta ahora —le propone.

Sé que es un trabajo lento, hay que ser muy paciente y hay que enseñarle a Juniper que ella no tiene ningún problema, que no es diferente ni está rota, solo tiene otro ritmo.

Ella examina la página. Señala una corta.

—Esa.

La lee bien. Aaron continúa, dando a entender que no ha pasado nada. Un par de líneas después, Juniper se adelanta demasiado.

—Esa la sé —asevera.

La palabra es más larga. Tropieza en la mitad. Se corrige. Vuelve a empezar. Frunce el ceño, molesta consigo misma. Y frustrada.

—No —niega—. Esa no.

Aaron no la regaña y tampoco la presiona, solo bromea.

—Es una palabra tramposa —asegura dirigiéndose hacia el texto —. Empieza como otra, pero luego se gira.

Juniper suspira.

—Odio cuando hacen eso.

—Yo tampoco me fío de ellas. Nunca hay que fiarse de las palabras, son unas liantas. Como tu madre —me cuenta.

Juniper se ríe de mí, me apunta con el dedo y todo, y les enseño la lengua a ambos. Lo hago por ellos, por ella, por el esfuerzo de Aaron y por lo mucho que está… implicándose. Sí, debe de ser el resfriado, seguro que es eso.

El ambiente se aligera un pelín. Aaron lee otro párrafo entero sin pedirle que intervenga, está dejando que se recupere del chasco anterior. Yo observo desde el sofá cómo Juniper no se desconecta. No se marcha ni pide que pare, sigue ahí, pendiente del cuento, de su voz, de la cadencia de la misma. Podría dormirme solo con escucharlo narrar de esa manera.

Un poco más adelante, marca otra palabra. Mi hija la lee mal y se da cuenta ella sola.

—No —murmura rectificando.

—¿Quieres que lo dejemos? —pregunta él, antes de que vuelva a caer en la frustración.

Ella duda y acaba negando con la cabeza.

—Otra vez.

Esta vez tampoco le sale y no sucede nada, Aaron no la corrige, simplemente cambia de página para que no se bloquee.

—La reina también necesitó ayuda —explica haciendo una pausa —. Nadie nace sabiendo leer el fuego.

Sus palabras no van dirigidas a nadie en particular, aun así, todos los presentes las escuchamos.

—¿Una más? —pregunta Juniper en voz baja—. ¿Una más, Aaron?

Siento algo muy concreto apretarme el pecho. No es alegría. Es… calma, porque se está esforzando y porque, a pesar de todo, no se rinde. En el cole me dicen lo contrario, que no quiere continuar, que lo deja de intentar y viendo la estampa que se desarrolla frente a

mis ojos estoy convencida de que es por la exigencia, porque no le permiten que se sienta segura, se limitan a señalar lo que hace mal y no a elogiar sus logros.

Lee una palabra corta. Bien. Sonríe, sorprendida de sí misma, y es gracioso ver cómo no termina de creérselo.

Cuando cierran el libro, no porque haya terminado, sino porque ya es suficiente por hoy, Juniper se apoya contra el sofá, cerca de mí. Aaron se queda en el suelo, frente a nosotras.

—Mañana seguimos —promete él.

Juniper bosteza.

—La reina no era tan mala.

—A veces solo hay que aprender a leer el fuego de forma diferente —responde Aaron clavando su mirada en mi hija.

Cierro los ojos un segundo. Pienso que quizá no se trata de forzar las cosas, sino de ir atesorando momentos como este. Pequeños. Tal vez imperfectos. Algo que, algún día, le recuerde que puede. Que ya ha podido antes. Y que podrá siempre que luche por ello.

Cuando los abro, Aaron me está observando desde el suelo, como si supiera exactamente en qué estoy pensando.

CAPÍTULO 28

¿Eso es lo que creo que es?
Blue



Juniper decide que ya está cansada de ver cómo dos personas se lanzan miraditas o cómo una de ellas bizquea por la otra —en este caso, soy yo quien lo hace—, y se va.

—Ni siquiera voy a preguntarte si te gusta lo que ves —suelto para romper el silencio que se ha establecido en el salón.

Y casi que prefiero haberle dicho este tipo de frase porque mi siguiente opción era: «¿Crees que podrías volver a empotrarme contra la estantería? O contra cualquier pared, ya puestos. No soy tan exigente como piensas en ese sentido», así que, sí, juzgad por vosotras mismas y elegid la primera opción como más sutil y comedida que la segunda.

Aaron sonríe a la vez que se levanta y se coloca bien los pantalones. Odio al que haya inventado esa prenda y lo odio por dos motivos: el primero es lo bien que le sienta y el segundo es que sin ella tendría las piernas a la vista y quizá algo más.

Aparto la vista cuando mi vecino clava la suya en mí.

—¿Has comido algo hoy? —¿Vosotras también os habéis percatado de que no ha respondido a mi pregunta? Porque yo sí.

Frunzo el ceño y niego.

—Apenas he podido ir al lavabo de forma digna, Maddox, no me pidas mucho más que eso.

Asiente y se pasea por la estancia adueñándose del espacio. Lo observo a mi antojo porque, si esos vaqueros por delante le quedaban de muerte, no hablemos de la retaguardia, majas.

—¿Te apetece una sopa? —añade mientras abre los cajones.

—¿Quieres terminar de matarme?, ¿es eso?, ¿estás intentando apiadarte de mí y acabar con mi sufrimiento? —Pues quítate los pantalones antes, por favor.

No me mira, se dedica a sacar cajas, envases y paquetes de patatas fritas, porque de eso sí que hay y mucho. También abre la nevera y revisa todos los cajones y hasta comprueba la fecha de caducidad de los huevos.

—Estoy hablando de prepararla yo.

—¿Tú? Insisto… ¿Quieres terminar de matarme?

Aaron se acerca con paso decidido y se arrodilla frente a mí, me coloca una mano sobre la frente, en las mejillas y también en la nuca, y me sorprendo moviendo la cabeza en busca de más caricias. ¿En qué posición me deja eso? No respondáis, por favor.

—No parece que tengas fiebre.

Niego para confirmar sus palabras. Y tras eso asiento porque no sé si he respondido bien o no.

—Esto es cosa de Juniper, esa niña trae los bichos a casa, me los contagia. Ella se recupera en dos segundos, y yo veo la luz al final del túnel.

—¿No crees que estás exagerando un poco?

—Es lo que hago cuando estoy enferma. De hecho, soy la peor enferma del mundo. Desde pequeña, que conste, mi madre siempre me lo repetía, que era peor que mis hermanos. Ahora entiendo que siempre fui la peor en todos los sentidos.

La respuesta de Aaron es bien sencilla, aprieta la manta con la que estoy tapada hasta que los nudillos se le ponen blancos.

—Deja de decir eso. Deberías alegrarte de que no estén en tu vida, por suerte cuentas con personas que de verdad te valoran como te mereces.

—¿Hablas de los Caldwell?

Sonrío porque en eso tiene razón.

—Y de mí.

Boqueo como un pez. Todo mi ingenio, mi chispa y esa gracia que me caracteriza se esfuman. Se evaporan. Se volatilizan. Pufff.

—¿A que ya no eres tan provocadora? ¿Ves? Yo también sé dejarte sin palabras. Mírala qué mona ella. —Me propina un golpecito en la

nariz y sonríe condescendiente. Con. Des. Cen. Dien. Te—. Pues también sabe sonrojarse.

Y ahí estoy yo, sentada en mi sofá, con la nariz taponada, el orgullo tocado y el corazón haciendo cosas raras que no le he pedido que haga porque que tu corazón no te pida permiso para estas cosas… Lo he educado mal, por lo que parece.

Trago saliva. No porque quiera, sino porque mi cuerpo ha decidido entrar en modo traición máxima. Y no puedo culpar a nadie que no sea a mí misma.

—Sopa está bien. —Es toda la respuesta que le ofrezco.

Aaron cabecea afirmando y regresa a la cocina bajo mi atenta mirada. Se ve que lo único que puedo hacer es comérmelo con los ojos porque el resto de mi ingenio ha pasado a mejor vida. Quizá ya está cruzando al otro lado.

—¿Qué haces? —le pregunto cuando saca el teléfono del bolsillo.

Alza la vista y, de verdad, Blue, tienes que dejar de rememorar la escena porque ya está bien. Tienes el control de tu vida, marcas normas que cumples a rajatabla y que te protegen, así que déjalo ya.

—Le estoy preguntando a Asher cómo se hace una sopa —confiesa y el rubor le tiñe de nuevo las mejillas—. Debes saber que la oferta sigue en pie, sin embargo, es probable que mi sopa sea todavía peor que la tuya. Ash es bueno cocinando, yo no lo soy tanto.

—¿Un secreto por otro secreto? —murmuro desde el salón, y la sonrisa vuelve a bailarle en los labios.

—Claro.

—A mí tampoco se me da bien cocinar. No se lo cuentes a nadie, me temo que no se han dado cuenta. Es como el chiste ese del gato que está escondido entre las figuras de porcelana y que nadie ha detectado. Pues yo soy el gato.

—No tienes pinta de gato. —Me señala desde la cocina mientras teclea sin parar. Saca una olla.

—Ah, ¿no?

Niega y suelta una risilla.

—Tienes pinta de alguien que quiere una sopa preparada por su vecino.

—Por su vecino cañón —matizo.

Aaron mueve la cabeza y el pelo lo hace con él. Me gusta verlo así, aquí, en una tarde normal, tan diferente a ese chico que sale por la tele o que se ve en los partidos, ese que parece tan distante, tan comedido, tan cuadriculado y organizado.

—¿Un secreto por otro secreto? —me pregunta mientras lo observo cortar verduras y meterlas dentro del fregadero.

—Claro.

—No he sido capaz de contestar a ni una sola llamada de mi padre desde que estuve a punto de dejar los Wild Warriors.

La confesión me pilla por sorpresa. Escucho a mi hija trastear en su habitación y acomodo mucho mejor el cojín sobre el que estoy apoyada, extiendo las piernas y me cubro todavía más con la manta; si pudiese, me haría una bolita con ella.

—No deberías sentirte mal por eso, Aaron. Hiciste lo correcto, diste un golpe sobre la mesa y marcaste límites. A veces es muy necesario.

—Lo sé, lo sé.

Deja de pelar un puerro y mira a la pared de enfrente. Parece tan vulnerable, tan abatido, que me pongo en pie.

Aparta la vista cuando me ve acercarme, con la manta arrastrando por el suelo hasta ocupar la silla que hay justo enfrente de la pequeña isla de la cocina. Ahí es donde cenamos muchas veces Juniper y yo, cuando estamos solas. Es nuestro rincón pequeño y acogedor. Ahora también lo es de Aaron.

—¿Entonces?

—Me siento culpable por no haberlo hecho antes —y, esta vez, cuando pronuncia esas palabras, cuando las acompaña de esa tristeza infinita, el corazón se me resquebraja—. Por no haberme posicionado antes, Blue.

—Eras un niño.

Suelta el cuchillo, y abro mucho los ojos cuando lo hace.

—Lo fui un tiempo. Tengo treinta y dos años, Blue, ¿qué excusa quieres que use para todos esos años de madurez? Dímela, dime

una que me haga sentir mejor porque yo no la encuentro.

No sé qué responder a eso, no porque no quiera buscar una excusa, sino porque la realidad es que no la tiene. Y que no todo en esta vida pasa por encontrar una palabra o una frase que nos exculpe. En ocasiones es mucho más sencillo que eso, es tan sencillo como asumir que te has equivocado y aprender de esos errores. A simple vista puede resultar fácil para las personas que lo hemos vivido y te garantizo que no lo es tanto.

—No voy a hacer eso. —Saco un pañuelo del bolsillo del pijama y me limpio la nariz. Mañana la tendré dolorida y con pequeñas heridas cicatrizando—. No voy a decirte que lo has hecho bien solo para hacerte sentir mejor —le explico y su mirada pasa del asombro a la estupefacción en décimas de segundo y, tras eso, a la culpa—. Lo que sí puedo recordarte es que te has dado cuenta, que tienes a tu hermano, que él no te acusa de nada porque tú solo intentabas que la familia permaneciese unida. Y, créeme, nadie más que yo es consciente de lo que significa luchar por una familia. Incluso dejando de ser tú misma para comportarte como los demás esperan de ti. ¿Y sabes qué?

Me levanto, me acerco hasta el fregadero y me lavo las manos dos veces. Cojo su propio cuchillo, señalo la silla que hay enfrente y corto el resto de verduras.

—¿Qué?

Aaron no toma asiento, me temo que en eso nos parecemos, cuando estamos nerviosos o expectantes nos convertimos en culos inquietos. Como yo, que no he sido capaz de quedarme tumbada al verlo así. Porque Aaron me importa. Me importa mucho.

—Que los demás no son los que tienen que indicarte cómo debes actuar o comportarte, tampoco deben señalar las partes de ti que les gustan o las que los hacen sentir molestos, solo deben aceptarte tal y como eres. A ti y a tu hermano.

—Y a ti —suelta mientras reajusta los cojines del sofá.

Este chico tan cuadriculado, tan ordenado y tan condenadamente protector…

—Y a mí. Por eso decidí que, si no me quieren como soy, no me quieren de ninguna de las maneras. Y tú debes aceptar que te

equivocaste, porque lo hiciste.

Termino de colocar las verduras y continúo el proceso. Esta vez voy a probar algo nuevo, quizá echarle un poco de aceite, algo más de sal y tal vez triturar parte de la verdura al final, como Maddie me ha recomendado en alguna ocasión.

—Lo sé.

Continúa moviéndose por el salón y comienza a recoger ropa que hay colgada de las sillas porque por todos es bien sabido que los respaldos son las mejores perchas que existen. Compiten de cerca con las bicicletas estáticas y las cintas de correr.

—Ahora bien, ¿de qué sirve estar toda la vida cargando con ese peso sobre tu espalda? ¿Qué va a solucionar? Y no es una pregunta retórica, espero una respuesta.

Recorro la distancia mientras me vuelvo a tirar en el sofá. Aaron aparta la vista y se queda unos instantes observando la olla que está en el fuego y asiente entendiendo que me he encargado yo de ello. Toma asiento en el mismo sofá y coloca mis piernas sobre sus muslos y comienza a pasear las manos por las mismas sin prestarles atención, tiene la vista clavada al frente y la mirada perdida.

Aaron abre la boca para responder algo y en última instancia duda. Lo veo tragarse las palabras, como si de pronto se diera cuenta de que no tiene ni la menor idea de cómo responder a eso. O quizá es que no se ha formulado la pregunta. En ocasiones no es la respuesta lo que buscas, sino la pregunta lo que hace que todo comience a encajar.

—A veces no sé ni quién soy sin… —empieza, aunque se detiene y sacude la cabeza—. No importa.

—Claro que importa —contesto, suave, y, cuando deja de acariciarme, muevo los pies sobre él, sonríe y le doy unos segundos porque sé que tiene que poner las ideas en orden.

—Sin sentir que le debo algo a todo el mundo —termina, por fin, la frase.

Su confesión se queda flotando entre nosotros, pesada y frágil al mismo tiempo.

Un hilo del que, si tiro demasiado fuerte, puede romperlo o liberarlo.

—Aaron… —susurro.

Él sigue mirando al frente, esperando que la pared le dé alguna respuesta que yo no puedo darle.

—Es agotador —murmura—. Vivir con esa sensación constante de que, si no hago lo correcto, si no aguanto, si no cargo con lo que toca, alguien va a salir mal parado. Y voy a ser yo el culpable. Otra vez.

—Lo sé. Créeme… —Hago una pausa—. Lo sé. —Una pausa más —. No le debes nada a nadie —pronuncio en voz baja, firme—. Ya lo diste todo. Más de lo que cualquier niño debería haber dado. Más de lo que cualquier adulto puede sostener.

Traga saliva, y por primera vez en toda la noche se permite cerrar los ojos. Las pestañas le tiemblan. Su coraza se resquebraja por momentos y no sabéis lo mucho que valoro que sea conmigo, que me haya elegido a mí para hablar de esto, para confesar cómo se siente y para admitir que lo ha hecho mal. Es un buen tío. Uno muy valiente, dicho sea de paso.

—No sé cómo dejar de sentirlo —admite tan bajito que casi no lo escucho.

—Pues empieza por aquí —respondo—. Por confiar en alguien. En mí.

Eso consigue que me mire. Es un segundo, un instante apenas, pero algo en su pecho se afloja. Lo noto.

Me recoloco en el sofá, apoyando la cabeza en su hombro. No sé en qué momento el cansancio empieza a empujarme hacia abajo, solo sé que siento que puedo relajarme un segundo porque él está aquí, porque, a pesar de sus heridas y sus dudas, Aaron es un lugar seguro para mí.

—Blue —me llama, solo que su voz llega distante, lejana, tibia.

Intento responder. De verdad que lo intento.

Pero el día pesa. La semana pesa. Y él pesa en mi cabeza, en mis pensamientos, en mi pecho.

Así que cierro los ojos solo un segundo.

Uno. Quizá dos.

Noto cómo me acomodo sin querer, las piernas recogidas, los brazos alrededor del suyo. Escucho un murmullo suave, un suspiro que no sé si es mío o no lo es, y entonces…

—Descansa —lo escucho decir en un susurro que apenas roza el silencio de mi salón.

Y luego unos pasos.

Abro los ojos de nuevo y lo encuentro acercándose a la cocina.

—Aaron —murmuro. Me observa y sonríe con calidez. Es reconfortante, es seguro, es agradable que te cuiden porque nunca nadie lo hace—. Gracias por todo esto. Por cuidarme, por contármelo, por leerle a Juniper, por los detalles que suman —le confieso abriéndome en canal.

Porque si él lo ha hecho conmigo, ¿por qué no devolverle, aunque sea, una ínfima parte a él?

—No quiero que me lo agradezcas porque no lo hago para eso.

—¿Y por qué lo haces?

Ladea la cabeza y no sé si son imaginaciones mías, el cansancio, el resfriado o una combinación de todo lo anterior.

—Por ti. Deja que cuide de vosotras, Blue. —Comienzo a negar porque eso suena demasiado bien. Demasiado bien para ser real—. Al menos hoy —finaliza como si hubiese entendido mi reticencia. Mi miedo. Porque el futuro es incierto y me da pavor todo lo que pueda suceder si pienso en él.

He vivido el presente y esa es una de mis normas, porque protege. Me protege y pienso seguir haciéndolo.

Así que, siguiendo esa filosofía, hablo una vez más.

—¿Podrías…? —Me hundo un poco más en el sofá y en ese olor a él que aún flota en el aire—. ¿Podrías quedarte esta noche? —titubeo.

Alterna la mirada entre la olla, el pasillo por el que ha desaparecido mi hija y yo. Un destello de sorpresa atraviesa sus facciones y, cuando estoy casi convencida de que va a negarse, se acerca de nuevo, me coloca los pies sobre sus muslos y los masajea con esa cadencia que me desarma.

Es entonces cuando recuerdo que hace apenas unas semanas os contaba que la vida no es de color de rosa para nadie. Ni siquiera para el capitán del equipo. Y me reafirmo en mis palabras.

Y, tras ese pensamiento, me duermo.

CAPÍTULO 29

Los gatos siameses
Blue



Todavía tengo la cafetera en la mano cuando Xavier toma asiento en la butaca que hay frente a mí y justo al lado de Thomas, uno de los clientes más cascarrabias y adorables que existen.

—¿Se puede saber cuándo pensabas contarme en qué consistía ese favor?

Por si fuese poco, Noah ocupa la butaca a su derecha y no pierde ni un solo segundo en buscar con la mirada a Gillian. Le hago una señal para que sepa que está haciendo recuento en el almacén del Tide&Toast porque hoy tengo turno toda la mañana. Tengo la tarde libre y esta noche un cáterin, así que, a pesar de que mi nariz todavía parece un puñetero pimiento rojo, las responsabilidades apremian y el dinero es del todo necesario.

—¿Quieres un café? —le ofrezco acercando la taza a donde se encuentra—. ¿O un té?, ¿cianuro?, ¿un poco de paciencia, que está claro que escasea? —ironizo para finalizar porque, ya sabéis, chicas, el sarcasmo combina con todo.

Xavier chasquea la lengua y asiente.

—Un poco de todo eso está bien —sentencia.

Le dedico la mejor sonrisa de perdonavidas que puedo poner, y él me la devuelve.

—Ya sé que es un plan horrible… —Dejo la frase sin terminar justo antes de chasquear la lengua y reconducir la conversación—. Sloane es una tía increíble que pasa por un momento de mierda. Solo necesita a alguien que la ayude.

—Y a tu cabeza acudí yo como el salvador celestial.

Alzo la vista y me río. Todavía tengo la garganta un poco irritada, sin embargo, suelto esa carcajada porque, ahí donde lo veis y a pesar de que pueda parecer un tontaina de mucho cuidado, Xavier no es tan gilipollas como parece. Digamos que, en la escala del uno al diez, es un siete. En ocasiones, un ocho. Roza el nueve otras tantas veces, pero lo quiero igual porque me ha ayudado y apoyado siempre, sin preguntar, solo porque sabe que lo necesito. Es la persona más altruista que conozco. Después de Diddy, claro.

—Tampoco te pases, creo que te tienes en demasiada estima. —Le lanzo una mirada sardónica, y él me enseña la lengua. Thomas gruñe a su lado.

—¿Te está molestando, Blue?, ¿es eso? ¿Tengo que cargármelo? —pregunta señalándolo con el pulgar.

—No, Thomas, es más, este chico será como tú cuando tenga tu edad.

—Un machote con las mujeres.

—Un gruñón de campeonato —rectifico.

Thomas, que se toma mis palabras como un cumplido, le tiende el puño, y Xavier se lo choca como si fuesen hermanos gemelos separados al nacer. Al nacer si ambos tuviesen setenta años por lo menos.

—Esta chica —dice mientras mi amigo me señala— me ha metido en un buen lío —le explica.

Acerco la taza de café a su altura y el teléfono me vibra dentro del pequeño delantal que llevo puesto sobre mi falda de tablas.

Ni confirmo ni desmiento que he estado toda la mañana pendiente de él y no porque puedan llamarme del colegio, sino porque Aaron y yo hemos estado intercambiando mensajes. Se fue de viaje ayer con los Wild Warriors porque esta semana tienen que jugar fuera de casa. Antes de irse, me dejó la llave de su apartamento para que subiese si necesitaba algo, para regarle las plantas o por si sucedía algún desastre en lo que él estaba fuera. Y es demasiado patético por mi parte admitir que he sentido la necesidad de subir a su piso en estos dos días solo para oler su almohada. Sí, ese es el nivel. Venga, va, juzgadme.

Capitán Buenorro:

¿Cómo estás hoy? ¿Todo bien por ahí? ¿Tu nariz mejor?

—Y, cuando sonríe de esa forma, hay que temer lo peor.

Guardo el teléfono dentro del delantal de nuevo, porque no está de más hacerlo sufrir un poco. A ver, a ver, que yo quiero responder, pero… ¿en qué clase de tarada me convertiría eso? En una que está loquita por sus huesos. Pffff, descartado.

—Thomas, no le hagas caso. Tengo una amiga que acaba de divorciarse y su exmarido es un poco…

—¿Imbécil? —responde por mí.

—Controlador —agrego—. Aunque imbécil también. —Le guiño un ojo, y Thomas me sonríe con cariño. Esto es lo mejor de mi trabajo: las personas que se han ido abriendo hueco poco a poco. Thomas es de esa clase de personas, viene cada día a verme, pide lo mismo, deja la misma propina y habla de lo mismo: el tiempo, la pesca, el ajedrez y, cómo no, del *hockey* y los Wild Warriors. Resulta que los tengo hasta en la sopa—. No la deja en paz, se planta en el trabajo porque cree que pueden volver juntos. Así que se me ocurrió que Xavier puede ayudarla con ese pequeño asuntillo.

Ha llegado la hora de mover las pestañas como yo solo sé para convencerlos de que mi idea es maravillosa y no un completo desastre.

—Pues si él no quiere… —Otra vez con el pulgar.

—No, no. —Se adelanta Xavier. Abro la boca, un poco sorprendida, porque no me esperaba esa reacción por su parte—. No es que no quiera ayudarla. —Mueve las manos haciendo aspavientos con ella hasta que se da cuenta de que lo hace y entonces sujeta la taza—. Es que tenías que habérmelo explicado antes de verme allí, delante de todo eso sin saber qué debía hacer o cómo debía actuar.

—Pues, para no saber nada —matizo para que nos entendamos—, lo bordaste.

—Eso es porque soy bueno en cualquier cosa que me proponga.

Thomas da un golpecito en la barra y atrae nuestra atención.

—Pues sí que me cae bien. Y sí que se parece a mí, yo a su edad no quería atarme a nadie, vivía por y para las chicas.

—Pues él es igual, solo que vive por y para el trabajo.

—Es más pardillo que yo entonces.

—Gracias, no me ha destrozado el ego ni mucho menos.

—De nada, ahora aprenderás a aprovechar las oportunidades. —Indica sin dudar—. ¿Y esa chica… es guapa? —La pregunta la lanza Thomas, eso sí, debo admitir que Xavier se envara cuando la escucha.

Yo me limito a obtener información porque ya sabéis que lo que no se dice también enseña.

Y no, no es una de mis frases hechas, pero podría serlo sin lugar a dudas.

—Por supuesto que es guapa, es guapísima, de hecho —respondo antes que nadie.

—Pues, chico, según yo lo veo, es un favor agradable. Si no lo hace él, me ofrezco voluntario.

Extiendo la jarra del café y se lo relleno y también empujo un pequeño plato lleno de galletas de avena y zanahoria, las favoritas de Thomas de cada día.

Xavier alarga la mano y coge una, Thomas no lo amenaza de muerte, lo que significa que le cae bien de veras.

—No me gustó la actitud de ese tío. Richard —me cuenta—. Si están divorciados, ¿por qué tiene que presentarse en su trabajo?

No lo niego, Xavier tiene toda la razón del mundo, de hecho, sabía que algo extraño pasaba solo con verlo. Me daba mala espina.

—No lo sé. Imagino que es de esa clase de hombres que no sabe lo que tiene hasta que lo pierde. Y, créeme, de esos hay muchos en este mundo.

Y también los hay de los capullos que no quieren saber nada de ti y prefieren seguir saliendo y follando antes de sentar la cabeza. Niego en repetidas ocasiones porque no me sirve de nada ponerme en modo dramática. La vida me ha enseñado que regodearse en la miseria no soluciona nada, de hecho, ni siquiera tengo tiempo para hacer eso, así que mejor avanzar…

—Vale, me sacrificaré por ella. Y por ti. Un trabajo de lo más arduo si me preguntáis —contrataca Xavier. El pobre realmente parece abatido por este favor. Sí, ¿notaste la ironía? —. Dale mi número de teléfono, y podrá utilizarme a su antojo siempre que lo necesite.

Thomas le propina un par de palmadas en la espalda.

—Tremendo sacrificio debes de estar haciendo.

—No lo sabes tú bien.

—¿Quién te ha dado permiso para tutearme? ¿Y para cogerme las galletas? He cortado manos por eso, chaval. No te pases ni un pelo.

—Y yo he cortado lenguas por responderme de esa forma, así que supongo que estamos en paz.

Thomas lo repasa de arriba abajo sin temor alguno y entonces las comisuras de los labios se le alzan y se presentan de forma oficial. Ea, ya son amigos para toda la vida.

Mientras se adentran en una conversación sobre el último partido de los Wild Warriors y de cómo Asher, Aaron, Kai y Caleb se dejaron la piel en la pista, yo saco de nuevo el teléfono. Debería estar poniendo un lavavajillas, reponiendo sobres de azúcar y preguntándome por qué mi compañera y Noah tardan tanto a pesar de que todos podemos hacernos una idea de las cosas que pueden estar haciendo dentro de la despensa.

No los culpo, porque yo también he sido de esas, de hecho, no puedo dejar de pensar en ello una y otra y otra vez. ¿Obsesionada yo? No entiendo por qué has llegado a esa conclusión.

Blue:

Mi nariz mucho mejor. Ya casi puedo respirar.
Oye, Aaron...

Le doy a enviar y me muerdo el labio a la espera de su respuesta. Cómo me gusta pincharlo. Es mi deporte favorito.

Capitán Buenorro:

Me alegra mucho, seguro que fue por mi sopa.

Me envía un par de *stickers* y, tras eso, contesta con otra pregunta.

Capitán Buenorro:

¿Pasa algo, Blue?

Blue:

¿Qué llevas puesto?

En el siguiente mensaje, me adjunta una foto de él con el uniforme del equipo. Desde esta perspectiva no le puedo ver la cara, pero sí el cuerpo. Se distinguen a la perfección los protectores, el lobo que representa al equipo y los patines. También hay varias sombras, lo que me hace pensar que se ha metido el teléfono en el bolsillo mientras entrenaban y es imposible que mi cabeza no se plantee, porque es así de atrevida, que lo ha hecho para hablar conmigo, porque esperaba mi respuesta.

Así que le envío una foto mía, una un poco más sugerente, de mis piernas, esas que recorrió hace días mientras estaba enferma, solo que esta vez desnudas.

Blue:

Si adivinas lo que hay debajo, te dejo mirar.

Y me desconecto, a pesar de que el móvil me vibra muchas muchas veces. Resulta que sí, que ya estoy recuperada, porque han vuelto las maldades.

CAPÍTULO 30

El rugido que hay en mí
Aaron



El marcador arde sobre el cristal como una herida abierta que sangra. Dos minutos y diecisiete segundos. Eso es todo lo que queda para que el partido acabe. El sonido del pabellón ha dejado hace tiempo de ser un simple rugido para convertirse en un zumbido espeso que se me cuela bajo el casco y me golpea en las sienes. Respiro hondo, el aire sabe a hielo y a goma quemada. A derrota, lo sé incluso antes de escuchar el sonido del marcador y el pitido final.

Me apoyo en el *stick* y flexiono las rodillas. La cinta está mordida y húmeda por culpa del sudor. Giro la cabeza en dirección al banquillo y me encuentro con miradas tensas, mandíbulas apretadas y rictus serios. Nadie quiere ser el primero en aceptar lo evidente. Yo tampoco.

—*Face-off* —anuncia el árbitro.

El disco cae y todo se acelera. Empujo a mis rivales, choco contra muchos de ellos y gano medio metro, quizá sea poco, sin embargo, nadie puede recriminarme que no me he dejado la piel en la pista. Eso no.

Oigo el crujido del contacto como si lo sintiese dentro del pecho. El ala derecha se abre, levanto la cabeza, busco el pase y encuentro a mi hermano en su posición. Tal y como sucede de forma habitual, sabemos lo que queremos y necesitamos sin emitir sonido alguno. Hay un carril diminuto, lo sé, lo he visto mil veces y lo he estudiado otras tantas. Suelto el disco rápido. Demasiado rápido. El rival mete el *stick* y corta la jugada con una facilidad insultante.

—¡Maldita sea, joder!

El pabellón exhala un «oh» colectivo que a mí me suena a decepción.

Vuelvo atrás como un resorte, patinando con rabia contenida. El reloj no deja de correr, siempre lo hace con más rapidez cuando vas perdiendo. Holloway grita algo que no llego a entender; la máscara le vibra con cada palabra que suelta. Bloqueo un tiro, siento el golpe seco en la espinillera y el hormigueo me sube por la pierna. Bien. Duele. El dolor te mantiene despierto. El dolor hace que sea real.

—De eso nada, Aaron —grita mi hermano leyendo mis pensamientos. Apuesto a que lo hace de veras.

No me molesto en responder, solo me dirijo al banquillo para hacer un último cambio rápido. Me quito el casco un segundo y dejo que el aire frío me queme la cara. El entrenador no abre la boca, no hace falta, porque sabemos que ya está todo dicho. Todos sabemos qué hay que hacer y también somos conscientes de lo difícil que es hacerlo.

Vuelvo a salir. El público se levanta. Hay pancartas verdes, manos que golpean el cristal. Pienso en todas las veces que he imaginado este final y cómo, en mis fantasías, siempre acaba bien.

Asher y yo entramos en la zona ofensiva. El defensa rival falla un pase y sé que es ahora o nunca, así que me lanzo raudo y feroz a por ese contrataque, robo el disco y acelero. El mundo se limita a una franja blanca y negra. Amago, tiro de muñeca. El portero baja la rodilla y el disco muere en su almohadilla como si hubiera nacido allí.

—Joder.

Rebota, y Asher va a por él. Me empujan por detrás, me desequilibro y caigo. El hielo me besa la mejilla con su frío sucio. Escucho un silbato, y me percato más pronto que tarde de que no pitan el puto penalti. Claro que no. Por supuesto que no.

Mi hermano se lanza a por el contrincante que me ha empujado porque hay cosas que nunca cambian, y Asher Maddox siempre va a ser una puta bomba de relojería. Sonrío cuando el puño impacta contra la mandíbula del jugador del equipo contrario.

No estoy a favor de la violencia, pero, creedme, ese cabronazo se lo merece.

Me incorporo y me acerco despacio, todavía más despacio cuando me doy cuenta de que Ash lo ha arrinconado y que apenas puede defenderse. Cuando estoy a su lado, intercepto el puño de mi hermano porque se supone que eso es lo que debo hacer.

Soy todo responsabilidad. Soy todo honor, claro que sí. Sin embargo, todos sabemos que en esta vida todo tiene un límite.

—No vale la pena —suelto tal y como se espera de mí.

Entonces me giro y soy yo el encargado de darle el último golpe. Y, joder, me ha sentado bien. Puede que sea la frustración o esos límites de los que os hablo. O la suma de todo y nada a la vez.

—¿Aaron? —pregunta Ash turbado.

Me giro, tiro de su casco y le sonrío.

—He aprendido del mejor —añado con suficiencia.

El pecho se le hincha de… ¿orgullo? Y aparta la vista para mirar en dirección a las gradas, al palco, donde sé que está Prescott Maddox presenciando todo.

«Chúpate esa», parece gritar y me carcajeo porque así sea.

El partido concluye pocos minutos después y no siento nada más que pura frustración cuando cruzo el pasillo en dirección al vestuario. Recuerdo las veces que Cassie intentaba mejorar nuestro humor cada vez que nos enfrentábamos a una derrota, con sus carteles, sus bailes improvisados o simplemente explicándonos que no pasa nada. Mi hermano me empuja con su hombro como si él también estuviese rememorando esa clase de cosas. Apuesto a que es de esa forma.

—Lo hemos hecho bien a pesar del resultado —musita él.

Y el cambio en su forma de ver la vida me impresiona, porque Asher siempre ha sido de esos que quieren ganar a toda costa.

—El amor te ha cambiado, ¿ehhh? —Le sonrío y le deslizo una mano por el hombro para acercarlo a mí.

¿Dónde están las cámaras ahora? Esas que se empeñan en buscar polémicas inexistentes, que venden titulares que no son para nada reales sobre dos hermanos que se llevan mal y que son rivales dentro y fuera de la pista cuando Ash y yo no podríamos estar más unidos de lo que lo estamos.

O sí. Tal vez sí, si uno de esos hermanos hubiese hecho las cosas bien.

«Pues empieza por aquí. Por confiar en alguien. En mí».

—No ha sido el amor, ha sido Cassie. La culpa es suya y solo suya. —Alza las cejas en repetidas ocasiones y me adelanta para pasar primero.

Voy detrás de él y lo empujo, entramos en el vestuario riendo. Kai, Evan, Ben, Caleb y Donahue nos miran sin entender cómo podemos estar sonriendo tras una derrota, y tienen razón, lo sé, pero en la vida hay diferentes formas de enfrentarse a las cosas que nos pasan.

—Lo hemos hecho bien, chicos —les explico dejando el casco sobre el banquillo que hay justo bajo mi taquilla—. El resultado no es el esperado, a ninguno nos agrada, lo sé, a mí tampoco. —Todos asienten observándome. La función del capitán no es solo la de ayudar al equipo, crear unidad, trabajar en conjunto y fomentar el compañerismo. Un capitán debe aceptar responsabilidades y trabajar para mejorar cuando las cosas se tuerzan como en este caso—. Un resultado no nos define como equipo. Una derrota tampoco lo hace. Todos nosotros —digo mientras los señalo uno por uno— nos hemos dejado el alma y la piel ahí fuera. Hemos peleado hasta el último segundo…

—Algunos de forma literal, ¿a que sí, capitán?

—Evan, esa bocaza tuya va a ser tu perdición —le suelta Donahue.

—Se lo merecía —insiste Evan.

—Por supuesto que sí —asevera Asher, que pasa por mi lado de nuevo hasta sentarse entre Kai y Caleb—. Ahora dejad que hable porque es nuestro capitán.

—Solo quería deciros —retomo la palabra y carraspeo, un poco abrumado por el respeto que todos y cada uno de ellos me profesan — que estoy muy orgulloso de todos y que pase lo que pase seguiremos luchando hasta el final. No hay nada perdido si confiamos en nosotros mismos. Y yo, chicos, confío en vosotros plenamente.

Cuando examino todas y cada una de las caras, me encuentro gestos de diversas índoles: algunos sonríen, otros tienen el ceño

fruncido y mi hermano está mirándose los calcetines como si hubiese encontrado en ellos el Santo Grial.

Lo primero que siento es el vello de la nuca erizárseme. Entonces caigo en la cuenta de que no estamos solos y también sé a ciencia cierta quién se encuentra tras nosotros.

No he expuesto de forma pública la falta de relación con mi padre, aunque varios medios de comunicación se han hecho eco de la noticia. Lo hemos dejado correr y no hemos emitido ningún comunicado de forma oficial. Donahue sí que sabe lo que sucede porque es mi entrenador, porque lo respeto y porque tiene que tener ciertos datos. Sobre todo, cuando dije que me marcharía.

—Mi hijo tiene razón, estoy orgulloso de todos y cada uno de vosotros porque sé que os habéis dejado la piel en la pista. Sobre todo, de Aaron —sentencia para rematar, porque no hay nada que le guste más a Prescott Maddox que lanzar la estocada final, y no precisamente una agradable o divertida, le encanta el espectáculo y lo saborea a conciencia. Como este instante en el que vuelve a menospreciar a Asher frente a todos.

—Yo estoy orgulloso de todos y cada uno de vosotros, sobre todo de mi hermano, que me defendió en esa pista porque eso es lo que siempre hace: dar la cara por los suyos. —Me giro y saboreo esa palabra final, la última—. Los que se lo merecen de verdad.

Kai sonríe con amplitud antes de darle un golpe en el hombro a Ash, que alza la vista y se lo devuelve.

No añado nada más, me limito a coger la bolsa con mis cosas e intentar escabullirme en dirección a las duchas porque no hay nada que necesite más que el agua caliente corriéndome por el cuerpo. O el agua fría que aplaque mi mal humor.

—Oye, Aaron… —La mano de mi padre me rodea la muñeca cuando paso por su lado como si no existiese—. ¿Podemos hablar un segundo?

Que Prescott pida, y no exija, ya es un avance, sin embargo…

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. No mientras sigas comportándote de la forma en que lo haces.

—Solo digo lo que pienso, tu hermano…

—¿Mi hermano? —lo pronuncio en voz alta, tan alta que muchos se dan la vuelta. Ash, por el contrario, no—. ¿Mi hermano? —insisto obviando el gesto contrariado de mi padre—. Mi hermano vale mil veces más que tú y, si tengo que elegir —añado y doy un par de pasos hacia atrás hasta situarme a su lado—, no vas a salir ganando.

Ash me rodea la mano, como cuando éramos unos renacuajos que no tenían ni idea de lo que les deparaba la vida, solo nos teníamos el uno al otro, él a mí y yo…, yo a una utopía de familia.

—Vamos —me apremia a salir de aquí.

Y lo sigo, porque, joder, eso es lo que haría toda mi vida: dar la cara por él. Y rectificar es de sabios.

CAPÍTULO 31

Las cartas sobre la mesa

Aaron



—¿Qué cojones ha sido eso?

Cruzamos la puerta de un local en Quebec poco después de las diez de la noche. Caleb cierra el paso tras nosotros, supongo que lo que ha sucedido en el vestuario ha hecho que ambos se preocupen por mí. Qué irónico, ¿verdad? Soy yo el que debería estar tenso por ellos y resulta que es al contrario.

—Tal vez deberías preguntarle el motivo por el que no responde a las llamadas de tu padre —suelta Caleb.

Le dedico una mirada reprobatoria justo antes de que se alce de hombros como si no le intimidase en absoluto. Es evidente que es justo eso lo que sucede.

—Gracias por guardarme el secreto, ¿no te has tropezado con tu propia lengua nunca?

Asher es el primero en tomar asiento en uno de esos sofás esquineros que tanto le gusta ocupar. Es inevitable que a mi cabeza regrese la noche en la que toqué por primera vez a Blue. Dios, la de cosas que quise hacerle allí mismo sin arrepentirme de ello…

—¿Me estás escuchando? —Caleb chasquea los dedos frente a mí atrayendo mi atención de nuevo.

—Es evidente que no —añade Asher, que se incorpora y se apoya sobre los codos.

A los ojos de cualquiera que pueda estar observándonos no somos más que tres amigos que quieren pasar un buen rato. Sin embargo,

aquí estamos, tres personas con sus propias mierdas sin saber cómo enfrentarse a todas ellas. Yo el primero.

—Estaba pensando…

—¿En Prescott? —se adelanta Caleb.

—En Blue —se aventura Ash, que me regala una sonrisita condescendiente de paso.

Sí, tengo la firme convicción de que es más que capaz de leerme la mente.

—¿Eso es cierto? —tantea Caleb, que, para sorpresa de nadie, sonríe aguardando mi negativa solo para meterse conmigo.

—No pienso negarlo —admito y no solo porque esos dos sean mis amigos, mi hermano y mi mejor amigo, una combinación tan imprudente como necesaria, sino porque es cierto y porque no tengo que esconder mis sentimientos.

—Cal, y no sabes lo mejor. —Me señala, y ya estoy abochornado sin saber siquiera lo que va a soltar por esa boca—. ¿Recuerdas la noche en la que fuimos a aquel antro del centro en el que nadie nos presta atención?

—Lo recuerdo porque yo no fui.

—Antes de nada…

—Pues aquí mi hermano le hizo un trabajito manual a Blue.

Caleb se muestra del todo sorprendido porque ha pillado el concepto de «trabajito manual».

—¿Y no me lo has contado? —Si ellos supiesen todo lo que me he reservado solo para mí—. Somos amigos, los mejores amigos…

—¿Estás utilizando el chantaje emocional como moneda de cambio?

—Por supuesto. —Admitirlo le honra.

—¿Y tú cómo te has enterado de eso? Espera… —Hago una pausa —. Cassie —afirmo, no pregunto.

Mi hermano asiente satisfecho y un tanto orgulloso porque haya dado en el clavo. No hay que ser un lumbreras para llegar a esa conclusión.

—El sábado pasado en casa de los Caldwell salieron de la cocina…

—No se te escapa una —contrataco.

—Sabía que ocurría algo, así que hice un par de preguntas, usé una venda, una cinta para atarle las manos…

—¿Seguimos hablando del trabajo manual de Aaron o hemos pasado a escenas «más dieciocho»? —lo increpa Caleb.

Me gusta que mi amigo esté de buen humor.

—Por favor. —Tira de sarcasmo—. Lo nuestro es para mayores de veintiuno —añade y, si la chulería fuese un pecado capital, mi hermano sería el rey del mismo—. Deja de interrumpirme, aquí el capitán está loco por ella y se le está yendo de las manos.

Y tanto que sí.

—Nos besamos —suelto sin andarme por las ramas.

Las reacciones son bastante normales. Yo esperaba algún jadeo de sorpresa, alguna mirada llena de malicia o, ¡yo qué sé!, una pancarta animándome, ¿y qué me encuentro? Sonrisas condescendientes y hasta un aplauso que atrae la atención de varias personas hacia nosotros.

—Por fin —suelta mi hermano, que decide hacer una cruz en la pared.

Saca el teléfono y lo veo teclear, me inclino solo para leer el mensaje como buen cotilla que soy. Por si no os lo veíais venir, le está contando a Cassie lo del beso y le ha pedido veinte pavos.

—¿Habéis apostado?

—Caleb, me debes otros veinte. —Y extiende la mano reclamando su premio.

Joder, sí que lo han hecho.

—Maldito seas.

—No se me escapa una —suelta.

—No me lo puedo creer.

—Cassie creía que lo haríais, solo que ella aseguró que sería en marzo, yo estaba convencido de que sería antes, y aquí estamos…

—¿Y tú? ¿Cuál es tu excusa? —increpo a Caleb, que silba fingiendo indiferencia.

—Yo pensaba que ibas a cagarte encima si esa chica se te acercaba a menos de un metro. Lo siento, eres demasiado tímido…

«Primera norma… Los chicos buenos las matamos callando».

Un escalofrío me recorre la columna al recordar esa noche y su sabor. Joder, es una delicia.

—¿Nos está ignorando de nuevo?

—Eso parece —asegura Caleb chasqueando los dedos frente a mí una vez más.

—No seáis gilipollas. No soy tan tímido —me defiendo—. Es solo que ella…

—Ella tiene lo que hay que tener para ponerte en tu lugar.

—No pienso contaros nada de eso, no intentéis jugar a ese juego de provocarme porque, lo creáis o no, ya estoy acostumbrado a que me lleven al límite —les explico—. Y dejad de reíros, joder, que parecéis unos cotillas de mucho cuidado. Tenemos temas más serios que tratar que…

—Lo mucho que le duelen los huevos a mi hermano —finaliza Asher por mí.

—Tan capullo como siempre —me defiendo de su ataque con otro ataque.

—Ese soy yo. —Hace una reverencia sentado y todo.

Apuesto a que las ensaya en su casa solo para fastidiarme.

—Vale, vale, ya está, ya nos hemos metido con él lo suficiente por hoy. Dejemos algo para cuando llegue a la primera base —esas palabras las ha pronunciado Caleb, pero las sonrisillas que se regalan mi hermano y mi amigo conseguirán que me tenga que tomar algo para el ardor de estómago.

Hay que ver cómo les gusta joder la marrana a estos dos.

—Tal vez sería buena idea tocar el segundo tema de la noche.

—¿Tu futura petición de matrimonio? —lo lanzo como una pregunta sin más a sabiendas de que mi hermano le está dando vueltas al asunto—. ¿Qué? Yo también puedo ir directo a la yugular.

«Primera norma… Los chicos buenos las matamos callando».

—¿Eso es cierto? —Asher guarda silencio ante la pregunta de Caleb, lo que en sí es una respuesta.

—Este no es el momento de pensar en esas cosas. Mejor hablemos de nuestro padre.

Nuestro padre, ¿es posible que esas dos palabras me provoquen urticaria?

—No hay mucho de lo que hablar —les cuento.

Llevamos poco más de diez minutos aquí sentados y es justo ahora cuando ha llegado la camarera con tres bebidas que no hemos pedido y con un plato de patatas fritas que tampoco estaba en nuestra mente devorar.

—Ah, vaya, gracias. —Caleb siendo Caleb, políticamente correcto salvo con nosotros.

La chica se despide dejando caer la bandeja de aluminio a su lado y ni siquiera nos mira en el proceso.

—Debemos de parecer unos cretinos si nos trata de esa forma —suelta mi hermano.

—O está hasta las narices de los tíos. —Porque son todos unos capullos, como diría nuestra pequeñaja. Y secundaría su madre, obvio.

—¿Y bien? —Cojo un puñado de patatas al punto de sal y me lo llevo a la boca para ganar un poco de tiempo.

—No hay mucho que decir —insisto una vez más.

—Háblale de la culpa —suelta Caleb.

¿De verdad este tío se considera mi amigo?

El rictus de mi hermano cambia y no solo eso, también lo hace su pose. Rígida, firme y para nada distendida.

—No me jodas, Aaron…

—¿Qué? ¿Ahora pretendes controlar mis emociones? ¿No puedo sentirme culpable por toda esta mierda? Porque, joder, por supuesto que lo hago. Claro que lo hago —expongo sin dejarme nada en el tintero.

Ya está bien de recular, de esconderse o de minimizar los efectos de algo. Las personas tendemos a encerrar bajo capas y capas de hielo eso que nos duele y que puede hacernos sentir vulnerables, y yo el primero. Y no quiero, porque la base de una relación es la sinceridad, y estas dos personas que hay frente a mí son mis pilares fundamentales. Pienso en Blue y en que ella, poco a poco y paso a paso, se ha convertido en algo más que una amiga, en lo mucho que me gusta hablar con ella y en esa relación sana que se ha establecido entre los dos.

—Aaron… —Mi hermano se coloca de lado y posa una mano sobre la mía. Cálida y reconfortante—. ¿Recuerdas todas esas veces en las que tú y yo nos sentábamos al pie de la cama a leer?, ¿todas las veces en las que lo hacías a través de la pared?, ¿o cuando no estabas presente, pero yo te sentía más cerca que nunca?

Por supuesto que lo recuerdo, cada maldito día de mi vida.

—Sí.

—Esos son los recuerdos que yo conservo de nosotros dos y esos son los que quiero guardar. Quiero meterme contigo, quiero burlarme de ti porque estás pillado por una chica de armas tomar, quiero saber que eres feliz y que sigues adelante porque, Aaron… —Alzo la vista hasta que nuestras miradas conectan y puede que estemos rodeados de muchas personas, quizá nuestro mejor amigo esté justo enfrente, sin embargo, no hay nada aquí, solo él y yo y esos niños que fuimos y esos adultos en los que nos convertimos—. Si seguimos dándole importancia a una persona que no la tiene, conseguiremos que siga jodiéndonos la vida. No hagamos eso, nos lo merecemos. Nos hemos ganado seguir adelante, juntos, como hermanos, como amigos, como un frente unido, y ya está bien de que Prescott dicte nuestros pasos. Solo nosotros tenemos derecho a darlos.

Aparto la vista visiblemente emocionado y no porque me dé vergüenza sentirme así, porque no puede importarme menos mostrarme tal y como soy, sino porque este…, este hombre es mi hermano y sigo sin saber cómo es posible que tenga la suerte de tenerlo conmigo.

—Joder, pues sí que te ha cambiado el amor —suelto la broma para destensar el ambiente.

Esa técnica la he aprendido de Blue, se cree que no me he dado cuenta de que, cada vez que la cosa se pone tensa o que las tornas giran y nos sitúan en posiciones peliagudas, rompe la tensión con una burla o una provocación.

Ash suelta una carcajada.

—Prométemelo.

Extiendo la mano y le aprieto el hombro.

—Te lo prometo.

Es probable que yo sea el hermano mayor, pero Ash me da cada día una lección de vida.

CAPÍTULO 32

Y solo tengo un número telefónico

Blue



Capitán Buenorro:

¿Estás en casa?

El teléfono me vibra dentro del pantalón vaquero y sonrío mientras me anudo las zapatillas de deporte. Mi turno ha acabado hace apenas cinco minutos, y Danielle y yo estamos terminando de recoger nuestras cosas para marcharnos a casa.

—¿Juniper se ha quedado con sus abuelos esta noche? —me pregunta mientras se reajusta la coleta alta que siempre lleva y que le da un aspecto de *femme fatale* que le sienta de lujo.

Danielle es mi compañera de cáterin, no siempre coincidimos, todo tengo que decirlo, pero es cierto que, cuando lo hacemos, nuestras noches son mucho más divertidas porque está loquísima. Es culpa suya que lleve un *piercing* en la nariz, fruto de una noche de rebeldía en la que nos quejamos de nuestra mierda de vida, nuestra mierda de sueldo y la mierda de tíos que conocemos. O que ella conoce, y yo paso por alto.

Hasta ahora.

—¿Qué? ¿Por qué me miras de esa forma?

—¿De qué forma?

—Es una mezcla entre la niña de *El exorcista*, Anabelle y los Teletubbies. —¿Veis a lo que me refiero?

—No es nada, Dani, es solo… —Sonrío y me doy cuenta por primera vez de que me siento bien conmigo misma, con lo que tengo, con lo que soy, con los que me rodean. Con Aaron en mi vida —. Es solo que me siento bien —suelto.

Una ceja de mi compañera de trabajo se alza, y eso me hace soltar una carcajada de lo más genuina porque no sé si está barajando la posibilidad de chocar los cinco y marcarse un baile a mi salud o llamar al psiquiátrico porque su amiga está delirando.

—¿Pues sabes qué? —No me deja siquiera responder, continúa hablando—. Que me alegra porque ya era hora, joder, que solo te pasan mierdas.

Y eso que no le he contado todas las novedades. Ni siquiera a Diddy, y no será por la cantidad de mensajes que tengo sin contestar de ella recriminándome lo mala amiga que soy por no haberla llamado para explicarle lo del beso.

Supongo que Aaron se ha ido de la lengua. Tampoco me molesta porque yo fui la primera en hacerlo. *Quid pro quo* lo llaman. O jodido karma, eso también.

Me acerco ya con las zapatillas anudadas y le doy un abrazo.

—Me voy a casa, Dani, estoy muerta de cansancio. ¿Tienes algún plan esta noche?

Mi compañera alza las cejas en repetidas ocasiones.

—He conocido a un tío y tengo algo en mente.

—¿Palomitas y peli?

—Vino y sexo —me corrige.

Escucho las carcajadas de Dani mientras sale primero. La coleta se le mueve al ritmo de las caderas, y me quedo allí plantada intentando pensar en cómo sería mi vida si Juniper no estuviese en ella.

No me malinterpretéis, ¿vale? No es esa clase de pensamiento en el que me arrepienta de haberla tenido, no hablo de eso. Me refiero a cómo sería mi vida si fuese una chica de veintinueve años sin una responsabilidad como la de criar a una niña y hacerlo sola.

Cuento con la ayuda de los Caldwell, que, ya veis, esta noche se han quedado con la pequeña para que yo pudiese cumplir con mi trabajo y ganarme un dinero extra que no me viene mal. Hay meses en los que voy un poco más desahogada, sin embargo, este mes, tras la conversación en el colegio, Juniper ha tenido que acudir al equipo multidisciplinar con el que trabajamos la dislexia. Por mucho que me sienta más tranquila, ese tipo de cosas tienen un coste. Uno

que estoy dispuesta a asumir, aunque solo pueda dormir dos horas al día.

Me subo en el coche cuando el reloj ya marca las tres de la madrugada, con suerte, hoy podré descansar cuatro horas. Tengo turno en la cafetería del estadio y me gustaría pasarme primero por casa de Carson y Maddie para ver a la niña antes de que vaya al colegio. Y llevarles galletas. Carson nunca me pide nada, pero veo la manera en la que me mira las manos para comprobar si llevo una bolsa de la pastelería Mollie cuando llego a primera hora. Es lo mínimo que puedo hacer por ellos con la cantidad de cosas que me dan.

Cuando cruzo el umbral de mi casa, dejo las llaves al lado de las de Aaron, colgadas en la pared.

Saco el teléfono al darme cuenta de que no he respondido a su mensaje.

> **Blue:**
>
> **Acabo de llegar a casa. ¿No deberías estar durmiendo? Son poco más de las seis de la mañana en Quebec.**

Lo envío y sonrío todavía apoyada en la puerta. Joder, Blue, ¿te das cuenta de que te estás convirtiendo en una de esas? Diddy se sentiría de lo más orgullosa si supiese que estoy suspirando por un tío y no uno cualquiera, nada más y nada menos que por Aaron Maddox.

«Estás deseando esto, ¿verdad?».

Aprieto las piernas para aliviar un poco ese latido que se me ha instalado entre ellas. Todavía lo siento, siento la presión de su cuerpo y la manera en la que se amoldaba al mío en aquella despensa. La manera en que me daba órdenes, en la que me chistaba o en la que me pedía que no hiciese ruido. Y, por encima de todo, la forma en la que me olvidé de que mi hija estaba a un par de pasos de nosotros y que podría habernos descubierto.

Sacudo la cabeza porque eso estuvo mal. Muy muy mal.

«Estuvo bien de cojones».

Me vibra el teléfono en la mano y todavía estoy ardiendo por culpa de esa clase de pensamientos.

Por un segundo me planteo que sean los padres de Cassie para contarme que ha sucedido algo, y el corazón se me desboca dentro del pecho. Hasta que compruebo que el número de teléfono que aparece en la pantalla es el de Aaron.

Respondo sin dudar y también lo hago a mi manera.

—Me echas tanto de menos que no puedes pegar ojo, ¿ehh?

—Solo te llamaba por si necesitabas que te cantase una nana, ya sabes… —La oferta queda en el aire como aquel día, no hace tanto, en el que le envié un mensaje y le dije que no podía dormir.

—Me estás ofreciendo un somnífero potente, no sé cómo voy a poder rechazar esa oferta —bromeo.

Doy un par de pasos hasta llegar al salón de casa. Dejo el bolso y me deshago de los zapatos. Cruzo la habitación y me cuelo en el lavabo con la intención de quitarme el maquillaje, peinarme y ponerme alguna de esas camisetas largas que tanto me gustan y tan cómodas me resultan para dormir.

Apuesto a que las de Aaron son mejores que las mías. Más grandes; más suaves, porque ya sabemos que a él le encanta comprar jabones caros y esas cosas, y, por encima de todo, olerán a él.

Sacudo la cabeza de nuevo. Debe de ser el sueño, eso es, por eso estoy tan atontada últimamente.

«Ya, claro, es probable que sea por eso, Blue. Di que sí».

—Yo lo tengo claro, de hecho, no rechazaría ninguna de mis ofertas —añade y ese tono pícaro con el que habla me eriza el vello.

—¿Estás haciéndome alguna propuesta indecente?, ¿es eso?

Responde riéndose y el sonido se cuela a través del teléfono. Activo el manos libres y me concentro en mi rutina.

—¿Por qué estás despierto? —le pregunto.

—Esta noche… —titubea y lo escucho inspirar con fuerza, como si necesitase de ese gesto para tomar impulso y arrancar—. ¿Un secreto tuyo por uno mío?

Suelto una risilla nasal porque, joder, cómo me gusta hablar con él.

«¿Solo hablar?».

—Por supuesto. Empiezas tú en lo que me cepillo los dientes.

—¿Un turno largo?

—No ha estado tan mal. —Sobre todo, porque me he pasado parte de la noche imaginando sus labios sobre los míos.

—Hoy ha venido Prescott al vestuario. Hizo de las suyas, ¿sabes? Volvió a menospreciar a mi hermano allí, frente a todos, una vez más halagando a uno de sus hijos y al otro…

—Joder —suelto tras escupir la pasta de dientes. Y que conste que lo he hecho porque casi salpico el cristal y no era plan—. No me lo puedo creer.

—¿Es que no ha aprendido nada? De verdad —suspira, y lo imagino retorciendo esos mechones de pelo entre esos dedos largos y rudos que tiene. Todo su cuerpo encaja a la perfección, desde sus manos hasta ese culazo que se gasta el maldito—. Pensé que lo había dejado claro, ahora lo que sé es que solo estaba intentando que las aguas se calmasen antes de volver a las andadas.

—Aaron —lo corto y me enjuago un poco más la boca. Permanece en silencio entendiendo lo que estoy haciendo—. Vale, ya. Aaron. —Me seco la boca y me dirijo a mi habitación todavía con el altavoz activado—. Hay personas que nunca van a cambiar, por más que quieras, por más que lo necesites, no lo van a hacer.

—¿Eso lo aprendiste en el colegio? —ironiza.

A pesar de ello, sé que es un comentario que no busca ser ofensivo, solo destensar el ambiente.

—Eso lo aprendí a base de hostias —añado lanzando la ropa en cualquier dirección.

Exhala de nuevo el aire y escucho pasos por su habitación.

—Tus padres…

—Exacto.

Y no solo ellos, pero no estoy preparada para enfrentarme a eso. No por Aaron, por mí misma. Por el dolor que todavía siento bien adentro cuando recuerdo esos momentos en los que escuchaba incluso cómo se me resquebrajaba el corazón.

—Qué putos gilipollas —añade lleno de furia. Cada letra, cada sílaba, va cargada de rabia.

—Aprendemos a vivir con esto, capitán. Solo tienes que saber con qué te quedas, a quién eliges. Puedes vivir pensando en lo que fue o tal vez puedes simplemente vivir —agrego.

Me tumbo en la cama.

—Yo…

—Pienso empezar a cobrarte por este tipo de consejos —le suelto y muevo las piernas sobre las sábanas para que se calienten.

—Añádelo a mi lista. Porque tengo una lista, ¿no?

—Por supuesto, y una muy larga —suelto una risilla malvada por mi comentario y por la intencionalidad del mismo—. La lista, quiero decir.

—Blue...

—Aunque si quieres contarme cómo de larga es tu lista…

—Eres demasiado traviesa.

—Pero te he hecho reír, ¿verdad?

—Siempre. Siempre consigues no solo hacerme reír, sino que me sienta…, que me sienta vivo.

Me quedo sin palabras ante esa confesión porque a mí me sucede lo mismo y una parte de mí me pide que se lo diga, que lo pronuncie en voz alta y que no tenga miedo a hacerlo. La otra parte, la que sabe que las normas protegen, me grita que marque distancia, que rompa la tensión con un comentario mordaz y que cierre cualquier puerta o ventana por la que este chico pueda estar colándose.

Y, creedme, se está colando.

—Ahora mi secreto. —Cambio de tema.

—Lo espero ansioso.

—Nada.

—¿Qué? —pregunta sin entender a lo que me refiero.

—Bajo la falda no llevaba nada.

Me regodeo en el jadeo que suelta Aaron y en lo mucho que me excita eso.

CAPÍTULO 33

Nada
Aaron



«Si adivinas lo que hay debajo, te dejo mirar».

Las palabras de Blue se cuelan por el auricular del teléfono y, no contentas con eso, se fijan en mi cabeza y me impiden seguir siendo una persona racional. Sí, ese es el efecto que Blue causa en mí. Es como abrir una ventana en mitad de un incendio: entra aire, pero también aviva las llamas. Me deja sin aliento y me recuerda que, por mucho que intente controlarlo todo, hay cosas o personas que nacieron para poner patas arriba todo a su paso.

—¿Te he dejado sin palabras, capitán? —tantea al otro lado.

Su tono de voz es pura provocación o quizá sea que se me han frito las neuronas al imaginar su cuerpo desnudo.

Desnudo frente a mí para que haga con él todo lo que quiera.

Y, creedme, he tenido mucho tiempo para pensar en lo que haría. En cómo lo haría. En lo indecente que serían todas esas cosas y lo mucho que disfrutaría de cada una de ellas.

—¿Y en este instante? ¿Qué llevas puesto en este momento?

El jadeo es leve, apenas imperceptible, sin embargo, estoy tan concentrado en ella que sí que lo escucho. Ese ruidito me acompañará cada noche de aquí en adelante.

—Una camiseta.

—¿Nada más?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Acaso vas a venir a quitármela? —suelta una risilla condescendiente. Condescendiente y malvada. Porque ambos sabemos que a ella le encanta este juego, le encanta

marcar el ritmo y dictar las normas—. No sé si lo sabes. —Escucho ruidos al otro lado—. Pero estás demasiado lejos. Y es una pena. Una verdadera lástima.

Sí, sí que lo es.

—Tienes razón. —Me la juego. Todo o nada. Ahora o nunca. Saltar o quedarme. Apostar o perder. Cruzar o huir—. Estoy lejos y, a su vez, no lo estoy.

—¿Qué…?

—Cierra los ojos —le pido sin titubear—. Es una orden —agrego sin vacilar. Hoy no.

—Capitán…

—Blue, no te lo estoy pidiendo por favor, no te estoy pidiendo permiso, te estoy diciendo lo que debes hacer, y tú simplemente lo haces.

Otro leve jadeo que me eriza el vello del cuerpo y es todo lo que necesito para entender que le gusta esto tanto como a mí.

—¿Aaron…?

—Segunda norma… Los chicos buenos no pedimos las cosas dos veces —la interrumpo para que entienda de lo que hablo, a lo que me refiero.

No estoy jugando, con ella nunca ha sido de esa forma y jamás lo será.

—Joder —gime al otro lado—. Vale, sí, lo he hecho. ¿Cómo no voy a hacerlo? —confiesa, y sus palabras me satisfacen más de lo que debería. Porque puede que ella sea una chica mala, pero, esta noche, esa chica va a obedecer cada maldita orden que yo le dé.

—¿Tienes el altavoz activado? —No pronuncia palabra alguna—. ¿Blue?

—Sí.

—Vale, necesito que te lo sitúes cerca de la oreja, quiero que escuches bien cada mandato que te dé y quiero que los lleves a cabo sin vacilar.

—Yo…

Chasqueo la lengua con desaprobación.

—Nada de «yo», Blue —acoto—, ahora estamos aquí, tú y yo, los dos. Llevas meses torturándome con esas frases, con esos

comentarios mordaces y esas provocaciones. ¿Quieres saber cómo de larga es esa lista?, ¿quieres saberlo de verdad?

—Joder. —Ahoga un improperio y no dejo siquiera que termine la frase.

—Muy muy larga —finalizo y rezo para que entienda mi doble intención. Porque, creedme, yo siempre he sabido interpretar las suyas.

Todo tiene un límite.

Todo.

Y el mío ha llegado a su fin.

—Necesito que te metas el dedo índice y el dedo corazón en la boca y los saborees. Como hice yo hace ya muchas noches en aquel bar cuando te toqué bajo la mesa, cuando estabas chorreando por mí. ¿Lo recuerdas? Porque yo no consigo quitarme esa imagen de la cabeza. Estoy deseando enterrar la cara en ese coño y saborearlo como me gustaría. Como te gustaría a ti también.

La sola imagen de ese día sí que me ha perseguido en sueños. Soy incapaz de borrar sus gestos, la forma de su boca, el tacto de su piel, el sabor de su excitación.

—Aaron…

—¿A ti también te gustaría? Apuesto a que sueñas con eso. Con mi cara entre tus piernas mientras deslizo los dedos en tu interior y bombeo con ellos. ¿Con qué más sueñas, Blue? —Otro jadeo.

Tengo la polla tan dura que siento el dolor punzante en mi entrepierna. No, esta noche no. Ahora soy todo suyo.

Todo de ella.

Siempre de ella.

—Contigo —sentencia y por un segundo me planteo que lo dice de veras, que su respuesta no es fruto de la excitación, de que un chico esté intentando hacer que se corra a través de la línea del teléfono, que ella me desea de la misma forma y con la misma intensidad que yo a ella.

No más. No menos. Igual.

Chasqueo la lengua y me presiono la polla contra el pantalón de chándal.

—Eres una chica muy muy mala, Blue Langley —añado sonriendo —. Y ahora esa chica va a lamer esos dedos como si fuesen mi polla, va a llevarlos a su coñito y se va a penetrar pensando que son mis dedos los que lo hacen, que es mi boca la que está esperando, que son mis ojos los que te están devorando con ansia.

Escucho los movimientos al otro lado y sé que está siguiendo al pie de la letra cada orden que le he dado. El gemido que suelta me confirma mis palabras.

—¿Estás mojada? ¿Estás mojada por mí? —Silencio, eso es todo lo que obtengo al otro lado—. Responde, Blue, o pararé.

—Sí, joder, sí. Mucho. Muy mojada. Y muy frustrada porque necesito mucho más que dos dedos. Porque te necesito a ti aquí.

Sus palabras me alientan, me dan aire, me dan vida. Porque ella me necesita, sea como sea, me necesita. En este instante. Y me tiene. Me tiene siempre.

—Lo sé, Blue. Lo sé. Porque yo siento eso mismo.

—¿Tú también estás cachondo?

—Llevo meses estándolo. —Hago una pausa y la saboreo—. Por tu culpa.

—¿También tienes una lista muy larga?

—Enorme.

Suelta una risilla al otro lado y me descubro sonriendo yo también.

—Tendrás que enseñármela alguna vez.

Joder, desde que llegue.

—Por supuesto que sí.

Suelta el aire que estaba conteniendo. ¿Acaso pensaba que iba a negarme? Por favor, ¿es que no se ha dado cuenta de que me pondría de rodillas por ella?, ¿que aceptaría lo que me diese sea lo que sea?

—Y, ahora, sigue metiendo esos dedos dentro del coño y con la otra mano pellízcate un pezón.

—Mmmm.

—Eres muy sensible, ¿verdad? Me pregunto qué harás cuando sean mis dientes los que retuerzan ese pezón en mi boca y cuando sea mi polla la que te llene.

—Aaron —suplica—, no pares.

—Oh, créeme, cariño, no pienso hacerlo.

Percibo la forma en la que su respiración se acelera, la manera en la que su cuerpo se mueve y en cómo ese sonido se cuela por el aparato. Blue está disfrutando esto, lo está haciendo, y eso me produce cierta satisfacción. No porque sea yo el que lo provoque, que también. A ver, perdonadme, pero, si la chica por la que estás loco se masturba siguiendo tus órdenes…, ¿crees que es posible que eso no te dé un subidón de adrenalina? Joder, es evidente. Sin embargo, más allá de eso, del chute de endorfinas, de la euforia, soy yo el que le está proporcionando ese placer porque quiero que entienda que, para mí, esto no va de ser egoísta, va de hacer cosas por ella porque se merece que la cuiden, que la protejan y también que le den placer. Porque Blue da, da y da, y no recibe. Pues ya es hora de que alguien le otorgue su lugar y, si ese cabrón con suerte puedo serlo yo…, ¿por qué iba a negarme? Ni de coña lo haría.

—Aaron —ruega.

La polla me palpita dentro del pantalón y me la recoloco.

—Mete esos dedos en tu boca, Blue, y dime a qué saben. Dime cómo saben y dame toda la envidia del mundo cuando lo hagas.

Protesta cuando saca los dedos de su interior y sigue mi mandato.

—Es… dulce, almizclado y salado.

—Es una puta delicia —finalizo por ella—. Bien, ahora, cariño, ahora lleva esas manos hasta ese precioso coño y quiero que te toques. Esta vez quiero que alternes tus dedos, quiero que te penetres con uno y que te toques el clítoris con otro.

—No… No puedo. No puedo, Aaron.

—Por supuesto que puedes —la animo—, eres la maldita Blue Langley, la chica más increíble que conozco. ¿Un secreto por otro secreto? —le pregunto.

—Vale —gimotea.

—No hay nada que esa chica no pueda hacer. Todo lo que se propone, todo, lo consigue. Y eso me la pone durísima.

—¿Cómo de dura? —Miro hacia abajo, hacia donde se encuentra mi erección firme, enhiesta, esperando un poco de atención. Insatisfecha por el momento.

—Muy dura, por tu culpa.

Suelta otro pequeño quejido, y se me eriza el vello de la nuca. Empiezo a arrepentirme de no haber esperado a regresar.

—Estoy… Estoy…

—¿Te gusta esto, Blue? ¿Te gusta tocarte siguiendo mis órdenes?

—¡Sí! —grita—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —finaliza y su tono cada vez es más y más agudo.

—Mi nombre, Blue. Tienes que gritar mi nombre. Cuando te corras. Esa es mi norma, esa es mi orden, y tú la vas a seguir porque…

—Porque los chicos buenos no repiten las cosas dos veces —finaliza leyendo mis pensamientos.

Esa es mi chica, joder. Esta es mi reina.

Asiento satisfecho, aunque ella no pueda verme.

—Fóllate con esos dedos como si fuesen mi polla, Blue.

—Necesito…

—Más rápido. Más rápido. Más rápido —le exijo.

Y ella toma. Toma y toma. Acata y acata y, cuando mi nombre sale de entre sus labios, os prometo que algo en mi interior se retuerce, se prende, se enciende y lo quema todo.

—¡Aaron! —Una y otra y otra vez.

Mi puñetero nombre y el de nadie más. Como quiero que sea siempre.

Su risilla me trae de vuelta al presente y una vez más me arrepiento de la distancia que hay entre los dos. De las ganas que siento de recorrer su piel con mis labios, besar sus mejillas, su frente, el cuello, su boca y explicarle lo maravillosa que es. Lo bien que me hace sentir. Lo mucho que…

—¿Sabes? —rumia al otro lado trayéndome de regreso al presente.

—¿Qué?

—Sigo pensando que eres un buen chico —añade y se le nota la somnolencia, el cansancio, y me imagino su cuerpo laxo y satisfecho sobre la cama. Y me imagino ese mismo cuerpo laxo y satisfecho en la mía. En mi casa, en mi habitación, solo para mí—. Y también tengo que rectificar porque estaba segura de que corromper al chico bueno era divertido, sin embargo, ¿sabes qué? —repite.

Me aprieto la polla dentro del pantalón y me dejo caer en la cama. Orgulloso por ella y por esta conversación. Por todos los pequeños pasos que damos día a día.

—¿Qué?

—Que es mucho mejor que el chico bueno corrompa a la chica mala. —Suelto una sonora carcajada, y ella me interrumpe sin dejar que intervenga—. Tercera norma…, puede que tú seas el capitán, pero yo sigo siendo la que define el juego.

Ella no lo sabe, y tampoco pienso corregirla, eso sí, ese juego del que habla solo acaba de empezar.

CAPÍTULO 34

Reunión de pastoras
Blue



Me he tomado un merecido descanso porque…, bueno, ¿tiene que haber algún motivo de peso para compartir un café con tus amigas en la cafetería en la que trabajas? Supongo que, si tu jefa está presente, no haces pellas, es terapia grupal. Y de eso necesito y mucho después de lo sucedido anoche.

Sí, sí, lo sucedido anoche, ya sabéis de lo que hablo.

—¿Estás prestando atención? —me pregunta Diddy mientras chasquea los dedos frente a mis ojos.

Últimamente no le presto atención a nada.

—No.

—Vaya —suelta mi amiga llena de condescendencia—, al menos eres honesta. —Me señala con el pulgar—. ¿Y tú? Dime que al menos tú sí me escuchabas, Sloane —añade.

Mi jefa, amiga, novia de pega de Xavier y nueva discípula en este aquelarre tiene el teléfono entre los dedos y teclea sin parar.

—Me temo que no —respondo por ella.

Cassie pone los ojos en blanco y se coloca las manos en la cintura como hace siempre, hasta sentada impone.

—¿Se puede saber con quién se está mandando mensajes? —Me alzo de hombros para que entienda que no tengo ni la más remota idea—. ¿Para esto he venido en mi día libre?, ¿para estar con dos chicas que no me prestan atención y que están ensimismadas?

—¡Oye! —me quejo—. Que ya estoy de vuelta.

Me pellizca el costado, y me remuevo en el asiento dando un par de manotazos para quitármela de encima.

—¿Decíais? —El tono suave y almibarado de Sloane nos hace sonreír. Sobre todo a mí, porque me encanta que seamos tres.

Apuesto a que, si Dani no tuviese una larga lista de conquistas y una agenda apretada en la que tiene que cuadrar todo para que esos tíos no se enteren de que ella sale con otros tíos —porque su lema en la vida es no poner todos los huevos en la misma cesta, y apuesto también a que lo de los huevos no es un eufemismo, sino una realidad como un templo—, estaría de lo más contenta con formar parte de este grupo y convertirnos, por fin, en un cuarteto. Siempre he querido hacer un cuarteto… Es coña.

—Diddy está ofendida porque no le hacemos caso, y yo estoy ofendida porque no sé con quién te mensajeas.

—No le cuentes nada —advierte mi mejor amiga como si tal cosa —. Porque esta chica, aquí donde la ves, quiere que seamos un libro abierto para ella y luego —añado y presiona los labios simulando que cierra su bocaza con una pinza de la ropa— se guarda todo para ella —me acusa.

Y, dicho sea de paso, hace bien en dar esas recomendaciones. Entendamos que aprendí de la mejor, es decir, de ella misma porque solo me he limitado a seguir sus pasos a pesar de que aseguré que se lo contaría todo…

—Eso no es verdad. No hay mucho que contar. Solo…

—¿Solo? —interrumpe Sloane.

Estas dos van a formar un dúo unido. Contra mí, permitidme el matiz tan necesario.

—Hubo una llamada telefónica anoche de lo más interesante.

—¿No tenías que trabajar? ¿Hiciste pellas allí también?

Me señalo, insultada, y, de paso, apunto en dirección a la cafetería del Truenorth Ice Dome, que debéis saber que está vacía. Los chicos siguen de viaje, regresan esta tarde y, aunque yo tengo turno en el Tide&Toast, me muero de ganas de irme a casa para…, para ponerme el pijama, sí, eso es. No pensemos en otro tipo de cosas. Sobre todo, nada de pensar en quitarme las prendas.

—Después de salir, Diddy. Y debes saber que no me estoy escaqueando, no lo hago si tu jefa está de cuerpo presente —recalco

y ratifico—. Además, ¿en qué momento os habéis hecho tan íntimas?, ¿me lo podéis explicar?

—En ese en el que mi hermano y ella… —Diddy alza las cejas, y eso, chicas, eso es lenguaje universal. No es necesario que acabe esa frase siquiera.

Sloane nos tiende el teléfono ignorando por completo las insinuaciones de mi mejor amiga y nos muestra una enorme lista de mensajes con Xavier y, cuando digo enorme, hablo de veras, no es ese jueguecito —que tanto me encanta— que nos traíamos Aaron y yo anoche. Ahí hay tantos mensajes que no me salen los cálculos. Me faltan horas.

—¿Habéis dormido siquiera?

Sloane frunce el ceño y no sé interpretar esa respuesta.

—Un poco. Me cae bien. Es cariñoso y atento.

—¿Cariñoso y atento? —responde mi mejor amiga.

Agradezco que se haya adelantado porque yo iba a responder de la misma forma, solo que mi tono hubiese estado lleno de estupefacción.

Parece ser que ese es mi estado últimamente porque cada cosa nueva que descubro me deja en *shock*, es decir, ¿cómo iba yo a imaginar que el capitán de los Wild Warriors, ese chico tímido que se ruboriza con cada provocación, iba a tener ese piquito de oro?

Sloane responde con un asentimiento y a ver quién le lleva la contraria.

—Me escribe varias veces al día para preguntarme cómo estoy, si he tenido noticias de Richard o si necesito algo. —Cassie y yo intercambiamos un par de miradas y, poco a poco, a mi amiga se le forma una sonrisilla en los labios, y eso, chicas, también tiene nombre y apellidos. Y corona, porque estoy convencida de que esta chica que tengo sentada al lado y que conozco desde hace mucho mucho tiempo, ya está maquinando algo como la reina de la fiesta que es.

—¿Y si te vienes a cenar este sábado a nuestra casa? —¿Maquinando?, ¿he dicho maquinando?, porque en realidad quería decir proponiendo…

Le doy un pequeño codazo a Diddy porque…

—Auuu —se queja. ¿Esa norma de interpretar los gestos y que queden entre dos personas y no entre tres? Sí, Cassie faltó a clase ese día—. ¿Por qué me golpeas? —Por si no quedaba lo suficientemente claro, añade esto.

—A ver. —Extiendo las manos y las poso sobre la mesa—. Seamos serias, chicas. Lo de Xavier es un señuelo para que Richard la deje en paz —aclaro. Por los gestos que encuentro en las caras de las aquí presentes, parece que ninguna de las dos piensa como yo—. Porque es eso, ¿verdad?

En esta ocasión, mi mirada se clava en la de mi jefa solo para comprobar que es así.

Sloane tarda en responder, aunque al final lo hace.

—Claro que sí. —Nos regala una sonrisa tan amplia que me temo que sea falsa.

A ver, no la conozco tanto como para llegar a interpretar cuándo miente y cuándo no, pero digamos que he visto muchos tipos de sonrisas a lo largo de mi vida y sé distinguir una genuina de una que no lo es.

—Me parece bien —señala Diddy—. A pesar de ello, me caes bien, puedes ser una buena amiga y quiero invitarte a cenar a casa de mis padres este sábado. Además, tenemos comida, mucha comida, y nos viene bien una boca más. Porque mis padres cocinan demasiado y porque nos gusta tener invitados, y tú eres una invitada. Nuestra invitada.

Es hora de que os interprete la escena para que nos entendamos. Lo ha soltado de carrerilla, tan de carrerilla que bien podría ser una única frase sin puntos, comas ni aire en los pulmones.

—Y podremos reírnos de Blue y de las miraditas que le lanza a Aaron. Se lo quiere comer, solo que le da pánico hacerlo porque cree que todos los tíos son unos capullos. —Aquí sí que ha cogido aire y sí que lo ha explicado con suavidad, con tanta que se le ha olvidado la sutileza y que yo estoy de cuerpo presente.

—Aaron no es un capullo. —Porque no lo es.

Diddy se lleva la mano al pecho y, de nuevo, a mi mente acude la palabra estupefacción. Dejémoslo ahí.

—¿Qué? ¿Por qué me miras de esa forma? ¿Y por qué sonríes de esa forma?

—No pasa nada, Blue, de verdad, no pasa nada.

Sí, sí que pasa, solo que ya cruzaremos ese puente cuando llegue el momento. De nada sirve anticiparse porque no ha sucedido nada que haga que me cague encima. Para eso tengo mis normas, para que ese tipo de cosas no sucedan, porque ya sabemos que las normas protegen. ¿Cómo de claro lo he ido dejando? Pues eso.

—Vale. Entonces, y recapitulando —interviene Sloane—, tú sales con Asher y aquí a la del pelo negro azulado le pone que te cagas el hermano bueno.

—Y con culazo —intervengo y matizo porque es un dato importante a tener en cuenta—. Puedo enviaros una foto.

Cassie pone los ojos en blanco, y Sloane sonríe presuntuosa.

—Me parece bien.

Sonrío, sin embargo, no pienso hacer tal cosa. Porque ese culazo es solo mío. Nada de hablar de esta clase de pensamientos, ¿vale? Dejémoslo ahí.

—Y tú solo eres nuestra invitada este sábado. En mi casa. Porque las amigas hacen este tipo de cosas.

Sloane asiente convencida.

—Vale —concluye.

—¡Sloane!

No reconozco la voz, pero sí que sé que el que llama y nos arrebata la compañía de nuestra amiga es alguien que forma parte de la junta directiva del equipo.

—Vuelvo dentro de un rato —se disculpa antes de levantarse, colocarse bien el pelo, estirarse esa chaqueta de chica de oficina y marcharse sin más.

Y ha llegado mi ocasión.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —tanteo.

Cassie no responde, solo se lleva la uña del dedo índice a la boca, baja la mirada y saca el teléfono.

—¿Mamá? Sí, este sábado —dice y tras una pausa continúa—, viene una amiga a cenar. —Pausa—. No, claro que no, no es ficticia.

—Pausa—. Tampoco es vegana. —Diddy suspira—. No, mamá, está soltera y creo que te va a encantar.

Me guiña un ojo cuando sale de la cafetería.

Sí, se supone que soy yo la que busca los líos y la que se mete en ellos y, ya veis, ahí está mi amiga, la recatada y la lianta. ¿Quién tiene la fama y quién carda la lana?

Y sí, es otra de mis frases que en este instante nos viene que ni pintada.

CAPÍTULO 35

ChatPTG
Blue



Cassie:

Este sábado tenemos una invitada a la cena de los sábados. Noah, pórtate bien.

—Thomas, ¿más café?

Niega y es entonces cuando saco el teléfono para responder al mensaje que leí hace unos minutos, solo que, en esta ocasión, parece que se han ido animando y, por ende, se me acumula la faena lectora.

Noah:

¿Por qué ese tipo de indicaciones siempre van dirigidas en exclusiva a mi persona?

Xavier:

Porque todos los presentes sabemos que eres el gilipollas de la familia.

Cassie:

Xavier, ¿dónde quedaron los modales?

Xavier:

¿Prefieres tener a un hermano mentiroso? Porque en ese caso…

Xavier:

Porque todos los presentes sabemos que eres el alma de la fiesta, el inigualable Noah Caldwell, el que nunca mete la pata ni es cotilla ni cuenta

secretos y, por supuesto, el más guapo de los tres.

Xavier:

¿Contenta, Cassie?

Suelto una carcajada porque, de verdad, ¿es este el chico atento y cariñoso del que habla Sloane? Porque aquí lo que veo es ironía y sarcasmo por un tubo.

Noah:

¿Y por qué insinúas que eso es mentira? Yo solo veo verdades como puños.

Xavier:

¿Puedo rectificar y regresar al primer mensaje y extenderlo un pelín más?

Cassie:

No.

Cassie:

El sábado tenemos visita. Portaos bien. Noah, nada de tonterías. Xavier, tú puedes ser tú mismo.

Noah:

Cuando te refieres a que puede ser él mismo, ¿quieres decir que mejor lo cambiamos por un muñeco porque mi hermano no sabe comportarse?

Xavier:

¿Alguien puede explicarme qué ha visto Gillian en él? Sin ironías, por favor.

Noah:

Mi inigualable sentido del humor, ese del que tú careces.

Noah:

Y mi pene. Eso también.

Suelto otra carcajada porque…, en serio, no sabía lo que era una familia atípica hasta que los conocí a ellos y ahí todo cambió. No solo porque se han convertido en mi pilar fundamental, porque me han apoyado cuando me he venido abajo y me han ofrecido su ayuda sin pedir nada a cambio, sino porque son divertidos, espontáneos, gruñones… Hay de todo un poco, sí, pero ¿sabéis lo mejor? Que son leales hasta la muerte. Cualidades que, visto lo visto, no son tan fáciles de encontrar.

Nada fáciles de encontrar.

Blue:

He llegado en el mejor momento de la conversación, por lo que veo.

Noah:

¿Me precede mi reputación? Blue, como la tuya con la cocina. Hemos hecho *match*.

Blue:

Si quieres saber si Gillian ha colgado pancartas en el Tide&Toast hablando de tus partes íntimas, siento decirte que no es el caso.

Noah:

Estoy haciendo un puchero enorme.

Xavier:

Tal vez no quiera dejarte en vergüenza delante de todos los que vayan a desayunar allí.

Xavier:

O quizá no quieran cortes de digestiones y hojas de reclamaciones.

Cassie:

¿Podemos retomar ya el tema que nos atañe o vamos a seguir hablando de las partes íntimas de mis hermanos?

Noah:

Podemos hablar de las partes íntimas si esas partes íntimas son como misiles.

Xavier ha abandonado el grupo.

Cassie:

¿Ya estás contento?

Noah:

Muy muy contento.

Blue:

¿Sabes si los chicos ya han aterrizado en Vancouver?

Noah:

Uuhhhh. ¿Han sido los misiles los que te han recordado a alguien?

Blue:

¿De verdad quieres que responda a eso?

Noah ha agregado a Xavier al grupo.

Noah:

Claro que quiero respuestas. Todos los presentes las queremos. ¿Ha llegado la hora de hablar de esas miraditas que se traen Aaron y tú en las cenas? Porque llevamos meses dándonos cuenta de que algo sucede.

Xavier:

Esto sí que me interesa.

Cassie:

A mí también me interesa.

Blue:

Panda de cotillas.

Noah:

¡No lo ha negado!

Xavier:

Apuesto a que se han enrollado.

Noah:

Veinte dólares a que ya se han acostado.

Cassie:

Ya hicimos esas apuestas.

Blue:

¿Hicimos?

Cassie:

Ash y yo.

Blue:

¿Tú y yo seguimos siendo amigas?

Cassie:

¿Recuerdas las fotos de los huevecitos que me enviaste hace unos meses?

Blue:

No sabía que eras tan rencorosa.

Noah:

¿Qué huevecitos?

Salgo de la conversación y hago una búsqueda exhaustiva de mi arte en la galería hasta dar con ella y adjuntarla.

Blue:

¡Tachán!

Xavier ha abandonado el grupo.

Noah:

JAJAJAJAJAJAJAJAAJAJAJAJA

Noah:

Mi hermano se siente representado.

Cassie:

Esa foto, sí.

Cassie:

Qué asco, Noah.

Noah:

Necesito contexto.

Cassie:

No necesitas nada.

Cassie ha añadido a Xavier al grupo.

Xavier:

No estoy preparado para este tipo de cosas.

Noah:

¿Y las apuestas?

Blue:

Voy a matarte.

Cassie:

Ha ganado Ash.

Xavier:

¿Se han liado?

Noah:

…

Cassie:

…

Xavier:

…

Blue ha abandonado el grupo.

Me carcajeo porque me imagino las caras de asombro que tienen que estar poniendo. Le sirvo más café a Thomas y aguardo a que se monte la Tercera Guerra Mundial en ese grupo. Me encanta prender la llama y huir antes de que explote.

Cassie ha añadido a Blue al grupo.

Noah:

Vale. Lo hemos pillado. ¿Quién viene a cenar este sábado a casa?

Blue:

…

Xavier:

…

Cassie:

Sloane.

Y añade muchos *emojis* de caras sonrientes. Yo, por el contrario, me encargo de añadir las caritas malvadas, porque sí, eso se me da de lujo.

Xavier:

¿Hablas en serio?

Noah:

Me falta contexto.

Ash:

Veinte pavos a que Xavier y Sloane se enrollan antes de acabar la temporada.

Blue:

Antes de acabar el año.

Noah:

Antes de mañana.

Cassie:

Antes del sábado.

Xavier ha abandonado el grupo.

Noah:

JAJAJAJAJAJA.

Blue:

¿Quién ha añadido a Ash a este grupo?

Ash:

No es necesario que me inviten, ya sabes que yo soy el rey allá por donde paso.

Cassie:

Ya ha llegado y parece que sigue igual de listillo que siempre.

Ash:

Te espero en casa. Desnuda.

Noah ha abandonado el grupo.

Ash:

Blue, ¿qué hiciste anoche con mi hermano?

Cassie:

Hubo una llamada…

Blue ha abandonado el grupo.

Llamada entrante de Asher Maddox. La envío al buzón y me descubro observando todo a mi alrededor por si hay alguien que esté dándose cuenta de mi sonrojo. Y, joder, yo nunca me sonrojo.

Ash:

Eres una chica mala y me gusta que mi hermano esté loco por ti.

Blue:

Cállate, listillo.

Ash:

Está en su casa.

Blue:

Nadie te ha pedido esa información.

Ash:

Desnudo.

Blue ha bloqueado a Asher Maddox.

CAPÍTULO 36

No pienso disculparme
Blue



De la misma forma en la que escaquearte del trabajo no significa eso si está tu jefa presente, colarte en la casa de tu vecino no implica allanamiento de morada si tienes la llave. Una llave que él mismo te ha entregado, ¿no? Así que sí, como podéis intuir —y exculpadme de todo cargo que se presente contra mi persona si se diese el caso—, la puerta que estoy cruzando en este instante no es la de mi casa, sino la de la suya.

Nada tiene que ver con el mensaje de Ash, porque todos los presentes que ya lo conocemos entendemos que no hay nada que le guste más al polémico jugador de los Wild Warriors que liarla allá por donde pasa. Si me preguntáis, yo que me informo de los cotilleos y que estoy al tanto de las noticias, no tengo del todo claro qué se le da mejor, si el *hockey* o meterse en problemas.

—¿Aaron? —pregunto mientras me adentro en la estancia.

Hago un pequeño barrido por el salón en busca de algún indicio de que ya haya llegado. No encuentro ninguna mochila en el suelo, dato que no me sorprende, dado lo organizado y meticuloso que es este chico. Tampoco hay prendas desperdigadas, zapatillas a las que le falta su par o calcetines apestosos y sudados, cosa que es evidente que agradezco. Porque una cosa es el desorden y otra ser un marrano.

—¿Aaron? —repito.

Al menos tendré la conciencia bien tranquila porque me he colado, pero he sido educada al llamarlo dos veces antes de continuar avanzando.

La luz del pasillo sí que está encendida y hace dos días, cuando subí antes de dormir para comprobar que todo estaba en orden, me aseguré de dejar cada cosa en su lugar y no solo eso, sino las luces apagadas.

Continúo caminando hasta colarme en su habitación. Una pequeña mochila descansa a los pies de la cama, alineada a la perfección con un par de deportivas blancas, un pantalón de chándal gris y una sudadera con capucha del mismo tono. Pongo los ojos en blanco porque este chico…, este chico es un caso aparte.

No me disculparé por pasar los dedos por encima de las prendas y tampoco por sujetar una de ellas entre las manos y aspirar su olor. Ya sé lo que pensáis, ya sé que es un poco de obsesa que haga este tipo de cosas y, por encima de todo, de estar un poco demasiado pirada que cierre los ojos al hacerlo. Porque es justo lo que sucede.

Huele a él y me resulta extraño que algo tan sencillo como su aroma me haga sonreír de esa forma tan genuina.

Cuando Juniper nació, hacía este tipo de chorradas. Me veía cada noche entrando en esa habitación que compartíamos, porque no había dinero para un espacio mayor, y repasaba por activa y por pasiva cada detalle. Los dedos, que siguiesen siendo diez. La nariz, que tuviese el mismo tono sonrosado que me garantizaba que estaba calentita. La respiración pausada, que indicaba que todo estaba en calma, y su olor, ese que me recordaba que ella siempre sería mi hogar.

Aparto ese pensamiento de la cabeza y me centro en los sonidos que me rodean, en el agua que cae de la ducha y en el demonio que toma asiento en primera fila y que me susurra que me acerque a la puerta y observe solo un segundo. Un poco, porque no puede ser malo hacerlo, ¿no? Si fuese de esa manera, ¿por qué la habría dejado entreabierta? ¿Cuela? En mi opinión, son argumentos de peso, y mi opinión importa y mucho, al menos, a mí, claro está.

Así que eso es justo lo que hago: acercarme a la pequeña rendija y echar un vistazo al interior del baño.

Aaron está apoyado en la pared de la ducha y el agua le corre por la espalda a su antojo. «Quién fuese agua, joder». Uno de sus fuertes brazos descansa sobre el azulejo blanco que tiene enfrente y

ese antebrazo en el que no me he fijado nunca —ojos en blanco aquí, por favor y gracias— está tenso. Demasiado tenso. Y la joya de la corona es ese culo, justo ese con el que siempre bromeo y, para sorpresa de nadie, se presenta firme, redondo y del todo *mordisqueable*.

Ñam. Ñam.

Emito un gemido cuando me percato del motivo de la rigidez de su cuerpo. Con la otra mano está sujetándose la polla y no conforme con eso, la está moviendo entre los dedos.

Supongo que yo solita me he delatado porque mueve la cabeza en mi dirección y su mirada brillante y ardiente se clava en mi cara y… sonríe cuando me encuentra al otro lado. Presuntuoso, altanero y arrogante.

Empujo la puerta con decisión porque nunca he sido de las que les temen a los retos, tampoco de las que salen huyendo. Siempre me he enfrentado a las situaciones, sobre todo, si esas situaciones son tan deliciosas como esta en particular.

El pelo mojado de Aaron se le desliza por la frente, los mechones son tan irreverentes como la imagen que se presenta frente a mis ojos y es más que evidente que me lo como con la mirada. Solo una idiota dejaría pasar esa oportunidad.

«Desnudo». Pues sí que tenía razón.

Siempre he tenido claro que Aaron tiene un cuerpo de infarto. A ver, es un deportista increíble, entrena siete días a la semana, cuida su alimentación y nunca jamás se excede, es recto y minucioso en cada aspecto de su vida y frente a mis ojos tengo el resultado de ese esfuerzo constante, de ese trabajo, de su dieta equilibrada y quizá, si su familia me cayese bien, añadiría un extra por su herencia genética. Sin embargo, en el fondo sé…, sé que no es cosa del apellido Maddox, sino del nombre Aaron.

Lo que quiero decir es que tiene un cuerpo de escándalo y está a la altura de su polla.

—Perdona —me disculpo y evalúo si sería buena idea dar un paso atrás y huir o seguir admirando las vistas.

Me empapo de la imagen. Del capullo redondo y liso, de la polla larga y firme, del grueso y apetecible tronco.

—¿Estás segura? —pregunta a su vez.

Su mano sigue sujetándose el miembro y es imposible que una chica mala como yo aparte la mirada de ahí.

—No, no lo siento en absoluto —respondo sin un ápice de dudas. Porque es la realidad y porque con Aaron nunca he mostrado nada que no sea yo, mis pensamientos y mis sentimientos—. La puerta estaba abierta —añado como información a tener en cuenta.

—Y has considerado oportuno colarte.

—Lo he considerado de primera necesidad.

—Tengo la cara aquí arriba —me recuerda.

Un dato muy pertinente que nadie le ha pedido.

—Lo sé. Tampoco lo siento por eso —replico.

Aaron suelta una sonora carcajada y es lo único que hace que aparte la vista de lo gorda que la tiene y sus ojos y los míos se encuentren.

—Acércate —me pide.

Una orden. Un mandato. Una exigencia. Como la otra noche.

La mano le sube y baja por el tronco de la polla y con cada paso que doy me recuerdo que no me está pidiendo que intervenga, que me abalance sobre él, a pesar de que todo en mí me pide que lo haga.

—Ambos sabemos que querías echar un vistazo, ¿verdad? Pues entonces habrá que echar un vistazo como Dios manda —murmura.

La provocación con la que lo suelta me eriza el vello.

Y me excita.

La mano sube y baja. Sube y baja. Sube y baja. Y ahora entiendo que esa lista que me decía, esa con la que bromeábamos y que yo sabía que iba con doble intención por su parte y la mía, era larga. Lo que no me imaginaba es que lo fuese tanto.

—Vaya —susurro y me planto justo enfrente. Algunas gotas de agua me salpican y es una sensación deliciosa que me alivia el calor que siento en este instante. Un calor que provoca él y solo él—. Tenías razón.

—Aun a riesgo de arrepentirme después de preguntar…, ¿a qué te refieres?

—A lo larga que era…

Su ceño se frunce unos segundos y, de pronto, las comisuras de los labios se le alzan poco a poco a poco a poco hasta que entiende a lo que me refiero.

—¿Seguimos hablando de la lista? —finaliza él.

—Ambos sabemos que no —añado sin perder la compostura y deberían darme un premio por seguir comportándome, por seguir esperando para saber cuál es el siguiente paso.

Tal vez este sería un buen momento para recordarme que Aaron y yo solo somos amigos, que hemos sido buenos amigos desde que nos conocimos y que estoy sumamente agradecida por todos los detalles e instantes que ha compartido con nosotras. Por sus visitas, los libros, las entradas, los cuentos, la cena, las llamadas, los mensajes, la sinceridad… Y que no quiero fastidiar nada de eso. Sin embargo, a una parte de mí no le importaría estropearlo todo porque lo deseo con todas mis fuerzas.

Y porque siempre he sido una chica mala.

Es probable que ese sea otro puente que tendré que cruzar, uno en el que no quiero pensar ahora. Hoy.

—Tienes que quitarte esos pantaloncitos, Blue. —Los señala mientras su mano sube y baja de nuevo por la polla. Madre del amor hermoso, ¿cómo puede ser tan perfecta?—. Esos pantaloncitos —gruñe y siento cierta satisfacción por ser capaz de provocarle algo tan primitivo— llevan robándome el sueño desde que te los vi puestos hace ya tantas semanas.

Joder.

—¿Qué?

—Así que —añade y el movimiento continúa: sube y baja, sube y baja—, si adivino lo que hay debajo, ¿me dejarás mirar? —pregunta.

Es un juego, nuestro juego, y no puede ser más perfecto.

Sonrío con suficiencia porque, si Aaron sabe ser travieso, yo también sé. De hecho, a mí se me da todavía mejor.

—Si adivinas lo que hay debajo, te dejaré hacer mucho más que eso.

Lo último que escucho es el gemido ronco que le sale de la boca y su mano estampándose contra los azulejos que tengo a ambos lados de la cabeza, encajonando mi cuerpo en el proceso.

Creo que he despertado a la bestia y no puedo sentirme más satisfecha de lo que lo hago.

CAPÍTULO 37

Caperucita y el lobo
Aaron



Me limito a observar la escena y regodearme en la jodida suerte que tengo de que ella esté aquí y no solo eso, sino que sus labios, esos putos labios que tiene, estén a escasos centímetros de los míos.

«Estás deseando esto, ¿verdad?».

«Llevo deseándolo mucho tiempo».

«No pares».

—Si sigues mirándome de esa forma, Blue, voy a tener que follarte esa boca tan apetecible que tienes —susurro.

Observo cómo Blue arquea una ceja y, no conforme con eso, me coloca ambas manos sobre el pecho y me empuja con suavidad, la justa para deslizar la vista por mí y posarla una vez más sobre mi polla.

Niega en repetidas ocasiones y sonríe con suficiencia.

—Si sigues hablándome así —replica con esa altanería que tanto me pone, con esa fuerza y ese coraje que la caracterizan, porque puede que a mí me guste dar órdenes; sin embargo, ella disfruta dejando claro que el juego empieza y acaba cuando ella lo diga. Y no podría tener más razón—, es probable que te deje hacerlo. Un escalofrío me recorre la columna vertebral tras esas palabras, la polla se sacude entre mis dedos y sé que se ha dado cuenta de lo que provoca en mí. De pronto, este espacio es más reducido, más pequeño. Como la despensa del estadio, donde la arrinconé por

primera vez, donde nos besamos, donde me pidió más, y yo quise darle hasta el puto último átomo del universo.

—Nada —suelto de pronto.

Su vista asciende de nuevo y sus dientes encierran esos labios que me piden ser besados, lamidos, follados, hasta que nuestros ojos se encuentran otra vez.

—¿Perdona?

—Debajo no llevas nada —aclaro para que nos entendamos. El brillo travieso de su mirada me indica que es probable que sea cierto —. Además… —Recorto la distancia hasta que mi polla se coloca sobre su abdomen. No se aparta cuando jadeo sobre su cuello, tampoco cuando paseo la lengua por él o cuando muerdo la curva que hay entre el hombro y ese cuello delicioso. Al contrario, gimotea desesperada—. Los dos sabemos que te has colado en mi casa, has cruzado esa puerta y has echado un vistazo sin unas putas bragas debajo porque querías esto. —Me separo—. Venías buscando lo que pudiese darte porque eres una chica traviesa que quiere que la corrompan. Dime si me equivoco, Blue, dímelo —le exijo mordiendo todavía más fuerte.

Ella niega con extrema lentitud a la vez que ladea la cabeza en busca de otra caricia.

—No me costaría nada apartar esa tela, meter los dedos dentro y encontrarte empapada. Dime que me equivoco.

—No te equivocas.

Que sea tan decidida me pone cantidad.

—Bien. Entonces quítate esos putos pantaloncitos y enséñame lo que hay debajo. Ya hemos esperado mucho. Dime que me equivoco. —Tampoco se lo planteo como una pregunta, y ella asiente y niega, ambas cosas.

Lo observo confundido.

—Hemos esperado mucho y no te equivocas.

Le acaricio la mejilla como respuesta y paseo los dedos por sus labios, ella los entreabre y aguarda expectante para saber cuál es mi siguiente paso. Lo primero que pienso es en meter esos dedos en la boca y obligarla a que los chupe. Sin embargo, eso no me contentaría en absoluto. Ni de coña lo haría. Lo segundo que me

planteo es que, si lo hago, me va a privar de terminar eso que empezamos. Porque esa puñetera prenda me sobra desde hace semanas. Muchas semanas.

A regañadientes me aparto, y ella no duda, como si esperase mi aprobación para continuar con lo que nos traemos entre manos.

—Esa es mi chica —susurro cuando cuela los dedos en la cinturilla y tira de ellos sin delicadeza alguna.

Contengo la respiración cuando los deja caer y la prenda se arremolina a sus pies. Da un paso hacia la izquierda y entra un poco más en la ducha. Los calcetines se mojan con rapidez.

Me arrodillo frente a ella y se los quito, no porque me sobren, que también, sino porque la quiero completamente desnuda y a mi merced. Mucho tiempo imaginando. Mucho tiempo esperando. Mucho tiempo anhelando, y por fin, por fin, es mía.

Antes de incorporarme, le beso el pubis, y ella exhala todo el aire de sus pulmones cuando lo hago.

—Tan receptiva. Tan excitada —murmuro entre dientes.

No responde, no necesito que lo haga, porque es su cuerpo el que habla por sí solo.

Mi mente se acelera. El cromañón que llevo dentro no vacila ni un solo segundo cuando vuelve a pegarse a la chica por la que está loco. Sí, joder, estoy loco por ella. Más que eso. Mucho más que eso.

—Eres una jodida reina, Blue Langley.

Jadea cuando cuelo dos dedos dentro de su coño.

—Tal y como esperaba. Chorreando por mí.

Los saco de ella y esta vez sí que los llevo hasta sus labios. Blue no duda ni un solo segundo cuando los saborea, tal y como hizo la otra noche sin que yo estuviese presente. Al menos, esta vez puedo disfrutar, y no solo imaginar, cómo se le enciende la mirada cuando lo hace, de la forma en la que sus ojos brillan anhelantes, del deseo que encierran sus jadeos. De lo que no dice, pero sí demuestra.

—Eso es, chúpalos, límpialos bien, Blue, y quizá, si te portas mal, te deje saborear mi polla —le prometo.

Sus ojos brillan y todo rastro de inocencia desaparece. Está aceptando el reto porque esto le gusta, le encanta que le digan lo

que tiene que hacer porque en su día a día es ella la que marca las normas.

—Es eso, ¿verdad? —pronuncio en voz alta, ni siquiera cuando no entiende de lo que hablo deja de devorarme a su antojo—. Te gusta que te den órdenes porque no tienes que ser tú la que controle todo, porque siempre eres tú la que marca las normas y te gusta que sea yo el que lo haga para poder saltártelas a tu antojo.

—¿Saltármelas? —pregunta y niega a la vez—. No, capitán. —Joder—. Lo que me gusta no es saltármelas. Cuarta norma —agrega decidida—, yo acato tus órdenes solo para recordarte que, incluso de rodillas, sigo siendo la que elige cuándo atacar y cuándo dejarte sin aliento.

—¿De rodi…?

Y no soy capaz de terminar esa frase porque eso es justo lo que hace, se arrodilla frente a mí, agarra mi erección y, cuando sus ojos y los míos se encuentran, ya se la ha metido en la boca.

Y menuda puta boca.

Contengo la respiración mientras la observo lamer desde la punta hasta la base y, no conforme con eso, Blue alza la mano y me agarra las pelotas a la vez que se la traga al completo.

—Espero que seas de esos a los que les gusta mirar, capitán.

Soy lo que ella quiera que sea. Como ella quiera que sea. Y cuando ella quiera que sea.

Y ese pensamiento no me sacude las entrañas, no hace que mi mundo se tambalee, no me asusta ni me acojona, solo se acomoda porque he tenido tiempo más que suficiente para entender e interiorizar que estoy enamorado de esta mujer y de todas y cada una de sus versiones, sin excepción.

—Mírame —le pido, y ella lo hace.

Una oleada de calor se extiende por mi cuerpo cuando conecta conmigo de nuevo. No es algo cualquiera, está cargado de emociones. Es sexi, es divertida, es fanfarrona y vanidosa porque sabe lo que está consiguiendo y también es genuina y familiar.

A veces creo que podría salvarme con solo existir así frente a mí y otras pienso que ya estoy perdido desde el primer día.

La sujeto del pelo y tiro de él mientras ella sigue chupándome la polla sin dudar, pendiente de mí en todo momento.

—Joder, Blue —jadeo perdiendo la compostura. Me aprieta de nuevo los huevos y siento un calambre, uno familiar y conocido. No me quiero correr todavía, no quiero hacerlo, esto es demasiado bueno para disfrutar tan poco de ello. Y, sin embargo, aquí estoy, dejándome llevar por esos labios que saben a puro pecado y por esta chica que está de rodillas frente a mí sin saber que soy yo el que llevo meses estándolo por ella. Arrastrándome por ella si fuese necesario—. Lo estabas deseando, ¿verdad? —le pregunto.

Ella no duda. Nunca lo hace, no es su estilo.

—Sí. —Me da un beso en el glande antes de volver a metérsela en la boca—. Lo estaba deseando. Hace mucho que lo hacía.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto un gemido ronco cuando la punta de mi polla choca contra su garganta. Cómo me gusta que se la trague entera, joder, cómo me gusta eso. Y cuando creo que ha llegado al límite, que no le cabe ni un solo centímetro más, respira por la nariz y traga como si no fuese suficiente para ella tampoco.

—Blue…

Sonríe al escuchar mi voz jadeante. De hecho, tengo la ligera sospecha de que le encanta tener el control porque puede que sea ella la que está de rodillas, pero soy yo el que está a sus pies.

—Lo estabas deseando, ¿verdad? —La observo y asiento sin más porque…, ¿para qué andarme con rodeos cuando ella sabe que es cierto?

—Desde hace mucho tiempo.

Mis palabras le complacen y la devora por completo. Le tiro del pelo, y ella alza la vista sin sacársela de la boca.

Suelto un gemido ronco cuando traga con fuerza. Mis embestidas se vuelven más largas y profundas y se me desenfoca la mirada.

—Blue… —Le tiro del pelo e intento que se separe—. Voy a…

No me permite que la aparte, al contrario, es como si se aferrase a mi miembro con más ganas, con más ansia, con más necesidad. Es como si disfrutase de esto tanto como lo hago yo, y eso es una puta locura.

—Voy a correrme —suelto para que lo entienda, para darle la oportunidad de que se mueva.

Sin embargo, y como siempre hace, es ella la que toma la decisión de quedarse ahí. La polla me palpita ante el primer chorro caliente que sale de ella, y Blue, como la buena chica que es, traga con estoicidad. No aparta en ningún momento la mirada de la mía mientras me corro en su boca, mientras su garganta acepta cada chorro que suelto. Al contrario, me sujeta los muslos con fuerza y me clava las uñas con cierta satisfacción. Dejo caer la cabeza hacia atrás cuando la saca y pasea la lengua por toda mi longitud.

—Ahora sí —murmura y nuestros ojos se encuentran otra vez—, ahora sí que estamos en paz.

Se levanta, agarra la ropa y sale del baño.

—No —niego—, ni de coña estamos en paz.

CAPÍTULO 38

Calladita
Aaron



—¿Se puede saber qué haces? —pregunto yendo tras ella—. No, Blue, estás equivocada, muy equivocada, si piensas que esto ha terminado así.

Su mirada, que se pasea por mi cuerpo desnudo con todo el descaro que le cabe dentro, y esa sonrisa ladina y el brillo de sus ojos solo constatan un hecho: ella es la que tiene el poder y lo ejerce. Y, joder, es verdad.

Da un par de pasos atrás, deja caer las prendas mojadas al suelo y sonríe con más amplitud.

—Apuesto lo que sea a que esto te carcome por dentro. —Señala el desorden.

—No tienes ni puta idea. —Doy un paso hacia adelante, y ella no se inmuta. No le paraliza mi altura ni mi desnudez, tampoco mi actitud del todo decidida, al contrario, disfruta y se regodea en ello —. Lo que me carcome por dentro, lo que de veras lo hace, es no tener la cabeza enterrada entre tus piernas en este instante.

Ese brillo malicioso se torna sorpresa porque, desde luego, no esperaba esa respuesta.

Da un paso hacia un lado y tira la ropa al suelo, esas prendas que dejé meticulosamente ordenadas antes de meterme en la ducha para calmar la necesidad de ella. Porque eso es lo que siento, pura necesidad primitiva.

Es mi turno de sonreír condescendiente y de dar otro paso más.

—¿Y esto? —pregunta una vez más sin esquivar mi mirada.

Niego a modo de respuesta.

—No te haces una puta idea de lo increíble que eres, Blue. De lo loco que me vuelves, de las ganas que tengo de follarte, sí, pero también de abrazarte, de escucharte, de compartir tiempo contigo. Con vosotras.

Todo o nada. Ahora o nunca. Saltar o quedarme. Apostar o perder. Cruzar o huir.

«Bienvenido al club de los enamorados».

Cuento hasta mil, solo que esta vez por motivos bien distintos, sobre todo, porque he hecho una afirmación contundente y no sé cómo se lo va a tomar Blue: si saldrá corriendo, si marcará distancia, si actuará como si nada de esto hubiese sido pronunciado o algo mucho peor…

—Ni siquiera estás mirando el desorden. —Señala hacia el suelo, hacia las prendas empapadas que humedecen las mías, que estaban secas.

—Tengo algo mucho mejor que observar.

Mi respuesta hace que se sonroje y casi me tambaleo al conseguirlo. Al menos no ha huido. No ha respondido, pero es mejor el silencio que una huida por su parte, así que, bajo mi punto de vista, es una victoria.

Doy un par de pasos más hasta que me planto justo frente a ella. Blue alza la vista y ese brillo regresa a sus ojos castaños y llenos de vida, de miedos, de soledad… Cuelo los dedos entre sus mechones, y ella ladea la cabeza en busca de mi contacto.

—Deja que haga esto por ti. Deja que me quede. Deja que lo haga —propongo y mi voz suena a pura súplica.

Cuando me observa de nuevo, entiendo las dudas que danzan en el fondo de su mirada: porque siempre ha estado sola, siempre ha tenido que cuidarse sola. No sabe lo que es apoyarse en una persona para salir adelante, para emprender el vuelo juntos, y eso la aterra. Lo entiendo, que conste, lo entiendo. Sin embargo, no voy a dejarla ir.

Nunca.

Blue se limita a asentir, y entonces acerco mis labios a los suyos. Son tan suaves como recordaba, quizá más. Suelto un gruñido

cuando me muerde y me aparto un segundo para colocarle una mano en el cuello.

—Chica mala.

—Gracias por el piropo. —Me la devuelve.

Posa los dedos sobre mi pecho y me había olvidado de que estaba desnudo, desnudo y empapado por la ducha, por el sexo, por salir detrás de ella sin coger siquiera una toalla.

Se pone de puntillas y sus labios vuelven en busca de los míos. Reajusto mi postura y esos dedos que estaban en mi pecho se deslizan por mis costados, mis caderas, hasta apretarme el culo.

—Me moría de ganas de hacer esto. —Sonríe con suficiencia mientras estruja.

—Es todo tuyo —declaro.

Se me eriza el vello cuando esos dedos siguen paseándose por cada parte de mi cuerpo, como si intentase memorizar cada línea, cada curva, cada músculo, hasta que los posa, en esta ocasión, sobre mis antebrazos.

—Me gustan —sentencia solo para ella.

No entiendo de lo que habla, pero estoy disfrutando tanto de esto que no me molesto en objetar.

Aprovecho la oportunidad que me brindan sus palabras y cuelo la lengua dentro de su boca. La conversación es genial, ahora bien, ¿lo que quiero hacerle? Eso está a otro nivel. Nuestros besos pasan por distintos estados: a veces son un simple tanteo, otras veces son lánguidos y pausados y en algunas ocasiones se convierten en voracidad, en pura necesidad. Supongo que estamos explorándonos porque es la primera vez que podemos hacerlo.

—Esto fuera. —Me aparto y le quito la camiseta que todavía lleva puesta.

La balanceo frente a sus ojos y la lanzo hacia cualquier parte.

Blue suelta una carcajada que me sabe a gloria. Solo reafirmo mi postura, puede que sea un maniático del orden, como asegura, sin embargo, cuando ella está en una habitación, cuando tengo a Blue cerca, sé cuáles son mis prioridades; no soy tan gilipollas como parece.

Doy un paso atrás solo para admirarla, para contemplar su figura, y a mi mente acude aquella conversación tan lejana y a la vez tan reciente.

—Rosa —pronuncio. Blue solo alza una ceja sin entender de lo que hablo. Tal vez sea de esa manera, yo, en cambio, recuerdo cada maldita cosa de ella—. Me dijiste que tu color favorito era el rosa —le recuerdo—. En aquel momento pensé que te pegaba, no solo porque es evidente que contigo combina todo. —Alza una ceja y por fin cae en la cuenta de lo que le digo y de cuál fue su respuesta—. Sino porque así son tus labios. —Me acerco y se los muerdo—. Y porque de ese tono también son tus pezones. —Se los retuerzo entre los dedos, y ella jadea con desesperación—. Rosa —repito— y perfecta —añado.

El rubor se le extiende de nuevo por las mejillas, y me sorprendo pensando que no hay nada más increíble que Blue desnuda frente a mí y sonrojada por mis comentarios: mis comentarios sinceros y del todo honestos porque no he visto a una chica igual.

Sin embargo, lo mejor de todo es que no he conocido a nadie como ella: valiente, fuerte, decidida y provocadora en el amplio sentido de la palabra.

—Eres preciosa —murmuro besándole los labios de forma suave y cadente.

—Bueno. —Se aparta tras darme un pequeño mordisquito—. Tú tampoco estás nada mal, capitán —sentencia ella, y esta vez es mi turno de sonrojarme.

Porque ese efecto siempre lo causa en mí y me temo que jamás podré acostumbrarme a las cosas que dice y la forma en la que lo hace.

—Y ahora, Maddox, ¿podrías dejar de parlotear y meterme mano de una vez?

Suelto una sonora carcajada porque sí, esa es mi chica.

Mi chica.

Es mi chica.

Y entonces vuelve a besarme con pasión, con deseo y con anhelo, sin importarle que esté todo desordenado y no hablo de la ropa, hablo de todo lo que sucede a nuestro alrededor y que ninguno de

los dos está listo para analizar. Aferro las manos a sus caderas y deslizo las uñas por la piel suave y los pechos turgentes. Disfruto de los pequeños gemidos que se escapan de entre sus labios y los saboreo como una victoria más. Como una de las mejores.

—Mi nombre —le recuerdo—. Esta noche solo gritarás mi nombre.

Ese brillo regresa y esa sonrisa que tanto me gusta se ensancha.

—Aaron… —comienza con ese juego, y alzo una ceja inquisitiva—. Solo estoy practicando.

Mis labios buscan de nuevo los suyos y comienzo a descender por ellos. La mandíbula, el cuello, la curva del hombro, la clavícula, hasta que encuentro esos pezones rosados que llevo semanas, incluso meses, imaginando.

—Joder, no pares de hacer eso —me anima enredando los dedos entre mis mechones y tirando de ellos de la misma forma en la que mis dientes tiran de esos deliciosos botones.

Deja caer la cabeza hacia atrás como si me los ofreciese en bandeja y no desaprovecho la oportunidad para lamer, morder, chupar y vuelta a empezar.

—No voy a parar nunca. Nunca —le recuerdo y jamás he sido tan sincero como lo estoy siendo en este instante.

Bajo la vista hasta su entrepierna y sé que está empapada por mí. Para mí.

Me dejo caer sobre las rodillas, tal y como hizo ella antes en esa ducha, y paseo la nariz por su sexo.

—Voy a disfrutar mucho de este coño, Blue. Voy a comértelo hasta que grites mi nombre una y otra y otra vez —le prometo y pienso cumplirlo. Vaya que si pienso cumplirlo—. Vas a correrte en mi boca y, antes de que hayas terminado de pronunciar mi nombre, voy a meterte la polla tan adentro que no podrás caminar en días —añado —. Me aseguraré de ello —matizo.

El pecho le sube y baja y la respiración se le acelera. La mía nunca ha dejado de estarlo, desde que la conozco, ese es mi estado permanente.

Le lleno los muslos de besos a pesar de que su coño está expuesto frente a mí, no hay nada que se interponga entre esa delicia y yo. Y, a pesar de todo, disfruto de la forma en la que se le

eriza el vello, de cómo su abdomen se contrae de anticipación y de esos pezones duros y enhiestos que me piden atención desde arriba. Sonrío satisfecho porque esto…, esto es lo que deseo: a ella. A ella chorreando por mí.

Subo los dedos con parsimonia y alargo el momento.

—Joder, Aaron… —Su voz suena llena de desesperación, justo como me gusta. Justo como quiero.

—Eso es —me deleito.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad?

—Créeme. —La observo desde abajo—. Todavía no, pero voy a ponerle remedio en breve —añado, y ella sonríe enredando los dedos en mis mechones.

—Usa la boca como sabes, capitán.

—Suplícamelo —le digo—. Suplícame que te coma el coño.

—Joder.

Chasqueo la lengua y paseo los dedos por sus pliegues sin pudor alguno.

—Sabía que ibas a estar empapada por mí, Blue. Lo sabía.

—Te lo tienes un poco creído, ¿no te parece?

Asiento y entonces poso la lengua sobre su clítoris. Deja caer la cabeza hacia atrás, exhala todo el aire y se arquea, ofreciéndose para que haga con él lo que quiera.

—Suplícamelo —le repito.

Baja la mirada y entonces sonríe.

—Por favor, capitán, devórame.

Sonrío ladino y del todo satisfecho. Algo en mi interior, algo muy primitivo, se retuerce a su antojo.

—Quinta norma…, si no tienes nada que decir, mejor usar la lengua para otros fines.

Me lanzo a por su coño porque, de pronto, solo tengo hambre. Mucha muchísima hambre.

CAPÍTULO 39

Subiendo al cielo
Blue



Me suena que hay un tipo por ahí que canta sobre experiencias religiosas, no me lo tengáis en cuenta porque está más que claro que, cuando estoy cachonda, todo mi intelecto y mi ingenio desaparecen. O puede que sea un efecto por culpa de la quinta norma de Aaron Maddox, porque sí, está demostrando con creces que si no tienes nada mejor que decir… En fin, ya sabéis.

Me aferro a su pelo mientras su lengua y sus dedos se acompasan.

—Joder, sí.

—Mi nombre —me recuerda y sopla sobre mi centro.

Las sensaciones me abruman. ¿Cuánto tiempo hace que no tengo sexo? ¿Cuánto tiempo hace que deseo que sea él el que me haga estas cosas?

Mucho. Demasiado, si me lo preguntas. Y es probable que me arrepienta de haber bajado las defensas y permitirme eso.

Aaron tiene razón, siempre he sido yo la que marca las normas y las pautas, y por una vez, por esta vez, quiero que sea otro el que tome las riendas y decida por mí. Que haga algo por mí. Sentirme cuidada, protegida y… deseada. Y Aaron lo consigue, lo consigue de veras.

—Eso es, Blue, ábrete para mí. Empápame la cara —me pide, y yo cumplo con lo que se me ordena porque no hay otra cosa que pueda hacer.

Mi mente ha colapsado y ha decidido que esto es una buena decisión, de hecho, ha pensado que es la mejor decisión que ha tomado nunca y no tiene intención de echarse para atrás.

Hoy no.

Uno de sus dedos se cuela en mi interior, y pongo los ojos en blanco cuando lo curva de una forma casi perfecta que me hace ver las estrellas. Sí, las experiencias religiosas existen y van todas de la mano del capitán de los Wild Warriors.

—Joder, sí —jadeo cuando vuelve a curvarlo y encuentra ese punto que me hace levitar—. Joder, sí —repito porque considero que no ha sido suficiente, y Aaron parece sumamente satisfecho y de acuerdo, porque no solo es su dedo el que me hace estremecer, sino lo que hace con esa lengua.

Vaya con el chico tímido y apocado, ¿quién coño lo diría?

—Mi nombre —me recuerda una vez más sin saber que he perdido la cuenta de las veces en las que lo he gritado en la soledad de mi habitación, en mi cabeza, cuando me tocaba pensando en él, en sus dedos dentro de mí tras aquella noche en el bar o tras el beso en la cafetería del estadio o tras esa conversación telefónica que no dejo de recordar. Ahora, después lo de esta noche, voy a seguir haciéndolo.

Porque apuesto a que Aaron Maddox no solo quiere comerme el coño, sino dejarme inservible para otro.

Y eso es del todo posible…

Todos y cada uno de los músculos se le marcan cuando contrae el cuerpo para penetrarme y las sombras de la iluminación de la habitación se proyectan en su rostro intensificando la humedad que tiene en la barbilla. Mi puñetera humedad.

—¡Aaron! —gimoteo porque sé que ya llega, lo siento, lo noto, lo percibo—. ¡Aaron! —grito.

En esta ocasión no me recuerda de qué forma tengo que correrme porque ambos sabemos que será su nombre y solo su nombre el que salga de mis labios. El clímax me recorre las caderas y le agarro del pelo, tirando de él, cuando me penetra hasta el fondo con dos dedos a la vez que me presiona el clítoris más intensamente con la lengua para alargar el orgasmo. Y no conforme con eso, sigue chupando y lamiendo. Disminuye el ritmo y la presión, pero sigue ahí, como si lo disfrutase incluso más que yo, como si lo necesitase mucho más que yo.

Poco a poco comienzo a relajarme, tal vez este sería un buen instante para soltar algún comentario de esos míos, un chascarrillo que rompa el momento y que no me haga plantearme lo bien que me siento aquí, con él, a su lado. Lo bien que encajamos y lo mucho que llevo deseando esto.

A pesar de que todo en mí grita que lo haga, que marque una nueva norma, una muy conocida, y que deje bien claro que esto es solo sexo y que no puede ser nada más que eso porque las normas protegen, no consigo que nada salga de mi boca. Que mi cuerpo, ahora laxo y satisfecho, se mueva, recoja esas prendas húmedas y me despida con un movimiento de dedos porque este chico sigue siendo un buen chico. Bajo esa fachada de malote en el plano sexual, tiene un corazón de oro y lo ha demostrado día a día. Con sus mensajes, con sus visitas, en las cenas de los Caldwell, en todo eso que le carcome por haber actuado mal con Asher, en los libros que le compra a Juniper, en los puños apretados cuando le cuento cosas del colegio, en cómo me cuidó la noche en la que me sentía sola, enferma e indefensa… Es un buen chico. Uno de esos que nadie en su sano juicio dejaría escapar, ¿verdad?

Bajo la mirada y enredo los dedos en sus mechones. Esto me gusta, sí, esto me gusta demasiado. Así que me permito disfrutar de ello, de este instante compartido, sin sentir remordimientos, de haber bajado las defensas solo por un día. Quizá dos. Tres. No más. Y me agacho para besarlo como me apetece hacerlo porque esta Blue que toma decisiones hoy no piensa en el futuro y se limita a disfrutar del presente, pues, por una vez en la vida, me lo merezco. Joder, claro que me lo merezco.

Derramo en ese beso todo ese anhelo y frustración, y Aaron lo recibe sin pedir nada a cambio. Percibo mi sabor en él cuando nuestras lenguas se entrelazan y me deleito en sus manos recorriéndome las costillas, subiendo por los brazos hasta situarse en las mejillas y presionar todavía más sus labios contra los míos como si tuviese miedo a que me evaporase de un segundo a otro.

—Se te dan bien las palabras, capitán —rumio—. Sin embargo, debo decir que también se te da bien follarme con la boca —agrego.

La sonrisa ladina que me regala solo intensifica la excitación.

—Es un placer complacerte.

Asiento mientras le tiro del pelo y le muerdo los labios. Me incorporo de nuevo y localizo mis prendas, que siguen en el mismo lugar en el que las dejé. Sobre las suyas, mojadas.

—Ha sido un placer —respondo alejándome y nada me cuesta más que eso.

Escucho cómo chasquea la lengua y a la misma vez siento cómo me sujeta la muñeca con una mano. Desvío la mirada de las prendas y la poso sobre esos ojos de color azul que parecen un faro en la oscuridad marcando el camino de regreso a casa.

—No hemos terminado, Blue —me recuerda.

«Vas a correrte en mi boca y, antes de que hayas terminado de pronunciar mi nombre, voy a meterte la polla tan adentro que no podrás caminar en días».

Boqueo como una principiante cuando a mi mente acuden esas palabras y la promesa que me hizo. Su sonrisa se ensancha, como si supiese en lo que estoy pensando, lo que estoy recordando, y entonces se levanta. Aparto la vista y recorro su cuerpo de nuevo, por el placer de hacerlo, por la anticipación de lo que se avecina.

Su polla vuelve a estar dura como una piedra y se me hace la boca agua de nuevo.

—¿La quieres dentro de ti? —inquiere.

Por favor, ¿qué clase de pregunta es esa?

—¿Es una trampa?

Niega a modo de respuesta y entonces sonríe todavía con más presunción.

—Y yo que pensaba que eras el chico bueno —lo provoco.

—Y lo soy —sentencia él—. Pero hasta las almas más puras pueden volverse locas si tienen cerca algo que les gusta. Y, créeme, tú no solo me gustas…

La afirmación flota en el aire, entre los dos, como una promesa y una frase inacabada. Una que no me planteo interpretar porque hoy no quiero pensar en el futuro. No quiero a esa Blue aquí, en esta habitación, frente a este chico esta noche. Quiero a la mujer y no a la madre. A la irracional y no a la sensata. Quiero a la chica que no

piensa en las consecuencias y no la que planifica cada detalle para que no le hagan daño.

Para que no vuelvan a abandonarla.

—Túmbate en esa cama, abre las preciosas piernas y deja que te folle como te he prometido.

Me ruborizaría, de veras, sin embargo, mi cuerpo anhela eso que promete. Los pezones se me endurecen y, cuando paso por delante de él para hacer justo lo que me pide, le araño el pecho y me muerdo el labio.

Aaron reacciona y la polla le da una sacudida.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—En lo guapo que eres, en el culo que tienes y en lo grande que es. —Le señalo el miembro y bajo la mano hasta que lo rodeo.

Las aletas de la nariz se le ensanchan y cierra los ojos cuando inhala. Cuando los abre, sé que lucha contra esa parte que quiere follarme sin pensar, sin dudar, sin preliminares. Sin entender que ya hemos tenido más que suficiente, que es hora de que actúe y se deje llevar, que salga el chico malo que encierra dentro, y para eso estoy yo: para recordarle cómo lo quiero, cuándo lo quiero.

Así que, en vez de tumbarme en la cama, lo empujo. Cae y rebota, sonríe y yo también lo hago.

—¿Vas a montarme? —pregunta sin apartar la mirada de mi cuerpo.

Me alzo de hombros cuando gateo hasta él.

—Bueno, a los vejestorios de setenta años hay que ayudarlos un poquitín, ¿no crees?

Ladea la cabeza y me observa confundido hasta que rememora esa conversación que mantuvimos ya hace muchas muchas semanas. Y, cuando lo hace, suelta una sonora carcajada. No me lo esperaba, la verdad, no esperaba que lo recordase, y aquí estamos, entendiendo que este chico se fija en todos y cada uno de los detalles y tiene en cuenta todas y cada una de las conversaciones como si…, como si yo le importase de veras.

Se incorpora con la rapidez de un buen jugador de *hockey*, me sujeta una mano y tira de mí hasta que caigo sobre él.

—Joder —jadeo al chocarme contra lo que parece un muro de hormigón de músculos. ¿Es eso siquiera posible? Pues resulta que sí —. Estás duro como una piedra.

Bajo la vista para comprobar que todo, absolutamente todo, lo está.

Aaron, por si fuese poco, se rodea el grueso miembro con los dedos y empieza a acariciárselo. Me humedezco los labios de pura anticipación y llevo una mano hasta él con la intención de sustituir la suya.

Niega y me empuja hasta colocarme boca abajo y situarse entre mis piernas.

—De eso nada —rumia y cada palabra suena a promesa. A promesa por cumplir como ha hecho en todas las ocasiones en las que me ha dicho algo—. Primero tendrás que pedírmelo y hacerlo con educación.

Ladeo la cabeza y lo contemplo. No puede ser cierto, este chico no puede estar jugando conmigo como lo hace. Es imposible, de hecho. Y sí, su sonrisa, la arrogancia que encierra, me demuestra que está desesperado por follarme y también que no lo va a hacer hasta que se lo pida.

El aire se espesa a nuestro alrededor mientras nos retamos con la mirada. Es un duelo de voluntades por saber quién de los dos la tiene más grande y es evidente que, en este caso, Aaron gana por goleada.

Y sí, es un eufemismo que nos viene de perlas.

—Aaron…

—Sí, Blue, con educación. Vas bien —me recuerda y, a la vez, golpea con la polla mi entrada, dándome a entender cuál será el premio si lo hago como quiere. El problema es que justamente quiero hacerlo como quiere y sin replicar.

»¿Dónde han quedado esos modales? —Acerca la polla hasta mi coño y juguetea con ella. La introduce un poco, tan poco que temo haberlo imaginado—. Tal vez sea yo el que tenga que recordártelo. Se pide por favor. —Tira de sarcasmo y eso…, joder, cómo me pone eso—. Ahora tú —me insta.

Cierro los ojos, respiro con fuerza y bajo la vista hasta donde nuestros cuerpos se unen. Está esperando a que le dé paso para hacerme lo que sea.

—Qué poca vergüenza tienes, Maddox —sentencio, lo hago intentando mostrarme firme, aunque por dentro todo me pide que suplique y que lo haga sin dudar, sin sonrojarme, sin amedrentarme.

—Por favor, Aaron —me recuerda manteniéndose firme en su cometido.

Nunca me había sentido como con Aaron: tan llena de lujuria, tan obscena, tan deseada, tan ansiosa. Es como si tuviese un animal despierto bajo la piel, consciente de que él es la única jaula que deseo y el único peligro al que estoy dispuesta a acercarme.

Entonces lo hace de nuevo, solo que esta vez va un paso más allá y la introduce todavía un poco más.

—Sé lo que estás haciendo —lo reto.

—¿Sí? —la entierra y contengo un jadeo. Y ese es solo el comienzo porque mi cuerpo me pide que clave los talones en ese culo que se gasta y lo empuje hasta lo más profundo de mi ser—. ¿El qué?

—Provocarme —finalizo.

Y ese es mi juego. Siempre ha sido el mío. Siempre ha sido el mío con él.

—No sé de qué me hablas.

Alzo una ceja y entonces, sin esperar a que suplique, me la mete hasta el fondo.

Dejo escapar un jadeo, y Aaron me acaricia la mejilla en un gesto que parece recompensarme por portarme bien y acogerlo. Sus dedos descienden por mi mandíbula, por el pecho, por el abdomen hasta colocarse sobre el clítoris. Los mueve sobre él con maestría, reconociendo mi cuerpo, aprendiendo lo que me gusta, lo que me arranca suspiros, gemidos y lo que me eriza el vello.

—Aaron —suplico.

—¿Sí?

No se mueve, permanece quieto, con la polla en mi interior y jugando conmigo.

—Tú ganas —finalizo—. Por favor.

—¿Por favor qué, Blue? —Abro los ojos, ¿es que no ha tenido suficiente?—. Vas a tener que ser más específica porque no entiendo bien lo que quieres decirme.

Suelto una carcajada de lo más irónica y, cuando eso pasa, empuja dentro de nuevo, ahogando mi pésimo intento de sarcasmo.

Me rodea un pecho con la mano y me aprieta el pezón. Cierro los ojos.

—Por favor, fóllame —suplico porque es lo único que me viene a la cabeza. Súplica tras súplica. Ruego tras ruego. Imploro tras imploro.

Es entonces cuando el demonio se desata y cuando sus caderas se mueven sin dudar, como un toro embravecido que observa la arena, midiendo la distancia, sabiendo que cuando cargue contra su presa no habrá forma de esquivar el impacto ni de fingir que no lo deseaba.

—Joder, Aaron, joder —grito mientras me embiste sin piedad.

Acerca sus labios a los míos y coloco las piernas sobre su culo, justo como quise hacerlo antes, y lo espoleo a que continúe. No para ni un segundo, no se detiene. Me deleito con todos y cada uno de sus movimientos, los fieros y los tiernos, sus acometidas y sus manos deslizándose por mi piel, por mis brazos, por mis muslos, por mi espalda. Sus caderas golpetean contra mi centro provocando un sonido húmedo y perturbador.

—Eres preciosa, Blue —susurra mordiéndome la oreja.

Me siento como si estuviese a punto de coronar la montaña más alta jamás escalada. Mi cuerpo está convencido de que este es el mejor lugar en el que podría pasar la noche, la vida entera, si lo quisiese. Y, antes de que ese pensamiento tome fuerza y poder, sacudo la cabeza y me concentro de nuevo.

Una noche. Dos. Tres.

—Más adentro —le pido—. Por favor.

Y mi ruego eclipsa todo lo demás. A él, a mí, a las sensaciones, a la ternura, porque puede que esté follándome a su antojo, pero en el fondo…, en el fondo hay algo que me grita que no es solo sexo y que con él nunca podría ser solo eso.

—Aaron.

—Mi nombre —me recuerda—. Solo mi nombre.

Y le doy lo que me pide. Grito su nombre una y otra y otra vez y, cuando estoy segura de que esto es más que perfecto, lo escucho.

—Nunca —sentencia. No lo entiendo, no sé a qué se refiere y no pregunto.

Saca la polla y me mancha el abdomen con su corrida.

—Nunca —repite en voz alta antes de volver a metérmela y sellar esa promesa con su miembro.

CAPÍTULO 40

Consejos vendo…
Blue



Tres días. Tres días han pasado desde que Aaron y yo…, en fin, ya sabéis a lo que me refiero. Tres días en los que ninguno de los dos ha hecho mención alguna a ese acto en sí ni tampoco hemos intentado repetir, y no será por falta de ganas, al menos, en mi caso.

Tres días en los que ha venido a cenar cada noche a casa, en los que le ha leído a Juniper e, incluso, ellos dos han armado un puzle gigante en el salón mientras Asher me daba indicaciones para mejorar mi sopa. Sí, he tenido que admitir, no sin cierta reticencia, que da asco absoluto. Debo reconocer que los consejos de ese chico han funcionado. ¿Quién lo iba a decir? Bueno en la pista, bueno para mi amiga y buen cocinero.

Esto mejor no se lo contéis porque ya sabemos cómo de grande es su ego…

Observo a mi hija, que está sentada en una de las mesas de la cafetería del Truenorth Ice Dome con un cuaderno para pintar frente a ella. Ha desperdigado por la mesa varios lápices de colores y, a su derecha, tiene un libro, el que le regaló Aaron y que se ha convertido en su favorito, el de esa villana principesca con la que mi hija sueña cada día. Estamos en esa fase, sí.

Poco a poco la cafetería se ha ido llenando, síntoma de que el entrenamiento ha terminado y de que todos los jugadores se han ido directos al vestuario y a las duchas. Aparto la mirada del cristal desde el que se observa la pista y también aparto ese pensamiento sobre duchas y colarme en ellas. Porque sí, Aaron tenía razón, lo hice porque sabía que dentro estaría él. Y me apetecía muchísimo. Lo de que soy una chica mala ha quedado claro, ¿verdad?

—Hola. —El chico que se sienta frente a mí no es otro que Caleb Wright, el primer defensa y asistente del capitán. Y uno de los mejores amigos de dicho capitán para ser más precisos. He hecho bien los deberes, no sabéis la de cosas que se cuentan en las noticias, algunas mentiras y otras tantas verdades.

Lleva la sudadera del equipo, aunque va vestido de manera informal.

—Hola, Caleb, ¿qué te pongo?

Intuyo que ese alzamiento de cejas se debe a mi efusividad. No sé por qué, pero este chico me cae bien.

En realidad, todos los chicos del equipo con los que he hablado, bien porque se hayan pasado a beber algo, a saludar o simplemente hayan tomado asiento en algunas mesas a compartir bromas entre ellos, me han parecido bastante majos. Incluso Asher, que ya sabemos la reputación que tiene y, al final, no es del todo real. Ya se lo dije a Diddy en su día, no hay que creerse todo lo que se rumorea por ahí.

—¿Es muy tarde para pedir algo con café? —cuestiona extendiendo los brazos frente a mí.

Los tiene tatuados, no como los de Ash, que no hay un solo centímetro de piel que no esté cubierto de tinta, pero sí que tiene algunas líneas y tribales.

—Nunca es tarde para el café. Ni pronto para el alcohol. —Le guiño un ojo y me pongo manos a la obra. No me ha pedido nada en concreto, aun así, lo tengo claro al instante. Trabajar en hostelería tiene esa ventaja, eres consciente de lo que nunca falla en cuanto a sabores se refiere—. Y, dime, ¿qué tal el entrenamiento de hoy?

—Bien. Donahue es un hueso duro de roer —explica, eso sí, lo hace con cariño y con respeto. Asher y Aaron siempre hablan maravillas de él.

Caliento el café y la leche junto con un poco de leche evaporada y comienzo a darle forma a la bebida. Busco varios granos de café enteros para decorar y ralladura de limón.

Cuando poso la bebida frente a él, Caleb abre los ojos, sorprendido.

—Tiene buena pinta —sentencia.

—¿Acaso lo dudabas? —Me llevo una mano al pecho y me hago la ofendida—. Hieres mi corazón.

—Yo… —titubea—. Lo…

—Te estaba tomando el pelo —corto antes de que se le suban los colores.

—Aaron siempre me ha dicho que eres de lo más intensa —me explica y aparta la mirada cuando se percata de lo que acaba de soltar y de las implicaciones que tiene.

—Ah, ¿sí? Conque habéis hablado de mí, ¿eh? —recito como una damisela en apuros, todo ficción, vaya—. ¿Y qué más dice de mí el capitán de los Wild Warriors?

Caleb duda unos instantes y no sabe si se ha metido en la boca del lobo y, por encima de todo, cómo escapar de ella.

—No deberías ir aireando mis secretos, Cal, los amigos no hacen esa clase de cosas.

Y así es como se me corta la respiración y como, de paso, me quedo sin información.

—Ya casi lo tenía. —Apunto a Caleb y le sonrío condescendiente.

—Asher tiene razón. —Me señala.

—¿Se puede saber por qué todos hablan de mí a mis espaldas? —inquiero.

No estoy nada ofendida, a ver, todos sabemos, con noticias o sin ellas, que estos tres chicos son buenos amigos y es normal que compartan confidencias porque yo también lo hago.

—No hay nada que tengas que saber —agrega Caleb y la mentira flota en el aire.

—Ah, ¿no? —Le quito la bebida y la guardo bajo la barra—. Repite eso de nuevo, jovencito —lo reprendo sin perder el buen humor.

Aaron y yo cruzamos una mirada y por un instante me enfado por ser del todo incapaz de leer lo que esconde bajo esos ojos azules como el cielo. No como el hielo, porque los suyos no son fríos ni distantes, son limpios y cercanos. Etéreos y afables.

Preciosos.

—No deberías jugar con ella, es una chica de armas tomar —indica Aaron.

Ha tomado asiento al lado de Caleb y le palmea la espalda con esa cercanía propia de dos personas que comparten más que trabajo. Le sonrío porque me gusta esa camaradería que existe entre ellos. Entre todos.

—No creas todo lo que se cuenta por ahí —recito en voz alta, y Aaron aparta la vista de su amigo para clavarla en mí—. En el fondo, todos mostramos una parte minúscula de lo que somos y tendemos a esconder lo que realmente nos hace mostrarnos humanos y vulnerables.

Aaron me observa unos segundos que se convierten en mucho tiempo. Es maravilloso cómo me pierdo en sus ojos y cómo mi cabeza piensa en cosas que quizá no debería estar siquiera considerando. Como, por ejemplo, ¿por qué me apetece tanto besarlo? Cuando me guiña un ojo, suspiro como una auténtica lerda.

Caleb, en cambio, exhala a su lado y baja la vista. Algo le sucede porque, de pronto, ese buen humor se esfuma. Tal vez haya metido la pata.

—Mamá, he pintado… ¡Aaron! —grita mi hija cuando lo ve y se lanza a sus brazos sin dudar.

Por un instante me quedo perpleja por su reacción, no porque me sorprenda porque es de dominio público que mi hija siente devoción absoluta por este chico, sino porque por un segundo, uno muy pequeño, me planteo cómo sería esto siempre, esta vida, en la que Aaron esté con nosotras, en la que reciba a mi hija con los brazos abiertos, como ha hecho sin siquiera pedir permiso para ello, y en cómo sería no sentirse sola cada día y en cada paso. Luchar codo con codo con alguien que te respalde cuando crees que te fallan las fuerzas para ello.

—Hola, peque, ¿cómo te ha ido hoy? —pregunta él y nos ignora por completo cuando se arrodilla frente a mi hija.

—Bien, mamá lleva todo el día buscándote. La he pillado mirando los entrenamientos, pero no se lo cuentes porque se enfadaría. Se supone que no le gustan los chicos, y ¿sabes qué? —murmura o eso cree ella porque aquí, entre tú y yo o entre tú y yo y todos los presentes, no sabe susurrar—. Tengo la ligera sospecha de que tú sí que le gustas.

Aparto la vista en cuanto la de Aaron se alza y me busca con ella. No, no pienso reconocer eso y no pienso dejar que observe cómo de colorada me estoy poniendo, así que… los ignoro. Lo hago, a pesar de que todo mi cuerpo grita que me lance a sus brazos y lo bese de una maldita vez.

Y le pellizque el culazo que le marcan esos pantalones, eso también.

—Entonces… ¿Cómo te va la vida? —Me centro en Caleb y en la pregunta tan ridícula que le acabo de formular para evitar llevar mi mirada hasta esos dos.

—Pues mejor hasta que me has quitado mi bebida —rumia él, y las comisuras de los labios se me alzan antes de devolvérsela.

—Para que digan que soy una chica mala. —Empujo el vaso y su contenido sin derramar ni una sola gota del mismo.

—Se te ha olvidado que previamente me la has robado, ¿no? —ironiza.

—Puestos a olvidar —tercio—, me temo que empezaste tú al dar cierta información para luego recular.

Caleb se encoge de hombros como si mis argumentos fuesen tan pobres como una sopa sin fideos.

Aaron y Juniper toman asiento a nuestro lado y por fin puedo estar pendiente de lo que hacen. Por lo visto, mi hija ha traído su cuento porque le gusta leerlo en su compañía.

«Me estoy metiendo en un buen lío. Uno de los gordos, joder».

—Podemos leer cinco minutos y después dibujar. He estado practicando —le explica a mi hija, que, con cada nueva palabra que pronuncia, su sonrisa se ensancha más y más. Y la mía. Y la mía también.

—Vale.

Juniper aplaude emocionada y se baja de un salto de la butaca para correr en busca del libro que estaba pintando y de todos los lápices de colores que estaban desperdigados por la mesa.

—Se te dan bien los niños —pronuncia Caleb en ese lapso de tiempo.

Aaron alza la vista y me observa.

—Diría que se me da bien todo. ¿A que sí, Blue?

Pongo los ojos en blanco porque no pienso afirmar eso. Es evidente que se le da bien todo.

—Y a ti, ¿te gustan los niños? —tanteo observando a Caleb.

Baja la vista y observa el suelo una vez más. O quizá sea a las zapatillas. Cruzo de nuevo una mirada con Aaron y, por lo que encuentro en ella, algo me asegura que he metido la pata.

—Lo siento —me disculpo porque no soy nadie para meter el dedo en la llaga.

—No te preocupes. —Caleb sacude la cabeza—. Me encantan los niños, la verdad. —Entonces, ¿cuál es el problema? Hasta donde sé, está casado. O eso es lo que se cuenta en las noticias—. Jackie y yo no estamos pasando por una buena época —me explica alzando la vista. Me observa esperando… No sé lo que está esperando.

—No pasa nada —lo consuela Aaron al darse cuenta de que me he quedado perpleja—. Todo va a salir bien —suelta a modo de consuelo.

Abro la boca con la firme intención de preguntar qué es lo que sucede. Sin embargo, en última instancia la cierro porque, ¿quién soy yo para meterme donde no me llaman? Ya sé que soy un tanto cotilla, es evidente que lo soy, eso sí, con mis amigos, y Caleb me cae bien, pero no está dentro de ese grupo.

—Ya estoy aquí —interrumpe mi hija—. He traído todo lo necesario.

Aaron vuelve a centrar la atención en Juniper, y le preparo lo mismo que le he servido a Caleb a pesar de que no lo ha pedido.

Me centro en eso y no en que ese chico está haciendo reír a mi hija, tampoco en que le está explicando cómo suenan dos consonantes que se unen o en todas las veces que le dice que lo está haciendo bien y que está orgulloso de ella.

Ni en que parece del todo sincero en cada una de esas frases.

Demasiado sincero.

—Jackie me ha dejado —suelta Caleb y lo hace con la vista clavada en mi pequeña y en Aaron. No sé por qué lo confiesa o por qué no lo hace. Sin embargo, lejos de quedarme confusa, y que conste que lo estoy, me acerco y coloco una mano sobre la suya

porque a mí también me han dejado. A mí también me han abandonado y sé lo mucho que duele eso—. Y es mi culpa.

Estas últimas cuatro palabras me cortan la respiración. Me planteo un sinfín de situaciones y en todas ellas pienso en si este chico que parece adorable a los ojos de cualquiera puede ser uno de esos capullos que las matan callando. Frunzo el ceño y rompo el contacto.

—Vamos a dibujar letras, ¿te apetece?

—¡Sí! —responde Juniper.

—No es lo que piensas —intercede Caleb.

Ha leído mi expresión, ¿soy esa clase de chicas que muestran todo lo que sienten o solo con los tíos que rompen corazones?

—Yo no pienso nada.

Sí que lo hago.

Y, antes de que pueda hacer algo que me haga sentir culpable y de que me arrepienta por comportarme como una necia, Caleb me explica todo mientras observa a Aaron dibujar un dinosaurio a partir de una letra D mayúscula. Cosa que es evidente que le sale de pena y que parece ser que la única que se da cuenta de ello soy yo. Y eso que ha estado practicando…

—Así que la he perdido por ser un completo gilipollas que no se daba cuenta de lo que tenía frente a sus ojos. Porque la quiero, ¿vale? La quiero más que a nada —sentencia.

Aprieto los labios porque lo primero que se me pasa por la cabeza es que, en efecto, es culpa suya. No sé qué espera de mí. Tal vez Caleb busque a alguien que le dé un par de palmaditas en la espalda como ha hecho Aaron. Sin embargo, yo no puedo hacer esa clase de cosas porque he sufrido por amor.

—Vale. —Es toda la respuesta que proporciono.

—¿Vale? ¿Eso es todo? Te tenía por alguien de armas tomar y no por…

Coloco una mano sobre la barra y doy un golpe más fuerte de lo esperado, lo que atrae la atención no solo de Caleb, sino de Aaron. Juniper es la única que sigue pendiente del dibujo que está haciendo el capitán de los Wild Warriors y está centrada en eso. No la culpo, para mí también es una distracción y una muy mona, pero…

—¿Quieres sinceridad? Pues allá voy.

CAPÍTULO 41

Y para mí no tengo
Blue



—Nadie dice que hayas perdido a tu mujer por no amarla, la has perdido porque dejaste de demostrarle que la elegías.

Si quería meterse en la boca del lobo, solo tenía que pedirlo.

Caleb se queda perplejo porque creo que se esperaba cualquier cosa excepto esto.

—No me mires así, ¿vale? Tú has sido el que me ha pedido sinceridad.

—Ya, ya —sentencia él—, solo que no esperaba tanta. —Aparta la vista de mí y busca consuelo en Aaron. ¿En serio?—. El problema es el *hockey*, el cansancio, la escasez de tiempo…

Ya, ya, claro. El problema es cualquier cosa menos la raíz propia del problema. Eso también suele pasar, es lo típico: buscar excusas y justificaciones sin enfrentarse del todo al problema.

Sí, ya me conozco esa parte de la historia y se repite más de lo que pensamos.

Chasqueo la lengua con desaprobación y eso hace que deje de hablar y se centra de nuevo en mí. Aaron me guiña el ojo como si no le importase que le vaya a dar a su amigo una dosis de honestidad. Y, ojo, que él la ha pedido, ¿no? Intentaré portarme bien.

O todo lo bien que se puede.

—El problema es el silencio cómodo, Caleb —corto y asevero—. Tu mujer no se fue porque le fallases un día, créeme, se fue porque le fallaste un poco cada día y lo que era un grano de arena se convirtió en una montaña enorme y difícil de escalar —concluyo.

Caleb abre la boca y no lo hace sorprendido, sino espantado. En su semblante se dibuja una mueca de horror y sé a ciencia cierta

que es por mi culpa.

—No… no lo había visto de esa forma.

Busca consuelo en Aaron, que está sentado a su lado y que tiene toda su atención puesta en mi hija. No sé si está buscando su aprobación o alivio. O una vía de escape para huir de aquí tras lo que le acabo de soltar. O todo a la vez, ¿quién sabe?

—Escucha, Caleb, ni siquiera nos conocemos, ¿vale? No tendría por qué estar soltándote este tipo de cosas y puedes pedirme que me calle, porque es tu vida, es tu relación y son tus decisiones. Yo solo soy una mera espectadora. Ahora bien, si de verdad quieres un consejo, el de alguien a la que también han abandonado —susurro porque no quiero que Juniper sea consciente de mis palabras, ella no tiene por qué verme de esa forma. Quizá algún día le explique lo que sucedió, cómo de doloroso fue todo y lo tremendamente sola que me sentí, pero ese día no es hoy. Ni mañana. Tampoco lo será pasado. En este instante, solo quiero que sea feliz y que tenga una infancia que recuerde con cariño, una que yo no tuve. Trago con fuerza porque es difícil de digerir, todo lo es—, no busques excusas ni justificaciones. Si de verdad la quieres tanto como dices, deja de regodearte en la miseria y actúa.

—Ya lo había decidido —suelta y sus palabras, por un instante, me dejan confusa—. Ash, Aaron y yo lo hemos hablado, Blue, y sé que las palabras se las lleva el viento. Sé que es mi culpa y asumo todas las consecuencias. Sé que no hice lo suficiente por estar y que Jackie tiene toda la razón al haberme dejado. No estaba cuando llegué —repite como un mantra a pesar de que eso ya me lo había contado. La bebida que le preparé sigue frente a él sin tocar, fría, como sus emociones, como las mías ante lo que me explica—. Y sé que me quiere, Blue, lo sé, lo siento aquí. —Se lleva la mano al pecho—. Y también sé que no me la merezco. Por eso no he hecho nada, no he ido a buscarla. Porque tengo miedo de que sea del todo definitivo. Porque si la veo y no me perdona, si no me habla, sé que será el fin y no puedo enfrentarme a eso. No estoy listo. No lo estoy —repite e insiste.

Me creo todas y cada una de sus palabras, no solo por la desesperación que transmite cuando las verbaliza y les da voz, sino

por lo roto que se siente. La postura, su semblante, el tono, las arrugas de la frente, el color de la piel. Es sincero.

—No te voy a decir que todo va a salir bien. —Sé que Aaron me observa cuando suelto estas palabras porque son las que ha pronunciado él con anterioridad. Desvío la mirada, y él asiente, no se enfada, no discrepa, me deja ser yo con todas las de la ley. Le sonrío, y él me devuelve el gesto—. No te puedo engañar y tampoco creo que tengas que hacerlo, eres mayorcito. —Le palmeo la mano que está sobre la barra—. Mi consejo es que no la busques hasta que sientas que eres digno de ese amor, de su amor. Y si Jackie regresa, si Jackie te elige, será porque reconoce ese cambio en ti, esa promesa de futuro y no porque te deba nada o porque tú se lo debas a ella.

»No entregues migajas porque eso ya lo ha tenido. En el amor es todo o nada. No hay término medio. Y sí, dolerá, y sí, te equivocarás, y sí, el miedo se colará entre tus decisiones, pero todo eso, cada caída, cada arrepentimiento, cada segundo de incertidumbre se convertirán en un precio pequeño cuando es por amor. Porque amar de verdad es lanzarse al vacío con los ojos abiertos, es dar segundas oportunidades, aunque tiemble el corazón, es aprender de los errores y comprender que nada de lo vivido se desperdicia si al final el corazón elige con fuerza y autenticidad a quien realmente importa.

Caleb no aparta la vista de mí como si mi reflexión le hubiese pillado con los pantalones bajados.

—¿Qué? Yo también tengo sentimientos, no soy un témpano de hielo.

Aaron se incorpora y se coloca justo frente a mí. Extiende una mano y me acaricia la mejilla. Me sorprendo ladeando la cabeza para intensificar mucho más el contacto, para buscar su piel, para que la mía se regodee en lo bien que sienta cuando me toca.

—Eres perfecta, Blue —sentencia frente a su mejor amigo, a mi hija, que sonríe con suficiencia. A todos los que estén dispuestos a observar la escena e interpretarla a su antojo.

A Prescott Maddox, que acaba de cruzar la puerta de la cafetería y observa la escena con repulsión. Y, a pesar de ello, me regodeo en

las sensaciones y me maravillo con ellas porque quizá sea una insensata por hacerlo o esté cometiendo el error de mi vida. No obstante, también me siento vulnerable y también necesito de ese contacto. Del suyo, para ser más específicos.

—Gracias por ser así de honesta conmigo —carraspea Caleb tendiéndome la bebida que ha quedado ahí sin probar—. De veras que agradezco que me hayas abierto los ojos.

—Vaya, gracias. —Aaron retira la mirada antes de que mi hija le tire de nuevo de la sudadera y él le sonría con calidez.

Estoy oficialmente pillada por este chico, ¿vale? ¿Contentas?

—No es eso, no te lo tomes a la tremenda —razona Caleb, y Aaron niega en repetidas ocasiones.

—Solo estaba tomándote el pelo. Está más que claro que Blue ha explicado todo mucho mejor. Sobre todo, porque ella sabe lo que es perder.

Sí, lo sé. No le he contado esa historia, no le he hablado de Derek y, aunque él tampoco ha preguntado, es bastante consciente de mis circunstancias y de mi situación. Y la respeta. Y no solo eso, me da a valer, cosa que nunca nadie ha hecho por mí.

No es solo la caricia, es la forma en la que siempre me impulsa, la manera en la que me da mi lugar, haciéndome sentir que de verdad merezco esa corona de la que habla cuando me llama reina. Orgulloso de mí. De cada paso. De cada decisión y de cada error enmendado.

—Bueno, dicho esto, no doy consejos de forma gratuita, así que lo añadiré a tu lista.

—¿Mi lista? —inquiere Caleb sin entender nada. Aaron, por el contrario, suelta una sonora carcajada porque sabe que estoy bromeando—. ¿Qué lista?

—La lista de consejos que nadie me ha pedido y que yo te he dado y por la que cobro.

—Yo tengo una lista de esas —sentencia Aaron.

El comentario va dirigido a su mejor amigo y, sin embargo, su mirada no se aparta de la mía cuando lo verbaliza en voz alta.

—Una lista muy muy larga —añado para que quede constancia—. Larguísima, de hecho —bromeo y la doble intención es evidente.

Aaron me guiña un ojo, y Caleb frunce el ceño.

—¿Estáis haciendo bromas sexuales?, ¿en serio?

—Mamá, ¿qué son bromas sexuales? —pregunta Juniper incorporándose y dejando caer más colores sobre la barra.

Si las miradas matasen, Caleb sería una mancha en el suelo.

—Son comentarios tontos que hacen los adultos y que provocan que mamá tenga ganas de empujar a alguien dentro de un volcán. Un volcán imaginario —respondo con dulzura para evitar la conversación incómoda.

—¡Qué divertido! ¿Crees que se quemarán el culo? —responde Juniper con una sonrisa torcida.

—Por supuesto que se quemarán el culo. ¿A que sí, Caleb?

—El culo y la lengua —responde él entendiendo a lo que me refiero y no es otra cosa que, si sigue por ese camino, el volcán dejará de ser imaginario para convertirse en real.

—Mamá es muy divertida, Caleb. Siempre suelta frases ingeniosas. De mayor quiero ser como ella. Quiero ser la chica más ingeniosa que existe y quiero que me gusten los chicos, porque a mamá no le gustan. Salvo Aaron —repite y vuelve a hacerlo en ese tono que de secreto no tiene nada.

—Ah, ¿sí? —pregunta el capitán de los Wild Warriors sonriente—. Vaya, qué información más interesante.

Apoyo el peso del torso sobre la barra y le pongo la mano sobre la mesa.

—¿Qué te ha dicho mamá sobre los secretos?

—Que los secretos son como las patatas fritas —responde Juniper inclinándose sobre la barra también. Tengo que enseñarle lo que significa mantener el pico cerrado y no dejar a su madre en evidencia—, si intentas guardarlas todas, acabas con las manos pegajosas y con mucha hambre por no habértelas comido.

No es eso lo que tenía en mente.

—No me refiero a eso, Juniper —intervengo, intentando cortar un poco la locura—. Me refiero a que hay cosas que no se dicen a todo el mundo.

—Ah, ya entiendo —añade con una sonrisa torcida, sujetando de nuevo los lápices de colores. Por lo que veo, han dejado de lado al

dinosaurio y están en proceso de creación de un oso. O lo que parece un oso—. Como cuando prometes que vas a hacer dieta, y luego te comes el chocolate a escondidas y finges que no has sido tú, sino la tía Cassie.

¿Qué?

—¡No! —Le sonrío entre divertida y estupefacta por su ejemplo—. No me refiero a eso y no me como el chocolate a escondidas y culpo a Diddy.

—Sí que lo haces. —Me señala con su minúsculo dedo y mucho me temo que la que se quiere tirar por el volcán soy yo—. Mamá, claro que sí. No digas mentiras porque te va a crecer la nariz.

—Sí —apuesta Aaron, que se pone de su lado—. Es evidente que te va a crecer la nariz.

—¿De qué lado estás tú? —lo increpo.

—Del de ella. Porque me va a contar todos esos secretos sobre lo mucho que te gusto.

Juniper, para mi bochorno, asiente con efusividad. Me juego lo que sea a que está disfrutando de esto sin saber en realidad lo vergonzoso del asunto.

—Mucho mucho —le explica—. Ve tus partidos en casa, te busca en el estadio y habla con la tía Cassie sobre ti —le explica y no solo eso, se regodea. Encima todos la observamos entre encantados y maravillados porque lo suelta con tanta naturalidad que me dan ganas de comérmela de un bocado. En el buen sentido, claro.

—Señorita. —Alzo un dedo y la señalo con él—. No vas a tener postre en una semana.

Juniper, lejos de lo que podáis pensar, aplaude encantada.

—¡Bien! —grita una vez más—. Porque mamá cocina de pena.

He creado a un monstruo. Y no puedo sentirme más orgullosa de ello de lo que me siento.

CAPÍTULO 42

El capi
Blue



¿Quién ha monopolizado la conversación de camino a casa de los Caldwell? Imagino que podéis haceros una idea, teniendo en cuenta lo que habla mi hija.

—Muy bien, peque, luego, cuando lleguemos a casa, nos sentaremos a escribir un poco, ¿te apetece? —le pregunta Aaron.

Y antes de que digáis nada, no, no me ha pasado desapercibida la forma en la que se refiere a mi casa. O a la suya. El hecho en sí es que nos incluye a ambas en la ecuación.

—¿Podemos hacerlo en tu casa? Pintar en tu casa es genial porque es más grande que la nuestra. —Mi hija coloca la pierna derecha detrás de la izquierda y hace exactamente lo mismo con las manos para luego mover la cintura de un lado a otro y hacerle ojitos al capitán de los Wild Warriors. Lo tiene justo donde quiere.

—Por supuesto. Mi casa es tu casa. —Aaron alza la vista y busca mi aprobación—. Siempre que mamá esté de acuerdo.

—A mamá le gusta tu casa. Cuando viajas, y le dejas tu llave, sube a revisar que todo esté en orden.

Maldita sea.

—Eso no quiere decir que le guste mi casa, sino que es una mujer responsable.

—Bueno —titubea mi hija, que no quiere darse por vencida—. Le gustas tú y tu casa. —Y con esa frase, concluyente y lapidaria, se echa a correr en dirección a la puerta de los Caldwell y nos deja a solas a los tres. Sí, sí, a los tres: a Aaron, mi bochorno y a mí.

—Espero que no te tomes en serio todo lo que suelta por la boca mi hija porque ni siquiera me gustas tanto. Solo un poco. —Muestro

un pequeño espacio entre el dedo índice y pulgar para que nos entendamos—. Ese poco, para ser mucho más exactos.

Aaron extiende un brazo y me rodea por la cintura, ahí, frente a todos, sin dudar, sin ponerse colorado, sin importarle nada que no seamos nosotros.

Nada que no sea yo.

—No me molesta —niega en repetidas ocasiones y me quedo embobada por la forma en la que esos mechones rebeldes se mueven con total libertad—. A mí me gustas mucho mucho muchísimo. Eso compensa con creces.

No puedo evitar que una sonrisilla se me dibuje en el rostro. ¿Por qué siempre tiene que decir este tipo de cosas? ¿Por qué tiene que ser tan buen chico? Tan atento, cariñoso y cercano. ¿Por qué me lo pone cada día más complicado?

—Tienes respuesta para todo.

Aaron asiente sin dudar.

—Tengo la respuesta perfecta —me contradice y a su vez me da la razón—. Vamos, antes de que te bese a mi antojo y empiece a gustarte cada vez más y más y no puedas esconderlo. —Me guiña un ojo y avanza lleno de confianza por el camino que lleva hasta la vivienda de los padres de Diddy.

Yo me quedo allí plantada unos segundos de más, recuperándome de su descaro y de lo mucho que me gusta ese chico y todas sus versiones, hasta las más vulnerables. Sobre todo, las más vulnerables.

—¿Vienes o piensas seguir mirándome el culo? —pregunta sin siquiera girarse.

Refunfuño, porque no tiene remedio.

—Te estás buscando esa mordida, pillín.

Aaron se gira y se lleva los dedos a los labios. Labios, que, por cierto, me resultan tan apetecibles…

—¿Estás hablando con mi culo?

Me acerco hasta donde está y me sitúo a su altura.

—A él le gusta, es un buen chico, como el dueño. No habla a menos que se lo pidan. Es educado.

—¿Educado? —inquiere sin perder el buen humor—. Es un culo.

Llevo mis dedos hasta él y lo pellizco.

—Podría ponerle nombre. Ya sabes… El capi —suelto de primeras.

Aaron alza una ceja, tan impactado como yo por el cariz que está tomando la conversación.

—¿El capi? —repite, divertido—. Suena a que manda más que yo.

Su mano ha vuelto a buscar mi cintura y no contento con eso, me estrecha de nuevo entre sus brazos.

—No te equivoques —replico—. También acepta diminutivos. El Capitán Glúteo cuando se pone serio, el Sargento Melocotón los domingos y… —Hago una pausa dramática—. el Almirante Cachete cuando camina así, creyéndose irresistible.

Aaron suelta una carcajada que le sacude los hombros.

—Esto se nos está escapando de control.

—¿Estás seguro? —insisto—. Porque aún no he terminado. Está el Señor Pompis, el Duque del Vaivén, Don Cachete Primero de su Nombre —enumero.

—Para —me pide riéndose—. Vas a conseguir que le pida un autógrafo.

—Oh, créeme —añado, inclinándome para susurrarle—, tiene club de fans. Y soy la presidenta. Estoy barajando preparar carteles en su honor y abrirle una cuenta de Instagram para darle el lugar que se merece —bromeo.

Aaron niega con la cabeza, rendido, y vuelve a echar a andar llevándome consigo.

—Venga, presidenta —me provoca—, antes de que le pongas corona y tengamos que presentarlo oficialmente en la cena.

Lo sigo sin pensarlo, sonriendo como una tonta, porque hay conversaciones que no deberían tener sentido y, aun así, lo tienen todo.

—Estoy segura de que Maddie no está en contra de poner un cubierto más. Sobre todo, si es para él.

—¿Vas a dejarlo ya? —me pregunta empujando su cadera contra la mía.

—En la alineación, ¿Donahue lo tiene en cuenta? Es más… —En esta ocasión soy yo la que se lleva los dedos a los labios y los golpeo con ellos—. Asher se ha adueñado de un número que no le

corresponde, el ochenta y ocho le viene genial al Sargento Melocotón —explico—. Y tengo argumentos de peso que me respaldan en mi…

Aaron me besa. Acalla mis argumentos, mis palabras, mis desvaríos y mi cordura o la escasez de ella, según se vea, con sus labios y, ¡oh, Dios mío!, no sabía que me apetecía tanto un beso hasta que me lo ha dado.

—¿Es una forma de distraerme?

—¿Funciona?

—Espera, no lo tengo del todo claro.

Tiro de su chaqueta de cuero y acerco su cuerpo al mío una vez más hasta que nuestras respiraciones se entremezclan, nuestras lenguas se encuentran y el mundo se reduce a ese punto exacto en el que su boca reclama la mía sin pedir permiso. Y, aunque lo hiciese, estoy más que convencida de que se lo daría sin dudar.

El beso nace lento solo para engañarnos, porque enseguida se vuelve profundo, cargado de una intención que me recorre la piel en forma de descarga. Aaron me sostiene por la cintura, firme, como si temiera que pudiese escaparme, y yo le respondo aferrándome a su chaqueta, a él, a la forma en que su presencia lo llena todo. Su lengua roza la mía con una seguridad que estremece, que promete sin decir nada, y mi respiración se quiebra contra sus labios.

Hay calor, hay urgencia contenida, hay una chispa que prende y no se apaga. Me besa con la familiaridad de quien me conoce desde siempre y, al mismo tiempo, con el asombro de quien acaba de descubrirme. Con la determinación de memorizar cada gesto, cada reacción. Ajeno a padres, a cenas y a caminos que recorrer, porque solo existe este instante suspendido en el que mi corazón late desbocado y mis piernas amenazan con ceder.

Cuando se separa apenas un centímetro, su frente descansa contra la mía.

—Ahora sí —murmura—. Creo que ya has ganado la discusión.

Sonrío sin aire en los pulmones, todavía temblando.

—No —le contesto—. Eso sí, acabas de empezar otra.

Y tiro de nuevo de su chaqueta buscando ese contacto que me sabe a poco.

—¿Ves? Por eso le gustas a mamá, porque ella nunca besa a ningún chico. Ahí tienes la prueba —resuelve mi hija con toda la intención del mundo.

—¡Juniper! —grito avergonzada.

—¿Qué? No lo ha visto nadie. Salvo Maddie, Carson, la tía Cassie, Ash y el tío Noah.

—Yo también os he visto comeros los morros —suelta Xavier, que está apoyado en el marco de la puerta de la entrada, mientras que el resto nos observa desde la escalera del porche.

«Tierra, trágame».

—Ha sido un buen beso —sentencia Noah—. Los de Gillian son mejores, pero os daré un notable.

—¿Un notable? —cuestiona Aaron, que, lejos de estar abochornado como lo estoy yo, parece más que satisfecho y se regodea en que nos hayan pillado.

Le pellizco el costado porque es lo primero que encuentro. Ni se inmuta.

—¿Eres de piedra o qué? —indago señalando esa parte que le tiene que doler, no he sido precisamente cuidadosa.

Aaron ladea la cabeza y le da la espalda a la familia al completo. Me observa con fijeza.

«Aaron, trágame».

—Tal vez luego puedo explicarte lo que tengo duro como una piedra.

Y con las manos en los bolsillos, una actitud del todo despreocupada y acompañado de algún que otro silbido, avanza hasta que se acerca a todos y reparte besos y abrazos, mientras que yo me quedo allí plantada, recuperándome del *shock*.

¿En qué momento hemos cambiado los papeles? Es para una amiga.

CAPÍTULO 43

Dando de qué hablar

Aaron



—Hola.

Cuando Sloane cruza la puerta de casa de los Caldwell seguida de Cassie y de Blue, no me queda ninguna duda de lo bien que han congeniado las tres. No es solo por la forma en la que se ríen, gesticulan o comparten bromas que solo ellas entienden, sino por la manera en que se miran, con cariño y con paz. Esa…, esa es la clave.

Busco a mi hermano con la vista para encontrarlo observando la escena como estaba haciendo hace unos instantes. La media sonrisa que muestra es indicio de que ha llegado a la misma conclusión.

—Un poco más tarde que yo —replico para buscarle las cosquillas.

—Cállate —musita empujándome.

Siempre me fascinará la forma en la que Ash y yo nos entendemos sin palabras. Es una conexión innata que siempre hemos compartido y que espero que tengamos toda la vida.

—Deja de comértela con los ojos —lo empujo.

—No eres el más indicado para dar esa clase de consejos, señor besucón.

Y es entonces cuando se pasea por la cocina enredando los brazos en su espalda y lanzando besos y mordiscos al aire. Le patearía el culo, pero me temo que los Caldwell no verán eso con buenos ojos.

—¿Se puede saber qué hace? —pregunta Noah situándose a mi izquierda y observando la escena entre perplejo y divertido.

—El tonto —replico yo, y la carcajada que suelta Gillian hace que Noah la mire embobado. Lo entiendo, ¿vale? Quizá en otras circunstancias me reiría de él, que no con él, por ser tan intenso. Sin embargo, a día de hoy y teniendo en cuenta que soy incapaz de actuar como una persona racional cuando Blue pulula por los alrededores, solo puedo palmearle la espalda y darle la enhorabuena —. Bienvenido al club de los enamorados —agrego.

Ash me escucha y nos guiña un ojo mientras coloca la cesta del pan en el centro de la mesa.

Juniper y Carson están bailando por la cocina y eso me saca una sonrisa. Esa niña es increíble, tanto como lo es su madre.

—Amigo, yo inauguré ese club. —Y se marcha de allí con esa altanería propia de alguien que sabe que tiene razón. Mucha razón.

—No me cabe la menor duda —añado, y él se ríe indicándome que ha escuchado mi comentario y la mordacidad del mismo.

Me gusta esto, ¿sabéis? Me gusta formar parte de esta familia. Cuando Ash… Bueno, cuando Ash comenzó a venir a cenar a casa de Carson y Maddie cada sábado, cuando Cassie le proporcionó eso que nunca tuvo y de lo que nunca pudo disfrutar y me invitaron por primera vez, sentí cierto recelo. Entendedme, no es que pensase que me iban a tratar mal o que iban a hacerme sentir fuera de lugar, es que me daba pánico sentir todo lo contrario. Me he aferrado durante tantos y tantos años a la idea de que nuestra familia pudiese ser así, que pudiesen compartir estas bromas desenfadadas, que todos ayudásemos o aportásemos algo en cada comida compartida, que hubiera muchas palabras que dijesen algo y miles en las que sobrasen porque la compañía ya nos daba todo lo necesario, que el pánico se apoderó de mí.

Entonces llegué, me acogieron como si siempre hubiese pertenecido a este lugar, a ellos, sin hacer preguntas, sin dudas, sin indagar en el pasado o prever el futuro, y fue tan cálido y reconfortante como natural.

A día de hoy no me imagino otro lugar para pasar los sábados por la noche que no sea aquí. Con estas personas que tanto me importan. Con Ash. Con Blue y Juniper.

La busco con la mirada y la encuentro empujando a Xavier en dirección a Sloane. No es necesario que me den ningún tipo de información porque es evidente lo que esas dos buscan.

—¡Mamá! ¡Papá! —grita Cassie, que se acerca a sus padres. Juniper aparta la vista y la clava en la recién llegada—. Ella es Sloane. —Y les guiña un ojo con complicidad.

¿Lo veis? Esa es la clase de gestos que no necesitan palabras porque todos sabemos lo que pretende mostrar.

«Tu futura nuera», grita cada gesto velado.

Me acerco a Blue y la rodeo con los brazos, apoyando la cabeza sobre su hombro. Me encanta esto, me encanta tenerla cerca y me gusta todavía más que me permita estar a su lado.

—Nada de romanticismos de esos, chico bueno —me advierte.

—Por supuesto que no —le explico y me defiendo—. No sé de dónde sacas esas conclusiones, me he tropezado y por pura casualidad mis manos han acabado rodeándote la cintura y la barbilla ha terminado en tu hombro. No hay nada romántico en ese gesto, Blue. Me temo que estás fatal si así lo crees.

Ladea la cabeza y el *piercing* de la nariz le brilla a causa de la luz de la lámpara de techo. Es tan guapa, joder, tan perfecta…

Y tan mía…, aunque ella no lo sepa.

Mi hermano siempre me ha dicho que es un cabrón con suerte por haber conocido a Cassie. Os juro que entiendo a lo que se refiere.

—¿Sabes a qué me recuerdas cuando te pones así de digno? —pregunta Ash de pronto desde el otro lado de la cocina, apoyándose en la encimera con una sonrisa cargada de malicia. Lo que es indicativo de que es un cotilla de manual.

Levanto la vista, todavía con Blue entre los brazos.

—No sé si quiero preguntar.

—¡Oh, calla! Si él no quiere, lo haré yo —contrataca Blue.

Ya sabemos por qué estos dos se llevan tan bien.

—¿Sabes que mi hermano casi se mata en el hielo? —añade—. Y, aun así, marcaste —me recuerda.

Xavier gira la cabeza como un resorte, otro que está pendiente a lo que sucede a su alrededor.

—Espera, espera…, ¿cómo que casi se mata?

Pongo los ojos en blanco.

Noah se suma al gesto.

—Esto promete.

Ash se aclara la garganta, encantado de tener público. Por supuesto, cómo no.

—Partido en casa, contra los Bears —empieza y sabe que tiene la atención de todos, incluso la de Carson, que sigue bailando con Juniper—. Íbamos fatal. De esos días en los que el disco nos rehuía como una plaga y el hielo parecía tener algo personal contra ti: una deuda pendiente o algo así.

—No le hagáis caso —murmuro.

—No —replica testarudo—. Te vi patinar como si fuera tu primera semana con cuchillas nuevas. Parecías un potrillo recién nacido.

Las risas se extienden por la cocina, y yo pongo los ojos en blanco. No me hace maldita gracia.

Quizá un poco.

—¿Qué pasó? —le anima Xavier.

—Últimos minutos del segundo periodo —prosigue Ash—. Aaron robó un disco en nuestra zona y salió disparado. Todo perfecto hasta que decidió cruzar por delante de la portería rival.

—Nunca hagáis eso —interviene Noah, conocedor del asunto y fan número uno.

—Exacto —asiente Ash, que alza el pulgar para darle su beneplácito—. Se le enganchó la cuchilla con una marca del hielo, perdió el equilibrio y desapareció de mi campo de visión. De forma literal.

—Porque se cayó —puntualiza Blue.

—Porque se estampó —la corrige mi hermano encantado con ello —. De cabeza. Dentro de la portería.

Xavier suelta una sonora carcajada.

—¿Dentro dentro? —pregunta Noah, se ha llevado un trozo de pan a la boca, solo le falta la cerveza. Podrían ser comentaristas.

—Dentro dentro —confirma Ash—. El portero no sabía si parar el juego y llamar a emergencias o descojonarse en su cara.

La segunda opción, seguro.

—Me levanté rápido —me defiendo.

—Te levantaste como pudiste —asegura—. Con el casco torcido y cara de querer asesinar a alguien. Sobre todo, si alguien se reía de ti.

—Eso sí me lo creo —añade Noah.

Ash sonríe y continúa:

—El árbitro no pitó. El disco seguía moviéndose. Yo lo recogí en la banda derecha y, cuando levanté la cabeza, ahí estaba él. Salía de la portería rival con el pecho hinchado, parecía que acabase de renacer.

—¡Aleluya! —grita Blue aplaudiendo.

—Eso fue instinto —susurro más bajo a la vez que le pellizco el culo.

Ella se revuelve y se ríe.

Ash me mira un segundo antes de seguir, con algo más serio en la voz.

—Eso fue cabezonería. Te pasé el disco sin pensar.

—Y yo tiré —añado.

—Y marcó —cuenta Ash—. Todavía con media grada riéndose y la otra mitad sin entender nada.

Xavier aplaude una vez, encantado con la anécdota.

—Ese gol lo vi —apunta desde el otro lado, con Sloane a su derecha—. ¡El del tío que se cayó dentro de la portería! Fue épico, que conste.

Noah niega con una sonrisa admirada.

—Eso es cine.

—Eso es Aaron —responde Ash—. Se cae, se levanta y te clava un gol sin que te lo veas venir.

Me encojo de hombros, pero no puedo evitar sonreír.

—¿Veis? —digo—. Ni en el hielo ni fuera de él hay nada romántico en tropezarse.

Blue resopla contra mi cuello y se gira para colocarme las manos sobre los hombros unos segundos que me saben a poco.

—Claro que no —responde—. Igual que ahora.

Ash nos señala con el dedo, triunfal.

—Exactamente eso —explica—. Siempre acaba igual, en el sitio correcto, aunque llegue dando tumbos.

La afirmación flota en el aire. Blue frunce el ceño porque ha entendido lo que mi hermano quería decir. Yo, por mi parte, no lo niego, porque es cierto que estoy en el lugar correcto siempre y cuando ella esté en él.

—¿Qué estáis tramando vosotras dos? —pregunto haciendo alusión a la escenita que está montando Cassie y obviando al resto de la familia, que sigue riéndose de mí por haberme caído.

—¿Nosotras? —Ladea una vez más la cabeza y enreda las manos en mi nuca. No me aparta, al contrario—. No sé de qué hablas. Es una cena porque, como siempre dice Diddy, hay que cenar, y los Caldwell cocinan de lujo.

—No como otras —sentencia Noah, que pasa por allí y cotillea de todos lados.

—Eres lo peor —se defiende Blue.

Noah se alza de hombros y avanza hasta donde se encuentra Gillian, le da un beso en la nariz, y ella le pellizca el culo.

—Y así es como se me quita el apetito —susurra Blue.

A pesar de todo, no pierde el buen humor y sé que está bromeando. Me gusta que lo haga.

—Vale, tortolitos. —Todos, y cuando digo todos es todos, prestamos atención a las palabras de Maddie, que pone los ojos en blanco cuando se percata de que ninguno hemos entendido que se refería a Noah y Gillian, pues por lo visto los pellizcos han dado paso a algunas cosas más—. A la mesa y las manos quietecitas —les advierte.

—¿Eso es una broma sexual? —pregunta Juniper.

La cara de Carson cambia de color de pronto. Noah abre la boca, Ash boquea porque está en *shock,* y Cassie…, Cassie se parte de la risa.

—Porque hoy Caleb le ha dicho a mamá y a Aaron que si estaban haciendo bromas sexuales y creo que Noah y Gillian también las hacen. Porque también se besan y esas cosas. —Los señala mientras lo explica de una forma de lo más convincente.

—No, cariño, eso no es una broma sexual —le explica Carson con toda la paciencia del mundo.

—Mamá, no me lo has explicado bien, sigo sin entenderlo. ¿Puedo pedirle a la profe que me lo explique?

Me percato de cómo Blue abre los ojos, aterrorizada, porque algo así pueda suceder.

—No —se adelanta soltándome, la agarra de la mano y la saca de la habitación.

—Eso es así siempre —señala Xavier para que todos nos entendamos—. Los líos en esta casa se resuelven fuera de la cocina, no lo comprendo, con lo que nos gusta a todos saber cómo acaban las cosas.

—¡Van a acabar con mi puño en tu cara! —le grita Blue al otro lado, porque se ha enterado, vaya si lo ha hecho.

Me río. Es imposible no hacerlo.

—Con violencia también terminan de vez en cuando —asegura Xavier mientras arrastra la silla para indicarle a Sloane que tome asiento.

Vaya…, vaya con el caballero.

—¿Siempre os comportáis de esa forma? —pregunta Sloane, que toma asiento.

Sin embargo, y a pesar de todo, no noto que esté asustada y quiera salir huyendo, más bien muestra una curiosidad innata.

—Ah, no, ¡qué va! Somos todavía peores —explica Noah.

A lo que todos respondemos con una serie de asentimientos para que entienda que es real.

—Tenemos un chat —cuenta Cassie.

—Un chat en el que nadie me ha metido —concluyo haciéndome el ofendido.

—Porque hablamos de ti —explica Cassie como si tal cosa.

Busco a mi hermano, que ya ha tomado asiento y se ha cruzado de brazos. Sonríe presuntuoso el muy cabronazo. Lo que significa que es verdad.

—Por lo que veo, todos hablan de mí —ironizo y me cruzo de brazos yo también.

—Mira qué llorica —me acusa Noah entre risillas. No se molesta siquiera en disimular cuando me señala con el dedo y se ríe como

una cabra montesa—. Cuando formes parte de la familia de forma oficial, entonces estarás en ese grupo.

—Te aconsejo que no entres, Aaron —explica Gillian—. Dos días y tuve que abandonarlo. Te sacarán de tus casillas. Hasta fotos de huevos peludos se envían.

—Mamá, yo quiero estar en ese grupo con huevos peludos. —Carson se atraganta. Se atraganta de verdad. Es decir, escupe incluso el agua que estaba tomando, y Maddie le da una servilleta antes de que el estropicio sea todavía mayor—. Los huevos no son peludos. Nunca he visto unos huevos peludos —insiste Juniper, que, por lo visto, acaba de entrar y ya se está liando de nuevo.

—A ver, sí que los hay, peque —rumia Asher.

Me temo que Blue y su mirada indican que quiere cortarle la cabeza.

—¿Dónde? Quiero verlos —insiste.

Ash apunta a Xavier con el dedo índice.

—¿Yo? No, perdona, los míos están perfectos.

—Se refiere a perfectamente peludos —señala Noah, que a él poco le hace falta para entrar al trapo y avergonzar a todos los presentes.

—¿Podemos dejar de hablar de huevos peludos? —insiste Maddie, que reparte servilletas.

—Gracias —indica Asher, que es un gilipollas, eso sí, educado.

—¿Eso tampoco puedo preguntarlo en el colegio?

—¿Sabías que tu madre es una excelente dibujante? —inquiere Cassie.

Blue cambia de color, y yo me parto de risa al verla.

—¿Mamá? Pues espero que se le dé mejor que cocinar porque… *puajjj*.

—Oh, vaya, gracias. No estoy presente, podéis seguir metiéndoos conmigo. Solo me encargaré de vengarme y no os gustará.

—Bah, no te tenemos miedo.

Blue le da una colleja a Noah, que es el que tiene más cerca y el que ha pronunciado esas palabras.

—¿Te ha gustado esa? Porque tengo más.

Me carcajeo, es que no puedo evitarlo, y Sloane lo hace conmigo.

—¿Están un poco…? —Simula una mueca de locura que todos, absolutamente todos, pillan.

—Y esto acaba de empezar —sentencia Xavier a su lado—. Y, bien, ¿quién es el siguiente?

—Ah, yo, yo tengo una pregunta. —Juniper alza la mano—. ¿Te vas a besar con Sloane?

Todos los presentes rompemos a reír. Todos excepto Xavier, que se ha puesto colorado.

Aquí se cuece algo.

CAPÍTULO 44

Indescriptible
Aaron



—Tengo una cosa para ti —le explico a Juniper una vez cruza el umbral de la puerta de mi casa. Lo prometido es deuda y le dije que esta noche podríamos ver una peli en mi tele, que, según ella, es gigante.

También me preguntó en el coche, mientras veníamos de camino, si podía lavarse el pelo con mis jabones caros, y Blue soltó una risilla de suficiencia. Es malvada. Malvada y maravillosa, joder.

—¿Una sorpresa? ¿Una sorpresa? —insiste por segunda vez como si la primera no hubiese sido suficiente.

Blue avanza hasta llegar al salón, se descalza y toma asiento en el sofá, colocando una pierna bajo su muslo y dejando la otra extendida al frente. Me gusta que se sienta como en casa aquí conmigo.

—Exacto. Tienes que esperar con mamá en lo que yo voy a buscarla —recito mientras me pierdo por el pasillo en dirección a mi habitación.

Escucho cómo ellas siguen hablando y cómo Blue le pide que no sea ansiosa, cosa que es evidente que no va a suceder.

La encuentro sobre la cama porque allí la dejé preparada y regreso sobre mis pasos con ella escondida tras la espalda. Juniper comienza a dar pequeños saltitos en el mismo sitio a la vez que los acompasa con palmadas.

—¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es? —repite de forma constante.

—Bienvenido a mi mundo —arguye Blue, que se ha colocado de lado y también apoya la mejilla sobre el puño. Nos observa con atención.

—Encantado. —Hago una reverencia, y Juniper aprovecha para rodearme e intentar quitarme el regalo.

—Juniper, ¿qué hemos hablado sobre tener paciencia?

Ella se alza de hombros dando a entender que las normas y el decoro le importan tres pepinos.

—Que es importante tener paciencia. —Blue asiente satisfecha—. Excepto cuando hay regalos, entonces no. —Juniper amplía su sonrisa y por ella se le ve esa paleta que ya ha empezado a aparecer. Hasta hace poco, solo tenía un hueco.

—No puedo culparla de que sea como su madre.

Su madre ladea la cabeza y sonríe de nuevo. Su pelo, rebelde como su dueña, le cae sobre el hombro y se le queda apoyado sobre el pecho. ¿Me he quedado embobado observándola? Ni siquiera sé por qué me sorprende. A ti tampoco debería.

—Aaron. —Se impacienta y comienza a dar pequeños pisotones frente a mí.

No lo demoro más, extiendo el pequeño paquete que he envuelto —o lo he intentado—, y Juniper lo sujeta con decisión. Ni siquiera me ha dejado pronunciar palabra alguna y ya ha arrancado el papel y lo ha tirado a su lado.

Blue suelta una carcajada.

—Bienvenida a mi mundo —repite como una autómata.

—¿Qué es esto? —me pregunta Juniper con la caja entre los dedos.

Me dejo caer al suelo y extiendo las piernas cuan largas son. Blue se levanta y se sitúa a mi derecha, con las suyas dobladas y los talones apoyados en el culo. Se me va la vista hasta esa zona una vez más, porque sí, ha decidido que es un buen día para volver a ponerse esos pantaloncitos, y yo he decidido que es una noche increíble para volver a arrancárselos.

No, no he dejado de pensar en eso.

Carraspeo y el brillo malicioso en el gesto de Blue me da una pista de que sabe hacia dónde se han dirigido mis pensamientos.

—Es una caja de logros —explico.

Juniper la mueve y revisa cada cara de la caja.

Es rectangular, no muy grande, del tamaño justo para que le quepa entre las manos sin que tenga que forzar los dedos. También me he asegurado de que no pese mucho y que tampoco parezca que está a punto de romperse. El cierre es imantado y hace un *clic* suave cuando lo prueba.

En la tapa está su nombre escrito con letras de distintos tamaños, mayúsculas, minúsculas y de diferentes colores. Ninguna se parece demasiado a la otra, pero juntas encajan. No hay florituras, ni letras raras que se retuerzan. Es fácil de leer. Incluso de lejos, porque esa era la intención.

Pasa el pulgar por la J y sigue cada línea con el dedo.

—Es bonita —dictamina.

Por dentro, el fondo es claro, liso, sin dibujos que distraigan. Varias tarjetas gruesas descansan en un lado, cada una con un dibujo grande en la parte superior: una estrella torcida, una taza humeante, un rayo, una bici… Abajo, frases cortas, pocas palabras, mucho espacio en blanco. Espacio para escribir. Espacio para ella.

En el otro compartimento hay fichas de colores, pequeñas, redondas, como las de un juego de mesa. Juniper las hace tintinear al mover la caja y sonríe cuando emite el sonido.

—¿Y esto? —pregunta, sacando una amarilla.

—Eso también cuenta —le digo—. No todo hay que escribirlo.

Blue se inclina un poco hacia adelante, llena de curiosidad. Veo cómo entiende algo sin que nadie lo diga. No pregunta, solo observa.

La pequeña vuelve a meterlo todo dentro con cuidado, como si la caja ya tuviera normas propias, y la apoya sobre sus piernas.

—Entonces… —Alza la vista—. ¿Para qué sirve esta caja?

Sonrío.

—Es una caja donde puedes guardar todos tus logros, los pequeños pasos que has ido dando y en los que quizá no has reparado. Por ejemplo…

Tomo un trozo de papel, cojo un lápiz de color rosa con purpurina, lo apoyo en el suelo y escribo con letra legible. Cuando he terminado

lo extiendo y se lo entrego. Blue se inclina hacia adelante para leerlo ella también.

—Hoy —titubea y lee despacio—. Hoy —repite y se queda pensativa. Pasan varios segundos. Muchos segundos en los que no abrimos la boca, porque hay que dejarle su espacio, darle su tiempo, no presionarla ni señalar lo mucho que tarda en leer o si le cuesta hacerlo—. ¿Es una b? —Asiento y coloco el dedo sobre otra palabra para ayudarla a centrar la atención en ella y que no pierda el hilo—. Hoy has po… —vacila de nuevo. Blue clava la mirada en mí y veo en ella el rastro de la preocupación. Es normal, lo entiendo, pero todo va a salir bien. Sé que Blue no es muy amiga de ese tipo de frases. Yo sí. Porque confío, porque soy positivo, porque voy a estar aquí para que ellas, las dos, se apoyen en mí y no se sientan solas. Nunca más—. Hoy… has… po… *pudio*… con la… d.

Blue interviene.

—¿La qué?

—La… b.

—Hoy has podido con la b —repito yo y señalo el resto. Juniper baja la vista, sé que lucha contra esa parte que quiere rendirse—. Queda lo mejor de todo. —Y eso la motiva a continuar.

—*Etoy*… Es… est… estoy…

—Muy bien. —Le revuelvo el pelo.

—Es… toy… orgu… lloso. Estoy or… orgu… orgullo… orgullo… orgulloso.

—¿Lo ves? Esta caja es para que nunca jamás se te olviden las cosas buenas. Para recordarte que puedes, que siempre siempre vas a poder porque eres una villana principesca, y esa clase de chicas puede con todo lo que se le ponga por delante —sentencio lleno de convicción.

Noto la caricia sin siquiera haberla esperado. Es Blue, su mano se sitúa sobre la mía, que está en el suelo. La recorre despacio, con ligereza, como si quisiera quedarse allí para siempre. El pecho se me calienta y algo dentro de mí se relaja y se estremece al mismo tiempo.

Juniper inclina la cabeza, concentrada en la caja, en la nota que acaba de leer, en mis palabras. Los hombros le tiemblan un poco y

sé que está sonriendo. Toma otra tarjeta en blanco y la frota entre los dedos con extrema lentitud, midiendo cada trazo que va a poner.

—¿Yo también puedo escribir algo? —pregunta con cierta timidez.

—Por supuesto. —Asiento satisfecho—. Es tu caja de logros. Puedes escribir cosas importantes, cosas que te hagan sentir bien. Ahí dentro solo puede haber cosas buenas, cosas que te hagan sonreír.

Es mi turno de inclinarme y de colocar ambos pulgares sobre la comisura de sus labios y ensancharle la sonrisa. No me cuesta demasiado porque Juniper es la niña más vivaracha que conozco.

La observo mientras cierra los ojos un momento y cuando los abre se pone manos a la obra.

Blue me mira a mí y luego a su hija. Los ojos le brillan. Por un instante todo el mundo desaparece. Veo la ternura y el orgullo mezclados con algo tan intenso que me cuesta identificar qué es. Sus labios se curvan en una sonrisa apenas contenida y un hilo de emoción hace temblar su mandíbula.

—Gracias —murmura cuando me observa una vez más.

Se inclina hacia adelante y apoya las manos en mis muslos antes de darme un beso. No un beso cualquiera, es un beso completamente nuevo. Lleno de palabras que nunca serán pronunciadas y de gestos que dicen más que cualquier otra cosa.

De cariño. De respeto. De vulnerabilidad.

Y yo se lo devuelvo de la misma forma y del todo diferente. Es un beso que encierra verdades.

«Estamos juntos en esto y en lo que quieras».

«No tienes por qué hacerlo sola».

«Te quiero».

Desvío la mirada hasta la pequeña, que se muerde la lengua mientras termina su trabajo.

«Os quiero».

—¡Ya está!

Blue se coloca a mi lado y enreda la mano en mi antebrazo a la vez que apoya la cabeza en mi hombro.

—Aaron me gusta mucho —leo en voz alta.

Juniper cabecea afirmando en varias ocasiones.

—Y es verdad. Nada de mentiras —sentencia—. Recuerda las normas —explica, y mi cabeza vuela a aquel viaje en el coche en el que les conté lo que hacía mi padre. Parece que ha pasado mucho tiempo—. Es tu turno, mamá.

Le tiende una tarjeta, y Blue la sujeta sin dudar. Coge de entre todos los lápices uno de un tono azul índigo y esconde la tarjeta en la palma de la mano.

—No vale mirar, no seáis tramposos.

Juniper se levanta y se recuesta en mi costado. Bosteza y se enreda el dedo en pequeños mechones, como hace siempre que tiene sueño y que empieza a sentirse cansada.

—Vale. Ya lo tengo. —Extiende los brazos y los aleja para que leamos la nota.

—A… A… Mmmm… mí… A mí…

—Muy bien —la animo estrechándola todavía más contra mí.

—A mí tam… tam… ¡también! —Ladea la cabeza sin entender—. ¿A ti también qué, mamá?

Blue sonríe, y yo…, yo soy un completo imbécil cuando me percato.

—A mí también me gusta Aaron.

Juniper se acurruca contra mi costado, con los dedos enredados en mi camiseta, y exhalo con ella pegada a mi cuerpo. Blue me aprieta la mano, apoyando la cabeza en mi hombro, y siento cómo el mundo se reduce a nosotros tres. A este instante.

La tarjeta queda sobre la caja, siendo testigo de lo que hemos compartido. Blue me regala un beso suave en la mejilla, sin prisa. Juniper, por el contrario, suspira satisfecha, confiada y tranquila, y por un segundo todo encaja. Nosotros, aquí, juntos, en un silencio que no precisa de más porque es todo lo que necesitamos.

Es absolutamente perfecto.

Y es nuestro.

CAPÍTULO 45

Pasado pisado
Aaron



—¿Ya se ha dormido?

Hemos bajado al apartamento de Blue porque Juniper se durmió en mis brazos. No hizo falta contarle un cuento, tampoco arroparla, se quedó dormida poco después de arrebujarse en mi pecho, con un dedo enredado en el mechón de pelo y del todo relajada. Cuando cruzamos el umbral de la puerta, abrió los ojos y me preguntó si podía ser yo el que la llevase a su habitación. ¿Cómo iba a negarme ante tal petición?

—Como un lirón.

Cruzo de un par de zancadas el salón y tomo asiento al lado de Blue. Me tiende una copa de vino blanco y la acepto a pesar de que no suelo beber y menos un día antes de un partido.

—¿Y bien? ¿Todo listo para mañana?

Ladeo la cabeza y la observo darle un largo sorbo a la bebida. Está tensa, nerviosa y su actitud dista mucho de la chica extrovertida que es siempre.

—¿Vamos a hablar del enfrentamiento de mañana?

—¿No te apetece?

Dejo la copa de vino sobre la mesa, y ella sigue mis movimientos sin dudar. Yo hago lo mismo con los suyos.

—La verdad es que no —sentencio y bajo la vista hasta ese pantalón corto—. Te lo has puesto a propósito, ¿verdad?

Blue suelta una risilla y mi comentario parece haber causado el efecto deseado.

—Puede —responde sin andarse por las ramas—. Nunca lo sabrás.

—¿Estás segura de ello?

—Tan segura como de que te caíste y acabaste con la cabeza y el cuerpo metidos en una portería.

Extiendo las manos para hacerle cosquillas, y ella se levanta de pronto marcando distancia.

Ya sé lo que le sucede, entiendo lo que ocurre, quizá he sido demasiado osado al comprarle a Juniper su caja de los logros, no por el hecho en sí, sino por lo que representa. Sin embargo, no me arrepiento de ello y no pienso hacerlo jamás. Considero que Juniper necesita acordarse cada día de que puede con todo y que hay muchas cosas buenas por las que vale la pena luchar, que no todo es gris o negro y que cada día está lleno de oportunidades y es imprescindible que lo pueda recordar.

—¿Por qué lo haces? —pregunta ella trayéndome de regreso al presente.

Podría deciros que me pilla desprevenido, que no esperaba que lo formulase, que íbamos a dejar que todo eso pasase sin más. Conozco a Blue lo suficiente como para saber que no es de las que se andan por las ramas, es directa en todos los sentidos, y esto solo reafirma mi forma de verla.

De quererla.

—Porque os merecéis eso y más. Juniper se lo merece. Necesita que alguien la valore y tú, Blue, tú también. No tienes que cargar con todo sola. De hecho, no debes hacerlo. Me niego a que lo hagas.

—Y no lo hago.

—¿Estás segura de ello? —repito mi pregunta anterior solo que esta vez lo hago con otro fin, uno mucho más real, más doloroso—. No niego que los Caldwell te ayuden, porque lo hacen.

—Joder, sí —apunta ella cortando mi discurso.

Asiento para darle a entender que estoy de acuerdo.

—Lo sé. Y también sé que te privas de muchas cosas, que has sacrificado tu vida y has entregado todo por esa niña.

—Es lo más importante que tengo, Aaron. —Alza un dedo increpándome con él. Ahí está la mujer guerrera que lucha contra todos y todo por lo que más quiere.

No sabéis lo orgulloso que me siento cuando escucho esa clase de afirmaciones, porque Juniper se merece a una madre como Blue, y Blue se merece… Blue se merece todo lo bonito que pueda haber en este mundo. Esté yo a su lado o no.

—Lo sé.

Sujeta la copa entre las manos y se la lleva de nuevo a los labios. En su mirada veo el brillo de la emoción y las cargas que soporta. La soledad, la presión, las injusticias, hacer malabarismos con la vida para llegar a todo, las interminables jornadas de trabajo…, pues claro que se merece ser feliz. Más que nadie.

—Por eso no entiendo cómo es posible que todo haya terminado así —murmura ella y se aleja en dirección a la ventana—. No entiendo cómo es posible que mis padres, mi madre… —Los hombros se le tensan y me dirijo hasta donde se encuentra. No invado su espacio, solo la acompaño, porque precisa hacer esto sola, necesita soltar esa carga y la entiendo, porque yo también lo he necesitado. La culpa, el dolor, el miedo, el arrepentimiento, son sentimientos que no se ven, pero que dejan una huella pesada. Muy pesada—. No entiendo cómo pudieron abandonarme a mi suerte. Sin más.

Aparta la mirada de la ventana y de la noche de Vancouver y observa el pasillo por el que hace minutos Juniper y yo nos perdíamos como si necesitase recordar que lo más importante de su vida está a un par de metros de distancia.

—No hay explicación para ciertas cosas, Blue. Por más que te empeñes.

No hace mucho me dio pinceladas de su vida. Un secreto suyo por uno mío y un «que les jodan» que nos hizo sentir un poco mejor. Hoy. Esta noche. En este instante… me está explicando todo. Me está haciendo partícipe de ese dolor y de su lucha. Sí, frente a mí tengo a una villana principesca de tomo y lomo.

—Me dejaron sola. Embarazada de tres meses, abandonada a mi suerte y no les tembló el pulso cuando me echaron de casa. Mis hermanos apartaron la vista, yo pensé…, pensé que me ayudarían, que darían un paso al frente por mí, y no lo hicieron. No lo hicieron —repite.

—Yo tampoco lo hice —le recuerdo.

Chasquea la lengua con desaprobación.

—No es ni por asomo lo mismo.

—No, por supuesto que no. Hablo de que a veces nos paraliza el miedo. Y que conste que no los defiendo, a ninguno de ellos. Los odio sin siquiera conocerlos. Por lo que te han hecho. Por abandonarte, por abandonaros a las dos.

La mirada de Blue se enternece.

—No digas eso. Yo no los odio. —Su afirmación me pilla con los pantalones bajados—. Al principio lo hacía, ¿sabes? —Deambula por el salón y da vueltas alrededor del sofá, sé por qué lo hace, necesita moverse para aclarar sus ideas o para tener valor para contarlo todo. Para dejarlo salir por fin—. Porque… ¿Cómo abandonas a tu hija embarazada?, ¿a ese bebé que viene en camino y que se supone que es una bendición? ¿Cómo dejas que estén solas a su suerte? —Niega en repetidas ocasiones intentando racionalizar sus propias palabras. La imagino dándole vueltas una y otra y otra vez a todo esto, buscando respuestas que no iba a encontrar porque, en ocasiones, es más sencillo de lo que parece—. Al principio pensé que era yo, que era mi culpa, que me lo había buscado sola por no ser cuidadosa. Estuve meses en los que me odié tanto tanto, Aaron… —confiesa y mis manos buscan su cuerpo, necesito abrazarla, necesito que sienta mi calor, el latido furioso de mi corazón. Quiero que sepa que estoy aquí pase lo que pase—. Entonces miraba hacia abajo y veía esa barriga que iba creciendo y redondeándose poco a poco —murmura contra mi pecho y siento la vibración de sus palabras en cada parte de mi ser—. Y dejaba de buscar culpables, de ahondar en los motivos, de intentar encontrar respuestas porque por ella haría lo que fuese. Aun sin conocerla. Me juré que la protegería contra cualquier daño, contra cualquier persona. Que gastaría todo mi esfuerzo y mis energías en cuidarla como no me habían cuidado a mí. Y que ella siempre sería mi elección. Por encima de mí misma, Juniper sería mi prioridad.

»Me quedé en la calle. Cassie y sus padres me abrieron la puerta esa noche. Y la siguiente y la siguiente y la siguiente. Juniper nació mientras compartía habitación con Diddy. Me compraron una cama,

a Juniper le compraron una cuna y nos colmaron de felicidad. Vivimos unos años bajo ese techo hasta que todo empezó a enderezarse, hasta que pude ver la luz al final del túnel.

La estrecho todavía más contra mi cuerpo. Siento el frío del suyo y sé que es por culpa de los recuerdos.

—A pesar de todo. —Se separa de mí, aunque con los brazos todavía sujetos a mis costados, lo hace solo para mirarme a los ojos mientras se sincera, se abre, me muestra toda esa parte que le duele y que la ha hecho sentir sola y llena de vulnerabilidad—. A pesar de haber perdido a mis padres y a mis hermanos, no cambiaría nada. Nada de nada. Porque gracias a eso supe lo qué era de verdad tener una familia. Y no hablo solo de Maddie y Carson, de Diddy, Noah y Xavier. Hablo de Juniper, de que ella ha convertido en hogar todo. —Extiende los brazos y señala el espacio. Ahora es este, pero bien podría ser cualquier otro—. De la lección de vida que me dio al nacer, de cómo llegó para revolucionar mi mundo, para enseñarme que cada día aprendo algo nuevo con ella: una sonrisa diferente, un abrazo mejor que el anterior, una palabra, un gesto, un beso o un refrán que nos inventamos. Una norma que nos protege. Una persona que llega y tambalea tus cimientos. —Me posa una mano en la mejilla y me sonríe con ternura. Sé que ella también lo siente, sé que también nota esto que hay entre los dos, sin olvidar que necesita más tiempo porque es prudente. Es madre. Joder, es una puñetera reina de verdad.

»Lo que escribí en aquel papel antes es cierto, Aaron. Sí que me gustas. Me gustas de verdad.

Pero… Sé que hay un «pero». Lo percibo. Lo noto. Lo siento en cada parte de mi ser.

Aun así, no pronuncio palabra alguna sobre ello, porque estamos aquí. Los dos. Y porque estoy dispuesto a aceptar cualquier cosa que me dé.

Y a quedarme.

Eso también.

Entonces Blue se pone de puntillas y sus labios rozan los míos, enreda los dedos en mi pelo y su lengua se aventura en busca de la

mía. Y se me olvida todo porque he llegado al paraíso. Y quiero quedarme para siempre en él.

CAPÍTULO 46

El poder del miedo

Blue



—Bésame —le pido en un arrebato de valentía.

No es solo el hecho de lo que Aaron hace por nosotras, es lo que me hace sentir cuando lo tengo cerca. El miedo y la vulnerabilidad son conceptos muy peligrosos, demasiado quizá, sobre todo, cuando sabes lo que es tocar el cielo para, poco después, caerte de bruces sobre él y perder eso que llamabas felicidad, y ahí es cuando todo se quiebra y cuando esos dos sentimientos se sitúan a la cabeza del resto dejándote sin respiración.

Sin esperanza.

Una noche. Dos o tres, ¿recordáis? Si esta fuese nuestra última noche, querría que sus labios fuesen el lugar donde todo termina.

—No tienes que pedirlo, Blue.

—Soy una chica mala con buenos modales, ¿recuerdas? —Hago mención a nuestra última vez, cuando me dijo eso, justo eso, cuando me preguntó dónde habían quedado mis buenos modales, y yo le respondí suplicando por su polla.

Aaron ladea la cabeza y me regala una sonrisa increíble, una que pienso atesorar pase lo que pase. Una sonrisa que guarda muchos matices y demuestra muchas cosas.

—¿Alguna vez te han dicho lo increíble que eres?, ¿lo divertida, lo ingeniosa y lo tremendamente valiente, Blue?

Trago saliva y actúo de esa forma que tan arraigada tengo sin tener en cuenta que esas dos preguntas se cuelan dentro de mí por ese pequeño hueco por el que Aaron se ha abierto paso para ponerlo todo patas arriba.

—No, no lo han hecho porque no es necesario que lo hagan, yo sola lo sé.

Sola: esa es la palabra clave de todo. De mi vida. De mi historia.

Aaron chasquea la lengua y se inclina, estudiándome. Su mirada desciende poco a poco, de una forma tan suave y sutil que siento cómo me quema con cada vistazo que echa.

—A propósito —sentencia apuntando hacia mis pantaloncitos. Los mismos de ese día que me colé en su casa y lo espié tras la puerta del baño—. Lo has hecho a propósito —matiza, y sonrío ladina. Sabe qué dirección ha tomado mi cabeza y qué recuerdo tengo más que presente—. Ya puedes quitártelos. —Los señala con el dedo índice, y sigo su orden sin dudar.

Porque quiero esto.

Porque necesito esto.

Porque lo necesito a él.

—No veo la hora de que grites mi nombre cuando te corras —añade, y casi trastabillo ante la indecencia de ese comentario.

Nunca: esa es la respuesta más rápida y fácil que podría daros si me preguntáis cuándo me acostumbraré a lo sucia que tiene la boca el capitán de los Wild Warriors. Y tampoco será fácil hacerlo porque no te esperas que sea de esa forma en absoluto.

Cuando le dije, tantas semanas atrás, que parecía tener setenta años por lo recto, cabal y meticulosamente ordenado que era, no tenía ni idea de la cura de humildad que me iba a dar en otros sentidos. Puede que Aaron sea el tío más riguroso y organizado que existe, pero en temas sexuales es el más guarro que he conocido. Y que conoceré.

Lleno mis pulmones de aire en un vano intento por recuperar el aliento ante sus palabras y su proximidad. Pasea el dedo índice por mi brazo con extrema lentitud como si necesitase encender cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Apuesto a que esa es su intención, a que siempre lo ha sido: darme algo que nunca nadie pudiese entregarme.

Ni siquiera me da tiempo de soltar alguna broma o chascarrillo que rompa la tensión sexual que se ha instalado entre los dos porque, cuando abro la boca con la intención de hacerlo, su lengua

ya se ha colado entre mis labios y juguetea con la mía. Se funden. Me saborea.

Me consume.

—Joder, Aaron —es la única réplica que puedo hacer justo antes de abalanzarme de nuevo a por él.

Su respuesta se limita a un gruñido que electrifica el ambiente.

—Estás deseando que te toque. Que te lama. Que te deje inservible, ¿verdad? —¿Para qué asentir si ya lo sabe?—. Y yo voy a darte lo que quieras porque eso es lo que hacemos los buenos chicos: callarles la boca a las chicas malas con su polla.

Como si sus palabras no hubiesen sido suficiente para mis oídos, me estampa contra la pared que hay al lado de la ventana de la calle. No, no nos hemos movido de aquí.

Giro la cabeza y observo la calle. El deambular de las personas que pasan por allí en dirección a sus casas, a su trabajo o a tomarse la última copa. Lo que sea.

—Pueden vernos —rumio en voz alta tras caer en la cuenta de ello.

—Ah, ¿sí? —Aaron se hace a un lado y sujeta la pequeña cortina blanca con ribetes azules. Mi color favorito. El tono de sus ojos. El color del cielo en un día de verano. El de la libertad del mar.

—¿Qué haces?

—Abrirla bien para que nos vean. Para que vean cómo te follo contra este cristal. Para que todos sepan que ese coño es mío. Que esa boca es mía. Que tú también lo eres. Y, ahora, ponte de rodillas, Blue.

Lo hago sin dudar. ¿Cómo iba a negarme a algo así? Intento olvidarme de que mi hija duerme a pierna suelta en esa habitación y de que es posible que todo el barrio me vea el culo desnudo esta noche.

Aaron gira la cabeza y observa el pasillo con detenimiento, parece haber llegado a la misma conclusión que yo y que estamos comportándonos como un par de desvergonzados.

Me reiría porque no le veo el problema. De hecho, en este instante y con lo excitada que estoy, cualquier cosa es una ventaja.

—Cuando duerme, nada la despierta —le explico.

Aaron asiente y lleva los dedos al ojal de su vaquero. Tres botones que observo cómo desabrocha y, con cada uno que suelta, mi centro se contrae de anticipación.

Cuando su polla queda por fin libre, y se yergue frente a mí, suelto un jadeo.

—Abre la boca —me pide y en cada una de esas tres palabras va implícito un punto de exigencia, una orden, porque al capitán de los Wild Warriors le gusta tener el control y a mí, en cierto modo, me gusta cederlo.

Su rostro se ensombrece mientras hago justo lo que me pide. No me muevo. Permanezco desnuda de cintura para abajo, con las manos apoyadas en los muslos y la boca abierta para él. A su merced.

—Qué boca tan sucia y apetecible tienes. —Asiente satisfecho y me acaricia la barbilla unos instantes antes de alzarla para comenzar a penetrarme poco a poco. Con suavidad—. Así —me anima—. Justo así —insiste cuando la sigue introduciendo. Lo hace con suma lentitud, llevándome al límite, desatando a esa bestia que ruge en él y que anida en mí—. Mira qué bien lo haces, mira cómo te la tragas toda. —Noto que tengo la boca llena, no solo porque Aaron tiene una polla grande y gruesa, sino porque ha entrado del todo—. Seguro que puedes acogerme un poco más, ¿a que sí? —me pregunta y se detiene, esperando una respuesta afirmativa por mi parte. Yo me limito a asentir—. Claro que sí, claro que puedes, porque tú puedes con todo —me recuerda.

Sé que, aunque parezca que no lo estoy llevando al límite, es pura fachada. Tiene los muslos rígidos y el abdomen se le contrae con cada movimiento que hace. Quiere follarme la boca, y yo quiero que lo haga.

—¿Bien? —me pregunta cuando ha llegado hasta lo más profundo de la garganta. Confirmo de nuevo con un leve cabeceo—. Bien —matiza esta vez afirmando—. Ahora voy a follarte esa boquita que tienes, y tú vas a aceptar cada embestida que te dé hasta que tengas arcadas, ¿me has escuchado?

Joder.

Joder. Joder. Joder.

Ni siquiera tengo que darle mi beneplácito porque hace justo lo que me advierte.

Las comisuras de los labios se me llenan de saliva cuando se mueve de forma frenética. Aguanto cada embestida mientras observo cómo Aaron pierde el control y se desata. El único ruido que hay en esta habitación es el que llega desde la calle y el que hace su polla cuando se introduce entre mis labios. No he escuchado sonido más erótico que este en mi vida.

—No tienes suficiente, ¿verdad? Claro que no, porque sé justo lo que quieres, lo que deseas, y yo voy a dártelo.

Como una marioneta: me trata como si fuese eso, justo eso, una muñeca que maneja a su antojo porque en un abrir y cerrar de ojos me ha puesto en pie y ha pegado mi torso a esa maldita ventana.

—Todos van a contemplar cómo te retuerces con cada embestida, Blue. Cómo vas a gritar mi nombre y a suplicar por más. Y pienso dártelo porque yo también tengo unos modales exquisitos. Abre esas piernas para que pueda follarte.

Ni siquiera espera a que mi mente asimile la información, se limita a meter la suya entre las mías y a separarlas.

—¿Estás lista?

—Por favor —la súplica sale de mi boca a modo de respuesta—. Por favor, Aaron, necesito…

—Shhh —me chista como hizo aquella noche en el bar antes de conseguir que me corriese con sus dedos. O en la despensa de la cafetería antes de besarme hasta perder el sentido.

Y, por si fuese poco, frota la polla contra mi entrada para tentarme como solo él sabe.

Me va a dejar inservible. No solo esta noche, de por vida.

—Necesito más —finalizo a pesar de que me haya pedido que guarde silencio.

—Por supuesto que necesitas más —concede con chulería—. Y yo voy a dártelo.

Mi cuerpo vibra de anhelo cuando me la mete solo un poco. Apenas la punta. Intento rotar las caderas para ir en su busca, pero me sujeta la cintura con firmeza para impedirme que me mueva.

—Las manos sobre el cristal, Blue —murmura mientras me libera del agarre, se deshace de mi camiseta y me despoja del sujetador—. Así, perfecta. Desnuda y mía. —Embiste un poco más, recompensándome por portarme bien y por seguir sus normas, las que él marca y yo me limito a seguir—. Y recuerda que solo puedes gritar mi nombre.

Observo mi reflejo en el cristal y me devuelve la imagen de una mujer que no parezco yo. Estoy excitada, tengo la frente perlada de sudor y varios mechones de pelo se me pegan a la misma y, aun así, me siento más libre que nunca, más irreverente, más yo y menos la chica que piensa en todos los demás antes que en ella. La que se deja manejar por el chico…, por el chico del que…

Por Aaron.

—Joder —murmuro cuando de una sola acometida me llena por completo.

—¿Y ahora? ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Su reflejo es el de un puto adonis. Su semblante es fiero y rígido y su sonrisa es la propia de alguien que sabe que tiene el control de la situación y se siente encantado con ello. Y no me importa en absoluto que sea de esa forma, no me importa para nada cedérselo a él.

—Moverte —le propongo y lo hago con fingida inocencia. Tanta que él sabe que no es más que una careta, una fachada.

—Sí, eso me dice tu cuerpo. —Se acerca y me muerde la oreja—. Tu coño empapado. Toda tú.

Porque me lee. Porque me comprende. Porque me conoce.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral cuando pasea el dedo índice por ella.

—Aaron… —suplico una vez más. Dos si fuese necesario. No me importaría llegar a una tercera.

Sin embargo, como si entendiese mi ruego y supiese que estoy al límite, comienza a embestir. Intento sujetarle los brazos, y él se aparta de inmediato saliendo de mí.

—De eso nada —contrataca—. Las manos en el cristal y las piernas abiertas o pararé.

Jadeo porque sé que es más que capaz de cumplir su amenaza. Sigo su orden al pie de la letra y observo a la gente que hay fuera.

—¿Y si nos ven? —pregunto—. ¿Y si alguien se da cuenta de lo que estamos haciendo aquí?

Aaron deja escapar una risa ronca que me eriza el vello de la nuca, de la espalda, de los muslos.

—Entonces será una suerte, porque verán lo que te estoy haciendo sabiendo que nunca podrán tenerte como te tengo yo.

—Joder —gimo al pensar que pueda ser cierto, que nos vean desde la calle, que vean cómo me folla a su antojo. Cómo imploro por más, cómo grito su nombre cuando me corra tal y como me ha pedido.

—Te gusta eso, ¿verdad? Te gusta que todos sepan que eres mía, que es mi polla la que quieres dentro, ¿a que sí?

Me coloca sus dedos alrededor del cuello y aprieta a la vez que me penetra con una intensidad abrumadora. Dejo escapar un gemido, mezcla de esa posesión a la que me somete y de esa seguridad abrumadora que posee. Es el capitán, el capitán de todo. De mí misma.

Sigue apretándome el cuello y también la cintura. Observo en el reflejo cómo su mirada está clavada en la mía, estudiando mis gestos, analizando lo que me gusta, lo que me da placer, sometiéndome y disfrutando de ello.

—Sí, me gusta —aclaro sin ponerlo en duda ni por un segundo.

—¿Y esto? ¿Te gusta esto?

Me embiste hasta el fondo, y esa mano que apretaba desciende hasta situarse en mi clítoris y la mueve sobre él.

—Sí, joder, claro que me gusta.

—¿Y esto? —pregunta rotando las caderas sin dejar de estimularme con el dedo.

Estoy sobrepasada de estímulos. Siento la piel ardiendo, las mejillas encendidas, el sudor resbalándome por la espalda y el pecho henchido.

—Creo que… —Ni siquiera puedo articular una sola palabra—. No puedo… —Qué patética soy.

—Sí que puedes y lo harás, con mi nombre saliendo de esa boca de escándalo.

Abro los ojos y simplemente me dejo llevar. No necesito mucho más para llegar al orgasmo. Me sacude casi sin previo aviso y sí, es su nombre el que grito. No podía ser el de otra persona porque solo hay cabida para él y solo él.

—¡Aaron!

Encuentro su sonrisa reflejada en el cristal y me dejo llevar. Hasta que siento que saca la polla, me empuja por los hombros y me pide que me ponga de rodillas. Lo hago sin dudar.

Se coloca la mano alrededor de la polla y se masturba a la vez que posa el pulgar en mis labios.

—Chúpalo.

Me acerco con la intención de hacer lo que me pide y tragármela por completo. Aaron da un paso atrás, vuelve a poner el pulgar entre mis labios y repite su orden.

—Chúpame el dedo como si fuese mi polla.

Lo hago mientras observo cómo se la toca frente a mis ojos. Sé que su orgasmo está cerca por los espasmos en el abdomen, por la rigidez en las piernas o por lo tirante que tiene los muslos.

El primer chorro me salpica en el pecho, el segundo me empapa las tetas y el tercero me cae sobre los muslos.

Sonrío con el pulgar aún entre mis labios. Aaron también lo hace.

—¿Todo bien por ahí arriba? —le pregunto provocándolo.

Su sonrisa se ensancha y niega. Me pongo rígida porque no entiendo a lo que se refiere.

Ese mismo pulgar que segundos antes estaba en mi boca se pasea por mi pecho y luego esparce parte de su semen por mis labios.

—Ahora sí. Ahora sí que está todo bien por ahí abajo.

Es oficial, sexta norma: tened cuidado porque, cuando menos os lo esperáis, el alumno supera al profesor.

CAPÍTULO 47

El primer paso, la primera norma
Blue



—¿Que has decidido hacer qué? —Mi amiga se pasea por mi casa como hice yo hace tantos y tantos meses atrás, cuando todavía no había empezado a trabajar para los Wild Warriors, aunque ya había conseguido el empleo, y cuando Ash todavía no había decidido trastocar su vida al completo. Qué irónico todo, ¿verdad?

—Dejarlo.

—¿Dejarlo? —Ni confirmo ni desmiento—. ¿Dejarlo? —insiste por si no la he escuchado la primera vez. Por supuesto que lo he hecho.

Sloane, por el contrario, sigue sentada en el suelo, con las piernas extendidas y moviendo los dedos dentro de unos calcetines amarillos que, de todas todas, me parece que combinan con su personalidad.

¿Quién iba a decirnos, hace unas cuantas semanas atrás, que dos amigas iban a convertirse en tres?

«Y que te ibas a enamorar».

—Dejarlo —confirmo para que no haya ni un ápice de dudas.

Le he dado muchas vueltas a la cabeza en estos días en los que no he visto a Aaron. El equipo juega fuera y esa ha sido mi excusa para marcar distancia. Y digo esa porque no se me ha ocurrido ninguna otra. Y porque, puestos a ser honestas, no podría haberlo hecho si lo tuviese cerca de mí. Porque es una tortura. Aun así, me ha llamado cada día, me ha enviado mensajes, y yo me he limitado a darle respuestas escuetas, a coger todos los turnos posibles en el cáterin solo para mantener mis noches ocupadas y no tener que mentirle diciéndole que trabajo mientras me devano los sesos en casa.

Ahora me devano los sesos en el trabajo.

Y también cuando salgo del mismo.

¿Qué es peor? Al menos no he mentido.

Esta es mi primera noche libre en seis días y es una del todo necesaria porque sé que Aaron llega mañana. Sí, he seguido cada maldito partido, cada puñetera entrevista y cada movimiento de los Wild Warriors porque soy así de masoca. Me lo he buscado sola.

«Las normas protegen, Blue. Lo hacen, no te sientas mal. Estás pensando en ella. En lo más importante para ti. No hay nada de malo en eso».

Y, si es así, ¿por qué coño no me consuela?

—¿Has dejado a Aaron? —tantea Sloane y levanta la mirada—. ¿Me lo puedo quedar entonces? —Alzo el dedo corazón y le regalo una peineta. Que dé gracias a que no la he amenazado de muerte porque se me pasa por la cabeza hacerlo—. Vale, esa es toda la respuesta que necesitamos. Y tampoco lo quiero para mí. —Porque ya tiene a Xavier y lo sabemos.

—¿Se puede saber por qué tienes todo tirado?

Porque mi vida es una mierda absoluta.

—Porque llevo seis días trabajando sin parar y doblando turno.

—¿Tan mal vas de dinero?

Eso también.

—Es para no pensar. Mantener la cabeza ocupada es el primer paso para acallar las voces que le gritan que es una gilipollas de manual.

Vale, eso no ha dolido nada de nada.

—Que sepas que voy a poner una queja a Recursos Humanos por acoso.

—No te acoso —se defiende Sloane porque, si hay alguna duda, ella ha sido la artífice de esas crudas palabras.

—Pues por mal comportamiento. Mala actitud o lo que sea.

—Ponla. La jefa de Recursos Humanos de esa cafetería soy yo. —Se señala con los pulgares y acompaña ese gesto con un movimiento de los dedos de los pies.

—Maldita sea —sentencio cayendo en la cuenta de que tiene razón.

—Vamos a recapitular —intercede Diddy.

Por eso llevo seis días sin abrir el pico y sin explicarles cuál fue mi decisión.

No fue el sexo, no vayamos a pensar en ello. Fue lo que vino después. Las caricias, los arrumacos, la manera en la que Aaron me llevó a la ducha y compartió conmigo confidencias, la forma en la que nos vestimos y nos metimos juntos en la cama y cómo me dormí sobre su pecho sintiendo que estaba en el lugar indicado y con la persona adecuada.

Y eso es una *red flag* en toda regla.

—Recapitulemos —apunta Sloane, que me tiende un botellín de cerveza. Miradla, para eso sí que se incorpora.

—¿Lo has dejado porque estás enamorada de él? —Diddy me conoce.

Sloane, por el contrario, alza una ceja.

—Vaya, yo me divorcié justo por lo contrario —ironiza, y a mí no me hace maldita gracia.

—Sí.

—Eres más tonta de lo que pensaba —murmura mi amiga, que no se anda por las ramas—. Y nunca he tenido esa clase de concepto de ti, créeme. Siempre te he tenido por una persona cabal y racional. Hasta hoy. —Me señala, y Sloane cabecea afirmando—. Se me ha caído un mito. —No hay ni un solo ápice de ironía en las palabras de mi amiga. No, no lo hay. Solo sinceridad pura y dura.

—No lo entiendes. —Antes de siquiera defenderme, le doy un largo sorbo a la cerveza.

Lo mismo aquí está la solución a los problemas: en darme a la bebida.

«Sabes que ese es un pensamiento ridículo. Como toda tú estos últimos seis días».

—Pues explícamelo —sentencia Diddy, que se acerca y se sitúa frente a mí—. Explícanoslo porque ninguna de las dos lo entendemos. —Apunta a Sloane, que sigue tirada en el suelo. Parece feliz y la odio por ello.

—¿Por qué tienes esa sonrisilla de sabelotodo en la cara? ¿Acaso hay algo que no me estés contando?, ¿algo relacionado con Xavier?

Todas sabemos que esto no es más que un pobre intento de desviar la conversación.

—No pensamos contarte nada porque ya sabemos lo que estás intentando hacer. Evitar los temas turbios no van a conseguir que dejen de existir.

Me siento ridícula, más aún, frente a estas dos chicas que están aquí, por mí, brindándome apoyo, y yo no hago más que esquivar una conversación, convirtiéndome en una inmadura de tomo y lomo.

Dejo el botellín de cerveza sobre la mesa sin posavasos, cosa que consigue que a Diddy le palpite la vena de la frente, y me dejo caer en el suelo al lado de Sloane.

—Tengo miedo —lo suelto sin más porque las tiritas hay que arrancarlas así, de una, para que duela menos—. No solo por mí, por Juniper.

Alzo la vista y lo que me encuentro es la cara de desconcierto de Sloane, que no entiende nada, y la empatía reflejada en el semblante de mi mejor amiga, porque ella lo comprende todo.

Las piezas del rompecabezas encajan por fin en su cabeza.

—Aaron no es Derek —murmura.

—¿Quién es Derek? —intercede Sloane, que extiende las piernas una vez más.

—El padre de Juniper.

—Ah. —Sí, ah.

—Y sé que Aaron no es Derek, pero eso no hace que deje de darme miedo lo que pueda suceder.

—Joder, Blue. ¿Por qué has dejado que te tache de tonta? ¿Por qué no me has parado? —esta última pregunta se la lanza a la nueva incorporación al grupo.

—Porque yo también pensaba que lo era hasta que he intuido que hay algún trauma de por medio y he decidido guardar mi sarcasmo para cuando hablemos de Xavier.

—Así que hay que hablar de Xavier.

Ella asiente.

—Ese no es el tema. —Cassie me sujeta por la barbilla y mueve los dedos para encontrarme una vez más con su mirada.

—No hagas eso, ¿vale? No me hagas sentir vulnerable. No me juzgues. Ya lo hago yo.

Mi amiga suaviza la presión de los dedos, como si temiera romperme, y esboza una sonrisa triste, de esas que no juzgan, solo acompañan.

—Eh —susurra—, no estás rota por tener miedo. Estás siendo valiente por pronunciarlo en voz alta. Y aquí nadie va a exigirte nada que no estés preparada para afrontar. Ni hoy ni nunca.

Los ojos se me llenan de lágrimas ante esa declaración de intenciones. Es mi amiga, me quiere y va a apoyarme pase lo que pase. Así que me armo de valor y abro esa grieta que me empeño en mantener cerrada a cal y canto para dejar entrever esa parte que hace que sea más frágil.

—¿Qué pasará si se acaba?, ¿si seguimos adelante y luego Aaron se marcha?, ¿qué pasará con Juniper cuando eso suceda? No tengo miedo de mí, ¿me dolerá? Por supuesto. ¿Me romperá? Está claro. Sin embargo…, ya no va de mí, de lo que sienta Blue. Desde que Juniper nació, ella es mi prioridad. Que sea feliz lo es, evitarle daños innecesarios lo es. Ya tiene bastante con sus dificultades en el cole, con las piedras y los baches que tiene que esquivar día a día como para que su madre añada un dolor más a esa lista de problemas. No lo superará, chicas. —Y las observo a cada una con el corazón encogido dentro del pecho—. No puedo permitirme el lujo de que Aaron se cuele en nuestras vidas, de que llegue como un rayo de sol a ella para luego marcharse y dejar consigo las nubes que amenazan tormenta. No puedo hacerle eso a mi hija, no puedo permitir que sufra por mi egoísmo, por pensar en mí y en lo que Aaron me hace sentir. No puedo hacerlo. —«No puedo». La frase me quema en la garganta y se me escapa en un sollozo que no consigo contener. Me encojo sobre mí misma, rodeándome las rodillas con los brazos, como si así pudiera proteger lo único que de verdad importa.

»Si alguien tiene que perder, que sea yo —murmuro con la voz rota—. Ya sé cómo se sobrevive a eso. Sé cómo se recompone una después de que le fallen. Pero Juniper no. Ella confía con todo lo que tiene, sin red, sin reservas. Y eso…, eso es lo que más miedo me da.

Las lágrimas me corren por las mejillas sin permiso, calientes, silenciosas, empapándome el rostro a su paso. Me siento desnuda, expuesta, he dejado al descubierto una herida que nunca terminó de cerrar. Porque es de esa forma.

—Prefiero quedarme con la duda, con el «y si», con este nudo en el pecho, antes que verla mirarlo como a un héroe y tener que explicarle por qué ya no está —añado, negando despacio con la cabeza—. Prefiero ser yo la que se rompa en silencio, la que se trague el miedo y siga adelante, a que sea ella la que aprenda, demasiado pronto, que las personas que te hacen sentir a salvo también se van.

Levanto la vista hacia ellas, buscando aire, buscando algo que me sostenga.

—Soy su madre —susurro—. Y, si protegerla implica renunciar a lo que podría hacerme feliz, entonces…, entonces no es una renuncia. Es el precio que tengo que pagar por evitarle daño alguno, por mantenerla a salvo.

Porque las normas protegen, que no se nos olvide eso.

CAPÍTULO 48

Algo pasa
Aaron



El estadio de los Wild Warriors huele a hielo recién pulido y a café matutino. Alzo la vista hacia la cafetería intentando descifrar si Blue trabaja hoy y si está al otro lado de ese cristal como otras tantas veces solo para darme cuenta de que no, no está ahí.

Sin público todo suena distinto. Las cuchillas mordiendo la pista, el golpe seco del disco contra las bandas, las órdenes del entrenador rebotando en lo alto como si el techo las devolviera con mala leche, todo eso tiene otro sonido o quizá sea mi interpretación de cada cosa porque sé que algo no va bien. Lo sé desde hace días. Desde hace casi una semana, la semana que llevo fuera de casa.

—¡Aaron! —me grita Donahue percatándose de mi diatriba interna.

Me coloco en el círculo central y flexiono los dedos dentro del guante. El disco cae y me concentro una vez más en lo que hemos entrenado. Le doy un pase limpio a Kai, que se abre a la izquierda con esa facilidad insultante que tiene. Asher arranca por la derecha, igual que una mecha recién prendida, y no hay nadie capaz de pararlo. Me siento orgulloso cuando noto que la jugada fluye, aunque yo no lo haga con ella, porque es evidente que una parte de mí no está en este estadio. Está con ella.

Sacudo la cabeza e intento centrarme una vez más. En la siguiente transición fallo el pase. Apenas un centímetro, lo justo para que el disco se escape, y Caleb tenga que bajar a cubrir. No dice nada. No hace falta. Él sabe tan bien como yo que no suelo fallar

pases así, solo intercambia una mirada conmigo y alza una ceja inquisitivo bajo ese casco. No, no le he contado nada. Tampoco a Asher.

—¿Estás con nosotros o tienes la cabeza en otra parte? —me suelta mi hermano al frenar delante de mí, levantando una nube de hielo.

Aprieto la mandíbula.

—Concéntrate —le digo sin alzar la voz y comienzo a patinar para que no siga haciendo preguntas.

Kai se acerca, apoyando el *stick* en el hielo y regalándome una sonrisa de mediador emocional. Esto es justo lo que necesitaba… Nótese la ironía.

—Vaya, esa ha sido una respuesta muy de «no quiero hablar del tema». ¿He acertado, capitán?

Le hago una peineta mientras me alejo todo lo posible de ellos sin contestar ni entrar en detalles. Ya habrá tiempo para eso. Me ajusto el casco y pido el disco otra vez. Porque si algo sé hacer es seguir adelante, aunque todo se me esté removiendo por dentro.

Entrenamos bajo presión, tal y como Donahue lo planifica todo cada semana. Ben detiene disparos imposibles con la misma calma de siempre, igual que cuando revisa un partido desde el sofá de su casa, con esa entereza que lo caracteriza y que todos idolatramos. Esa que se supone que yo también tengo. O tenía. Caleb y Miles cierran líneas, sólidos, fiables. El equipo funciona. El hielo nos entiende.

Yo no.

Cada vez que levanto la cabeza, mi pensamiento se me va al mismo sitio: a Blue. A su silencio. A cómo últimamente esquiva mis miradas igual que un rival bien entrenado. No es que me ignore del todo. Es peor aún. Está, sí, solo que no conmigo.

—¡Más intensidad! —grita el entrenador desde la banda.

Obedezco. Siempre obedezco. Acelero, empujo, marco el ritmo. Liderar es eso, que nadie note la grieta a pesar de que es visible si prestas atención.

Asher me observa en una de las pausas, con ese gesto suyo que mezcla burla y preocupación. Me conoce demasiado bien. Caleb

también. Incluso Kai, que ha dejado de buscarme las cosquillas.

El resto del entrenamiento es más o menos similar. Ellos están centrados y activos, dan pases certeros y se compenetran, y yo no doy pie con bola.

Nadie menciona nada mientras Donahue nos recuerda, observándome directamente, que tenemos que dar el cien por cien de nosotros mismos en el partido de mañana. Tampoco Caleb ni Asher pronuncian palabra alguna cuando nos metemos bajo el agua caliente ni cuando el vestuario se vacía, y yo finjo que tardo más que el resto de mis compañeros en preparar la mochila solo para no cruzarme con ninguno de ellos.

Sin embargo, cuando pongo un pie en el garaje, mi hermano y mi mejor amigo están esperando al lado de mi coche, ambos apoyados en la carrocería del mismo con los brazos y las piernas cruzadas.

—Ya era hora. —Caleb observa el reloj y alza una ceja—. Me debes dinero, ha tardado más de lo que dijiste.

—Era un cálculo aproximado —contrataca mi hermano.

—Aproximado o no, desembolsa la pasta.

—Ma alegra que estéis de tan buen humor y que hagáis apuestas a mi costa —ironizo abriendo el maletero para dejar la mochila.

Me cuadro frente a ellos, que se hacen a un lado y me dejan subir al coche. Una vez dentro, respiro y dejo de hacerlo cuando ambos toman asiento dentro del vehículo. Asher, a mi lado, y Caleb, detrás.

—¿Qué pasa? ¿No tenéis medio de transporte o qué?

—Lo que queremos saber es lo que te sucede a ti.

Arranco el motor y me dirijo sin dudar a nuestra cafetería. El primer lugar que se me pasa por la cabeza, cómo no, es el Tide&Toast. Sin embargo, decido girar y cambiar de dirección e ir al Slam Dunki Deli. A pesar de que no es día de partido, es el mejor lugar para distraerme.

Nadie rompe el silencio hasta que tenemos frente a nosotros un par de botellines de agua y tres *wrap* de pollo a la plancha con ensalada. Lenna se ha ocupado de ello y no nos ha añadido salsas para no incumplir nuestra dieta previa al partido.

—¿Y bien? —tantea mi hermano justo antes de darle una mordida a lo que será nuestra cena.

—Ocurre algo. —Una respuesta escueta. Dos palabras y ambas llenas de confusión y dudas.

—¿A qué te refieres? —inquiere mi mejor amigo.

Ambos se han sentado frente a mí con la clara intención de observar y analizar cada una de mis respuestas, las verbales y las no verbales.

—Blue me contesta a las llamadas, me contesta a los mensajes…

—¿Entonces? —Mi hermano alza una ceja sin entender qué es lo que sucede.

—Está rara. Distante. Trabaja casi todas las noches y, siempre que hablo con ella, busca excusas para cortar la llamada.

—Lo que le pasa es que está agotada de tanto trabajar, Aaron, no le des más vueltas.

Ignoro las palabras de Caleb, que mira de nuevo la hora, y clavo la vista en Asher.

—¿Cassie te ha contado algo? —indago.

Los labios de mi hermano forman una fina línea. Responda lo que responda, ya sé que sabe algo.

Suspira.

—Vale. Sí, sé cosas que no puedo compartir contigo y no me pongas en esa encrucijada.

Doy un golpe en la mesa.

—¡Lo sabía, maldita sea!

—¿Hablas en serio? —pregunta Caleb.

—Cassie y yo no tenemos secretos. Además, cuando llegamos supe que algo iba mal. Lo noté. Es una de las condiciones del club de los enamorados, ¿recordáis?

Cabeceamos de forma afirmativa porque lo tenemos del todo presente, vaya que sí.

Suelto el *wrap* y lo dejo en el plato. De pronto me he quedado sin apetito y me dedico a observar por la ventana. No sé qué es lo que he hecho, si he ido demasiado rápido, si he sido muy intenso, si…

—Deja de darle vueltas a esa cabecita tuya —rumia mi hermano, que coloca una mano sobre la mía para atraer mi atención—. Solo tienes que darle tiempo. Blue tiene una vida complicada. Mientras que todos los demás decidíamos lo que queríamos hacer, lo que

queríamos ser o a qué nos queríamos dedicar, ella era madre. Criaba a una hija y lo hacía sola.

—Joder, es una tía cojonuda —sentencia Caleb.

Asher asiente, y yo también, porque lo es. No me cabe la menor duda.

—¿Qué es lo que debo hacer? No quiero perderla. —Mi voz suena tal cual os imagináis, es una mezcla de frustración y desasosiego.

—Solo sé tú mismo, Aaron —me aconseja mi hermano.

Caleb asiente y vuelve a llevar la vista hacia el reloj.

—¿Se puede saber qué pasa? ¿Tienes médico o algo así?

El susodicho alza la vista y no se le ve nada incómodo con mi pregunta.

—O algo así —repite él sonriendo. Hacía semanas que no sonreía de esa forma—. Mira, yo no soy el más indicado para dar consejos porque mi vida era un caos absoluto, porque no sabía qué era lo importante y cómo compaginarlo todo, hasta que abrí los ojos. Blue es una buena tía, una mujer increíble y lo que tiene es miedo. Miedo a todo lo nuevo. Miedo al futuro, miedo a lo que pueda pasar y a lo que no. Tu hermano tiene razón: sé tú mismo, mantente firme y ten claras tus prioridades. ¿Sabes lo que quieres?

—A ellas. —No hay dudas. Nunca las hay cuando de Blue y de Juniper se trata.

El pecho de mi hermano se hincha de orgullo porque ambos sabemos que este es otro paso importante. Y porque rendirse ya no es viable. Un día lo fue, sin embargo, eso se acabó. No pienso hacerlo, no con las personas que me importan. A las que quiero.

—¿Seguro que tú no sabes nada? —tantea Ash, que palmea a Cal en la espalda.

—Me he levantado… feliz.

Abro los ojos, sorprendido, es imposible que no sepa leer el gesto porque Ash muestra uno parecido al mío.

—Llegamos ayer…

—¿Y? Un día lleno de oportunidades, ¿no te parece?

Mi sonrisa y la de Ash se ensanchan de pronto.

—Me parece —respondo.

Dicho esto, nuestro amigo se incorpora, se limpia las manos con una servilleta y nos observa cuan alto es.

—Hazme caso, lucha por lo que quieres, demuéstrale que estás dispuesto a estar ahí para ella y que, pase lo que pase, no va a estar sola. Porque todos aquí sabemos que el amor no se trata solo de palabras, se trata de gestos, del día a día y de los detalles, que son los que marcan la diferencia. Y, ahora que he repartido mi filosofía —añade y nos estudia unos segundos sin perder el buen humor—, me marcho. Ya sabéis, hay que retirarse cuando has dejado el listón bien alto.

Mete las manos en los bolsillos y abandona la cafetería con paso firme y actitud distendida.

—¿Tú también te has dado cuenta? —pregunto.

—¿De que no ha pagado su parte? —responde mi hermano.

Asiento y niego a la vez.

—Ha dicho que su vida era un caos absoluto. En pasado. —Asher mira por la ventana también, observa cómo se aleja en busca de un taxi probablemente.

—Está poniendo todo en su lugar y esta vez lo está haciendo bien.

—Está enamorado de Jackie —matizo.

Mi hermano me da la razón todavía con la vista perdida en las calles de Vancouver.

—Es una suerte que nosotros también sepamos lo que es eso, ¿verdad?

Suelto una risilla nasal a la vez que las comisuras de los labios se me elevan.

—Lo que de verdad es una suerte es que ellas nos elijan.

Ash clava la mirada en mí y ladea la cabeza. No voy a permitir que mi mente divague sobre las distintas posibilidades, sobre si saldrá bien o mal, ni voy a proyectar un futuro en el que Blue y Juniper no estén en él.

Porque, pase lo que pase, no me voy a alejar de ellas.

No me voy a ir a ningún lado.

Nunca.

CAPÍTULO 49

No todo es blanco o negro

Blue



—Bueno, parece que las cosas se han puesto feas, ¿no? —Los brazos tatuados de Asher se posan sobre la mesa de la cocina. Ni siquiera sé quién lo ha invitado porque, desde luego, no he sido yo.

—Cállate, Maddox.

—Uhhh —ironiza, y a alguien a quien no quiero señalar le han dado ganas de repartir hostias—. Alguien por aquí está de muy mal humor y no soy yo.

Por supuesto que no es él, porque la sonrisilla que me regala lo demuestra.

—Me alegra que cagues confeti. —A ver si va a ser el único que sabe utilizar la ironía como arma de destrucción masiva.

—Mamá ha dicho una cosa muy fea. —Sí, mi hija está pendiente de todo—. Se lo voy a contar a Aaron cuando venga a casa. ¿Cuándo vendrá, mamá?

Me quedo atónita ante su pregunta. Estos días he tenido excusa cuando preguntaba por él, era tan sencillo como explicarle que esta semana le tocaba jugar los partidos fuera de nuestra ciudad. Ahora que Asher está aquí, y que el resto del equipo también, no me está resultando tan fácil.

—Eso, ¿cuándo vendrá?

—¿Quieres seguir usando tu cosita para mear? —lo amenazo.

—Los chicos tienen pene —sentencia mi hija—. La profe en el cole nos lo ha explicado, nos ha contado que tenemos que respetar la intimidad de los compañeros y no entrar al baño cuando vayan. No

es que yo quiera entrar al baño cuando van, no me gusta el olor a caca.

—A nadie le gusta ese olor, Juniper —sentencia Diddy, que sigue sentada con mi hija, montando un puzle.

Cierro los ojos porque lo veo aquí, ahí, a su lado. Armando puzles, leyendo cuentos, viendo partidos de otros equipos o dibujos animados. Cenando sándwiches, porque se me da de pena cocinar, u observando a mi hija como si la quisiese.

Como si la quisiese de verdad.

«No decaigas, no cedas, lo haces por ella, para que nadie le rompa el corazón. Para que no sufra otra pérdida. Para que nadie la deje porque ya nos han abandonado, todos lo hacen y siempre acabamos siendo dos. Solo nosotras dos».

—Esa niña es demasiado lista, no sé a quién puede salir.

Le señalo la entrepierna y retuerzo la mano para que nos entendamos. Asher no se lo toma a mal, al contrario, suelta una carcajada, consiguiendo que mi hija aparte la vista del puzle y la centre en nosotros dos.

—A su madre.

—Claro, claro… A su madre.

—Mira, Terremoto Maddox —lo pronuncio con inquina, para que entienda que sé de lo que habla y también que sé leer entre líneas y que no pienso dejar que me juzgue porque lo hago por ella. Las normas protegen—, puede que no estés de acuerdo con mi decisión, pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Nadie te ha pedido tu maldita opinión.

Asher, dueño y señor de todo, para sorpresa de nadie, rodea la mesa y se sitúa a mi izquierda. Me quita el cuchillo con el que estaba cortando verdura y rueda la tabla, acerca la olla y me empuja con su hombro. De golpe y porrazo se hace con la estancia, no sé siquiera por qué me sorprendo.

—Es lógico, pero ¿sabes qué? —No respondo, porque no quiero escucharlo—. Me da igual, te la voy a dar porque soy así de filántropo. —Claro que sí. Claro que sí—. Te entiendo, ¿sabes? Entiendo lo que haces, por qué lo haces, y me parece adorable. De

hecho, en otras circunstancias, me pondría de rodillas y te besaría los pies…

—¿Y qué te lo impide? —le pregunto con actitud chulesca.

Mi amiga sigue jugando con Juniper, escucho cómo la niña le pregunta por Aaron, y ella cambia de tema con la intención de no responder. Trago con fuerza.

—No me gusta el olor a mierda. Tampoco el de los pies sudados —apunta y señala hacia mis calcetines.

—Ja, ja.

—Ahora en serio, Blue, siempre te he tenido por una tía valiente, una mujer que puede con todo y se enfrenta a cualquier adversidad que se le presente. No esperaba que mi hermano, precisamente mi hermano, que es una persona admirable, leal y honrada como jamás he conocido, fuese capaz de conseguir que te comportases como una cobarde.

—No soy…

—Guárdate tus excusas. Insisto. —Alza una mano frente a mí para darle más énfasis a sus palabras—. Lo entiendo, de verdad, y lo hago porque yo actué de la misma forma, porque prefería sacrificarme para que ella fuese feliz, para que conociese a alguien que estuviese a su altura, alguien que de verdad se mereciese su amor y no alguien que jodía todo lo que tocaba —la forma en la que pronuncia esas palabras y el dolor implícito en ellas me ablanda.

Es todo fachada, nunca hay que fiarse de las apariencias porque la realidad, la puta realidad, es que engañan.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Asher aparta la vista y una sonrisa enorme le adorna la cara. No me cabe la menor duda de que está loquito por mi amiga y que conste que me alegro mucho por ellos.

—Ella. Cassie lo hizo.

—Es testaruda.

—Lo es. Y yo soy un puto cabrón con suerte por haberla conocido. No me la merezco, Blue, aun así, no pienso dejar que se vaya. No pienso hacerlo porque ella me hace feliz. Ella me hace querer ser mejor persona. Cada puto día.

—Aaron también me hace feliz. —Las palabras se escapan de mi boca sin pedir siquiera permiso. Solo salen, como esa clase de verdades que tienen que ser pronunciadas porque, si no lo hacen, explotas.

—Lo sé. Y tú a él. No sigas siendo la mártir.

—En esta ecuación no estoy solo yo, Ash. —Apoyo las caderas en la encimera y me cruzo de brazos, bajo la vista hasta esos calcetines que ni por asomo huelen mal—. Juniper es mi prioridad. Ya lo sabes. No quiero que sienta que todos la abandonan.

Ash suelta el cuchillo y se coloca de lado, por un instante veo a ese jugador de *hockey* polémico y frío, al provocador nato, al que desafía a cualquiera que se le pone por delante.

—Ya… ¿Y si no te abandonan?

La pregunta se queda suspendida en el aire, pesada e incómoda. Se me clava donde más me duele porque no es una acusación, es una posibilidad. Y las posibilidades son peligrosas cuando llevas demasiado tiempo sobreviviendo a base de certezas duras.

Abro la boca para responderle con otra pulla, con un muro, con cualquiera de las mil defensas que me sé de memoria, solo para que, al final, no salga nada.

Porque la verdad es que no lo sé.

Porque estas últimas noches me he preguntado si no estaré exagerando, si no estaré castigándolo a él por errores que no ha cometido. Si proteger a Juniper no se me habrá ido de las manos hasta convertirse en una jaula demasiado estrecha para todos.

Miro a mi hija. Está concentrada con la lengua fuera, intentando encajar una pieza del puzle que claramente no va ahí. Insiste. Frunce el ceño. No se rinde. Nunca lo hace.

¿Y si me equivoco?

¿Y si esta vez no es como las otras? ¿Y si Aaron no se va? ¿Y si soy yo la que lo empuja antes de que pueda quedarse?

El miedo me muerde por dentro. No es miedo a perderlo a él. Es miedo a verla a ella romperse. A ver cómo espera a alguien que deja de venir. A recoger pedazos que ya he tenido que juntar demasiadas veces.

—No puedo permitirme el lujo de comprobarlo —murmuro al fin, más para mí que para Asher.

Levanto la vista y me encuentro con sus ojos. Ya no hay ironía. Ni burla. Solo comprensión y empatía.

—Blue…

—No —lo corto, negando con la cabeza—. No es cobardía. Es supervivencia. Es saber que, pase lo que pase, ella va a tenerme a mí. Siempre. Sin dudas. Sin peros.

Trago saliva. El nudo en la garganta no se va. No se ha ido ni un solo segundo en estos últimos días.

—Juniper no se merece preguntarse por qué alguien deja de elegirla —añado—. No se merece despedidas a medias ni promesas vacías. Si tengo que ser yo la que se quede sola para que ella no vuelva a sentirse abandonada, entonces lo haré.

Porque ya lo he hecho antes. Y porque sé que puedo hacerlo otra vez.

Asher suspira con extrema lentitud. Está aceptando que nada de lo que diga puede hacerme cambiar de idea.

—Eres una jodida cabezota.

—Lo sé.

—Y aun así… —Esboza una pequeña sonrisa—. Ojalá alguien me hubiese querido así cuando era crío.

No respondo porque no hace falta.

Juniper alza el puño, triunfante, enseñándonos la pieza por fin encajada.

—Mamá, ¡mira! —exclama, orgullosa—. No era esa, era otra. Pero al final encajaba.

Le sonrío y se me contrae el pecho.

Sí. A veces hay que probar mil piezas. A veces duele equivocarse.

Sin embargo, ahora mismo no puedo permitirme el error.

Me mantengo firme. Por ella. Porque mi hija no se merece que la abandonen.

Y, mientras dependa de mí, eso no va a pasar.

CAPÍTULO 50

Una montaña rusa

Blue



Me he asegurado de que hoy los jugadores no estuviesen deambulando por aquí. Lo he hecho aposta, porque no quiero tener que cruzarme con Aaron. Ya sé, ya sé, podéis tacharme de todas esas cosas que se os pasan por la cabeza y prometo no tenerlo en cuenta, como tampoco se lo he tenido en cuenta a Noah, que me llamó a primera hora de la mañana, o a Xavier, que lleva unos cuarenta minutos apostado frente a la barra del Truenorth Ice Dome con esa sonrisilla tan suya, tan petulante que, en otras circunstancias, no me despertaría sentimiento alguno. Sin embargo, con el mal humor que tengo en estos últimos días, solo enumero distintas formas de esconder un cadáver sin ser pillada.

—¿Es que no tienes trabajo o qué?

Xavier me escruta con la mirada unos segundos y lo hace como el hermano mayor que es. Todos sabemos que es un sabueso protector y que está aquí, en parte, porque quiere ver a Sloane, sí, y en su mayor medida porque necesita saber que estoy bien.

Y lo estoy.

No, no lo estoy en absoluto.

—Por supuesto que tengo trabajo, soy un tío de lo más ocupado, pero todo eso puede esperar si mi hermana —dice mientras me señala para que no quede duda alguna sobre ello— no está pasando por su mejor momento. Sigo teniendo bolsas biodegradables y sigo siendo tu coartada o confidente si lo necesitas. —Se me llenan los ojos de lágrimas porque estoy sensible y también enfadada. Soy como una maldita montaña rusa de emociones.

»Oye… —Se pone de pie y recorre la distancia para colarse dentro de la barra y estrecharme entre sus brazos. Apoyo la mejilla en su hombro y me consuela. Nada de un par de palmadas de ánimo, de esas impersonales, Xavier me acaricia con extrema dulzura. Al final Sloane va a tener razón y este chico es cariñoso y atento. Una faceta del todo desconocida cuando de romance se trata—. No pasa nada, ¿vale? No lo haremos sufrir, una muerte rápida y listo.

Suelto una risilla contra su pecho y escucho cómo el suyo se sacude antes de separarnos.

—Estamos incumpliendo varias normas de trabajo. En primer lugar, no puedes estar en este lado de la barra porque está destinado para uso exclusivo de sus trabajadores y, en segundo lugar…, no se me ocurre nada más. He perdido todo mi ingenio.

Xavier no se molesta en hacerse el ofendido, mucho menos en sentirse insultado de veras, se limita a acariciarme la mano con ternura.

—Nos la sudan las normas, las reglas y todas esas mierdas —indica. Ojalá…, ojalá fuese de esa forma—. Además, estoy saliendo con la chica de Recursos Humanos, ¿recuerdas? Seguro que, si sucediese algo, podríamos esconderlo en algún cajón, justo donde está toda la información sobre el capullo de Prescott Maddox, que sigue siendo el dueño del equipo a pesar de lo imbécil que es. Ese tío tiene que tener armarios y armarios llenos de información clasificada.

Las comisuras de los labios se me alzan, sí, está claro que necesitaba de ese humor ácido que caracteriza a este chico.

—¿Estás saliendo con Sloane?

Alzo las cejas porque la otra noche, tras mi monólogo, no se tocó el tema en cuestión, nos limitamos a beber, a comer y a ver reposiciones de documentales de ballenas. Sí, así de patética me siento. La otra opción era ver partidos de la NHL, y no, gracias.

—¿Me lo preguntas de veras? ¿Acaso no fuisteis mi hermana y tú la que organizasteis ese paripé? —Hace círculos con un dedo antes de girarse y dirigirse hacia su butaca una vez más.

—¿Y sigue siendo eso? —tanteo.

Alza una ceja.

—¿De qué hablas?

—¿Sigue siendo solo un paripé?

Xavier aparta la vista y otea el espacio, no sé si lo hace porque espera que Sloane aparezca de un momento a otro o simplemente lo utiliza como excusa para ganar tiempo.

—No lo sé, no sé lo que es para ella, Blue.

—¿Y para ti? —Me acerco, flexiono los codos y apoyo el mentón sobre las manos.

—A mí me gusta. —Cierra los ojos y los aprieta como si fuese un placer culposo. Como si se hubiese dedicado a robar nabos de un campo en medio del Valle del Fraser y a venderlos en el mercado negro.

—Oye… —Xavier abre los ojos y me observa unos instantes de más.

—¿Qué? ¿No te vas a meter conmigo? ¿No me vas a llamar gilipollas o a asegurarme que no soy lo suficientemente bueno para esa chica?

Niego en repetidas ocasiones.

—Lo que voy a hacer es gritar a los cuatro vientos que te has pillado de una mujer que se acaba de divorciar y que es la caña. La recaña, si eso existe.

—Apuesto a que no.

—Yo también lo apuesto. —Sonrío.

—Escucha… —Xavier se acerca un poco más—. No se lo cuentes, ¿vale? No quiero asustarla, no quiero que se acojone, porque Sloane me ha hablado de él, de Richard, y era un tío…

—Espera, espera, espera… —Me incorporo y extiendo una mano frente a nosotros—. ¿Cuántas veces habéis quedado?

—Pocas.

—¿Pocas para ti o pocas de verdad? —Ni siquiera necesito que responda a esa pregunta porque está más que claro que su semblante es suficiente—. Vale.

—A lo que me refiero es a que ese tipo la agobiaba, no le daba su espacio, tampoco la cuidaba como se merece y yo… —¿Eso que se ve ahí son unas mejillas sonrojadas? Por favor, ¿se puede ser más tierno? ¡Es Xavier!

Cojo el teléfono, que lo tenía guardado en el bolsillo del delantal, y le saco una foto.

—¡No serás capaz!

Blue:

Mirad qué mono es cuando se enamora.

—Vale, has sido capaz.

El teléfono no tarda en sonar, y Diddy es la primera en responder.

Cassie:

Estoy tan orgullosa de él. Ya sé que dije que me vengaría, pero es imposible hacerlo porque adoro a Sloane y adoro la pareja que hacen.

—Mira lo que has conseguido, mi hermana está planificando una boda. Apuesto a que está llamando a mi madre y están eligiendo el color de las flores.

—¿Estás pensando en boda, Xavier? —Mi pregunta le horroriza y ese gesto también lo inmortalizo y, ¡cómo no!, lo envío al grupo.

Blue:

Su reacción cuando he mencionado la palabra «boda».

Xavier:

En teoría, lo he dicho yo primero.

Cassie envía un par de caras sorprendidas.

Cassie:

¿Puedo ser la dama de honor? Porfa, porfa, porfa.

—Mira lo que has hecho. Estarás orgullosa.

—Muchísimo —concluyo.

Xavier:

¿Puedo ser yo tu dama de honor cuando te cases?

Cassie:

¡Claro que sí!

Asher:

Ni de puta coña.

Alzo la vista y dejo una frase sin terminar de escribir porque por la puerta de la cafetería entran Sloane y Aaron. Ambos sonríen y, si no me hubiese visto eclipsada por su presencia y por el golpe en el pecho que recibo cuando me permito disfrutarla a pesar de que sé que no debería, me hubiese regodeado en la mirada que Sloane le dedica a Xavier y a los tres tipos de sonrisa que le regala cuando poco a poco descubre que está aquí, en el estadio, y lo mucho que le gusta eso. Sin embargo, pasan a un segundo plano. No me fijo en cómo se acerca, en la forma en la que se abrazan como algo más que amigos o en el beso que Xavier le da tan cerca de la comisura de los labios que podría ser indecente y debería haber inmortalizado.

Me limito a quedarme quieta, a observar a Aaron, a maravillarme con lo guapo que está y al calor que me recorre el cuerpo. A emitirle órdenes a mi cerebro que se empeña en correr hasta donde está, lanzarse a sus brazos y pedirle que, por favor, no me suelte.

Que no nos suelte.

Así que lo que hago es huir hacia la despensa y cerrar la puerta, apoyar la espalda contra ella y recuperar el aliento y la compostura. Bajo la vista hasta el teléfono, que sigue recibiendo mensajes porque Noah acaba de llegar y la está liando, enviando ropa interior masculina sexi para que Xavier se la compre para cuando Sloane deje que le haga cosas indecentes.

Estaría bien poder reaccionar, estaría todavía mejor ser capaz de soltar mis comentarios mordaces porque esto es lo que necesito y, a pesar de ello, no puedo hacerlo. Solo pienso en él, que está al otro lado. A una pared de distancia.

—Blue…

Demasiado cerca y demasiado lejos.

—Estoy haciendo… ¡inventario! —¿Inventario? ¿Y esa voz? ¿Por qué hablas con ese tono tan extraño?

Suelta una risilla.

—Abre, prometo no morderte.

¿Y qué sucede si quiero que lo hagas?, ¿si quiero que me muerdas?

Eres una mujer valiente, una mujer que protege a los que ama…

Abro la puerta y mi mirada se rinde ante la suya.

—¡Bu! —suelta.

Unos centímetros y ya está. Un par de pasos y su piel tocará la mía. Un pelín más y nuestros labios se encontrarán. Venga, que sabes que anhelas eso…

Y es por esta clase de cosas que me he negado a verlo, porque mi cuerpo se resiste a hacer lo correcto y mi cerebro todavía más.

—Yo…

El teléfono me vibra entre los dedos, no una ni dos, ni siquiera tres veces, así que bajo la vista porque sé que no es un mensaje. Esta vez no.

—Juniper —pronuncio y tiemblo—. Es del colegio de Juniper.

CAPÍTULO 51

Puño y fuerza
Blue



—¿Blue Langley? —pregunta una voz que intenta sonar tranquila—. Soy la directora del centro. Ha habido un incidente con Juniper.

La palabra «incidente» se abre frente a mí como un abanico de posibilidades y, en todas ellas, la cosa acaba mal.

—Soy yo, sí.

—No voy a extenderme por aquí, me gustaría que viniese a la escuela. Y que pudiésemos hablar con calma.

Una calma que en este instante no siento en absoluto.

—Voy para allá —aseguro.

Me pongo en marcha sin dudar, abro la puerta de la despensa y salgo. Xavier y Sloane se ríen en la barra, ambos con un café que estoy segura de no haber preparado. No hay muchas mesas ocupadas y me dirijo hacia ellos sin dudar.

—Tengo que irme.

Sloane debe de ver la ansiedad reflejada en mi semblante porque lo que hasta hace nada eran risas se convierte en ceños fruncidos.

—¿Qué sucede? —intercede Xavier poniéndose en guardia.

—Juniper. El cole. No sé mucho más.

—Voy contigo —se ofrece.

Niego porque no quiero que Xavier pierda la oportunidad de pasar tiempo con ella y porque puedo con esto. Sola. Yo sola.

Me giro con la intención de ponerme en marcha y me choco contra un muro de músculos. Las manos de Aaron, ambas, se sitúan en mis mejillas, lo que me hace alzar la vista.

—Voy contigo y no es un ofrecimiento. —Desvía la mirada hacia Xavier, tiene la mandíbula rígida y los ojos son puro fuego.

No puedo decirle que no. No quiero decirle que no y debería hacerlo.

Pocos minutos después, Aaron atraviesa las calles de Vancouver. Los nudillos blancos le relucen alrededor del volante. Repaso mentalmente cada mañana, cada despedida, cada «todo irá bien» que le he pronunciado sin estar segura de ello. Juniper no es conflictiva. Juniper es sensible. Observadora. Juniper se esfuerza el doble para que nadie note que leer le cuesta.

El edificio del colegio aparece frente a mis ojos demasiado rápido, Aaron no se molesta siquiera en aparcar bien y, sin que se haya parado el motor, me apeo y corro hasta la entrada. El capitán de los Wild Warriors me sigue sin dudar, sin abrir la boca, sin señalar nada. Entendiendo mi intranquilidad y respetando mi estado anímico.

Y ese…, ese es un gesto tan bonito… Que esté aquí lo es.

La secretaria me recibe con una sonrisa profesional que no consigue tranquilizarme ni una pizca.

—Soy Blue Langley y me han llamado hace unos veinte minutos. Tengo una reunión con la directora del centro.

—Está en la sala de orientación —dice—. Y el otro niño también.

¿El otro niño?

Camino por el pasillo con el corazón golpeándome las costillas. Las paredes están llenas de dibujos infantiles y frases optimistas que interpreto en este instante como una broma cruel.

—Por aquí, por favor —indica la secretaria apuntando una puerta al fondo.

Aaron camina a mi lado. Ni delante ni detrás. A mi lado. Como si supiera con exactitud dónde colocarse para sostenerme si me vengo abajo.

Entramos juntos y en completo silencio.

La sala de orientación es pequeña y demasiado luminosa. Juniper está sentada en una silla con los pies colgando, balanceándolos con nerviosismo. Tiene la espalda recta y la barbilla alta, es la postura que adopta cuando intenta ser valiente sin saber muy bien cómo

conseguirlo. Tiene un pequeño rasguño en la mejilla y los nudillos enrojecidos.

A su lado, y junto a otro niño, hay una mujer que no reconozco. Lo primero en lo que reparo es en lo guapa que es, lo bien peinada que está y en que esa expresión tirante que diviso desde aquí no augura nada bueno.

Clava su mirada en Aaron y sonríe al reconocerlo. La directora y la tutora nos esperan frente a la mesa.

—Blue, gracias por venir tan rápido —saluda la directora—. Podéis sentaros.

Me acerco a Juniper y le acaricio el pelo antes de ocupar la silla que hay a su lado. Aaron se sitúa de nuevo a mi derecha. Me estremezco cuando su rodilla roza la mía y no la aparta. Me agito mucho más cuando se echa hacia adelante para guiñarle un ojo a Juniper.

—¡Has venido! —susurra mi hija llena de emoción.

—Por supuesto que sí, peque.

La directora carraspea y todo vuelve al silencio incómodo del principio

—Vamos a explicar lo ocurrido —empieza la tutora—. Esta mañana, durante la clase de Lengua, se ha producido un altercado físico entre Juniper y otro alumno.

«Altercado físico».

Sí, suena horrible.

—Mi hijo solo estaba bromeando —interrumpe la otra madre—. Los niños son así. Pero ella —añade y me mira de arriba abajo antes de clavar la vista en mi hija con desprecio— reaccionó de una forma violenta.

Siento cómo la sangre me sube al rostro.

—Mi hija no es violenta —respondo, conteniéndome—. Algo tuvo que provocar eso.

—Lo que pasa —continúa la mujer con el mismo tono con el que hablaría de una muñeca de trapo y no de una persona con sentimientos— es que, si un niño tiene dificultades, debería aprender a gestionarlas.

Dificultades.

Aaron se remueve en el asiento, sin embargo, no abre la boca, se limita a apoyar los antebrazos en la mesa y a entrelazar las manos. El gesto es tranquilo, pero algo en su postura consigue que el ambiente de la sala cambie por completo.

—Perdone —interviene—. ¿Está diciendo que el problema es que Juniper no lee como los demás?

La madre frunce el ceño.

—Estoy diciendo que lo que ha ocurrido no es responsabilidad de mi hijo —asevera.

—No le he preguntado eso —la interrumpe Aaron, con toda la serenidad que le cabe en el cuerpo—. Le he preguntado si cree que la dislexia justifica que otros niños se rían de ella.

La tutora intenta intervenir cuando se percata del tono firme y de su porte a la defensiva. Yo sigo asimilando la situación. Estoy en *shock*.

—¿Y usted es…? —pregunta la directora.

Estoy casi convencida de que lo sabe, aun así…

—Aaron —es toda la respuesta que facilita. Sin apellido, sin explicaciones.

—Aaron, entendemos tu postura, pero…

—No —asevera él sin levantar la voz—. No la entienden. Porque, si lo hicieran, no hablarían de un golpe ignorando que muchas veces es un mecanismo de defensa.

La directora se aclara la garganta una vez más.

—Aquí no toleramos ningún tipo de violencia —asegura.

—Perfecto —asiente Aaron—. Entonces tampoco tolerarán las burlas ni los comentarios jactanciosos hacia niños que son diferentes y que necesitan tiempos de aprendizaje distintos, ¿o me equivoco?

Me giro hacia Juniper. No me está mirando a mí. Lo está observando a él.

Aaron aprovecha el silencio que se ha instalado en la sala para levantarse y arrodillarse frente a ella. Quedando a su altura.

—Juniper —pronuncia con voz suave—, ¿puedes contarme qué pasó? Solo a mí. Yo sí te voy a escuchar.

Mi hija aprieta los labios. Observo cómo duda. Cómo las palabras se le atascan antes incluso de intentar salir.

—Se… se rieron, varios niños lo hicieron —susurra—. Siempre lo hacen porque leo raro, porque me confundo y voy despacio.

La frase se queda suspendida en el aire, y a mí se me quiebra el corazón. Ya lo sabía.

—¿Qué te dijeron? —pregunta él con calma.

Juniper baja la mirada. Juguetea con el borde de la manga.

—Que leo como un bebé. Que siempre me equivoco. Que soy tonta. Que no leo bien.

La brecha se hace cada vez más grande y las lágrimas acuden a mis ojos.

Aaron no reacciona con rabia. No aprieta la mandíbula. No sube la voz, se acerca un poco más a mi hija como si, de pronto, fuese a compartir un secreto con ella.

—Escúchame bien, ¿vale? —le dice—. Leer despacio no te hace tonta. Te hace constante. Equivocarte no te hace menos lista, te hace valiente. Y seguir intentándolo cada día eso es algo que muy poca gente sabe hacer. —Juniper alza la cabeza—. Tú no lees mal —continúa—, lees diferente. Y eso no es un defecto, es una forma distinta de ser increíble. Eres una edición limitada. —Mi pecho empieza a temblar—. Y, si alguien no sabe verlo —añade—, el problema no eres tú. El problema es de ellos, que no son tan inteligentes como creen ser.

Juniper parpadea rápido hasta que al final comienza a esbozar una sonrisa. Al principio tenue, de esas que pasan inadvertidas hasta que acaba siendo tan tan grande que todo dentro de mí se recoloca.

—Gracias por contármelo —concluye él.

Nada más.

No la felicita. No la condena. Refuerza su autoestima.

—Y, entonces… —interviene la directora con cautela, porque ya que está contando lo que ha sucedido, pues quiere toda la versión, y yo, de paso, también—, ¿qué hiciste?

—Le pegué —cuenta Juniper con total sinceridad.

Silencio.

—¿Por qué? —pregunta la profesora.

—Porque no paraba de meterse conmigo y porque el tío Asher lo arregla todo a puñetazos y, como estoy cansada de que me traten

así, quise utilizar su técnica. ¡Y funcionó!

La directora suspira, y a mí se me escapa una sonrisa. Debo decir que a la otra madre no le hace tanta gracia. La mano de Aaron se sitúa sobre mi muslo y no sé qué pretende conseguir con eso, no obstante, a mí me reconforta.

—Entiendes que no podemos permitir ese tipo de reacciones, ¿verdad?

Aaron se incorpora despacio.

—¿Pararon cuando se rieron de ella? —pregunta—. ¿Alguien intervino antes de que todo llegase a ese punto?

—Bueno…, no, pero…

—Entonces el problema no empezó con el golpe —contrataca—. Empezó antes. —Se hace otro silencio—. ¿Qué medidas se habían tomado para protegerla? —continúa—. Porque, por lo que entiendo, esto no es nuevo.

La directora baja la mirada, abochornada. Muy bien, me parece genial que se sienta así porque este es su centro.

—Habíamos observado ciertas dinámicas…

—Y no hicieron nada —concluye Aaron por ella

No es una acusación. Es un hecho constatado.

—Mi hija no necesita que le enseñen a agachar la cabeza —pronuncio con la voz rota—. Necesita un entorno seguro.

—Y lo tiene —responde la tutora—, pero también necesitamos que en casa se refuercen ciertos límites.

Ahí.

Ahí es donde me rompen.

—¿Insinúa que no soy buena madre? —pregunto.

—No he dicho eso.

—Sí lo ha hecho —interviene Aaron con firmeza—. Y es injusto. —Se gira hacia ambas—. Blue es una madre presente, implicada y agotada de tener que demostrarlo de forma constante. Una madre que trabaja muchas horas fuera de casa, que al llegar deja todo para pasar tiempo con su hija, para tirarse en el suelo con ella y hacer puzles, para leer cada noche. Una madre que se deja la piel por ella y ni se os ocurra decir lo contrario —replica—. Si Juniper reaccionó así fue porque ningún adulto de este centro —recalca— actuó antes.

La madre del otro niño se levanta de golpe.

—Esto es absurdo.

—Nadie acusa a su hijo —añade Aaron—. Exigimos responsabilidad. Y respeto. Y esto no quiere decir que vea con buenos ojos la violencia, porque no lo hago. —Clava la vista en mi hija—. No lo hago. —Y ella cabecea afirmando.

La directora se frota las sienes.

—Propondremos un plan de actuación…

—Y una disculpa —añade él—. Juniper la merece —continúa—. Y Blue también, por lo que acabáis de insinuar sin tener la menor idea de nada. Porque no estáis presentes como lo estoy yo, cada día. Cada noche. Porque yo las veo. Las veo de veras —repite y reitera clavando su mirada en la mía.

La sala se queda en silencio.

Juniper estira la mano y busca la mía, y yo se la aprieto fuerte.

—No quiero que me traten así. No quiero que nadie me llame tonta.

—Por supuesto que no y no vamos a permitir que nadie lo haga. Juniper se va a disculpar con su compañero, y él —continúa mientras lo señala— va a hacer lo mismo con ella. Y el colegio se comprometerá a tomar medidas o tal vez sea yo el que tenga que llevar esto a otro sitio.

La amenaza queda implícita y flota en el ambiente. La tutora y la directora se tensan ante sus últimas palabras y tragan saliva. Es un desafío en toda regla y ¿a ver quién tiene el valor de enfrentarse al capitán?, porque este chico que está aquí actúa como el líder nato que es.

Y lo hace por nosotras, por nadie más.

Joder…

Cuando salimos del colegio, el aire frío me golpea la cara y todavía me tiemblan las manos.

—¿Y bien? —pregunta girándose y clavando la vista en mi hija—. ¿Qué te apetece hacer, peque?

Huir. No querer lanzarme a sus brazos. No querer quedarme para siempre en ellos.

—Comer helado y ver un partido de los Wild Warriors. Ahhh, y lavarme el pelo con ese champú tan caro que tienes —propone Juniper decidida.

Aaron asiente, y yo también lo hago. Cuando se dispone a avanzar hacia el coche, le sujeto de nuevo la mano, y él desliza la mirada por mi brazo hasta llegar a donde mis dedos encierran su muñeca.

—Gracias —musito.

—No estás sola.

Esa es su respuesta y me atraviesa como un puñal porque empiezo a pensar si no es verdad.

CAPÍTULO 52

¿Todo listo?
Aaron



Cassie:

¿Puedes explicarme por qué eres tan mono? A ver, que tú y yo sabemos que no empezamos con el mejor pie…

Aaron:

Ah, ¿no? Y yo que pensaba que sí.

Cassie:

Rectificaste y eso es lo que importa. A lo que vamos, ¿puedes explicarme cómo es posible que seas tan mono?

Sonrío sin pensármelo, Cassie es una mujer increíble.

Aaron:

En el reparto genético me quedé con todo lo bueno.

Asher:

Casi todo lo bueno.

Cassie:

Ash, no empieces.

Asher:

Te escucho suspirar cuando le escribes esos mensajes. Te recuerdo que es mi hermano y que estás loquita por mis huesos.

Cassie:

Cromañón al habla.

Aaron:

Apuesto a que ese mote le encanta.

Asher:

También podéis utilizar Adonis, Dueño y Señor de Todo lo que Toca, incluida ella, Semidiós Incomprendido, Obra Maestra con Abdominales de Infarto, Milagro Genético Irrepetible y, en días especialmente humildes, respondo cuando se me llama Regalo de la Humanidad al Universo.

Cassie ha expulsado a Asher del grupo.

¿Qué le vamos a hacer? Si no era ella, lo hubiese hecho yo.

Cassie:

De nada.

Aaron:

Apuesto a que va a ir a buscarte.

Cassie:

Eso es justo lo que quiero *auqbe anhagan*.

Interpreto el mensaje como buenamente puedo.

Aaron:

¿Que haga?

No responde de inmediato.

Aaron:

¿Ya te ha pillado?

Me carcajeo.

Cassie:

Deja a mi chica en paz, en media hora estará en casa de Blue. Adiós.

Salgo de este grupo y entro en el último mensaje que hay en el chat de Caleb. Le escribí anoche para preguntarle si todo iba bien tras haberse marchado de la cafetería. No ha respondido, así que decido llamarlo por si ha pasado algo.

Cuando ha emitido cuatro tonos, y estoy a punto de colgar, escucho la voz de mi amigo al otro lado.

—Joder, por fin, pensaba que tendría que ir con una partida de bomberos a tu casa para comprobar que estabas bien y que no te habían secuestrado.

—¿No crees que estás exagerando?

—No respondiste a mis mensajes, estaba preocupado. Eso es lo que hacen los buenos amigos. Los buenos amigos como yo —recalco.

Cal suelta una risilla al otro lado.

—Estoy… ocupado.

Escucho ruidos de fondo. Algunos platos y cubiertos y también distingo otras voces, además de la de mi amigo, y algo de música. Sonrío por pura inercia al entender lo que sucede.

—Te dije que todo iba a salir bien —sentencio.

No sé si mi amigo asiente o no, si sonríe o si sus ojos se cierran tras mi afirmación, lo que sí sé es que está luchando por lo que quiere. Como yo. Como hizo Asher en su día porque esa es la única norma que existe en el Club de los Enamorados, a pesar de que no la hayamos establecido con palabras.

—¿Y tú? ¿Todo va bien?

—Lo estará. Te lo prometo y serás el primero en saberlo.

—¿Seguro?

—Quizá el segundo.

—Me conformo —agrega.

—Cal, ¿vienes? Se enfría el desayuno.

Es Jackie, ya no hay ninguna duda.

—Me alegro muchísimo, joder.

Mi amigo suspira al otro lado.

—Esto es lo que quiero, lo que me hace feliz, cuando llego a casa…, que ella esté aquí es lo que importa. Solo eso. Nada más.

Asiento, a pesar de que es imposible que me vea, porque en estos días he aprendido a entender que sí, que lo que de verdad importa en esta vida no se compra con dinero.

—Venga, no la hagas esperar.

—Gracias, capitán.

Cuelga la llamada y una sonrisa tonta prevalece en mi cara. No es solo que todo va colocándose en su sitio, que cada cosa regresa a su lugar, sino es el hecho de que estemos haciendo esto juntos, cada uno luchando sus propias batallas, como es normal, pero contando con el apoyo de las personas que de verdad nos importan.

Para sorpresa de nadie, me pego la siguiente hora recogiendo cosas que ni siquiera estaban tiradas por el simple hecho de mantenerme ocupado. Reviso los mensajes cada treinta segundos y le envío alguna que otra amenaza de muerte a Asher.

Cuando por fin suena el teléfono estoy al borde de un ataque de pánico.

Cassie:

El pájaro está en el nido. El león está en su guarida. El lobo ha vuelto a la manada. El rey ocupa su trono. El zorro duerme en su madriguera.

Me carcajeo.

Sloane:

Lo que quiere decir es que todo está saliendo según lo previsto. En marcha a la primera parada.

Aaron:

¿Qué excusa le habéis dado?

Sloane:

Ninguna.

Cassie:

Ninguna.

Aaron:

Tengo una pregunta de lo más relevante, si ambas escribís, ¿quién conduce?

Al borde de un ataque de pánico.

Cassie:

Yo.

Sloane:

Cassie.

Pongo los ojos en blanco.

Sloane:

Estábamos en un semáforo. Te dejamos porque ya sabemos que aprecias nuestra vida.

Aaron:

Es evidente.

Sloane:

Admite que la de Blue un pelín más. No te lo tendremos en cuenta.

Sonrío porque menudo par.

Aaron:

Es evidente.

Cassie:

Sloane iba de farol, sí que te lo tendremos en cuenta.

Sloane:

Era evidente.

Guardo el teléfono dentro de la chaqueta, cojo las llaves y bajo al garaje. Primera parte del plan en marcha.

Sí, todo va a salir bien.
Todo.

CAPÍTULO 53

Que alguien me lo explique

Blue



Todavía estoy procesando el hecho de que mis amigas me hayan secuestrado. No en el sentido literal de la palabra, no nos alarmemos, pero es evidente que colarse en mi casa sin previo aviso cuando me disponía a recoger y limpiar a fondo… no estaba programado en mi jornada.

Vale, nada de mentiras, iba a pasar la mañana tirada en el sofá lamiéndome las heridas y procesando lo que pasó ayer en el colegio. Con Aaron. Nada que tampoco sepáis, vaya. Puede que incluyese la repetición de algún partido porque, ya puestos a regodearme en la mierda, al menos hagámoslo mejorando las vistas.

—¿Se puede saber dónde me lleváis? Y, por encima de todo, ¿qué estáis tramando?

A lo que íbamos. Estaba yo tan tranquila en mi casa, intentando recrearme en lo sucedido ayer, cuando irrumpieron cual vendaval en mi humilde morada, me pidieron que me cambiase de ropa y que lo hiciese rápido porque estaban muertas de hambre. No puse pega alguna, no cuestioné nada en absoluto porque mi estómago estaba de acuerdo con la idea de un desayuno en condiciones, algo que no fuesen cereales integrales con leche de avena, que era lo que tenía en mente. Tampoco me resultó mala idea salir de casa y dejar de darle vueltas a las cosas porque estaba empezando a hacerme preguntas.

Muchas preguntas.

De hecho, estaba cuestionando mis propias decisiones y, por encima de todo, las normas, joder y eso era inamovible. Así que sí, salí de allí sin poner pega alguna hasta ahora.

—¿Cuánto tiempo hace que no tienes un día para ti? —pregunta Cassie al volante.

Me observa por el retrovisor con una mezcla de emoción y esperanza. ¿Por qué debería mostrar ese tipo de sentimientos? ¿Y por qué siempre ha sido tan transparente para mí?

—Pues… —Dudo unos instantes.

—Blue, cariño, si respondes de esa forma, ya sabes lo que significa —interviene Sloane.

Sí, sí que lo sé, significa que hace mucho, tanto que apenas lo recuerdo.

—¿Y el trabajo? ¿Y Juniper? ¿Y las responsabilidades?

Sloane se gira de nuevo y clava su mirada en mí antes de guiñarme un ojo con suficiencia.

—Todo solucionado.

—¿Cómo que todo? Define «todo» —insisto.

Tengo una hija y compromisos, me parece increíble pasar un día con mis amigas, claro que sí. Por supuesto que sí. Lo que no me apetece tanto es perder mis empleos y acabar de patitas en la calle.

—Relájate y disfruta.

«Relájate y disfruta», dos palabas sencillas que no están del todo permitidas en mi vida. Soy madre, tengo muchas cargas y muchas obligaciones, mucho peso que sostener y siempre tengo que anticiparme a lo que pueda suceder antes de que lo haga. No es una de mis normas, ni siquiera entra dentro de ellas, se trata de ser razonable y consecuente. De protegernos y cuidarnos. En resumidas cuentas, lo que implica la vida del adulto.

—Vale. —Lo intentaré, es lo que quiero decir.

Quince minutos después, llegamos a lo que supongo que es nuestra primera parada. Cassie encuentra aparcamiento tras dar un par de vueltas y nos apeamos. Sloane y Diddy caminan a la par, están hasta sincronizadas. Sloane le pregunta sobre su trabajo con los Artic Foxes, y ella le explica que está muy contenta a pesar de que echa de menos a los Wild Warriors y Dios sabe que tiene razón.

La cafetería está en una calle tranquila de Mount Pleasant, de esas donde los edificios bajos conviven con árboles jóvenes y bicicletas apoyadas en cualquier farola sin candado ni nada. La fachada no

llama la atención por lo grande que es, sino por lo cuidada que está. La madera es clara y en ella reposa un rótulo sencillo pintado a mano. También hay dos mesas pequeñas en la acera, aún húmedas por el rocío de la mañana. En el cristal del ventanal hay plantas colgadas y una pegatina que anuncia café de especialidad y repostería casera, sin más pretensiones.

Desde fuera se intuye el interior. Luz cálida y un ambiente acogedor. Es de esas cafeterías en las que te quedarías a vivir o, en mi caso, de esas en las que no me importaría trabajar.

Sloane se adelanta un par de pasos y nos abre la puerta, con una reverencia ensayada y todo.

—Señoritas —reza.

Cassie y yo sonreímos y nos damos la mano cuando entramos.

Dentro huele a café recién molido, a pan recién horneado y a mantequilla caliente. El espacio es acogedor sin ser diminuto, con paredes en tonos neutros, estanterías de madera repletas de tazas desparejadas, tarros de cristal y una barra larga desde donde se observa trabajar al chico que prepara bocadillos a la plancha con unos cascos más grandes que dos panes de hamburguesa.

Un poco más allá, y bordeando las ventanas, hay mesas pequeñas y redondas, pensadas para que todos se vean las caras mientras desayunan o se toman un café tardío, y también un banco junto a la pared con cojines de lino que invitan a relajarse. No suena música alta, solo algo suave, casi imperceptible, que acompaña el murmullo bajo de otras conversaciones.

La carta es breve y cuidada. Café filtrado, *lattes* con leche de avena o almendra, chocolate caliente espeso… En una vitrina refrigerada esperan los dulces. Cruasanes de mantequilla, bollos de canela aún tibios, *banana bread* con nueces… También hay opciones saladas como tostadas de pan artesanal con aguacate machacado, huevo poché, queso crema, salmón ahumado y cuencos pequeños de yogur con fruta y granola casera.

Pedimos un poco de todo. Café caliente para todas, aunque Diddy se decanta por una variedad más suave, y Sloane y yo, por un sabor más intenso. También elegimos una tostada de aguacate para compartir, *pancakes* esponjosos con sirope y fruta fresca, y un bol

pequeño de yogur, que llega adornado con semillas y miel. Todo servido en una vajilla bonita y rústica, ningún plato es igual al otro.

—Guauuuu —pronuncia Cassie asombrada al ver las raciones, no solo lo bonitas que son, sino la cantidad que traen.

—¿Verdad? —pronuncia Sloane.

—¿Por qué estáis tan sorprendidas si habéis sido vosotras las que habéis elegido este sitio?

Ambas intercambian un par de miradas y sonríen.

—Claro, claro —rumia mi mejor amiga.

—Es que es la primera vez que venimos —pronuncia Sloane antes de empujar la taza en mi dirección y llevarse la suya a los labios. Debe de estar riquísimo porque suspira.

El teléfono de Cassie suena y lo saca de inmediato. Escribe con una sonrisilla en los labios y cuando termina lo bloquea y lo coloca boca abajo. El teléfono de Sloane también vibra, como si ese mensaje le hubiese llegado a ella también.

Alzo una ceja sin entender nada. ¿Me están ocultando algo o qué? Me dispongo a preguntar. Sin embargo, me quedo a medio camino porque Sloane toma la iniciativa y de qué manera.

—Tengo que contaros algo importante y trascendental.

Diddy se lleva la tostada a la boca y se mancha la comisura con aguacate. Aun así, suspira de placer.

—Esto está buenísimo. Pidamos otra —propone sin remordimiento alguno.

Todas asentimos y soy yo la que alza la mano para llamar a la camarera. Hago un barrido por la cafetería de nuevo. Hay muchas parejas y también bastantes personas solas. Al fondo hay un tío que está leyendo un periódico, concentrado, y en la mesa de al lado hay otro chico con un libro apoyado sobre la mesilla, debe de estar encantándole porque no deja de sonreír mientras señala el texto con el dedo para no perder el hilo.

Ese detalle me recuerda a Aaron y a la forma en la que le indicaba a Juniper cómo seguir en la misma línea mientras estaban sentados en el suelo de mi casa leyendo su novela favorita.

—¿Y bien? ¿Tengo que prepararme para una boda o algo similar? —ironizo regresando al presente, a mis amigas y a la conversación.

Sloane niega con rotundidad.

—Ya me casé una vez y salió mal. El matrimonio no está hecho para mí —sentencia ella y la verdad es que no parece nada receptiva con el asunto.

—No digas esas cosas —la anima Diddy, que coloca una mano sobre la de Sloane—. Muchas veces es el tío y no la boda.

—¿Estás intentando que me case?

No sé por qué, pero mi mirada se desvía una vez más a la mesa del fondo. El chico del libro sigue allí, ha sacado el teléfono y está fotografiando escenas. Sonrío, me encantaría saber qué es lo que le ha llamado tanto la atención.

—¿Con mi hermano? Por supuesto. —No duda.

—¿Ya le has contando a Sloane cómo se comportó Xavier cuando conociste a Asher? —La señalo—. Cassie estaba esperando el momento para devolvérsela —explico—. Por lo que veo, ha cambiado de opinión.

Mi mejor amiga se bebe lo que le queda de café y sujeta la cuchara para comenzar a dar buena cuenta del cuenco de yogur con frutas y miel.

—Lo he hecho porque es ella. Soy una chica blanda. No me van las venganzas y menos si es contigo.

—¿Es un piropo? —ironiza Sloane.

—Ajá —rumia con la cuchara en la boca—. Además, intuyo que eso que nos quieres contar tiene que ver con Xavier, ¿o me equivoco?

Diddy y yo nos mantenemos en silencio, expectantes.

—Me gusta tu hermano —suelta sin andarse por las ramas—. Y tu amigo. —Me apunta en esta ocasión a mí—. No esperaba eso, ¿vale? Ya podéis fustigarme.

Diddy y yo intercambiamos una mirada y las comisuras de nuestros labios se ensanchan sin remedio.

—Dinos algo que no sepamos. —Es la respuesta que le doy justo antes de golpear mi puño con el de mi mejor amiga.

—¡Qué guay! Vamos a ser cuñadas. —Extiende la mano para chocarla—. Y tú y yo. —Dirige el dedo índice hacia mí—. Pues lo que sea porque de parentescos no es que vaya del todo bien.

Trago con fuerza para evitar responder porque me duele hacerlo. No porque no vayamos a ser familia, es evidente que ya lo somos, sino por lo culpable que me siento por no estar siguiendo a mi corazón y eso…, eso no me había pasado nunca.

Hasta Aaron.

CAPÍTULO 54

En la diana
Aaron



Las sigo a cierta distancia desde que salieron de la cafetería. No solo porque tenga miedo de que me descubra, sino porque me apetece observar cada reacción genuina. Acercarme demasiado podría romper el equilibrio frágil de este día que no me pertenece en absoluto.

Caminan sin rumbo durante un rato, perdiéndose por calles tranquilas donde el ruido del centro se diluye. Blue gesticula en exceso mientras cuenta alguna historia que no logro escuchar desde los metros que nos separan para pasar desapercibido. Exagera partes o se detiene a mitad de frase para señalar algo que le ha hecho gracia. A ratos va en medio, a ratos se queda atrás, en ocasiones observa el cielo. No parece tener prisa y siento que he conseguido parte de mi propósito. Eso es justo lo que buscaba cuando hablé con Cassie y le pedí que me ayudase a organizar este día. En un principio, mi intención era ser yo el que lo pasase con ella, el que disfrutase de cada comentario mordaz, de su tacto, de esa energía que vibra y danza entre nosotros cada vez que estamos juntos, de sus sonrisas. Embeberme de cada detalle por ínfimo que fuese solo para recordarme que esto…, esto es el amor.

En un cruce se paran a discutir qué camino tomar. No parece una discusión real, más bien una excusa para reírse y llevarse la contraria una y otra y otra vez. Cassie y Blue han pasado gran parte del trayecto cogidas de la mano o bien han entrelazado los brazos formando un frente unido y provocando que los viandantes tengan

que apartarse para dejarles paso. Ni siquiera reparan en los gestos de desagrado que algunos les dedican o de las miradas cómplices de varias amigas que las observan con anhelo.

En cambio, yo sí. Yo sí que me fijo en todo eso, es la ventaja de ser un invitado pasivo o algo por el estilo.

Tras ese paseo, entran a almorzar en un local pequeño que he reservado previamente. Comparten platos. Se inclinan unas sobre otras para probar lo que ha pedido la de al lado. Blue se limpia los dedos en una servilleta de papel y sigue comiendo, sin ese cuidado constante de no mancharse, de no molestar, de no ocupar espacio. En un momento dado se echa hacia atrás en la silla y cierra los ojos un segundo, como si el simple hecho de estar llena fuese un lujo.

Después hay tiendas. Cosas innecesarias. Objetos que no son para nada imprescindibles. Entra en una, sale sin comprar. En otra se prueba unas gafas absurdas y se mira en el reflejo del escaparate. Hace una mueca. Se ríe. Se las quita y las deja en su sitio. Sale con una bolsa pequeña tras haber comprado un puzle nuevo para armar en casa con Juniper.

Y por fin llegan a la siguiente actividad.

Me encuentro apoyado contra la pared de ladrillo del local de lanzamiento de hachas. Una actividad del todo diferente y de lo más extraña, lo sé. Cuando estuve organizando el día, quería que fuese algo distinto. Desayunar está bien, pasear por la ciudad sin necesidad de controlar el tiempo también lo está, pero ¿esto? Esta es de esas cosas que nunca te esperas hacer. No sabéis la de bromas que tuve que soportar por parte de mi hermano o de Art, que me aseguraba que lo que quería era quitármela de encima en vez de conquistarla. Les lancé varias miradas inquisitivas que no dieron resultado alguno.

¿Qué le vamos a hacer? A esos dos les encanta reírse de mí por separado y cuando están juntos… también.

El aire huele a metal y madera vieja. Desde dentro llegan golpes secos, rítmicos, y alguna exclamación que se cuela cuando se abre la puerta. Cassie, Blue y Sloane entran juntas, hablando a la vez, casi pisándose las unas a las otras cuando lo hacen. Yo me quedo fuera un instante más, aguardando y manteniendo la distancia para que

no me pille. Me pregunto si he ido demasiado lejos. Si este tipo de plan casa con ella o si solo encaja con la idea que tengo de lo que necesita.

La observo a través del cristal antes de tomar asiento en otro sitio, desde donde puedo verla sin ser visto. Cassie no tarda mucho en levantarse e ir al baño y yo la sigo poco después.

—¿Qué tal todo? —pregunto con nerviosismo.

—Está saliendo a pedir de boca. Nos lo estamos pasando genial. —Cassie está apoyada en la pared del baño, ya esperaba que yo fuese detrás. Les he ido enviando algún que otro mensaje. Sloane no ha respondido a ninguno, Cassie ha sido la encargada de ir poniéndome al día—. Esta mañana estuvo a punto de sospechar algo, cuando me enviaste el mensaje, y yo respondí. —Ladea la cabeza—. Sloane lo resolvió rápido contándonos que está loquita por los huesos de mi hermano. —Sonríe con presunción.

—¿Xavier? —cuestiono con escepticismo.

—No, a ver, ¿qué otro hermano podría ser? —Me temo que, si pudiese, me daría una colleja. Una merecida, perdonadme, son los nervios—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que Noah besa el suelo por el que pisa Gillian?

También es verdad.

—Pues…

—Ya, ya, estamos todas impactadas porque Xavier haya tenido tanta suerte al encontrar a alguien como Sloane. Siento una mezcla de estupefacción y felicidad, también una pizca de coraje por no ser capaz de vengarme de mi propio hermano a pesar de que se puso en un modo sobreprotector del todo innecesario. —Se alza de hombros—. ¿Qué le voy a hacer?, soy demasiado buena persona y no le guardo rencor alguno. A él no, a tus padres sí —señala y alza el dedo índice para hacer hincapié en eso.

Que no me recorra un escalofrío cuando los menciona es una buena señal.

—Todos lo hacemos. —Compartimos un par de miradas cómplices y entonces se acerca y me da un abrazo.

—Aaron, eres un buen tío. Un tío increíble que está demostrando sin palabras y con hechos que está enamorado de mi amiga. Nadie

había hecho esto por ella nunca. —Sus pensamientos se pierden en la pared que hay enfrente, como si pudiese ver la mesa desde allí cuando es imposible hacerlo—. Nadie las ha defendido de esa forma en la que tú lo hiciste y me siento muy feliz de que hayas llegado a su vida.

Cabeceo afirmando, sintiendo que el corazón me retumba contra el pecho por la verdad que encierran sus palabras. Ni siquiera recuerdo cuándo me di cuenta de que estaba enamorado de ella, tal vez haya sido algo innato, quizá haya surgido sin más. O puede que se fraguase poco a poco, que ese sentimiento se enraizase en mi pecho como la certeza tranquila de un lugar al que siempre se vuelve, incluso antes de saber que uno estaba perdido. Antes de saber que lo necesitabas.

—Ellas se merecen esto. Cualquier cosa.

Cassie me sonríe de forma cálida, se ha dado cuenta de que he incluido a Juniper en la ecuación porque cuando pienso en Blue, cuando lo hago, es imposible que esa pequeñaja no aparezca también. Porque la adoro. Las quiero muchísimo a las dos. A lo que forman juntas. A la familia que representan.

—Sí, sí que se lo merecen, pero nadie ha sido capaz de quedarse. De elegirlas. De darles todo lo que se merecen y más. Así que gracias…

Dicho esto, se cuela en el baño, y yo regreso a mi lugar, desde donde puedo observarlas a mi antojo. No hay mucho más que añadir y tampoco podemos excedernos en la conversación para no levantar sospechas.

Encuentro a Blue rígida mientras le explican las normas. Asiente demasiado rápido, con ganas de hacerlo bien, decidida a comportarse como la alumna más aplicada de la clase. Coge el hacha con las dos manos y la sostiene con torpeza, sin saber muy bien dónde colocar los dedos. No es su terreno. Se le nota y, a pesar de ello, no se retracta. Cassie no tarda en llegar, y el instructor le explica la actividad a ella también. Sloane es la que más emocionada parece.

—Voy a imaginar que es la cabeza de mi exmarido —suelta, y varios de los presentes se parten de risa al escucharla—. ¿Qué?

Vosotros no sabéis lo que he tenido que soportar durante años —rumia.

Blue le coloca los dedos en el hombro y los aprieta. Es su forma de darle consuelo.

Se sitúan en posición y por turnos. Su primer lanzamiento es tímido. El hacha cae antes de tiempo y rebota contra la madera con un sonido seco y poco impresionante. Ella se tapa la boca con el antebrazo y se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Dios, con lo buena que soy, ¿cómo es posible que se me esté dando tan mal? —pregunta.

—Tal vez el truco está en imaginar que golpeas a alguien a quien odias.

Me encanta poder escuchar desde aquí sus conversaciones. La falta de luz en los asientos me facilita mucho las cosas.

—Yo voy a imaginar que es Prescott Maddox. —Se gira para guiñarme un ojo sin darse cuenta de que Blue la sigue con la mirada.

Coloco frente a mí la carta de bebidas y, gracias a eso, me salvo por los pelos.

Cassie clava el hacha en la madera, aunque no se acerca ni por asomo al centro.

Le grabo un vídeo y saco varias fotos y se las envío a Asher. Coloco el teléfono sobre la mesa y sigo observando.

El segundo lanzamiento no va mucho mejor.

Observa a sus amigas, encoge los hombros, pidiendo perdón por no ser buena en esto tampoco. Ese gesto me atraviesa durante unos instantes. El de disculparse incluso cuando no hay nada que perdonar.

—Concéntrate, piensa en alguien a quien quieras ver muerto —apostilla Sloane.

—Joder, tampoco hay que pasarse, ¿no? —replica Cassie.

—Vale, vale —se disculpa—. Piensa en alguien que te haga sufrir o que te haya hecho daño. Sé una chica mala. De las chicas malas, la peor —le propone.

—Eso sí que se me da bien —sentencia Blue, que tantea el hacha calculando el peso y las dimensiones. Si hasta parece una

profesional.

Se coloca en posición y es en ese tercer intento en el que cambia algo. No sabría decir si es la postura, la forma en la que separa los pies o simplemente que deja de pensar. O que en la diana se dibuja algún rostro de veras.

Lanza el hacha con más decisión y esta vez se clava. No en el centro, pero lo bastante cerca como para que todas aplaudan. Blue se queda inmóvil un segundo, sorprendida, y luego se gira hacia sus amigas con una sonrisa abierta, casi infantil. Una sonrisa de orgullo. Suelta aire. Mucho aire. Como si llevase años guardándolo en el pecho.

El siguiente lanzamiento no es cuidadoso. Es brusco. Hay rabia en el movimiento, cansancio, algo acumulado que no ha tenido por dónde salir. El golpe suena más fuerte. El hacha se hunde en la madera y esta vez no hay risa inmediata. Hay silencio. Los hombros le pesan. La mandíbula se le afloja. Durante unos segundos resulta más ligera. Da la sensación de que, poco a poco y con cada lanzamiento, se despoja de una capa más. De un peso invisible que la oprime.

Sonrío con orgullo. No sé lo que esperaba al organizar esta actividad, sí sé, en cambio, que lo único que quería es que se sintiese libre. Me quedo donde estoy, observando la escena desde la distancia, aceptando que este día no es para mí. Que mi papel es mirar, proteger sin tocar, querer sin reclamar.

Es entonces cuando me doy cuenta de que la imagen que me devuelve es la de una chica que se siente viva. Desordenada. Real.

Y entiendo que, a pesar de que nunca sepa que estuve aquí, aunque nunca lo nombre, este es el tipo de amor que quiero ofrecerle: el que organiza la libertad y luego se aparta para no estorbar.

CAPÍTULO 55

Lo que sí importa

Blue



Juniper va sentada atrás, con las piernas cruzadas sobre el asiento y la frente apoyada en la ventanilla mientras callejeo en dirección a casa. Afuera, la noche ha caído y la ciudad se ha ido convirtiendo, poco a poco, en estelas de luz desdibujadas y en manchas y borrones. Hay ruido, hay bullicio, todo a mi alrededor se agita, de la misma forma en la que lo hace mi interior.

—Asher me explicó hoy que no estuvo bien pegarle a Troy —pronuncia de pronto mi hija, sin mirarme directamente—. Y también me ha dicho que entiende por qué lo he hecho.

Aprieto un poco más el volante ante su sinceridad y no solo eso, lo que representa la misma, lo que la ha llevado al límite para responder de esa forma.

—Asher suele entender muchas cosas —contesto sin más, evitando mostrar lo mucho que me afecta.

—Me ha contado que a veces los adultos se dan cuenta tarde de las cosas. —Esa frase me atraviesa—. Y que tal vez mis profesoras son unas imbéciles, pero que a partir de ahora estarán mucho más pendientes de sus errores e intentarán mejorar. De la misma forma en la que yo me esfuerzo cada día, mamá.

—Juniper… —empiezo, sin embargo, no sé cómo continuar.

Mi hija se gira un poco hacia mí. No del todo, solo lo justo para que nuestras miradas se encuentren en el retrovisor.

—Hoy le pedí perdón a Troy por haberle pegado el otro día. Aaron tenía razón y la profe también, las cosas no se arreglan a golpes. Aunque Asher asegura que sí y que ayuda a descargar tensión. No entiendo bien lo que quiere decir, la verdad, pero sí sé que no me

sentí mejor cuando le pegué. —Trago saliva—. Es que… no me gusta ser diferente, mamá. No me gusta que me señalen porque soy la que lee raro, la que lo hace como un bebé. No me gusta nada de eso.

El semáforo se pone en rojo. Me detengo y tomo aire.

—No eres diferente, Juniper. Solo lees más despacio. Nadie es igual al otro ni toma las mismas decisiones o lo hace de la misma forma. No se nos caen los dientes a la vez, tampoco gateamos el mismo día, ni siquiera nuestra primera palabra es la misma. Lo bonito de ser nosotros es lo diferentes que somos de todos los demás.

Juniper se encoge de hombros, mi argumento no parece haberla convencido para nada, aunque lo he dicho no para consolarla, sino para que entienda que lo que nos hace únicos somos nosotros mismos y nadie más.

Observo cómo niega en repetidas ocasiones.

—No quiero ser diferente. Solo quiero que paren de señalarme. Solo quiero ser normal. Como cuando estoy con Aaron, él me hace sentir normal. A Aaron no le importa si tardo en leer o en escribir, si me equivoco. Siempre me sonríe. Por eso escribí esa tarjeta para la caja de logros, porque Aaron me hace sentir bien. Me hace sentir especial. ¿Y a ti, mamá?, ¿cómo te hace sentir?

No sé qué responder. Ni siquiera sé cómo enfrentarme a esa pregunta. No me atrevo a sincerarme a pesar de que es mi hija la que está a poca distancia y me observa con esperanza. Tomo aire con fuerza y avanzo por las calles, de nuevo en silencio.

Cuando llegamos a nuestro apartamento, le enseño el puzle que le he comprado hoy, y me sonríe antes de tirarse al suelo y abrirlo.

—Mamá —suelta de pronto—, ¿puedo contarte algo sin que te enfades?

Se ha quitado las zapatillas y ha repartido las piezas por el suelo.

—Claro, cariño, ya sabes que yo no me enfado. Salvo que los adultos digan cosas que no deben.

—¿Como lo de las bromas sexuales?

Me carcajeo. No se le va a olvidar nunca.

—Por ejemplo.

Comienza a separar las piezas de los bordes. Ya hemos aprendido e interiorizado cuáles son las formas en las que podemos montar nuestro puzle.

—Creo que tú también estás cansada. —Me quedo quieta, con una ficha entre los dedos. El pulso se me acelera y alzo la vista para clavarla en Juniper. Ni siquiera me mira, cosa que agradezco, porque no me gustaría que viese la forma en la que me tiemblan las manos en este instante.

»De ser fuerte —añade—. De protegerme todo el rato. —El aire se me queda atascado en los pulmones.

»Puede que… —Juguetea con un par de piezas, las cambia de forma y sitio. No les presta atención—. Quizá a veces actúas como yo cuando no quiero leer delante de todos, mamá.

—¿A qué te refieres, Juniper?

—Que te escondes, mamá. Como hago yo cuando hay que leer, que aparto la vista y me hago pequeñita.

Dejo las piezas del puzle y tomo asiento a su lado. Ella apoya su cuerpo en el mío.

—¿Crees que me escondo?

Asiente.

—A lo mejor es porque tú también tienes miedo de hacerlo mal —se aventura alzando la mirada—. O porque también tienes miedo de que te hagan daño como yo cuando leo.

Cierro los ojos un segundo.

—Todos tenemos un poco de miedo. El miedo nos hace ser prudentes.

Juniper se apoya en mi brazo.

—¿Qué significa ser prudente?

—Nos hace ir con pies de plomo en la vida.

—Ahhh, por eso tienes tantas normas, porque eres prudente.

—Exacto. —Le acaricio el pelo con ternura—. Dando pequeños pasos, pero firmes, conseguimos sufrir un poco menos.

—Mamá. —Extiende la mano y es ella la que me acaricia la mejilla —. Tú siempre me dices que no pasa nada por tener miedo. —Abro los ojos—. Y también aseguras que no puedo dejar de intentarlo solo porque me salga mal. Que tengo que seguir adelante y que algún

día pensaré en todo lo que he trabajado y luchado y me sentiré orgullosa de mí misma. Como la princesa de mi cuento, mamá, que al principio tiene miedo a montar a lomos del dragón y al final se convierte en su mejor amiga. Si no lo hubiese intentado, si se hubiese dejado llevar por el miedo, nunca habría podido convertirse en una villana principesca. Hubiese sido infeliz. ¡No hubiese habido cuento! —grita llena de decepción.

Y esta es la lógica de una niña de seis años, la que le está dando una tremenda lección de vida a su madre. Una lección brutal e implacable.

Se me quiebra algo por dentro.

—Mamá —susurra—, no quiero que estés sola.

La abrazo. Fuerte. Demasiado fuerte. Como si pudiera meterla dentro de mí otra vez.

—No estoy sola —le aseguro, aunque mi voz no suena del todo convencida.

—A veces sí —responde llena de convicción—. Desde que Aaron llegó sonríes más y estás más guapa. Además, has dejado de decir que los chicos son unos capullos y dejas que Aaron te bese, mamá. Y te gusta. —Me separo lo justo para mirarla—. Hasta la sopa te sale mejor —asegura.

Se me escapa una risilla.

—Eso es porque Aaron me ayuda, ¿verdad?

—¡Claro! —exclama ella emocionada antes de guardar silencio de nuevo y ponerse seria una vez más—. No me gustan las normas, mamá, sobre todo cuando esas normas consiguen que no pase nada bonito. —Esa frase. Esa maldita frase.

»Mamá —recita una vez más tendiéndome una de las esquinas del puzle—. No me gusta ser diferente, pero no pasa nada si lo soy y tampoco pasa nada si te saltas las normas, sobre todo, si eso te hace feliz —pronuncia.

La estrecho de nuevo contra mi cuerpo, lo hago con tanta fuerza que deja escapar el aire con un resoplido insano.

—Te quiero, mamá.

—Yo más.

Se queda callada unos segundos y, cuando se aparta, me limpia una lágrima que se me ha escapado.

—¿Mañana puedo llevar el libro que me regaló Aaron al cole?

—Claro.

—Aunque lea despacio.

—Aunque leas despacio.

Sonríe justo antes de arrodillarse de nuevo y centrarse en el puzle.

Me incorporo y me dirijo hacia la cocina no porque tenga hambre, sino porque necesito algo de espacio para procesar lo que me acaba de decir mi pequeña.

—¿Qué te apetece cenar?

—¡Quiero sopa! —grita ella emocionada—. Quiero la sopa que hace Asher. —Vaya, qué novedad esa—. ¿Puedes pedirle que me traiga un poco?

—¿No has tenido suficiente con las horas que ha estado contigo hoy?

Ella niega.

—Asher es divertido. Y creo que quiere casarse con la tía Cassie.

Me giro al escuchar esas palabras.

—¿Cómo dices?

—Upsss. —Se lleva la mano a la boca al darse cuenta de que ha contado algo que no debía—. Aaron también hace una sopa deliciosa, podrías pedirle que baje. Ya no viene cada noche, y lo echo de menos.

Me acerco hasta ella y me arrodillo.

—Le pediré que baje si me cuentas ese secreto —musito.

—¿Un secreto tuyo por uno mío? —Su pregunta me saca una sonrisilla.

—Un secreto tuyo por uno mío.

CAPÍTULO 56

Marcando las normas

Aaron



Escucho la puerta de casa justo cuando estaba a punto de irme a la cama. A la cama a dar vueltas, básicamente.

Me dirijo hacia la entrada y abro la puerta con la intención de mandar a mi hermano a la mierda. Lleva todo el día riéndose de mí porque, según él, soy un pringado de manual por no haberle contado a Blue que he sido yo el que ha organizado el día. Un día para ella.

—No estoy de hu… —Mi frase queda a medio pronunciar cuando observo a Blue al otro lado y, por si su mera presencia no me aturdiese lo suficiente, lo hace con esos malditos pantaloncitos cortos que quiero arrancarle a bocados.

«Céntrate, idiota».

—¿De humor? Es una pena, yo que traía un arsenal de chistes y un puñado de trucos de malabarismos para hacerte reír —ironiza ella.

Es una mujer tan increíble…, y está aquí, en el rellano de casa. En el rellano…

—Pasa —la invito—. Tú y tus chistes sois bienvenidos.

—Hemos venido solo por el champú caro, que conste.

—Mi champú se siente halagado por ello. —Tiro de sarcasmo.

No me culpéis, ¿vale? Es del todo imposible que esa chica se cuele en mi casa con esa prenda que hace que mi mente retroceda diez días atrás y no imagine todas y cada una de las formas en las que se la he quitado.

—¿Y Juniper? —pregunto.

—Está abajo con tu hermano y Cassie, se han quedado con ella. Asher le está haciendo sopa. Parece ser que es su favorita. Esa niña es una traidora que se deja comprar por un puñado de verduras y fideos. No lo entiendo.

Dejo escapar una risilla mientras se acomoda en el sofá y me dirijo hacia la cocina.

—¿Café? ¿Té? ¿Vino? ¿Cerveza?

—Pues sí que tienes cosas ahí. Yo tengo agua y da gracias —me explica señalando la nevera—. Me vale con un té, frío, a ser posible. Me temo que hoy he comido demasiado.

—¿Y eso? —Me giro, saco dos vasos y vierto el té de melocotón en ambos antes de caminar hacia el salón. Tomo asiento en el suelo, como he hecho otras tantas veces en su casa—. ¿Un día ajetreado?

—¿Recuerdas que te dije que nunca había tenido un día para mí? Hace meses de esa conversación… —tantea y aparta la mirada para observar cómo las pequeñas cortinas blancas ondean con la brisa fresca que entra de la calle. No sé qué estará pensando ella, sin embargo, yo recuerdo con total nitidez la forma en la que nuestros cuerpos se amoldaron frente a una ventana muy distinta y en un apartamento diferente—. ¿Sabes? Pensaba que mi cabeza me estaba jugando una mala pasada. Estaba tan concentrada en las actividades, en Diddy y Sloane que no me di cuenta. Que pensé que todo era fruto de mi imaginación. —Me llevo el vaso a los labios y saboreo el dulzor del melocotón mezclado con el amargor del té.

»Hasta que me percaté de que ese chico con el periódico eras tú. También el que vi reflejado en el cristal cuando me probé aquellas horripilantes gafas de sol o el que mi amiga buscó con la mirada cuando clavó el hacha en la diana y se cubrió con el menú. Estabas allí porque fuiste el que organizó ese día. Un día para mí, Aaron —sentencia justo antes de dejarse caer de rodillas en el suelo.

Mi mano va en su busca y mi cuerpo con él, porque no quiero que se haga daño. Porque la protegería con todo lo que tengo para que así fuese.

Blue no se aleja ni sortea mi contacto. A pesar de que lleva muchos días esquiva, hoy parece que frente a mí tengo a otra

versión, a otra chica.

—Me dijiste que no sabías lo que te gustaba pero que te encantaría descubrirlo —recito y rememoro aquella conversación ya bastante lejana en la que hablamos de todo y de nada, intentando resolver el mundo sin buscarle sentido al mismo. Me alzo de hombros—. Supongo que hacer cosas que se salgan de lo habitual con otras más cotidianas era un buen punto de partida.

—¿Por qué? —pregunta ella yendo directa al grano.

Porque esa es la Blue que conozco, la que se enfrenta a todo y ya se verá lo que pasa. Al menos, cuando nadie puede salir herido en el proceso.

—Porque te lo mereces —respondo con total honestidad. Nuestros dedos se han encontrado a mitad del camino. A pesar de todo, la siento lejos, demasiado—. Porque ya está bien de que entregues, de que des todo lo que tienes hasta quedarte sin nada. Porque ya es hora de que dejes de cuidar de los demás para que alguien cuide de ti, Blue.

Los ojos comienzan a llenársele de lágrimas. Podría decirle que no debe llorar, que no lo haga, sin embargo, no pienso cortar ninguna de sus emociones porque no me disgusta que llore, forma parte de ella, de lo que es, y no quiero que se reprima. Todo lo que tenga para entregarme lo recibiré con los brazos abiertos.

—Yo… —titubea y sé lo que viene a continuación. Es esa grieta, esa herida—. Estoy asustada, Aaron. Muy muy asustada.

—Lo sé, cariño. —Me adelanto hasta que mis rodillas tocan las suyas. El contraste es abismal, mientras que su piel es blanca y nívea, la mía es más morena. Mientras que sus piernas son pequeñas y firmes, las mías son gruesas y musculosas. Y, aun así, no siento que haya nada más perfecto en el mundo que nosotros dos—. Y no es malo tener miedo.

—No, no lo entiendes —murmura y se acomoda un poco más. Está cogiendo fuerzas para lo que viene a continuación—. Nunca le he temido a los retos, siempre me he enfrentado a las situaciones tal y como se presentan. He asumido que hay cosas buenas y otras no tanto y que no importa, solo hay que enfrentarse a ellas como llegan. Mi familia me abandonó cuando me quedé embarazada

porque fue la gota que colmó el vaso, porque eso solo ratificaba lo mala hija que era. El padre de Juniper desapareció poco después y, aun así, seguí adelante. Me enfrenté a todo lo que vino por mi hija. Porque estaba rota y sola, claro, pero tenía que luchar por ella porque ya no solo estaba yo, había una persona…, una personita que dependía de mí. Me enfrenté a todo por ella, sin importar nada. Sin importar yo misma. Y de ahí mis normas porque…

—Las normas protegen —finalizo por ella.

No porque me lo haya dicho, de hecho, nunca lo ha hecho y, sin embargo, no ha sido necesario porque lo sé. Simplemente lo sé.

Cuando Blue alza la vista encuentro la sorpresa reflejada en su semblante.

—Sí —susurra—. Ese es mi lema, el que llevo por bandera. Por eso, Aaron, por eso decidí alejarme. Alejarme de ti —matiza como si yo no hubiese llegado ya a esa conclusión—. Porque no importa que me rompas el corazón, que me abandones, que no me elijas, no importa que me hagas daño porque sabré ponerme en pie, sacaré fuerzas de donde no las tengo y lucharé por lo que más quiero en mi vida. Por mi hija. Podré hacerlo porque ya lo he hecho antes —reitera—. Sin embargo, si le rompes el corazón a ella, capitán… No sabré cómo reconstruirlo. No podré enfrentarme a eso.

Cabeceo afirmando despacio, dejando que sus palabras se asienten en mí. No como una acusación, porque sé que no es esa su intención, sino como una verdad que ya conocía y que, aun así, necesitaba oír salir de su boca.

—Lo sé —digo al fin—. Y precisamente por eso yo también tengo miedo. —Alza la vista dando a entender que mi confesión no encaja con lo que esperaba—. Yo también lo tengo, Blue.

Frunce el ceño, confusa, y entonces es cuando la memoria me golpea con fuerza. No es nueva. Nunca lo ha sido. Lleva conmigo desde aquella conversación, desde la forma en la que me miró entonces, firme y rota a partes iguales.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste? —tanteo en voz baja—. Aquella vez, cuando hablábamos de tu familia y de lo gilipollas que eran. Sigo pensando lo mismo y no voy a cambiar de idea. —Entreabre los labios y esboza una pequeña sonrisa—. «Aprendemos

a vivir con esto, capitán. Solo tienes que saber con qué te quedas, a quién eliges. Puedes vivir pensando en lo que fue o tal vez puedes simplemente vivir» —recito despacio, sin quitarle los ojos de encima. Blue traga saliva y sé que su cabeza se ha transportado a ese día. Yo ahí ya estaba enamorado de ella. Ya lo estaba.

»Eso me dijiste tú —continúo—. Me diste ese consejo, y yo lo acepté. Lo interioricé. Porque yo también sé lo que es fallarle a las personas que más quieres, sé lo que es no estar a la altura y también sé lo que es aprender de los errores, Blue. —Sabe que hablo de mis padres. De mi infancia. De Asher—. Y hoy, cuando te vi ahí fuera, cuando te vi reír con Cassie y Sloane, cuando entendí que ese día era para ti y que te lo merecías más que nadie, supe que ya había elegido. Había elegido seguir a tu lado a pesar del miedo. A pesar de las dudas.

»No te organicé este día porque quiera entrar en tu vida a empujones ni porque quiera ocupar un lugar que no me corresponde. Lo hice porque te elijo a ti frente a cualquier otra cosa. Con miedo. Con normas. Con Juniper por delante de todo. —Me acerco un poco más, lo justo para que no haya duda.

»No me da miedo equivocarme contigo —confieso—. Me da miedo no estar a la altura de lo que tú y tu hija merecéis. No voy a hacerle daño a Juniper, no voy a convertirme en alguien que aparezca y desaparezca, no voy a ser un recuerdo que duela. Por eso decidí ir despacio con vosotras, Blue. Por eso quise estar ahí sin estar. Porque te quiero desde hace mucho tiempo. Muchísimo.

Sus ojos vuelven a humedecerse, solo que esta vez no rehúye los míos.

—Las normas protegen —susurra.

—Sí —asiento—. Y también aíslan. No estoy aquí para romper ninguna de ellas, estoy aquí solo por si algún día decides saltarte alguna, que no lo hagas sola. Que entiendas que puedes hacerlo conmigo a tu lado. —Extiendo la mano entre los dos, abierta, sin exigir nada, y ella la agarra con fuerza. Se le escapa un gemido y un par de lágrimas más.

»No quiero que vivas anclada en lo que podría salir mal —le explico, devolviéndole sus propias palabras—. Quiero que, cuando

estés preparada, simplemente vivas. Y, si me eliges en ese camino, prometo no olvidar nunca a quién estoy eligiendo también.

Blue baja la mirada hasta donde nuestros dedos se entrelazan frente a nosotros. Vuelven a encajar, de la misma forma en la que lo hicieron nuestros cuerpos y también nuestros corazones.

—Yo te elijo a ti. Te elegiría a ti siempre, Blue, y no importa si tú no lo haces, porque, de todas formas, me voy a quedar.

Y sé que la reconciliación no llega con besos ni con certezas absolutas.

Llega así. Con dos personas eligiendo quedarse, aun con miedo.

Sobre todo, con miedo.

CAPÍTULO 57

Elegirte, aun con miedo

Blue



Llamar a su puerta ha sido un acto reflejo. Uno peligroso. Uno que llevo días, semanas, evitando.

Porque cuando Aaron abre y me observa como si no esperase encontrarme entiendo que he venido a confirmar algo que ya sabía: huir no ha servido de nada. Ni a él ni a mí.

Entro en su casa con una broma tonta en los labios y el corazón en la garganta. El rellano se queda atrás, pero el vértigo no. Nunca lo hace. Aaron está nervioso, se le nota en los movimientos, en cómo evita mirarme demasiado rato seguido. Me ofrece té, y acepto porque necesito tener algo entre las manos para que dejen de temblarme. Eso no va a ser posible. No lo es desde que lo conocí.

Es esto.

El amor es esto.

Me siento en su sofá y observo el lugar con una familiaridad que me asusta. Podría enumerar cada objeto con los ojos cerrados. Podría señalar dónde cruje el suelo, dónde entra la corriente de aire. Podría decir, incluso, dónde nos hemos tocado.

Cuando empiezo a hablar, no lo hago del todo consciente. Las palabras salen solas, como resultado de todo lo vivido hoy. Todo el día ha sido una pista que llevaba hasta aquí. Hasta él.

Le cuento cómo me di cuenta. Cómo lo vi. Cómo siempre estuvo ahí, y él escucha paciente. Siempre lo hace de esa forma. Siempre está ahí, el chico bueno que nos escucha, que nos presta atención, que nos tiende la mano cuando la necesitamos.

«Los detalles, lo que de verdad importa en esta vida son los detalles».

¿Qué más necesitas, Blue?

Tengo miedo. Un miedo antiguo. Uno que conozco bien.

Él se acerca y no invade. Nunca invade. Se coloca frente a mí con nuestras rodillas tocándose, y entiendo, de pronto, que no es el miedo a él lo que me paraliza.

Es el pasado.

—Derek también se fue —pronuncio en voz alta.

Hace tanto tiempo que no lo hago, que no lo menciono, que no se lo cuento a alguien, que me siento extraña con ese nombre saliendo de entre mis labios. En su día lo pronunciaba con ilusión, con alegría, con felicidad, porque para mí ese nombre iba de la mano del futuro. Del amor.

Niego en repetidas ocasiones. No, nunca fue de la mano de nada de eso.

—¿Sigues…? Es decir. —Carraspea—. Nunca he querido preguntar sobre ello. Me has hablado de tu familia, pero nunca de él. Del padre de Juniper.

—Su padre soy yo —sentencio—. Él intervino en el proceso, eso es evidente. —Suelto una risilla carente de humor—. Sin embargo, la persona que engendra y desaparece, la que no cría, la que no acompaña, la que no consuela y no ama… No —niego en repetidas ocasiones—, no es su padre. —Me percato más pronto que tarde de que no duele en absoluto verbalizar esto. No como yo pensaba.

»Hubo un tiempo en el que sí, en el que me lamía las heridas cuando mi hija se dormía, cuando ni siquiera sabía caminar, cuando no dormía ni tres horas seguidas, en las que pronunciar ese nombre me hacía daño, aunque no lo quisiese. Sin embargo, con el paso del tiempo, dejó de hacerlo. Porque me di cuenta de que lo que dolía no era que me hubiese roto el corazón, eso era imposible porque no era suyo. Lo que de verdad me lastimaba era el abandono. Y no solo a mí, sino a esa niña que había nacido y que llegaría el momento en el que preguntase por su padre y yo tendría que contarle la verdad.

»Ya ves. —Aparto la mirada y observo mi propio reflejo en el cristal del salón. Aaron clava la vista en el mismo sitio y me sonríe con calidez. Hogar. A una sonrisa se le puede llamar de esa forma, ¿verdad?—. Mi hija me ha dado muchas lecciones de vida. Nunca ha

preguntado por él. Nunca ha querido saber por qué se fue o por qué en el cole sus compañeros de clase tienen un padre y una madre. Siempre he sido suficiente para ella —explico tragando con fuerza.

La bola que tengo en la garganta se hace cada vez más pequeña, más invisible. Supongo que eso es lo que sucede cuando decides abrirte y dejar entrar a otra persona, a pesar del miedo.

—¿Por qué dices que te ha dado muchas lecciones de vida? —pregunta.

Nuestras miradas se encuentran una vez más y me sabe a poco, es por eso por lo que extiendo la mano y las suyas las envuelven como siempre. Protegiéndome de todo y de todos y lo hace sin que apenas te des cuenta. Eso es lo que ha hecho Aaron: respetar nuestros tiempos, el mío. Nuestros espacios, el mío. Nuestro miedo, el mío.

Porque Aaron no llegó para enseñarme a vivir, llegó para no exigirme hacerlo de otra forma. Para quedarse cuando yo solo sabía poner normas, para no empujar cuando lo fácil habría sido hacerlo, para entender que amar no siempre es avanzar rápido, sino avanzar juntos.

—Oh, te va a gustar esto. No es que no esté feliz de estar aquí, de haber dado un paso al frente, pero debes saber que no es mérito mío, capitán, esto es cosa de esa niña que sabe cómo dar en la tecla exacta para que algo haga clic en tu cabeza.

Aaron alza una ceja inquisitivo.

—¿Estás diciendo que has venido porque Juniper ha hecho de celestina? —Está entre maravillado y estupefacto.

—Sí. Bueno, tu culazo tiene algo que ver en todo esto, pero sobre eso podemos debatir en un rato. Cuando te haya confesado que te quiero, ya sabes. —Los ojos del capitán de los Wild Warriors se abren, presa de la sorpresa—. No nos adelantemos, Maddox, que eres de lo más impaciente. —Le propino un par de golpes en el pecho y, cuando está a punto de abrir la boca, me acerco y poso el dedo índice sobre sus labios.

—*Male.* —Esa es su forma de decirme «vale».

—Al principio intenté contactar con él —prosigo—. Pensé que necesitaba tiempo, que quizá estaba asustado porque el embarazo

nos pilló por sorpresa a todos. Le escribí. Lo llamé. Le mandé mensajes que nunca respondió. Durante semanas. Meses. Hasta que entendí que no era miedo. Era desinterés. —Aaron no se mueve. No me toca. Me deja espacio incluso para esto.

»Y seguí adelante —susurro sin más—. Por Juniper. Siempre por ella. Aprendí a ser fuerte porque no tenía alternativa. Aprendí a no necesitar a nadie porque nadie iba a venir. Y de ahí nacieron mis normas. No fue un simple capricho. Fue supervivencia.

Cuando Aaron dijo que *las normas protegen*, sentí un escalofrío. Porque no se lo he explicado nunca. Porque lo ha entendido sin que yo lo dijera. Porque se fija en los detalles, los interioriza y los comprende. Me comprende hasta ese punto.

—Sí —admito dando voz a mis propios pensamientos—. Protegen. Y por eso me alejé de ti. Porque contigo no me sentía protegida. Contigo me sentía vulnerable porque eras la primera persona con la que había empezado a fantasear con mandarlo todo a la mierda, Aaron. Contigo empezaba a imaginar. Y eso era peligroso.

Lo miro. A los ojos. Con todo el miedo expuesto.

—¿Era?

—No te adelantes, capitán, deja que sea yo la que haga la entrada estelar. Ya sabemos que tú eres el príncipe de los medios de comunicación, pero esta vez es mi oportunidad. —Me echo el pelo hacia atrás y me encanta que me guiñe el ojo y me siga el juego—. Si me rompes el corazón, sabré recomponerme. Ya lo he hecho antes. Ahora bien, si le haces daño a Juniper… —Niego con la cabeza —. No sabría cómo vivir con eso. No sabría cómo cuidar de ella, porque yo tengo fuerzas para intentar seguir adelante. Estaré rota y no podré sobreponerme, es probable que nunca pueda haber nadie más, nadie que no seas tú. Sin embargo, esa niña… —añado mientras señalo hacia la puerta—, esa niña te adora. Así que sí, te quiero, Aaron, y también te odio muchísimo.

Veo cómo boquea porque no se esperaba para nada esta confesión por mi parte.

—Vaya. —Sigue alucinando—. No sé cómo interpretar esta declaración. ¿Tengo que salir corriendo o debo besarte hasta robarte el sentido? —tantea, y yo me carcajeo.

—Te quiero porque has sabido estar sin que nadie te lo pidiese, porque te has ido abriendo hueco poco a poco, porque nos has respetado, nos has cuidado y has hecho que mi carga sea menos mía y más de los dos. Y lo has hecho sin que nadie te lo pidiese. Y te odio…, te odio porque todo eso que llevaba por bandera me parece una auténtica estupidez si estás tú en mi vida. Es probable que el miedo nunca desaparezca, pero si estás tú, Aaron, se vuelve distinto, más pequeño, más manejable, más irreal —finalizo. Le aprieto la mano con fuerza, soltarla sería volver atrás. Haría que todo esto desapareciera.

»No quiero vivir pensando solo en lo que puede salir mal —confieso con la voz un poco rota—. Estoy cansada de sobrevivir. —Levanto la cabeza y lo miro de verdad—. Te quiero, Aaron —admito al fin—. Con miedo. A pesar del miedo. Incluso con miedo. Te quiero y te elijo.

Aaron no añade nada. Sus ojos me recorren despacio, como si estuviera memorizando partes de mí que no quiere olvidar. No hay prisa en su mirada, no hay sorpresa, no hay huida. Solo presencia. Esa forma suya de quedarse que nunca ha hecho ruido, pero que siempre ha estado.

Sigue sosteniéndome la mano y pienso que quizá el amor sea eso, alguien que no la suelta cuando empiezas a decir en voz alta lo que más te ha dolido. Alguien que no necesita prometer porque ya está cumpliendo.

Me doy cuenta entonces de que el miedo no se ha ido. Sigue ahí, quieto, observando desde algún rincón del pecho. Solo que ya no lo ocupa todo. Ya no dirige mis pasos. Ya no decide por mí.

Durante años he vivido convencida de que amar era exponerse a perder. De que entregarse significaba quedarse sin red. Y ahora entiendo que no. Que la red existe cuando alguien se queda debajo, sin pedirte que saltes, solo asegurándose de que, si lo haces, no caerás sola.

Aaron no me salva. Nunca lo ha hecho. Me acompaña.

Y eso es infinitamente más valioso.

Apoyo la cabeza en su hombro y respiro. No porque todo esté bien, sino porque por primera vez no necesito estar en guardia. No

necesito anticiparme a la caída. Puedo quedarme quieta. Puedo confiar en este instante sin exigirle eternidad.

—¿Ya puedo hablar? —pregunta en voz baja antes de besarme el pelo.

—Por favor. —Alzo la vista y lo observo.

—Yo también te quiero. Solo por si no te quedó claro antes, cuando lo dije.

—Mmmmm, no, no me ha quedado muy claro. Tienes que hacerlo mejor, capitán.

Me encanta esa sonrisilla de chico malo que me regala. Este chico ha sido todo un descubrimiento, como un bombón relleno de licor, extremadamente dulce por fuera y del todo intenso e inesperado por dentro.

—¿Te he dicho ya que me van los retos?

—Mmmm. —Dudo de nuevo—. No me suena de nada —suelto juguetona.

Aaron se carcajea y me sujeta por la nuca. Su mirada y la mía se encuentran.

—Tal vez sea cuestión de demostrarlo.

Y me encanta que empiece arrancándome los pantalones.

EPÍLOGO

Aaron



Seis meses después…

Estoy sentado en el suelo de su habitación, rodeado de lápices de colores y hojas arrugadas que Juniper ha tirado por todas partes. Está sentada frente a mí, con la lengua por fuera de la comisura de los labios, concentrada en su libreta. Las letras que dibuja no parecen eso, algunas están al revés, otras torcidas, otras no son reales, son inventadas.

—Mira —me pide, levantando la hoja con cuidado—, vamos a jugar al juego de las letras del banquillo.

Es imposible no sonreír ante cómo pronuncia las palabras y cómo su escritura parece un rompecabezas.

—Ese me lo sé —apunto acercándome a ella.

—Claro, ¡si te lo has inventado tú! —exclama—. ¿Te acuerdas de las normas?

Niego para que ella me las recuerde, me gusta cuando lo hace.

—Cada letra es una jugada o una posición —explica, mordiendo el lápiz—. La A es ataque superrápido, la D es defensa imposible y la G es golazo que nadie se espera.

—¿Y?

Muerde todavía más el lápiz. Su famosa paleta ya ha salido del todo. Ahora le faltan otros dientes.

—Y que mete Aaron Maddox —grita y hace un movimiento con su mano derecha como si el tanto lo hubiese marcado ella también.

Miro los garabatos y un par no tienen sentido para mí, pero para ella son fáciles de interpretar.

—¿Y las letras que no entiendo? —pregunto, apuntando hacia un símbolo que parece una mezcla entre una Q y un dos.

Juniper se encoge de hombros y sonríe, orgullosa.

—Esas son las más divertidas —me indica—. Me las invento en el momento. Esta —me explica mostrándome un zigzag raro— es la Z de zarpazo espectacular. Nadie sabe qué es, pero es increíble. Es que el dragón tiene zarpas y garras y quiero que él también juegue. —Me señala el cuento que tantas y tantas veces hemos leído.

Se ríe y apunta algo más en su hoja, y no puedo evitar hacerlo yo también. Cada letra que inventa, cada combinación rara, convierte algo tan simple como dibujar en un juego completamente nuevo para ella. Uno que disfruta y con eso es suficiente.

—Toc-toc —pronuncia Blue, que se cuela en la habitación.

Se queda apoyada en el marco de la puerta y nos observa desde allí.

—¡Mamá! Estamos jugando al juego de las letras del banquillo —le explica cuando nos observa.

Blue, mi Blue, se acerca con ese pelo negro azulado que tanto me gusta y con esa actitud chulesca que tanto me pone. Es una mujer increíble.

—¿Y quién va ganando el juego? —pregunta mientras se arrodilla para observar las hojas como lo he hecho yo con anterioridad.

—Nadie, mamá, en este juego todas las letras empatan.

Blue sonríe a su pequeña antes de alzar la vista y guiñarme un ojo. Seis meses, ¿ehh? No os hacéis una idea de las cosas que han cambiado. O no, quizá no tanto, tal vez solo se han colocado en su lugar.

—Bueno, me temo que ese juego tendrá que esperar porque han comenzado a llegar los invitados y tenemos un cumpleaños que celebrar. Siete años, te haces mayor y ya falta poco para que te emancipes —ironiza mi chica.

Juniper se pone en pie de un salto y corre hacia el salón de la que ahora es nuestra casa. Una casa que compartimos y que estamos

llenando de recuerdos. Estoy casi convencido de que lo mejor está por venir. Siempre está por venir.

—¿Has escondido ese champú caro, capitán?

Nos ponemos en pie y alargo un brazo hasta que la sujeto por la cintura y la atraigo hacia mí. Bajo la cabeza y aspiro su olor, así es como debe de oler un hogar. A ella. A vida. A futuro.

—Por supuesto, no quiero que Asher se ría de mí. O algo mucho peor, que me lo robe. —Me carcajeo.

Blue me coloca las manos sobre los hombros y nuestros labios se encuentran. Nunca me canso de ella, de esto. De nosotros dos.

—¡Mamá! ¿Por qué tardáis tanto? Tengo hambre —grita Juniper cerca.

—Después, Maddox. Tu cuerpo y el mío tienen una celebración que llevar a cabo después —me promete.

Se gira y contonea esas caderas a su antojo y antes de salir de la habitación saca el teléfono del bolsillo de la falda vaquera que lleva puesta y escribe con celeridad. Se da la vuelta y me guiña un ojo.

Blue:

Nada.

Una única palabra que no necesita explicación porque habla por sí sola.

Gruño de pura frustración porque tendré que sonreír, comer, beber y brindar sabiendo que esa mujer que me hace perder la cabeza no lleva nada bajo esa prenda que me muero por arrancar.

Salgo de la habitación con la esperanza de que los invitados se marchen en cinco minutos. Le pongo mala cara a mi hermano cuando me cruzo con él, le gruño a Kai cuando me pide que me apunte a esas clases de baile a las que acude con Evan e incluso Be, que es el que menos habla de todos, parece que hoy se ha tragado un payaso.

¿Es que nadie tiene casa propia, joder?

Blue se acerca con una bandeja de sándwiches y comienza a repartirlos fingiendo que es una niña buena. Qué bien se le da interpretar ese papel.

—Maddox, te noto tenso, ¿sucede algo? ¿Quieres contármelo? —me pregunta provocándome.

Siempre se le ha dado bien llevarme al límite, y a mí siempre se me ha dado todavía mejor dejar que lo haga porque me encanta esa faceta suya. En realidad, todas sus facetas me quitan el aliento.

—Voy a saborear todas y cada una de las veces que supliques por mi polla, Blue. Y cuando creas que no puedes más, cuando pienses que esa es la última vez que vas a correrte, volveré a enterrar la cara en ese coño que chorrea por mí.

Veo cómo traga con fuerza y también distingo ese desafío reflejado en su mirada, porque le gusta que le hable así y le gusta mucho más cuando cumplo mis promesas.

Se aleja sin más, repartiendo más sándwiches como si mis palabras no hubiesen causado ningún estrago en ella. Joder, y yo apenas puedo caminar.

Nota mental: nada de erecciones en cumpleaños infantiles.

El resto de los invitados llega. Esta vez vienen muchos compañeros del cole de Juniper, incluso Troy. Ahora parece que se han hecho buenos amigos, a pesar de que yo siempre que me cruzo con él le recuerdo que lo vigilo. No se lo toma a mal, se ríe porque cree que estoy bromeando.

No lo hago.

Pasamos el resto de la tarde entre globos, risas, canciones infantiles y una cantidad indecente de juegos. Cuando ya ha comenzado a caer la noche, empiezo a ver la luz al final del túnel.

—¿Desde cuándo no te gustan los cumpleaños infantiles? —pregunta mi hermano cuando se sitúa a mi derecha en la cocina.

Carson sigue repartiendo comida. Vamos a estar alimentándonos a base de sobras durante semanas.

—Sí que me gustan. —Mi afirmación sale más bien como un gruñido.

Es entonces cuando mi hermano ata cabos y se carcajea frente a mí, lo hace señalándome con el dedo índice y todo.

—Vaya, ya lo entiendo.

—No, joder, no entiendes nada.

Se ríe una vez más y se queda ahí, a mi lado, observando la estancia sin más, con la mirada perdida y los pensamientos lejos de aquí.

—Oye… —Rompe el silencio y se coloca de lado. Yo hago lo mismo. Cuando me fijo en su semblante, noto cierto nerviosismo en él—. Hay algo que quiero contarte y algo que quiero pedirte.

En otras circunstancias, me tensaría porque de Ash puedo esperar cualquier cosa.

—Claro.

—Quiero… —Carraspea, alza la vista y mira hacia el techo. Yo, por inercia, hago lo mismo—. Voy a pedirle a Cassie que se case conmigo —suelta, y una sensación de orgullo me invade por completo—. Me gustaría que fueses mi padrino si ella decide aceptar. Eres la única familia que tengo, la única de sangre, quiero decir. —Y aparta esos ojos tan azules como los míos y repasa toda la estancia. Xavier, que no deja de abrazar a Sloane. Noah, que baila con Gillian en un lateral a pesar de que la música que suena es infantil. Carson y Maddie, que tienen las manos unidas porque esa es su forma de afrontar la vida, juntos. Cassie, que está con Blue gesticulando por vete a saber qué. Alguna maldad seguro. Cuando se percatan de que las estamos observando, ambas paran de hablar y alzan una ceja. Yo niego para que Blue entienda que necesitamos este instante de intimidad—. Eres mi hermano, el mejor regalo que me pudo hacer la vida y quiero que estés a mi lado en todo momento, como siempre has hecho.

—Yo… —Es mi turno de carraspear.

—Puedes llorar si quieres.

Sé que está intentando bromear para aliviar la tensión y se lo agradezco, sin embargo…

—Joder, Ash.

—Es probable que hayamos tenido que superar mil y un baches. Que el remordimiento y la culpa nos acompañase durante mucho tiempo. Que Prescott nos haya jodido en infinidad de ocasiones, pero, si echo la vista atrás, no cambiaría nada porque en todos mis recuerdos, los bonitos, los peores, los mejores y los regulares, en todos estás tú. Y quiero que sigas formando parte de ellos.

—Joder, sí, claro que sí.

Asher y yo nos encontramos a mitad de camino y nos fundimos en un abrazo fraternal.

Lo sé, ¿vale? Sé que la culpa es un peso intangible que se instala dentro y comparte raíces con el miedo. Sé que no se ven, son invisibles a los ojos de cualquiera y, a pesar de ello, hacen tanto daño o más que una herida que lleva puntos.

Hemos aprendido a dejar atrás ciertas cosas o, simplemente, a convivir con ellas. Hemos avanzado, madurado, caído y nos hemos levantado también. Porque en eso consiste la vida, en ensayo y error. Y aquí estamos, un puñado de personas imperfectas que no buscan la perfección, solo la felicidad.

—Vale, vale, ya está. Guárdame el secreto y rezo para que lo hagas mejor que Juniper.

—Que…

—Se lo conté hace meses y la misma noche se lo largó a Blue.

Alzo la mirada y la encuentro. Me guiña un ojo. Ya lo sabía. ¡Ya lo sabía!

Niego y sonrío. Es malvada.

«Y leal. Y preciosa. Y tuya, joder».

Mi hermano se marcha y me deja a solas de nuevo. Sí que tiene razón, puede que la sombra de Prescott Maddox siempre nos ronde, pero esta vez seremos nosotros los que decidiremos si permitimos que nos quite la luz o si avanzamos buscando un árbol mejor bajo el que cobijarse. Una familia, la que hemos ido formando.

—¡Ha llegado la tarta! —grita Sloane, que la acerca.

Todos los niños se sitúan alrededor de la misma y la ovacionan. Sí, es de su cuento favorito, porque ahora Juniper no quiere ser una villana principesca, quiere ser una villana de verdad. Y estoy segura de que cualquier cosa que se proponga la conseguirá.

Porque no es diferente, es especial.

—Vamos a soplar las velas. —Cassie comienza a encenderlas una por una, hasta llegar a la séptima.

Busco a Blue, y ella me localiza a mí, se acerca y se sitúa justo delante. La envuelvo entre mis brazos y apoyo la barbilla en su hombro.

—Lo he apuntado en la lista —le susurro para que entienda que no me ha hecho ni pizca de gracia su secretito.

Ella suelta una risilla porque noto que su cuerpo tiembla entre mis brazos.

—Ahora que sé lo larga que es esa lista solo tengo ganas de verla —suelta con ese descaro que la caracteriza.

Le pellizco el costado, y se retuerce.

—¡Ya está! —grita Cassie.

—Recuerda pedir un deseo —le digo desde mi sitio.

Juniper alza la mirada, me sonríe con descaro y sopla. Se parece tanto tantísimo a su madre…

—¿Cuánto tarda en cumplirse un deseo de cumpleaños? —pregunta a nadie en particular.

Blue y yo nos acercamos.

—Depende. Cuanto más importante, más pronto se cumple.

Juniper da saltitos en la habitación.

—Entonces se tiene que cumplir ya porque es el deseo más importante del mundo.

—Ah, ¿sí? —inquiere Blue, que se echa hacia adelante para sujetar la tarta, levantarla y llevarla hasta la cocina y comenzar a preparar porciones que repartiremos entre los invitados.

—Sí, porque he pedido que Aaron sea mi papá. Y no hay nada que desee más que eso.

Blue se gira con tanta rapidez que casi se le cae el pastel.

—Esto me lo quedo —cuenta Xavier, que nos ayuda.

Ha escuchado la conversación porque me sonríe con cariño antes de asentir.

—Parece que sí que vas a pertenecer a la familia de forma oficial —rumia Noah y entonces me suena el teléfono en el bolsillo del pantalón.

Me arrodillo frente a Juniper y Blue lo hace también.

—Cariño —suelto—, no hay nada que desee en el mundo más que ser tu padre. —Porque es así, porque esta niña es mía, aunque no lleve mi apellido.

—Entonces, ¿puedo llamarte papá?

Trago con fuerza.

—Por supuesto.

Juniper se gira y comienza a gritar que soy su padre.

—¡Papá! —suelta aplaudiendo justo antes de lanzarse a mis brazos.

Cuando giro la cabeza, mi chica, mi futura mujer, la madre de mi hija, tiene lágrimas en los ojos, y no, no pienso pedirle que no llore. Nunca le pediré que no demuestre sus sentimientos sea de la forma que sea. Ya sabéis, lo que tenga para darme lo aceptaré.

—Te quiero mucho —suelta Juniper cuando se separa.

Blue y yo nos quedamos ahí, en el suelo, con el corazón a rebosar de amor. Del que tenemos por dar, del que hemos decidido entregarnos libremente.

El teléfono vuelve a sonar una, dos, tres veces y entonces lo saco.

Me han incluido en el chat de grupo.

Xavier:

Bienvenido, capitán.

Noah:

¿Puedes conseguir entradas mejores que las que nos ha dado tu hermano?

Suelto una carcajada.

Cassie:

Ha sido tan bonito…

Ash:

Qué asco dais.

Xavier:

Que alguien reenvíe la foto de los huevos peludos, por favor. Es su bautizo oficial.

Noah ha abandonado el grupo.

—¿Qué?

—No preguntes —suelta Blue antes de escribir.

Blue:

Los de Aaron son perfectos. Me caben en la mano. Y en la boca.

Alzo la mirada, y la muy pérfida no se ruboriza ni nada. Se limita a guiñarme un ojo antes de adjuntar una imagen de un gato egipcio.

Ash ha abandonado el grupo.

Cassie ha abandonado el grupo.

Gillian ha abandonado el grupo.

—¿Ves, capitán? Así es como se hiere la sensibilidad de esa panda de jovenzuelos.

Suelto una carcajada antes de tenderle la mano.

—Vamos.

—¿A dónde me llevas? —pregunta.

—A herir tu sensibilidad —suelto sin pudor alguno—. Y a recordarte qué partes de mi cuerpo te caben en la boca.

VANCOUVER HERALD | EDICIÓN ESPECIAL

Titular:

AARON MADDOX CUELGA EL BRAZALETE Y ABRAZA UNA NUEVA VIDA

El histórico capitán de los Wild Warriors se retira del liderazgo del equipo y da la bienvenida a su primer hijo junto a Blue Maddox.

Aaron Maddox, referente indiscutible del vestuario y uno de los nombres más respetados del *hockey* canadiense, ha anunciado que deja su puesto como capitán de los Vancouver Wild Warriors. La decisión coincide con uno de los momentos más importantes de su vida personal: el nacimiento de su hijo con su esposa, Blue. Quienes lo conocen aseguran que no se trata de una despedida, sino de una transición natural. Maddox no abandona el hielo, simplemente ha decidido liderar desde otro lugar. Uno donde la palabra hogar pesa más que cualquier victoria.

Titular:

ASHER MADDOX, DE «TERREMOTO» A CAPITÁN.

El niño terrible del *hockey* asume el liderazgo del equipo y pasa por el altar con Cassie, la que fue su antigua «niñera» en los Wild Warriors.

El brazalete cambia de brazo, aunque no de apellido. Asher Maddox ha sido nombrado nuevo capitán de los Vancouver Wild Warriors, cerrando así una etapa marcada por sanciones, titulares polémicos y un talento imposible de ignorar. Fuera del hielo, la sorpresa ha sido aún mayor, Asher se ha casado con Cassie, la mujer que años atrás cuidó de él cuando nadie más sabía cómo hacerlo. Los compañeros celebran el cambio con una sonrisa cómplice. «Terremoto Maddox» sigue siendo fuego, pero ahora sabe dónde y cuándo arder.

Titular:

KAI MORRISON, TALENTO, MADUREZ… ¿Y ALGO MÁS?

El jugador más carismático de los Wild Warriors firma su mejor temporada mientras los rumores sobre su vida

personal no dejan de crecer.

Kai Morrison ha demostrado que el espectáculo y la disciplina no son incompatibles. Con asistencias decisivas y una regularidad que ha sorprendido incluso a los más escépticos, el extremo izquierdo atraviesa el mejor momento de su carrera.

Sin embargo, no todo ocurre sobre el hielo. Varias fuentes aseguran haberlo visto en más de una ocasión en un pequeño local de salsa del centro de Vancouver, siempre acompañado por la misma mujer, lejos de cámaras y focos. Morrison, fiel a su estilo, no ha hecho declaraciones. Quienes lo conocen aseguran que, cuando Kai deja de bromear, es porque algo —o alguien— va en serio.

Titular:
CALEB WRIGHT, EL ANCLA QUE NUNCA FALLA

El veterano defensa reafirma su papel como columna vertebral del equipo dentro y fuera del hielo.

En un deporte donde el ruido suele eclipsarlo todo, Caleb Wright sigue siendo silencio y solidez. Asistente de capitán y referente emocional, Wright ha renovado una temporada más con los Wild Warriors, dejando claro que su compromiso va más allá de los minutos de juego. Para muchos jóvenes del vestuario, Caleb no es solo un compañero, es el lugar seguro al que volver cuando las cosas se tuercen.

Su tercer retoño nacerá este otoño o eso es lo que se rumorea en los vestuarios.

Titular:
BEN HOLLOWAY, EL GUARDIÁN SILENCIOSO

El portero titular consolida su estatus como uno de los mejores de la liga.

Pocos titulares, muchas paradas. Ben Holloway ha firmado una de las mejores rachas de su carrera, manteniendo su ya famoso ritual intacto y demostrando que la calma también gana partidos. Los Wild Warriors saben que, mientras Ben esté bajo los palos, siempre habrá una oportunidad. Él sigue sin buscar protagonismo. Nunca lo ha necesitado.

Titular:

EVAN PRICE, CAZADO FUERA DE JUEGO

El alma del vestuario protagoniza la fotografía más comentada de la temporada.

Evan Price sigue siendo el encargado de levantar el ánimo del equipo incluso fuera del hielo. La semana pasada, varios aficionados lo reconocieron en un bar cercano al puerto de Vancouver, besando sin ningún pudor a una mujer que no pertenece a su círculo habitual.

La imagen, que no tardó en circular por redes, muestra a un Evan relajado, sonriente y visiblemente feliz. El club no ha hecho comentarios al respecto, y él tampoco. El vestuario lo tiene claro, si Price sonríe así, no es una noche cualquiera.

Los Vancouver Wild Warriors cambian, crecen y avanzan. Algunos lideran desde la calma, otros desde primera línea de fuego. Pero todos comparten la misma certeza: jugar salvajes, permanecer leales.

Y, a veces, las historias más importantes no se ganan en el hielo, sino en la vida que les espera al salir de él.

Salvajes en el hielo. Leales en el alma.

AGRADECIMIENTOS

Dicen que escribir una novela es un acto solitario, pero la verdad es que ningún libro llega al final sin las personas que lo sostienen en el camino. Esta historia tampoco habría sido posible sin quienes han estado ahí, de una forma u otra, acompañándome en cada etapa.

A mi marido y a mi hijo, mi refugio y mi mayor certeza. Gracias por ser hogar en medio del caos, por acompañarme también en los días más difíciles y por recordarme que, incluso cuando todo tambalea, merece la pena seguir soñando.

A Mel porque apareciste sin previo aviso y te hiciste un lugar enorme en mi vida. Gracias por llegar para ponerlo todo patas arriba y, al mismo tiempo, hacerlo mucho más bonito.

A Bea, gracias por estar siempre tan cerca de mis historias. Por leer con el corazón y con criterio, por cuidar los matices y por sostenerme también en las dudas. Tu presencia en este camino es un regalo.

A Miri, porque contigo revisar nunca se queda solo en eso. Siempre hay risas, conversación, ideas y esa forma tan tuya de hacer que todo cobre más vida. Gracias por tu sinceridad y por tu entusiasmo contagioso.

A Sheila, que llegó a mi vida a través de los libros y terminó quedándose en ella de la forma más bonita. Gracias por escuchar, por estar, por acompañarme con tanto cariño y por seguir al otro lado incluso cuando mis audios parecen no tener final.

A Tamara, por demostrarme que la distancia no impide crear vínculos de verdad. Gracias por cada conversación, por cada consejo y por esa calidez que siempre consigues hacerme llegar, estés donde estés.

A Raquel, por seguir ahí incluso en los momentos más caóticos. Gracias por tu compañía, por tu humor, por tu cariño y por caminar conmigo también cuando todo se desordena.

A Mari Ángeles, por tantos años de apoyo y de afecto sincero. Gracias por recomendar mis historias, por compartirlas y por celebrarlas con una generosidad que nunca olvido.

A mis lectoras, a las que siempre están y a las que acaban de llegar: gracias por abrirme un espacio entre vosotras, por leerme, por sentir conmigo y por dar vida a cada historia mucho más allá de la última página.

Y a los blogs, bookstagrammers y booktokers, gracias por vuestro tiempo, vuestra dedicación y vuestro cariño hacia los libros. La pasión con la que recomendáis, compartís y acompañáis cada lanzamiento forma parte esencial de todo esto.

Gracias por seguir aquí, por caminar conmigo libro a libro y por hacer que cada historia encuentre su lugar.

Si esta novela te ha hecho sentir, me haría muchísima ilusión que lo dejaras reflejado en Amazon. Tu opinión ayuda más de lo que imaginas.

Y, como siempre…

¡NOS LEEMOS!